

A woman is shown from the waist up, wearing a gold and peach wedding dress with a white sash. She is holding a bouquet of pink, purple, and white flowers. The background is a soft-focus green field under a light sky.

*Las espinas  
del Amor*

ARLETTE  
GENEVE

Serie Penword 1

# **Las espinas del amor**

FAMILIA PENWORD 1

ARTETTE GENEVE

[PRÓLOGO](#)

[INGLATERRA](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[INGLATERRA](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[EPÍLOGO](#)

# PRÓLOGO

## *Batalla de Bailén, julio de 1808*

El estruendo había sido ensordecedor, pero al fin había cesado el fragor de la batalla. El silencio hizo su presencia cuando, uno a uno, se fueron apagando los lamentos y quejidos de aquéllos que habían caído en la contienda. La noche se apreciaba caliente y húmeda: el tiempo, en suspenso. Flameaba en el aire el olor de la derrota dolorosa, y la luna de verano, testigo silencioso de la barbarie, mecía su brillo prístino sobre el horizonte que se iba tornando carmesí, como si rindiera humilde pleitesía a los hombres que habían caído vencidos. El trinar lejano de los pájaros rompía el silencio, y lograba que la quietud que oprimía la tierra pareciera menos plomiza. Hedores de muerte se elevaban desde el suelo entre los cuerpos desgarrados y mutilados de los muertos...

¡Había tanta desolación!

La mujer de aspecto frágil recorría uno a uno los cuerpos que yacían inertes bajo sus pies, donde el polvo, mezclado con la sangre y el sudor, envolvía las carnes desgarradas como en un sudario, haciendo que su aspecto resultase opresivo.

¡Había tantos cadáveres!

Era una misión difícil encontrar alguno con vida, pero no perdía la esperanza. Seguía removiendo cuerpos como tantas veces desde que había comenzado esa guerra desoladora: como son todas las guerras sin importar el lugar, el momento o la causa. Sabía que no sería fácil encontrar a un soldado con vida entre el amasijo de carne mutilada. Rostros desconocidos. Una vorágine de identidades que desconcertaba: soldados franceses, ingleses, españoles, pero ella seguía buscando entre los cuerpos esperanzada. Tenía que encontrar a Rodrigo, no sabía si estaría vivo o muerto, tan solo tenía la certeza de que su caballo había caído en la batalla, y rezaba fervientemente para que no estuviese muerto.

—Mi señora, aquí hay alguien que todavía respira —el grito de Luis le hizo volver la mirada de nuevo al horizonte.

El leal sirviente intentaba darle la vuelta a un soldado de casaca roja. Ella encauzó sus pasos hacia él. Inés se acercó silenciosa, un instante después en sus cálidas pupilas asomó un atisbo de compasión por el soldado malherido. Soltó un suspiro más, y lentamente se arrodilló junto al cuerpo inmóvil para

comprobar la gravedad de las heridas. Tenía un fuerte hematoma en la cabeza y un corte en el pecho de considerable profundidad. Seguía respirando, aunque con gran dificultad. Morían muchos más hombres por la infección de las heridas que por la pelea misma, y, aun así, muchos conseguían burlar a la muerte para alivio de sus seres queridos, y para hastío de sus verdugos.

—Hay que trasladarlo con sumo cuidado al campamento pues su vida pende de un hilo, pero si tiene que morir, confío que sea mientras sigue inconsciente. —Inés cerró los ojos durante un breve instante—. Te ayudaré, juntos lo cargaremos en la carreta, después seguiré buscando a Rodrigo.

Inés miro al hombre malherido una vez más. Rondaría los cuarenta o cuarenta y cinco años, ya se notaban canas alrededor de un pelo que, a pesar del polvo que lo cubría, se advertía rojizo, y tenía líneas oscuras alrededor de los ojos. La expresión de infelicidad no la borraba la inconsciencia, e Inés volvió a compadecerse de él.

Poseía un cuerpo robusto y era bastante alto, cargarlo en la carreta les costó bastante a los dos. Por sus galones supo que no era un soldado raso, aunque le extrañó que estuviese en primera línea de batalla. Por regla general los aristócratas ingleses solían quedarse en la retaguardia, no así Rodrigo que se colocaba siempre en primera línea de fuego. Inés conocía demasiado bien el temperamento de los españoles: eran decididos, arrogantes, y altivos, hasta las últimas consecuencias, su hermano, el mayor de todos.

# INGLATERRA

*Whitam Hall, abril de 1826*

John Beresford, sexto marqués de Whitam, tomó asiento atónito. Tenía en sus manos una carta escrita por Inés de Velasco. El sobre, amarillo por el transcurrir del tiempo, tembló entre sus dedos, y no supo calibrar el motivo por el qué llegaba a sus manos tanto tiempo después. De forma lenta rasgó el sobre y sacó la hoja del interior que estaba pulcramente redactada. Comenzó a leerla tan incrédulo como emocionado.

*Estimado John, si supieras cuánto te he extrañado a lo largo de estos años vacíos, cuando mis manos anhelaban tu contacto cálido y sereno. Compartimos algo tan maravilloso, que todavía por las noches duele el silencio que se quedó conmigo tras tu marcha. Llegaste a mi vida cuando necesitaba de un amor tranquilo, que perdurase en el tiempo como una hermosa amistad, y tras meditarlo mucho y valorar los posibles inconvenientes, he estimado necesario informarte sobre algo muy importante. Lamento profundamente no haberte informado antes de su existencia. ¡Tenemos una hija maravillosa! Dulce, alegre, y tan vivaz. Aunque no pasamos mucho tiempo juntos, y nos dijimos adiós sin rencores, sin promesas, es necesario que conozcas el resultado de aquello que sentimos y que logramos juntos. Esta misiva no es una petición ni una orden sino un ruego de consideración para una niña que se merece conocer sus orígenes paternos, concórtete a ti. En un principio luché contra mis sentimientos intentando hacer lo correcto pues tú tenías tu vida en Inglaterra, y yo no podía irme de mi reino, aunque en ocasiones lamenté no haber escuchado tus ruegos insistentes de marcharme contigo. Creo que acerté en mi decisión, aunque te privase de tu hija por tanto tiempo. Si vieras lo bonita que es. Apenas tiene siete meses, pero es tan dulce... qué puedo decir. De corazón espero que me perdones y comprendas lo duro que fue para mí tomar la decisión que tomé en su momento.*

*Tu amiga, y compañera siempre, Inés de Velasco y Duero.*

La mente de John era hervidero de especulaciones. ¡Tenía una hija! Era maravilloso, también aterrador. Jamás imaginó que algo así pudiera sucederle. Su querida Inés, cuántos años suspirando por ella, cuántos ruegos y cartas

instándola a que regresara a él: cartas de respuestas silenciosas, y después de tanto tiempo le hacía saber que de aquel amor maduro había nacido una hija. La ansiada hija que no pudo tener con su esposa Karen, muerta tantos años atrás.

Estaba emocionado, estaba confuso, estaba en el cielo.

John valoró la forma idónea de explicarles a sus tres hijos que tenían una medio hermana. De repente, comenzó a reír incrédulo: cuatro generaciones de Beresford sin engendrar una hija, solo varones, y de pronto se le concedía la gracia de tener una. Si Dios lo permitía, iba a conocerla muy pronto.

Su pensamiento recorrió veloz el camino andado dieciocho años atrás. Su alistamiento en el ejército tras la muerte de su esposa a causa de unas fiebres. A la impotencia se sumó la rabia, también, el llanto de sus tres hijos, así como la acusación callada de sus ojos, pero él decidió partir a un reino desconocido, y a combatir en una guerra que no era suya. Recordó su caída en el campo de batalla, y la hermosa Inés rescatándolo tras recibir una herida de guerra que lo mantuvo en la inconsciencia durante varias semanas.

Evocó la incapacidad que sufrió al no poder hablar o moverse durante meses, sabiendo que en su casa lo darían por muerto pues de ninguna forma podía comunicarse con sus hijos. Todavía lo enternecía el tierno cuidado con el que fue atendido por las manos suaves y cálidas de Inés. Sus hermosos ojos, su bella sonrisa, y esa entrega altruista. ¿Cómo reparar en esos gestos sin enamorarse, sin lanzarse a un amor tardío a pesar de las consecuencias?

Fue muy duro tener que dejarla pues ella no se sentía capaz de abandonar a los suyos. Y resultó desgarrador volver a comenzar de nuevo una vida en solitario.

De pronto, un golpe en la puerta lo sacó de sus pensamientos.

—Padre, ¿me da su permiso? Necesito que firme unos documentos — Christopher, el mayor de sus hijos, asomó la cabeza por la hoja entreabierta que comunicaba la biblioteca con el despacho—. Se le ve algo pálido. —John negó con la cabeza y volvió a levantarse del sillón.

—Acabo de recibir una noticia sorprendente. Creo que me vendría bien un poco de coñac —Christopher le sirvió a su padre una copa del licor espirituoso mientras lo miraba de hito en hito. Lo veía alterado e ignoraba la razón—. ¿Cómo puedo explicarte? ¿Me entenderás, hijo? —preguntó John mientras comenzaba a relatar el contenido de la carta que había recibido.

Un poco de tiempo después, Christopher estaba enmudecido. Miró largamente a su padre apenas sin pestañear. ¿Por qué no le había dicho nunca

una palabra de lo ocurrido en su larga estancia en el reino de España? Se preguntó de qué forma afectaría a su vida semejante revelación. Pensó en sus dos hermanos y en lo cómoda y apacible que transcurría la vida para los tres. Era asombroso lo que unas palabras podían cambiar la vida de una persona. No podía controlar los sentimientos contradictorios que le habían provocado la carta escrita a su padre, aunque lo veía realmente feliz: esos ojos azul claro no reían a menudo. Podía palpar el deleite con el que había recibido la noticia. Y se preguntó qué pretendería esa mujer al revelar todo de forma abrupta. ¿Y por qué en el presente y no en el pasado? Christopher se sentía escéptico. ¡Una hermana, y española! Le pareció increíble. Con lo belicosos que se mostraban los españoles con ese carácter extrovertido endemoniado.

Carraspeó ciertamente molesto.

—¿Qué piensa hacer al respecto? —le preguntó.

El padre miró al hijo desconcertado.

—Viajar al reino de España. Deseo fervientemente conocerla. Confío y espero que su madre le haya hablado de mi existencia. Quiero explicarle que tiene tres hermanos mayores y que... —John suspiró con vacilación—. Christopher, ¡ayúdame con tus hermanos! Necesito más que nunca que me apoyes en esto —la voz de John era de súplica.

—Padre, presiento que se está precipitando en sus conclusiones —Christopher calló un momento—. No sabe con seguridad si en verdad es hija suya. Debería cerciorarse antes de emprender un viaje tan largo estando su salud tan delicada —el argumentó sonó razonable.

—Soy consciente de todo eso que mencionas, pero tengo una excusa válida para reencontrarme con Inés. Compartimos algo realmente excepcional, y de solo pensar que de aquél sentimiento ha nacido una hija. Comprenderás mi ansiedad y apremio por partir.

—Intento comprenderlo, solo le pido que no se precipite. Las personas suelen cambiar con el paso de los años, y han pasado muchos desde entonces —John miró a su hijo de forma directa y con cierta ansiedad en las pupilas.

—¿Qué escondes tras esa reticencia? Inés es una mujer de honor intachable. Jamás oí de sus labios una queja o un lamento. Siento un profundo dolor por los años perdidos, y sin saber de la existencia de nuestra hija hasta hoy, pero estoy convencido de que Inés tenía un motivo ulterior para guardar silencio —Christopher carraspeó incómodo.

—¿Me dejaría leer la carta? Soy consciente de que es algo personal, no obstante... —John le tendió la misiva sin titubear, miró a su hijo mientras la

releía con ojos expectantes, también con nervios en el estómago—. Padre, pienso que debería leer entre líneas —Christopher vio la confusión de su John y suspiró largamente—. Quizás la propia Inés desconoce que se la han enviado, incluso es posible que... —el hijo calló al ver el rostro demudado de su padre al contemplar por primera vez esa posibilidad.

John se levantó del asiento y caminó hacia el hogar encendido. En la estancia hacía calor, no obstante, un escalofrío le recorrió la espina dorsal. Nunca se había recuperado totalmente de las heridas. Aunque el tajo en el costado había sido casi mortal, había cicatrizado por completo, sin embargo, el golpe recibido en la cabeza era el que le había dejado secuelas. A menudo sufría unas fiebres que lo dejaban paralizado y metido en cama durante varios días, y, tras sufrir un infarto, su salud estaba muy resentida. Comprendía la preocupación de Christopher, tras esa última observación, se había quedado anonadado. Ante la magnitud de la noticia no se había percatado de que era posible que la propia Inés no estuviera viva. No se atrevía a pensar siquiera en la posibilidad, aunque nada le haría cambiar de idea. Viajaría de nuevo allí, y conocería a su hija, y si Dios lo permitía, la traería a Inglaterra consigo. Miró a su primogénito, vio sus ojos cargados de reproche, y, a pesar de su resolución, se descorazonó. Sabía lo dolido que debía de sentirse. La noticia era en verdad sorprendente, pero él jamás creyó necesario revelarle a sus hijos el profundo amor que había sentido por otra mujer. Inés lo dejó marchar, y él intentó recuperarse de la herida profunda que sintió por su negativa a acompañarlo. Tenía que haberla obligado, ser más contundente, pero la quería y la respetaba demasiado para obviar los lazos tan fuertes que la unían a su familia y a su reino.

John soltó un profundo y largo suspiro, pero, ¡tenía una hija! Sintió un deseo acuciante de verla, de conocerla, y pensaba hacerlo cuanto antes. De pronto, un dolor agudo y paralizante se extendió por su brazo izquierdo. John sintió que una garra le estrujaba el corazón y le impedía respirar. Se llevó la mano al pecho y cayó al suelo con un golpe sordo. Christopher maldijo por lo bajo. Corrió hacia donde había caído su padre, y, con un fuerte grito, llamó pidiendo ayuda.

# CAPÍTULO 1

*Ciudad de Ronda, Andalucía, Reino de España*

La muchacha disfrutaba como nunca. Le encantaba ver a su aya fruncir el cejo y lanzar maldiciones en su lengua natal: la lengua de los gitanos, y eso sucedía en ese preciso momento. Aurora se había negado en redondo a permitirle a ella que se metiera en el río. Tanteó con el pie desnudo una roca antes de asegurar el paso. El precario equilibrio logró arrancarle una risa juvenil. El río fluía manso a un lado de los cañizos donde pretendía llegar si lograba no caerse. Sabía que la profundidad era muy poca. No había peligro de que la corriente la arrastrara porque el agua apenas le llegaba a la cadera. Cuando alcanzó el lugar exacto donde Eulalia conseguía recoger las plantas que necesitaba para algunas de sus cocciones, esperó con paciencia a que la arena removida por sus pies volviese a posarse en el fondo.

Eulalia levanto la vista un momento de las flores que estaba cortando con sumo cuidado, y contempló con cierta resignación que su niña estaba arrancando matos inservibles.

—*Jahivé*<sup>[3]</sup>, estás cogiendo hierba inservible —Aurora le sonrió con picardía a la persona que se había ocupado de ella desde su nacimiento.

—Sabes que estoy dispuesta a aprender y conocer todos tus remedios medicinales. Manuel me está ayudando mucho con las definiciones de las hierbas en latín, pronto tendré terminado el manual sobre curación mediante hierbas. La gente conocerá y apreciará el enorme trabajo que hemos realizado los tres.

Eulalia suspiró más contrariada que orgullosa.

—Has de llamar al muchacho como corresponde, mi niña: Emmanuel La Housaye. Sabes que su padre detesta oír el nombre de su hijo en nuestra lengua.

Aurora hizo un alzamiento de hombros. Manuel era su mejor amigo.

—Siempre regañándome —protestó con energía—. Manuel detesta que lo llame por su nombre francés —Eulalia ignoró este último comentario—. He leído en un libro que me ha prestado el sanador Jared sobre la curación mediante arcilla roja. Estoy deseando poner en práctica sus propiedades. ¿Sabes que aquí tenemos mucho de ese polvo colorado? Pienso preparar la cataplasma tal y como se explica en el libro. Manuel está de acuerdo en utilizarla.

—Y su padre te despellejará viva si te ve untando a su muchacho con barro lodoso tenga el color que tenga —matizó Eulalia.

—Ciertamente que su padre es un tanto cascarrabias, pero qué se puede esperar de un gabacho —Aurora soltó la crítica sin el menor disimulo.

Los españoles todavía tenían muy presente la invasión de Napoleón. Apenas habían pasado tres lustros desde la guerra que había dejado al reino desmembrado: vencido y sumido en la miseria.

—Emmanuel es francés, y ese detalle lo ignoras a tu conveniencia —le explicó la mujer.

Aurora cabeceó mohína al escucharla.

—Manuel es nacido en Andalucía, de madre y abuelos españoles —con esas palabras confiaba que Eulalia dejara de regañarla.

—Un día ese gabacho te meterá en un buen lío —sentenció Eulalia. De pronto se oyó una fuerte exclamación, Eulalia la miró asustada—. ¿Estás bien, mi niña?

—Solo he resbalado con una piedra, aunque si me hubiese caído no pasaría nada porque en esta parte del río no hay mucha profundidad.

—Si tu tío te viese en este momento, quitaría el resuello de mi garganta.

Aurora volvió a reír divertida.

—Pero olvidas que yo no pienso decírselo —Eulalia no pudo evitar una murmuración maliciosa.

—Dios permita que ese culo respingón bese el lecho del río —apenas terminó de pronunciar las palabras, cuando la muchacha resbaló y quedó tendida con el agua hasta la garganta.

Eulalia reía con auténtico regocijo pues nada le gustaba más que chincar a esa tunante y descarada a la que amaba con todo su corazón.

—Ahora sí que tengo un problema. ¿Cómo voy a entrar en la casa sin que me vean chorreando agua?

—Debería preocuparte más tu abuela pues tienes a tu tío bebiendo de tu mano.

—Sabes que adoro al tío Rodrigo, soy yo la que bebe el agua de su mano.

—Yo diría que ahora lo único que bebes es el agua del río —Eulalia no cesaba de reír viendo a su pupila mojada hasta los huesos. Por cierto que en un año había cambiado mucho. Qué orgullosa se sentiría su Inés si la viese, era tan parecida a su hermano que más parecía una hija que una sobrina.

Miró de forma resignada cómo la muchacha se quitaba la falda y la escurría sin ningún tipo de pudor. Como siempre, no llevaba más que la

enagua. Doña María, la abuela de la muchacha, podría recibir una fuerte impresión si la viera vestida como una gitana. Aurora tenía la piel dorada de tanto exponerse al plomizo sol andaluz, pero hacía un contraste muy hermoso con el pelo cobrizo. Y adoraba sus ojos, del color del oro viejo, «ojos de gata de pueblo», como la llamaba Diego. Eulalia suspiró porque el oficial estaba enamorado de ella desde que dejó de ser una niña, sentimiento que Aurora correspondía. Era un buen hombre. Con un corazón noble y de sentimientos profundos, pero ella había visto que ese amor no podía ser, y debía decírselo a su niña, aunque lo haría en un futuro cercano.

Siguió contemplándola en silencio mientras Aurora se secaba con la cara levantada hacia el sol. Las horquillas se le habían desprendido del cabello, y la larga melena cayó hasta su estrecha cintura que terminó mojada y llena de rizos incontrolables.

Eulalia volvió a suspirar.

Rodrigo de Velasco y Duero, conde de Ayllón, se encontraba de pie mirando el patio a través de la ventana. Tenía las manos entrelazadas en la espalda, y se percibía la tensión en los hombros.

—No puedes pedirme algo así, no lo aceptaré —la profunda voz sonó con un deje airado.

Rodrigo se dio la vuelta y miró a la mujer de forma penetrante.

—Hijo, no estás siendo razonable, lo sabes. Te arranqué una promesa hace mucho tiempo, y ha llegado el momento de que la cumplas —la voz de María sonó engañosamente suave, pero las palabras dejaban traslucir una determinación poco usual en una mujer de su edad.

—¡Es mi sobrina, y no permitiré que se marche! —sentenció Rodrigo con voz seca aunque respetuosa.

—¡Antes que tu sobrina es mi nieta, y haré que cumplas tu promesa, te guste o no! —contraatacó la mujer.

—Jamás daré mi consentimiento. Usted mejor que nadie conoce mis motivos, además, es mi heredera.

—¿Y qué harás con tu título? ¡No puede heredarlo! —la exclamación certera de su madre logró arrancarle una mueca a Rodrigo.

—Mi título pasará a su primogénito a su debido tiempo. Aurora es la heredera de mis propiedades, y lo poco que queda de mi fortuna.

María resopló indignada.

—Antes tendrá que casarse, y la educación tan arbitraria que le has dado va a ser un enorme obstáculo para ello —Rodrigo la miró con fijeza.

—Madre, mi respuesta sigue siendo no.

—Se merece conocer a su padre —continuó empecinada.

—Madre... no hay nada más que añadir —Rodrigo comenzó a avanzar para alcanzar la puerta y salir de la sala.

Se sentía herido en sus sentimientos fraternales. Su hermana melliza nunca quiso revelar el nombre del padre de su sobrina, y descubrirlo de esa forma tan repentina, lo enfurecía. En un principio se molestó, incluso le increpó, pero Inés se mantuvo firme y se negó a facilitarle información al respecto, y ahora su madre esperaba que dejara marchar a su sobrina a un reino lejano y con gente desconocida, ¿qué pretendía con ello?

—¡Espera, hijo! —suplicó María con voz atormentada—. Sé que te sientes molesto por mi determinación —él, la miró una vez más, y detuvo sus pasos.

—Suavizarlo ahora es inútil, pero todo está dicho: mi sobrina no marchará a ninguna parte, acéptelo cuanto antes.

—Ya es tarde. Hace semanas que envíe una carta que la propia Inés me dejó poco antes de morir. Me arrancó la promesa de enviarla cuando su hija fuera a cumplir los dieciocho años. Fue su última voluntad, y soy persona que honrar a los muertos. Es posible que pronto vengan a reclamarla.

—Madre, ¿por qué? —atajó Rodrigo con voz dolida.

—Es nuestro deber decírselo y aceptar su decisión. Créeme, me pesa en el corazón la promesa que le hice a tu hermana, pero debe conocer a su padre, además, debe de tener hermanos, tíos, y primos. Pienso que es una razón válida para que cedas.

—¡Es un maldito inglés!, y no cambiaré de opinión al respecto —la mirada de Rodrigo seguía siendo colérica, con un atisbo de decepción en su profundidad.

—¿Se lo dirás al menos? —preguntó María de forma vacilante.

—Es la única palabra que he prometido, y soy hombre de cumplirla. —Dicho esto Rodrigo abrió la puerta, salió al vestíbulo con grandes zancadas, y dando muestras de un disgusto enorme.

María suspiro cansada. Sentía un profundo amor por su hijo, y conocía sobradamente sus razones para no querer que Aurora se marchara a Inglaterra. Por culpa de un inglés cobarde casi pierde la vida, aunque el rencor no era buen consejero. Apenas quedaban restos del muchacho valiente, confiado y risueño que fuera una vez. Solo existía una persona capaz de conmoverlo, y

había volcado en esa persona todo su afecto. La había vuelto insolente, temeraria. Demasiado ávida por vivir y experimentar, cualidades que en una joven de su alcurnia podían convertirse en un verdadero problema.

Pero una hija debía conocer a su padre.

María se incorporó y se acercó a la ventana. Vio a su hijo cruzar el patio interior y pasar a su despacho. No se detuvo un instante a contemplar las bellas flores que desprendían un dulce aroma, y que llenaban de color la zona de la casa que más le gustaba. María ladeó la cabeza al sentir que una lágrima rodaba por su pálida mejilla, aunque cuadró los hombros, se alisó la falda del vestido y llamó desde la ventana a Eulalia cuando la vio pasar hacia las dependencias de los sirvientes.

—¿Qué te tiene tan turbado? —el oficial, apoyado en el marco de la ventana que daba al patio interior, miraba al que consideraba su mejor amigo. El cejo fruncido le indicaba que algo no andaba bien. Rodrigo se encontraba de espaldas a la mesa, mirando sin ver los cientos de libros que llenaban la biblioteca de la pared—. Estás comenzando a preocuparme, y sabes que eso no es fácil.

Rodrigo suspiró antes de hablar.

—La corona cree que le estoy pasando información a los carlistas, y esas sospechas me tienen entre la espada y la pared, apenas puedo moverme sin que me vigilen, y esta situación se está volviendo insostenible —Diego mostró la sorpresa que la declaración de su amigo le provocó.

—Eso es demencial —miró al conde con asombro—. Eres un hombre íntegro, de honor incuestionable. Se podría dudar de cualquiera, pero no de ti —Rodrigo hizo un gesto resignado apenas perceptible—. ¿Qué piensas hacer al respecto? —había duda en la voz de Diego.

—Ser un hombre práctico y mantenerme al margen. La corona está arrestando a todo aquél que le entorpece en su marcha hacia una completa sumisión del pueblo, y ahora no estamos en condiciones de hacerle frente.

—¿Temes por tu familia? —la pregunta sonó preocupada.

—A la corona solo le interesa que no se cuestione las decisiones arbitrarias que toma, y, si ha de pasar por encima de todos para que así sea, no dudará en efectuar las oportunas detenciones de los disidentes —Rodrigo hizo una honda inspiración y continuó—. Estoy preocupado por la seguridad de mi casa porque si algo me ocurriese ignoro qué sería de mi madre y de mi

sobrino. Tengo la obligación de velar por la seguridad de ambas, y la forma de protegerlas me mantiene en una encrucijada.

Diego asintió con la cabeza atónito.

—Percibo que te preocupa algo más —Rodrigo asintió.

—Acabo de hacer una promesa que no estoy seguro de poder cumplir. Tengo en el estómago una sensación inquietante: un presentimiento nefasto, y no importará lo que haga, o lo que decida, estoy convencido de que será una decisión desacertada. Sinceramente, no sé de qué forma actuar.

Diego se tensó involuntariamente.

—Si sigues yéndote por las ramas conseguirás crisparme los nervios.

Rodrigo se volvió y miró la cara de Diego. Vio la expresión preocupada de su rostro.

—Ahora por fin sé quién es el padre de mi sobrina, y mi madre me ha recordado una promesa que me arrancó hace muchos años.

Diego se atragantó con el vino que estaba tomando.

—¡Bromeas! —la sorpresa en la voz de Diego era innegable.

—¿Crees que bromearía con algo semejante? —Rodrigo escrutó el semblante serio del oficial, y, viendo que éste continuaba sin dar crédito a lo dicho, continuó—. ¡Es un maldito inglés! —se mesó el pelo castaño de forma automática, en un gesto casi idéntico al que usaba su sobrina para ordenar sus rebeldes rizos. Diego seguía sin poder articular palabra. Continuaba observando, deduciendo—. Agradezco tu silencio aunque no me ayude mucho.

—Mis palabras son lo último que necesitas en este momento, no obstante, no debería sorprenderte tanto la noticia.

—¿Que no debería..? ¡Esto es inaudito! —exclamó Rodrigo—. ¿Acaso soy el único escéptico con respecto a este asunto?

—No he dicho tal cosa ni he pretendido ofenderte —respondió Diego de forma conciliadora—. Ambos suponíamos que el padre de Aurora podría ser extranjero. Es un hecho indiscutible que es demasiado alta, y aunque tiene el color de tus ojos, muchos de sus rasgos deben ser herencia paterna porque no se parece en nada a Inés.

Rodrigo lo miró severamente.

—Ambos somos muy parecidos —arguyó de forma categórica.

—Es cierto, tiene tu impulsivo temperamento, tu color de ojos, y hasta tu misma impaciencia —concedió Diego—. Y por cierto, que tu sobrina anda medio escondiéndose por el patio. ¿Qué nueva chiquillada habrá cometido? —Rodrigo se giró de golpe, en dos pasos alcanzó la ventana que daba al bello

patio andaluz, y donde las numerosas plantas y la fuente de agua transmitían una sensación de paz. Llegó justo en el momento que Aurora miraba por detrás de una de las columnas de mármol, aceleraba el paso e intentaba pasar agachada por debajo de la ventana del cuarto de costura donde se oía a su abuela hablando con Eulalia. En sus prisas volcó una planta de geranios rojos, y, sin esconder una maldición, se agachó todavía más y recogió con prisas la tierra volcada. Cuando hubo reparado el daño cometido, respiró e intentó avanzar de nuevo hasta que oyó a su abuela que se acercaba a la ventana. Gimió interiormente y se sentó en el fresco suelo, aprovechó el momento para sacudirse los pies desnudos y manchados de las hojas secas que había aplastado al caminar descalza. Cuando la presencia de su abuela se alejó de la ventana, Aurora se alzó apenas un poco para no ser vista, y desapareció por la puerta de la cocina sin que la descubrieran, y sin sospechar que dos pares de ojos no se habían perdido detalle.

—¿Has visto lo mismo que yo? —Diego no podía disimular el regocijo en la voz.

—Ya ha estado gitaneando otra vez. Debería sentarla sobre mis rodillas y darle una buena tunda —murmuró Rodrigo en voz alta.

—Creo que es un poco tarde para eso —la sonrisa de Diego se estaba haciendo cada vez más amplia.

Rodrigo se había fijado en su pelo mojado. En el ruedo de su falda embarrado y sucio, en el desgarrón del tejido a la altura del hombro izquierdo.

—En ocasiones creo que he educado a un muchacho, y me arrepiento con toda mi alma.

Diego rio por el pesar que anunciaba el tono de Rodrigo..

—No debes sentirte culpable amigo mío, Aurora es una joven acostumbrada a salir airosa de cualquier percance, y, eso, en vez de pesarte, debería hacer que te sintieras aliviado. Aurora sabe defenderse gracias a ti, y nada quebrará ese espíritu retador que posee. —Rodrigo asintió con la cabeza, y Diego continuó con su apología—. Además —recalcó—, sus amigos han sido la mayoría de las ocasiones militares, por eso es del todo razonable que haya aprendido a soltar la lengua sin pudor. A uno termina gustándole esa forma de lanzar puñales con la boca. —Rodrigo negó con la cabeza.

—Cuando en ocasiones la oigo maldecir creo que mi hermana melliza se levantará de su tumba para pedirme explicaciones por su comportamiento —Diego terminó por soltar una carcajada al escuchar al conde—. Su sentido del humor es desquiciante, bromea constantemente, y uno nunca sabe cuándo habla

en serio.

—Amigo mío, creo que acabas de tener un golpe de suerte inesperado. — Rodrigo miró a Diego con duda sin comprender sus palabras—. Tu madre acaba de darte el arma para garantizar la seguridad de tu casa. —Rodrigo comprendió de inmediato.

El padre de Aurora deseaba que la enviara a Inglaterra, allí estaría protegida de la corona.

## CAPÍTULO 2

Aurora contemplaba a su amigo con candor. Le ofrecía una mueca apaciguadora mientras le extendía en el pie el unguento especial que le había preparado Eulalia con las hierbas medicinales, y que ahora ella usaba. Manuel la acompañaba en sus travesuras, y, en una de ellas, terminó lastimándose la rodilla, afortunadamente, no se había roto ningún hueso. El pie estaba casi curado. Las cataplasmas de arcilla roja habían funcionado, y ella quería bailar de alegría. Se había reducido la hinchazón casi por completo. Aurora era conocida por ayudar a su aya en atender a personas de clase humilde, y su altruismo comenzaban a alcanzar cierto renombre. Eulalia tenía una buena reputación como curandera, ella también ya que solía visitar a los pobres que no podían permitirse pagar los servicios de un sanador. Los atendía con hierbas y unguentos que les preparaban tanto Eulalia como el médico judío que era gran amigo de su tío Rodrigo. Su fama estaba alcanzando otras localidades cercanas a Ronda, y cada jueves por la tarde, el doctor judío, Jared Quenan, le prestaba una zona de su consultorio para que ella atendiese a las personas que venían expresamente a por hierbas y unguentos.

Aurora terminó de vendar el pie, cerró el tarro, y miró a los ojos de Manuel de forma directa y sonriente.

—Las últimas fricciones debes dártelas tú, y ahora tengo que marcharme antes de que mi abuela me eche en falta —Aurora calló un momento—. Se supone que debería estar bordando el ajuar junto a ella. —La voz de Aurora sonó alegre como casi siempre—. Ahora, deja de hacerte el enfermo, mueve tus posaderas gandulas, y dame las gracias por mi inteligencia.

—Se dice débil. —Manuel la miró con verdadera adoración. Aurora lo miró con censura tras la corrección.

—Estoy cansada de que me corrijas siempre. Mi uso del vocabulario es correcto, aunque me guste repetir esas expresiones que le escucho a Eulalia.

—¡Eres única, asombrosa! —El muchacho en un impulso le declaró—. ¡Estoy terriblemente enamorado de ti! —Aurora lo miró un instante sorprendida por la revelación, pero fiel a su naturaleza impulsiva, decidió no tomárselo en serio, y, una vez más, lo acicateó como era su costumbre.

—¡Qué palabra tan horrible amigo mío! *Locamente, muy, totalmente*, son adjetivos más acordes a una palabra tan sublime como «enamorado», pero, «terrible», qué forma más cruel de describir un sentimiento tan profundo como el amor.

—¿Cuándo me tomarás en serio? —le preguntó al mismo tiempo que chasqueaba la lengua decepcionado por la respuesta femenina.

—Cuando el reino de España se anexe el reino de Francia como territorio conquistado.

Ella tenía en mente la guerra que sufrieron los españoles por culpa de los galos.

—Te daría Francia envuelta en papel de regalo. —El tono de Manuel sonó lastimero. Miró de forma intensa los rizos rebeldes. La boca voluptuosa, y un deseo irreprimible se apoderó de él. La pilló desprevenida e intentó besarla, pero ella lo conocía demasiado bien y pudo desprenderse de su abrazo sin esfuerzo.

—¡Emmanuel, pero qué haces! —Aurora lo miró con dulzura y determinación—. Eres mi mejor amigo, no estropees algo tan lindo.

—Solo me llamas Emmanuel cuando te enfadas conmigo, sin embargo, sigo confiando en que algún día me quieras tanto como yo te quiero a ti.

—Si te quiero muchísimo *mon chiot*. —Los ojos de Aurora se dulcificaron.

—No me llames así, por favor, detesto el apodo y que me hables en francés para tranquilizarme —respondió ofendido—. No puedo evitar desearte, eres la mujer más bella que he conocido. Te amo desde siempre.

Aurora miró a su amigo de forma larga y profunda. Todavía recordaba al niño rubio y callado del que se burlaban el resto de niños en la escuela. Ella había salido en su defensa tantas veces que había perdido la cuenta. Manuel había sido un niño sosegado, de carácter tranquilo, todo lo contrario de ella, y en Aurora había encontrado un alma en quien confiar. Una amiga para jugar y reír. A sus veinte años se había convertido en un mozo muy apuesto. Era increíble lo que se parecía a su padre en la altura y en el color del pelo, afortunadamente, el carácter, la sonrisa y los buenos sentimientos eran herencia española. Su madre, Esperanza, había sido una mujer muy dulce. El que ambos fuesen huérfanos de madre los había unido en un lazo fraternal de lealtad y camaradería, pero ello se estaba convirtiendo en algo imposible desde que Manuel se creía enamorado de ella.

—¿Por qué me miras así? Sabes que no pretendía ofenderte. Eres muy importante en mi vida como para lastimarte. —En la voz de Manuel había un timbre de incertidumbre y pesar que no pasó inadvertido para ella.

—No me siento ofendida sino halagada, y seguiré siendo tu amiga siempre.

El muchacho terminó suspirando.

—El hombre elegido por tu corazón será muy afortunado, pero lo mataré —le dijo él.

—¿Piensas que te lo permitiría? Siempre protegeré al hombre que elija mi corazón.

La sonrisa de Aurora se hizo más amplia porque pensaba en Diego Vílchez de Soriano, el atractivo oficial que le había robado el corazón.

Estaba nerviosa. La espalda de su tío era imponente, y él seguía mirando por la ventana en actitud silenciosa. Suponía que la había pillado en falta, y nada la entristecía más que enojarlo, y menudo enfado debía de tener cuando necesitaba tanto tiempo para calmarse antes de regañarla. Impaciente, comenzó a golpear el suelo con el pie en un tac-tac que lograba exasperarlo aunque lo hacía de forma inconsciente. Rodrigo se dio la vuelta y la miró. Ella vio en el fondo de sus pupilas arrepentimiento. Algo no andaba bien porque su tío jamás la miraba con ese aire ausente de reproche. ¿Qué se suponía que había hecho? Lo ignoraba, pero, con cada segundo que pasaba, la piel comenzaba a transpirarle de inquietud.

Rodrigo finalmente tomó asiento.

—Tío, puedo asegurar que lo que sea que te hayan dicho, no es cierto, al menos no del todo. —La voz de Aurora sonó vacilante.

Rodrigo la miró de forma larga y pausada. Su mano enroscaba un rizo que le caía por el hombro hasta retorcerlo sin piedad. Estaba sentada en el borde del sillón ansiosa por escapar de la supuesta regañina que esperaba recibir, pero nada más lejos de la verdad. Suspiró de nuevo.

Estaba furioso con su hermana, era un enfado que duraba ya muchos años. Inés nunca se recuperó del parto porque Aurora había sido un bebé muy grande para la frágil constitución de Inés. Tras el alumbramiento, que había durado cuatro días, Inés no volvió a levantarse de la cama, y falleció meses después llevándose el nombre del padre a la tumba, o eso al menos creía él. Comprendía en parte la negativa de su hermana a revelárselo, aunque no por eso le dolía menos. Siempre habían estado muy unidos, y debido a esa lealtad le juró que protegería a su sobrina con su vida. Que la cuidaría como si se tratara de su propia hija, y, lo que tenía que hacer a continuación, le atenazaba el corazón hasta un punto insospechado.

—Ha llegado el momento de que conozcas algo que yo he ignorado hasta

hace poco.

—¿Nada de regañinas? —la pregunta de la muchacha sonó esperanzada.

—Si te refieres a gitanear por la calle haciendo fechorías como atormentar a nuestro vecino La Housaye manipulando a su muchacho para que te acompañe en tus escapadas y trastadas, no, eso lo dejo para tu abuela, y te espera más tarde una buena, créeme. —Rodrigo suspiró de nuevo antes de continuar—. Lo que tengo que decirte no va a resultar fácil para ninguno de los dos, tan solo espero que te comportes a la altura de tu madurez.

Aurora entrecerró los ojos. El discurso de su tío era demasiado diferente a lo que estaba acostumbrada. Los ojos serios de él anunciaban tormenta, pero ella deseaba dar ligereza a las palabras que pronto le diría su tío, y que estaba convencida de que no le iban a gustar en absoluto.

—No ingresaré en la orden de las Carmelitas para aprender a dar los puntos de cruz correctamente por más que la abuela se empeñe en ello.

Rodrigo sonrió por la ocurrencia tan descabellada.

—Eres la persona más irreverente que conozco para ingresar en una orden sagrada, y todo gracias a tu aya Eulalia. —Aurora le mostró una sonrisa franca—. Seriedad por un momento mochuelina —a ella le encantaba el apodo cariñoso por el que la llamaba su tío desde niña—. Debemos tratar un asunto importante, y no puedo hacerlo si sigues comportándote como una pilluela.

—Lo siento, sabes que forma parte de mi carácter. —La disculpa fue bastante sincera pero inútil—. Créeme si te digo que no me impacientaré hasta que acabes con la explicación que debes darme.

Rodrigo rio a pesar suyo.

—Tu abuela habló esta mañana conmigo y me arrancó una promesa de respetar tu decisión sin importar lo que yo piense al respecto.

Aurora lo miró extrañada.

—¿La abuela ha hecho...? ¿Respetar...? No comprendo —las cejas bien dibujadas de Aurora se levantaron de sorpresa.

—Tu padre no está muerto como creíamos, está vivo y es inglés —soltó Rodrigo de sopetón.

Aurora se quedó muda de la impresión. Inspiró una y otra vez hasta que el aire volvió a circular de nuevo por sus pulmones. Intentó hablar sin conseguir que ningún sonido saliese de su garganta. Se asustó de veras, porque esa noticia podía significar grandes cambios en su vida, y en un solo instante decidió que no quería saber nada más.

—Tío... no me importa —la voz le salió temblorosa. Rodrigo se

compadeció.

—He dado mi palabra, permíteme que la cumpla.

Aurora se levantó y se acercó al sillón donde estaba sentado su tío, se apoyó en el brazo como cuando era una niña. Descubrir que su padre no estaba muerto ya era una sorpresa, pero, ¡inglés! De todos los infortunios impensables era el más inconcebible. La mano de Rodrigo acarició el pelo de su sobrina de forma tranquilizadora, sabía la incertidumbre que debía sentir, y deseó con todo el corazón poder borrar sus palabras.

—Aunque la abuela me ha tenido en la ignorancia hasta el día de hoy, conocerlo no cambia nada —contestó ella.

El tono de voz sonaba igual al de su tío cuando estaba preocupado.

—Sí, lo cambia, pero ella te explicará. —Aurora giró la cabeza, y contempló a su abuela que cruzaba la puerta de la biblioteca y se aproximaba con paso silencioso hasta ponerse frente a ella. En sus ojos había compasión.

—Sé que es duro para ti lo que acabas de oír, y lo siento mucho.

—¡Lamentarlo, resulta inútil! —respondió la nieta. María acalló una sonrisa: su hijo solía decir esas mismas palabras y con el mismo tono—. Aunque no me importa quién sea mi padre. ¿Puedo marcharme ya? —La pregunta sonó impetuosa.

Rodrigo advertía el miedo en la voz de su sobrina.

—No, no puedes irte todavía, pasa Diego —Rodrigo alzó los ojos por encima de la cabeza de su madre, y le indicó a su amigo en un gesto para que se acercara.

El corazón de Aurora estaba medio desbocado. Durante mucho tiempo le habían hecho creer que su padre, un soldado valiente, había muerto en la batalla de Bailén donde murieron tantos soldados españoles, y ahora se encontraba la nueva de que no era así. Las preguntas que pugnaban por salir de su boca las ahogó en un intento por serenarse. Observó con cautela la entrada de Diego en la sala. Como siempre le ocurría cada vez que lo veía, un aleteo de mariposas en su estómago comenzó a darle alas a sus pensamientos. Miró de soslayo sus ojos castaños. Ese aire varonil que solo poseen los hombres seguros de sí mismos. El pelo lo tenía negro y espeso. Lo llevaba demasiado largo para un militar y le hacía parecer un bandolero. No era excesivamente alto, ambos se miraban a los ojos de frente, pero ella, ¡lo amaba!

—María... Rodrigo... Aurora.

El saludo se volvió lava candente cuando los ojos masculinos se posaron en ella dos segundos más de lo acostumbrado haciendo que la piel de ella

enrojeciera.

—Tomad asiento —les indicó Rodrigo a los tres.

Como solo había dos sillones frente al gran escritorio, Aurora optó por mantenerse de pie cerca de la chimenea. Con aire distraído sus dedos comenzaron a acariciar la repisa de mármol, y no se dio cuenta de las cábalas que estaba haciendo Diego mientras la miraba con ojos de admiración poco contenida.

—Madre, estamos esperando.

Aurora escuchaba con atención mientras que el alivio la inundaba tras la explicación de su abuela. Ahora comprendía los sentimientos de su madre. Supo por las explicaciones de María que su madre había estado prometida a un barón que sí había muerto en la batalla de Bailén: el que podría haber sido su padre, pero cosas del destino, en esa misma batalla buscando a su tío Rodrigo, había dado con un caballero inglés herido de muerte. Su madre lo cuidó durante semanas pues había perdido la facultad de moverse y de hablar por un golpe excesivamente fuerte en la cabeza, y hasta que pudo recuperarse del todo, Inés se proclamó su enfermera, trabajo que conocía muy bien y que hacía con asiduidad en los precarios hospitales habilitados en los campamentos tras las batallas. Sabía de la generosidad, paciencia y cariño con la que su madre trataba a todo el mundo. Su abuela le había contado tiempo atrás qué había ayudado a su aya Eulalia. Le habían dado una paliza de muerte, y la habían dejado en una zanja del campo a su suerte, Inés la había llevado consigo a la casa y la cuidó con mimo hasta que se recuperó por completo, y su aya Eulalia, en agradecimiento, se convirtió en su mejor amiga y confidente.

—Gracias por venir Eulalia. —Rodrigo miró a la mujer morena que era parte de la familia—. Tenemos que tomar algunas decisiones, y necesito todas las opiniones posibles.

Eulalia miró al conde con absoluta adoración en sus ojos negros. Rodrigo era un hombre increíble. Un auténtico líder. Sus hombres le respetaban y confiaban ciegamente en su criterio. El conde Ayllón era un hombre extraordinario, tolerante, y con un sentido del honor inquebrantable. De altos valores morales, además de un hombre paciente. Sí, decididamente Rodrigo era un hombre excepcional.

—Madre, ya sabe que la corona tiene intención de detenerme. —María ahogó un sollozo.

El rey Fernando había mandado ejecutar al Empecinado, a Torrijos, al teniente coronel Rafael del Riego, y su querido amigo Francisco de Goya

estaba exiliado en París. María era consciente que la Constitución de 1812 estaba amordazada. No interesaba porque en ella se abolían los privilegios de clase. Se suprimían los señoríos. Se abolía los mayorazgos, y también la inquisición. El reino había vuelto al absolutismo, y María, defensora de la libertad, se aferraba a su impotencia. Su reino seguía sangrante, desgarrado tras la guerra contra Napoleón, pero ahora cientos de españoles valientes tenían que emigrar al reino vecino Francia: antes era enemigo y ahora aliado de los que huían de la ira del rey.

—Al principio me puso furioso ignorar quién era el padre de mi sobrina, pero gracias a Diego he podido vislumbrar los beneficios de que sea extranjero y que esté vivo.

—¿Beneficios? —la pregunta le salió a Aurora estrangulada.

—Tienes que partir a Inglaterra —fue el contundente comentario de él.

—¡Antes prefiero marcharme a Francia! —respondió ella.

Rodrigo miró a su sobrina con atención tras el último comentario.

—Madre y tú marcharéis a Inglaterra de inmediato. Puedo hacer frente al rey si respondo solo por mi vida, pero no podré hacerlo si tengo que preocuparme de vuestra seguridad y protección. Diego y Eulalia os acompañarán, y cuando pase el peligro, regresareis a casa.

Las palabras de Rodrigo no admitían discusión.

—No me marcharé del reino, no deseo hacerlo, aquí tengo todo lo que quiero. —La actitud indolente de Aurora empezaba a cansar a María—. Además —continuó—, es demasiado presumir que quieran tenerme con ellos. No me conocen ni saben siquiera que existo —argumentó dolida.

Reinó el silencio por un momento.

—Sí, conocen tu existencia —María miró duramente a su nieta—. Y no esperaba una negativa así de tajante por tu parte, pero debes saber que tu padre es un marqués respetado y querido en su...

Aurora no la dejó terminar.

—¡Abuela! ¿Es consciente de lo que dice? Los ingleses son unos piratas que nos roban desde hace siglos, que nos odian y desean humillarnos de todas las formas posibles.

Rodrigo alzó una ceja. Se sentía culpable porque su sobrina hablaba así de los ingleses influenciada por él, que no los tenía en alta estima por lo ocurrido en el pasado.

—¿Piratas? ¿Nos odian? —María estaba atónita. Tras una larga mirada larga a Rodrigo volvió sus ojos a su nieta—. Nos ayudaron a luchar contra

Napoleón. —María calló durante un momento—. ¿Crees que no me hubiese gustado que tu padre fuese un soldado español? Pero cuando no se puede elegir, uno se conforma con lo que tiene.

Aurora se movió nerviosa.

—Soy informal por naturaleza. Me educaron así.

—¡Trata con más respeto a tu abuela! —le espetó Rodrigo enfadado. Aunque comprendía la incertidumbre que debía sentir, no por ello tenía que mostrarse irrespetuosa—. Piensa en la gran oportunidad de viajar que se te presenta: aprender cosas nuevas. Es una ocasión única.

María miró atónita a su primogénito. El guiño a su nieta no le había pasado inadvertido, y entendía demasiado bien que si Aurora tenía alas era exclusivamente por su culpa. Suspiró entre resignada y decidida.

—No parecen unas vacaciones sino un destierro —se quejó Aurora, y su voz sonó resentida.

—Estoy pensando en tu seguridad y en la de tu abuela. ¿Acaso imaginas que me gusta ver a mi única familia lejos? ¡Dependo de otros para vuestra seguridad!

Aurora se sintió mortificada. Sabía que su tío se encontraba vigilado y controlado por los hombres del rey, y que era cuestión de tiempo que lo apresaran. Una garra de hierro comenzó a estrujarle el corazón.

—Entonces, si tengo que marchare, ¿por qué no vienes con nosotras y te alejas del reino un tiempo? —Inquirió esperanzada.

—¿Y no me llenaría de vergüenza un acto tan execrable y ruin por mi parte? —El tono de Rodrigo no admitía réplica alguna—. ¿Dónde quedaría mi honor si hiciera algo tan despreciable? No puedo salir del reino porque parecería que soy culpable, y no lo soy. La corona no tiene un enemigo en mí, y si me marchó, la balanza se inclinará en un sentido y parecerá que huyo. Un Velasco está por encima de la cobardía.

La abuela decidió intervenir.

—Nuestro amigo Francisco está en París, y ello no quiere decir que tenga menos valentía que los que se quedan. —La voz de María sonó demasiado queda, aunque todos la habían oído.

—Pero yo soy un militar, madre, no abandono a mis hombres, y espero que no esté sugiriendo lo contrario... —las palabras quedaron suspendidas.

Rodrigo lamentaba la libertad en la educación que le había dado a su sobrina, esa independencia le traía ahora muchos problemas.

—Ahora, debemos hacer planes.

## CAPÍTULO 3

El pesado carruaje subía serpenteando por el estrecho camino de montaña. Dejaban atrás la provincia de Cádiz, y avanzaban hacia la ciudad montañosa de Ronda. Los sirvientes que los acompañaban sentían el brillo candente del sol sobre sus cabezas, aunque la fresca brisa del mediterráneo calmaba en parte la incomodidad de sus monturas. Dentro del tambaleante y oscuro habitáculo la atmósfera se volvía más asfixiante, el aire húmedo y caliente parecía una manta: convertía cada inspiración en un resuello.

—Parece como si este viaje no fuese a terminar nunca. Jamás creí que pudiese hacer tanto calor en un sitio.

Christopher miró a su hermano pequeño medio compadeciéndose de él. La gruesa ropa que vestían les hacía sudar copiosamente, esperaba que hiciese calor en Andalucía, pero la realidad superaba lo esperado, aunque debía admitir que acostumbrado al color gris de Inglaterra, la llegada a Cádiz había resultado impactante: nunca había contemplado una ciudad donde las casas reflejasen tanta luz. El viaje en barco había sido apacible, mas ahora que se estaban acercando a su destino, los nervios estaban haciendo mella en su espíritu tranquilo. Desconocía lo que le esperaba, aunque la promesa hecha a su padre dejaba muy poco margen a las especulaciones.

El suspiro caliente de Andrew sacó a Christopher de sus pensamientos.

—Nunca creí que este reino pudiese ser tan hermoso, y qué contrastes — comentó Andrew con media sonrisa—. Y eso que no hemos visto el norte. Padre dice que se parece mucho a Inglaterra en el clima: llueve mucho y hace más frío —Andrew escudriñó a su hermano directamente—. Estás preocupado, ¿verdad?

La pregunta era inquisidora.

—Sí, nuestro padre se ha aprovechado de su estado para obligarnos a hacer este viaje, un viaje que puede ser nulo si lo que temo se cumple.

Andrew miró a su hermano mayor sin hacer conjeturas. Sobraban las palabras cuando ambos tenían las mismas preocupaciones. El ceño fruncido y el gesto adusto de Christopher mostraba claramente lo que pensaba al respecto.

—Ahora entiendo por qué padre nos sugirió que aprendiéramos español, quizás se imaginaba que algún día podríamos necesitarlo.

Christopher taladró a su hermano con la mirada mientras resoplaba malhumorado.

—Hemos aprendido español porque hemos estado en guerra con Francia, y teníamos que ayudar a los españoles a librar sus batallas. Nunca olvides de quién eres hijo.

La voz de Christopher sonó demasiado seca.

—Al contrario que tú, mi querido hermanito y heredero, no tengo tantos prejuicios contra nadie ni juzgo las cosas por el envoltorio pues ello nos lleva a constantes sorpresas.

—Cuando los españoles comiencen a darte patadas en tu británico culo, me sueltas esta diatriba sobre mis prejuicios contra una gente insolente a la que considero descarada.

—Creo que las patadas serán solo para ti pues yo pienso limitarme a disfrutar del viaje, y a no sorprenderme por lo que me encuentre durante el camino, es más, no comparto tu idea de que sean personas insolentes, ya me gustaría a mí disfrutar de este clima todo el año. —Con este último comentario Andrew volvió la cabeza para mirar por la ventanilla.

Estaban cruzando Sierra Bermeja por el noroeste, y lo que veía lo dejaba complacido. Nunca cruzaba un puente antes de llegar, si debía preocuparse de algo, ya lo haría llegado el momento, ahora solo pretendía que el viaje impuesto fuese algo para recordar en el futuro.

Manuel la miraba callado, aunque una ligera sonrisa se escapaba de sus labios viendo a su amiga balancear los pies dentro de la pileta de agua. Los lavaderos colectivos en el margen del río eran el sitio perfecto para poder hablar sin ser espiados. Habitualmente estaban llenos de mujeres de clase humilde, pero a esta hora de la tarde se encontraban desiertos. El muchacho la veía triste, y no le extrañaba en absoluto. Las últimas noticias habían sido sorprendentes y no sabía cuál le impactaba más, si el hecho de que el padre de su amiga fuese inglés o que se marchara pronto a otro reino. Admiró sus pies perfectos y pequeños.

—Tienes los tobillos muy bonitos —Aurora lo miró sonriente.

—Eres un francés licencioso —la mirada de Manuel estaba desprovista de cualquier sentimiento obscuro.

Ella confiaba en él pues había compartido su soledad, también el vacío de cariño por la madre que no conoció. Las miradas de la gente del pueblo reprobándolo porque su padre era francés ¡como si él tuviese la culpa!

—¿Es cierto que tu padre es marqués? —le preguntó.

Aurora hizo una burla significativa.

—Como si eso importase pues los títulos no hacen mejores a las personas.

—Tu tío es conde —le replicó para molestarla.

—Y tú padre también —contraatacó rápida—, pero eso no significa que sean mejores porque lo que cuenta son los sentimientos: lo que hacemos para ayudar a todo el que lo necesite.

—Te preocupas por todos.

La valoración en su voz no admitía duda alguna.

—Si ayudamos a otros, la vida nos premiará —ante la expresión atónita de su amigo, Aurora sonrió—. Sabes que estoy bromeando. Quizás el tener una aya gitana me haya contagiado ver el mundo con sus ojos.

Manuel la miró con sorpresa.

¡Pero si los gitanos son radicales en sus costumbres! —La exclamación sonó incrédula.

Y era cierto. Los gitanos eran una comunidad cerrada y con costumbres que no compartían con nadie.

—Se ayudan entre ellos, Manuel, no importa que uno tenga más y otro menos, se cuidan y protegen. Entre el resto de los mortales si tienes más que otro lo miras por encima del hombro y le haces sentir como si fuese un gusano.

—¿Gusano? —Manuel no pudo aguantar la carcajada.

—¡Granuja! no deberías reírte de mí.

—Sabes que adoro tu lenguaje soez tan diferente del resto de las jovencitas pusilánimes que conozco.

Aurora abrió los ojos con falsa incredulidad.

—¿Pusi qué...? ¡Vaya! Debería darte vergüenza hablar así de las muchachas.

—Te voy a extrañar muchísimo, y me duele el sufrimiento que te causará la partida.

—Conoces mi naturaleza optimista —continuó ella—. He decidido aprovechar al máximo todo cuanto me acontezca.

Aurora alzó el mentón y le dedicó una sonrisa pícara.

—He hablado con mi padre, y le he comentado que me gustaría trasladar mis estudios a Inglaterra. Tienen unas universidades estupendas.

—¿Harías eso? —preguntó atónita.

—Mi padre se muestra encantado, y yo podré estar cerca de ti, consolarte cuando necesites un amigo. —Manuel había dejado a su amiga sin habla—. ¿Te he sorprendido?

—Como un gato metido en una alacena. —Tras un instante de entendimiento le extendió la mano y lo invitó con camaradería—. Ven... vamos a comer cerezas.

Manuel abrió los ojos horrorizado.

—Yo no pienso encaramarme a ningún árbol, ya sabes cómo quedó mi pierna la última vez que te hice caso —argumentó, Aurora lo miró soltando un suspiro—. Ya me subiré yo por ti...

Rodrigo miró a los dos invitados con suma atención. Ambos estaban sentados en los sillones frente a su escritorio en despacho. Estaban silenciosos y mostraban una rigidez excesiva. Eran de aspecto similar: el mismo pelo rubio claro, los ojos azul celeste. Altos y bien parecidos. El mayor tenía un porte demasiado severo. Las líneas de cinismo se dibujaban en la comisura de su boca, pero el menor tenía un aspecto más jovial. Miraba con curiosidad todo lo que le rodeaba.

María los miraba con recelo. Los dos habían demostrado conocer la lengua española aunque tenían un marcado acento inglés. Intentó ver en ellos algún parecido con su nieta, pero no lo encontró, María ignoraba, que salvo el color de los ojos, los dos muchachos eran parecidos a su madre.

Diego los observaba con demasiada intensidad. Con las manos cruzadas en la espalda, los evaluaba como si fuesen enemigos ancestrales que estuviesen a punto de cometer una traición. Esperaban la llegada a casa de Aurora: las correrías de la misma eran inauditas pues jamás sabían con exactitud en qué lugar se encontraba. Diego sonrió para sí mismo, adoraba a esa chiquilla. Hacía casi un año que le había confesado a Rodrigo los sentimientos tan profundos que albergaba hacía ella, sentimientos correspondidos, presumió. Su amigo le había pedido que esperase un tiempo pues Aurora seguía siendo muy joven y deseaba que estuviese convencida de lo que sentía por él. Como buen militar, Diego entendía que la espera solía dar buenos resultados, y él podía seguir esperando de forma paciente.

Voces y risas que provenían del vestíbulo les anunciaron a todos que Aurora había llegado a la casa. Rodrigo le había pedido a Eulalia que anunciara a su sobrina que la esperaban de inmediato en la biblioteca. La oyeron despedirse de su amigo Manuel, cómplice de todas las travesuras que hacía cuando éste no se encontraba estudiando en Salamanca. La oyeron soltar una exclamación y entrar de forma abrupta en la habitación donde todos la

esperaban ansiosos.

Nadie supo quién se había quedado más estupefacto al contemplarse mutuamente.

Ella tuvo una visión completa de todos, incluso de los dos huéspedes que la miraban con la boca abierta. Su tío Rodrigo la miraba con una admonición en sus ojos, y su abuela mostraba un rictus de enfado en la mirada. La amplia sonrisa de Diego al contemplar su desaliño la desarmó, y deseó que la tierra se la tragase. La imagen que mostraba era la de una cingara. Llevaba el abundante pelo suelto y desgreñado. El ruedo de su falda estaba húmedo todavía. Las manchas marrones y verdes de su vestido, antes inmaculadamente limpio, daban fe de lo que había hecho esa tarde, y los bultos sospechosos que se asomaban por entre los bolsillos arrancaron a Diego una sonrisa porque estaban llenos de cerezas, y supuso que procederían del huerto de su joven amigo. Llevaba las manos raspadas de trepar a los árboles y sujetaba los zapatos con las manos. Había entrado descalza, hábito que tenía desde la niñez. Aurora no acertó a decir nada, estaba tan concentrada en escudriñar a los visitantes que se había olvidado de lo poco presentable que mostraba su aspecto.

—Aurora, sube ahora mismo a tu alcoba. Más tarde tendremos una conversación sobre tu atuendo. —Rodrigo debía de estar terriblemente enfadado pues su tono de su voz había sonado estricto y con una candencia marcial.

Sin pronunciar una protesta, hizo una inclinación con la cabeza y salió tan sorprendentemente como había entrado.

Eulalia no podía contener la risa al ver el descalabro de su entrada. Conocía los hábitos de su niña de comer fruta a todas horas del día sin importar dónde se encontrase, solía entrar al huerto del conde La Housaye porque tenía los mejores cerezos de la región.

—Ja, perro vagabundo no se muere de hambre.

Aurora miró a su haya desolada.

—¿Crees que ahora me ayudan tus refranes? Podías haberme avisado, pero ¡no! debías permitir que hiciera mi entrada triunfal —Aurora gimió compungida—. Aya, sabes que la primera impresión es la que vale, y yo no deseaba darles a mis enemigos ningún arma para usar en mi contra —la voz sonó demasiado dolida—. No sé qué pretendías ganar con ello.

Eulalia había pretendido que su niña se mostrase como realmente era.

—Alguna vez tienes que aprender a pensar antes de actuar. Vives la vida de impulso en impulso, y eso ha de terminar de una vez. —La sonrisa de Eulalia resultaba contagiosa—. Hija mía, no sé quién se quedó más sorprendido, todavía deben tener esos ingleses esmirriados la boca abierta.

—Pero mi tío no me lo va a perdonar —se lamentó—, ni mi abuela, pardiez, ¿viste la cara de Diego?

—Chiquilla, de todos, es del que menos tienes que preocuparte, además, les acabas de dar a tus dos hermanastros un susto de muerte. Les hace falta que les muevan los huesos pues han estado sentados y rígidos durante tres horas, si no lo veo no lo creo, si hasta se han traído sus propias hierbas para tomar, que me aspen, eso no augura nada bueno.

—Y ahora se llevarán una impresión equivocada de nosotros, creerán que todas las muchachas españolas son desaliñadas y vulgares —tanto descorazonamiento hizo reír a Eulalia.

—Esos dos cangrejos<sup>[4]</sup> ya tenían una impresión desfavorecedora de todo, y nada de lo que puedas hacer o decir variará esa conducta.

—Eso que dices es terrible, y además presuntuoso.

—Y algo que deberás cambiar, por eso tu entrada ha sido de lo más afortunada. Cree a esta vieja que sabe lo que dice.

Aurora la miró largamente, y aunque no entendía nada, su aya siempre le había dado buenos y acertados consejos.

—¿Por qué sacas el vestido violeta? —Eulalia la miró con ojos brillantes.

Era el vestido de fiesta que había utilizado una vez cuando asistió con su tío a la corte de Madrid. Era el más bonito que tenía.

—Porque vas a darles la segunda sorpresa a tus cangrejos.

Aurora chasqueó la lengua resignada.

—¡No son mis cangrejos! —la corrigió al mismo tiempo que terminaba de untarse aceite aromático por el cuerpo. Eulalia siempre le decía que una señorita tenía que mimar la piel, y aunque a ella le parecía de una vanidad escandalosa, ya estaba acostumbrada a las excentricidades de su aya. Aurora protestó cuando Eulalia le informó que pretendía ayudarla a vestirse. La mujer era consciente que, si no estaba presente, su niña terminaría por dejarse la mitad de las ropas interiores sin poner, se había acostumbrado a la libertad de no llevarla, pero hoy debía estar impecable.

Christopher estaba enmudecido. La joven que acababa de traspasar la puerta apenas se parecía a la cingara que había contemplado hacía menos de una hora. Un vestido de corte imperio, y del color más inusual que hubiese visto nunca, lo miraba con ojos curiosos. Había entrado tan regia como una princesa. Vio el gesto altanero que le dedicó a su tío, gesto que él entendió al momento pues mostraba una determinación parecida a la suya. Observó el pelo recogido en un perfecto moño en la nuca, salvo unos cuantos rizos rebeldes que no se dejaban sujetar. Admiró los adornos plateados que moldeaban algunos mechones prendidos en ellos y que destacaban como lenguas de fuego. El color de los ojos lo apabulló, eran los más extraordinarios que había visto en su vida: de un color indeterminado entre el bronce y el oro, sí, realmente la muchacha era de una belleza excepcional. Ya predecía los problemas que causaría en Londres si decidía acompañarlos, sobre todo porque no podía negar de quién era hija con ese pelo cobrizo, y ese hoyuelo en la mejilla.

Diego no podía respirar porque una mano le oprimía el corazón. Siempre conseguía sorprenderlo y sin importar cómo fuese vestida, o de gitana, o como una princesa. Los ojos de Aurora se detuvieron un instante más en sus ojos que en los de ninguno y eso lo llenó de un calor cálido. Le devolvió la sonrisa y una inclinación de cabeza a modo de aceptación, gesto que pasó desapercibido para todos salvo para Eulalia.

La voz de María los devolvió a ambos al presente.

—Señores, pasemos al comedor, la cena está lista desde hace bastante tiempo. —María usó sus dotes de anfitriona para acomodar a los invitados—. Les hemos preparado algo ligero, imaginamos que tras el arduo viaje lo que desean es descansar. Cenaremos, y después tomaremos el café en el patio.

La cena fue transcurriendo de forma silenciosa. Rodrigo comió sin apetito pues era muchos los pensamientos se agolpaban en su mente. No sabía lo que había esperado de la familia paterna de Aurora, aunque sus dos hermanos y su actitud escapaba a su entendimiento. Apenas habían hablado. Tras el interrogatorio de preguntas por su parte, habían respondido, sobre todo el mayor, con monosílabos, detalle que lo exasperaba profundamente. Solo le habían contado que John, el padre de Aurora, había recaído de un ataque al corazón y estaba muy grave. Era el segundo en seis meses, y los médicos temían por su vida. Ante lo precario de su salud les había pedido a sus hijos que marcharan hacia el reino de España y le diesen una carta a la familia de Aurora. Esperaban la decisión de Rodrigo, y él se encontraba en una encrucijada.

Mientras los invitados tomaban café en el bonito y floreado patio andaluz, Rodrigo había acompañado a su sobrina a la biblioteca para darle la carta que le habían traído sus hermanos desde Inglaterra. La miraba callado mientras ella leía resignada.

—¿Qué piensas mochuelina? —Rodrigo vio que su sobrina seguía leyendo la carta que le habían dado sus hermanos, sentía cierta desazón.

—John Beresford está muy enfermo. Ruega, como un favor especial, que me permitáis acompañar a mis dos hermanastros hasta Inglaterra porque él no puede desplazarse hasta aquí.

Una duda asomó a los ojos de Aurora. Rodrigo tomó la mano de ella entre las suyas.

—Esto nos da la ventaja de no tener que rogarles que te lleven con ellos. Permitiendo que te marches, les hacemos un favor, ¿eres capaz de ver la diferencia?

Aurora miró a su tío y sonrió.

—Eres la astucia personificada —respondió.

Rodrigo le guiñó un ojo cómplice.

—A veces, una diferencia tan sutil, puede inclinar la balanza en cualquier situación. Tienes la oportunidad de viajar y conocer otros lugares, yo tendré la tranquilidad de saberte a salvo junto a la abuela. Creo que es un intercambio justo, y, a cambio, solo tienes que conocer a tu padre.

—Aun así, no quiero dejar Ronda, tío. Es la única tierra que conozco, y tengo la inquietante sensación de que, si me marcho, ya no podré volver. —Rodrigo le acarició la mejilla como cuando era una niña pequeña—. Desconozco lo que encontraré en Inglaterra, el trato que recibiré, solo atino a recordar lo mal que lo pasó Manuel aquí. La gente del pueblo siempre lo veía como un extranjero a pesar de que su madre era española. No deseo el mismo trato allí.

—Los franceses han sido enemigos, los ingleses aliados, es una clara diferencia que no debes olvidar nunca pues ello puede significar nuestra derrota o nuestro triunfo.

—Tío... ¡siguen ocupando nuestro Peñón! —las risas de ella desmentían la exageración de su tono.

Rodrigo, en innumerables ocasiones, había bromeado sobre el Peñón de Gibraltar que seguía en posesión de los ingleses a pesar de los intentos del monarca español de recuperarlo.

—Imagino que presentarás tal batalla, que incluso es posible que nos lo

retornen sin una réplica. —Aurora entrecerró los ojos ante la pulla merecida —. Prométeme que te comportarás como la dama que eres. Nada de cinganear por las calles, ni usar tus famosas palabras soeces, ni andar descalza pues ya no eres una niña sino toda una mujer.

Las mejillas de Aurora se encendieron por la crítica.

—Prometo que actuaré como una mujer impecable, y me comportaré como una española implacable —Rodrigo la miró con tanta ternura, que a ella se le llenaron los ojos de lágrimas, pero no las derramó—. ¿Cuándo tengo que marcharme?

—Pasado mañana.

—¿Tan pronto? —la pregunta la hizo en un tono lastimero.

—Es posible que cuando llegues, tu padre ya no esté vivo. Está todo empaquetado desde hace días, es mejor partir cuanto antes.

—Lo sé, pero resulta tan duro.

Rodrigo la miró con ternura en sus ojos. Sabía el enorme reto que se abría ante ella, pero ese reto podía significar muchas cosas, y deseó desde el fondo de su corazón que el impulso de mandar a su sobrina a un reino extranjero no le pasara factura después.

—Sé que pondrás todo el empeño de tu parte para hacer que este viaje resulte lo más enriquecedor posible. —Aurora volvió los ojos a su tío—. Tienes mi palabra de que iré a buscarte a ti y a la abuela en cuanto me lo permitan las circunstancias, y yo nunca te miento mochuelina.

Aurora abrazó a su tío convencida de que sería así.

## CAPÍTULO 4

Aurora y Eulalia estuvieron listas para partir muy temprano. Vestían ropas de viaje ligeras porque en el mes de agosto la temperatura ya era calurosa a esa hora de la mañana. María se reunió con ellas a la entrada, y, sorprendentemente, Diego fue el último en llegar.

El gran carruaje que Rodrigo había comprado meses antes impresionó a los dos ingleses. Era lo suficientemente amplio para transportar todos los baúles e incluso el pequeño arcón que contenía todas las pociones de Eulalia. Aurora se reclinó en el asiento de terciopelo con su abuela a un lado y Eulalia al otro. Diego y los dos ingleses estaban sentados frente a ellas. Cerró los ojos y se sumió en sus pensamientos. Las últimas semanas habían sido caóticas, aunque le hacía reír el recuerdo de la escena que había protagonizado Eulalia y sus dos enormes baúles. Uno pesaba tanto, que Rodrigo le había increpado si acaso lo llevaba lleno de piedras para tirárselas a los ingleses en cuanto desembarcaran en Inglaterra, si bien Eulalia se negó a dejar nada, y lo tenía bien cerrado con llave. Llave que se había colgado posteriormente al cuello con una fina cinta de terciopelo carmesí, como el color de sus labios. A ella le extrañaba que no comenzaran el viaje desde la ciudad de Cádiz. Iban a cruzar el reino desde el sur hasta el norte. El pequeño velero de tres mástiles, propiedad de sir John Beresford, bordearía la costa de Portugal hasta alcanzar la ciudad portuaria de Santander, desde allí embarcarían con destino a Dover.

A ella le provocaba risa contemplar la incomodidad de Christopher y Andrew, si ellos en algún momento pensaron que en Ronda hacía calor, cuando llegaron a la ciudad de Córdoba creyeron que habían entrado directamente al infierno. Cuando llegaron al norte se instalaron en la propiedad de su abuela. Desde los amplios balcones del palacete podía ver la playa que a esa hora de la tarde se veía tormentosa. Sus hermanos recorrían los pueblos norteños mientras se impacientaban por la tardanza de María en concretar sus asuntos. Habían llegado hacía varias semanas, pero María tenía que arreglar unos temas antes de dejar el reino, asuntos que se estaban demorando más de lo habitual. Aurora se encontraba sentada en el suelo frente a los grandes balcones abiertos donde una ligera brisa anunciaba que pronto llovería sobre la ciudad. A esa hora de la tarde, solo algunos paseantes se atrevían con el aire que ya se había vuelto frío. En el norte, el mes de octubre significaba que algunos días podían ser buenos, pero no la mayoría. Continuaba con la labor de escribirle a Manuel, y lamentaba mucho no haberlo visto el día de su

partida, aunque confiaba enviarle las señas una vez que estuviese instalada en Inglaterra.

María la observó detenidamente desde la puerta entreabierta, su nieta tenía los pies descalzos y devoraba un puñado de almendras a medida que iba escribiendo. Lamentaba profundamente el cambio de planes, pero ella debía partir de inmediato a París, y esperaba que Aurora no se lo tomase muy mal. La rápida llegada de Diego detuvo la pluma a medio mojar, Aurora lo había presentido, se dio la vuelta, y los miró a ambos, se levantó y sonrió.

—Abuela, ¿ha terminado ya sus diligencias?

El silencio prolongado le indicó que había noticias que no le iban a gustar en absoluto.

El velero de tres mástiles seguía amarrado en el puerto mientras los pasajeros subían sobre la pasarela: partirían en unas horas hacia Dover. Michael Carter, capitán del *Diablo negro*, seguía haciendo preparativos constantemente, y creando un bullicio que mantenía alerta a toda la tripulación. Aurora no lloró, como sabía que no dejaría de llorar en el mismo instante en el que la figura de su abuela se perdiera en el horizonte. Lloraron Eulalia y María cuando se despidieron. Que su abuela no la acompañara a Inglaterra escapaba a su comprensión. No entendía los asuntos que tenía que resolver en París, ni que fuesen tan importantes para que tuviera que acompañarla Diego. Le había prometido que en unas semanas se encontrarían, pero un cierto descorazonamiento le indicaba que tardaría mucho más de lo que le prometía. Se sentía defraudada, y se empeñó en acompañarla, si bien había resultado inútil. Con una última mirada suplicante miró a su abuela, se volvió, y subió cuidadosamente por la planchada del barco. Así, desde lo alto de la proa del *Diablo negro*, vio cómo la figura temblorosa de María y Diego se iban perdiendo en la distancia. Contuvo el impulso de lanzar gritos al viento. Christopher vio a la muchacha que mantenía la espalda rígida. Seguía asida con fuerza a la barandilla del barco, sin embargo, no soltaba ni una lágrima ni un quejido. Esa fuerza de control lo tenía atónito, durante el viaje había demostrado una gran templanza. Él estaba cansado pues lo que pretendía ser una travesía de algo más de tres semanas, se había convertido en tres meses. Sufría por su padre, aunque se mantenía informado de su salud mediante telegramas. Volvió de nuevo los ojos hacia ella y se preguntó qué pasaría por su mente.

Aurora estaba destrozada, se hacía cientos de cábalas por su abuela. Y su corazón lloraba acongojado. El beso en la frente que le había dado Diego, solo había servido para descorazonarla todavía más. Cuando la tierra acabó por perderse en el horizonte, Aurora bajó hasta su camarote, el cual compartiría con Eulalia. A pesar de que el velero no era excesivamente grande, disponía de todas las comodidades: una bañera de latón y una pequeña chimenea, no obstante, ella se sentía tan falta de vida como los días grises que preceden al invierno. Se sentó en el sillón de terciopelo granate y se mesó el pelo de forma compungida, se tapó la cara con las manos y cedió a un llanto largamente retenido.

# INGLATERRA

## *Crimson Hill.*

Justin Clayton Penword escuchaba atentamente a su padre, Devlin Charles, duque de Arun, a la vez que asimilaba las palabras que poco a poco iban calando en su cerebro. La juerga nocturna le pasaba factura. Había salido con su hermano menor Jamie, y con su primo escocés, Brandon, que había venido días atrás de las tierras altas de Escocia acompañado de su hermana para la temporada social que iba a iniciarse en unas semanas. Justin ignoraba que su primo necesitaba dinero, y que había acudido a su tío el duque para que le hiciera un préstamo.

Las náuseas le estrujaban el estómago, y, el tono ceniciento de su semblante, anunciaba a todo aquél que lo mirase lo mal que lo estaba pasando. Había intentado vencer a su gigante primo, pero había resultado inútil. ¿Qué le estaba diciendo su padre? La terrible acedia no lo dejaban concentrarse, y temía no controlar las arcadas y acabar vomitando en el perfecto chaleco gris perla de su padre.

Devlin cesó un momento de hablarle a su primogénito. Por el tono verde de su cara debía estar pasando un mal rato. Pensó que los jóvenes no sabían beber ni comportarse. Después tendría una charla con su sobrino que era cuatro años mayor que Justin, pero ahora le interesaba que su hijo primogénito le prestase algo más de atención.

—Te están preparando un té de sauco, ya sabes lo que opino sobre el beber cuando uno no es capaz de controlarse.

Justin gimió ante la crítica. Él sabía controlar la bebida, salvo la noche pasada.

—Padre, tanto mi hermano como yo somos capaces de beber durante horas sin inmutarnos. Pero le aseguro que ese engendro de mi primo no es humano, es imposible vencerle.

—Brandon se encuentra en Inglaterra para casar a su hermana, no para vivir juergas con mis descerebrados hijos.

—Padre, ¿deseaba hablarme sobre nuestra prima? —la pregunta sonó lastimera.

—Deseo hablarte de tu compromiso. —Justin lo miró confuso.

Esas palabras sí lograron despejar en parte su cabeza.

—Hasta donde sé, mi soltería no corre peligro.

—Estoy hablando de la hija de John Beresford, nuestro vecino. —Justin creía que su padre deliraba—. Apenas se recuperó de su ataque, fui a visitarlo, con gran amabilidad por supuesto, hablamos largo y tendido sobre Redtower. Deseo que vuelva a nuestras manos.

—¿Se refiere a la herencia de Clare? —preguntó.

Devlin asintió con la cabeza.

—Efectivamente, esas tierras son nuestras desde tiempos inmemoriales, aunque solo las podemos recuperar mediante el matrimonio, y esos condenados Beresford las han tenido en sus manos durante cuatro generaciones. Ha llegado el momento de recuperarlas.

Justin lo miró escéptico.

—John solo tiene hijos varones, difícilmente puede recuperar la herencia. —La afirmación de Justin era exasperante, y el duque enarcó sus cejas plateadas con fastidio.

—Tiene una hija en edad casadera, y eres consciente que existe un acuerdo firmado por ambas familias para continuar la alianza. Redtower vendrá a nosotros con la dote de su hija, así quedó establecido en su día.

—Padre... temo preguntar cómo es que se ha enterado de ésta hija que todo el mundo desconoce, si efectivamente la tiene porque lo dudo seriamente. —Justin se masajeó las sienes en un intento de que su cabeza no estallase.

—A tus veintiocho años no deberías deshonorar la capacidad de tu padre para resolver estas cuestiones, aunque no importa, tiene una hija que llegará pronto a Inglaterra.

—¿Llegará? ¿Viene de las colonias? —Justin detestaba las maneras toscas y rudas de los americanos.

—Me temo que mucho peor, hijo mío, ¡viene del reino de España! —el modo afectado en el que dijo las últimas palabras impresionaron más a Justin que la noticia misma.

Lo miró como si se hubiese vuelto loco de repente.

—¿Me está gastando una broma? —la incredulidad en la voz era innegable.

—Hijo, sabes que no bromearía con algo tan serio, afortunadamente para nosotros, los españoles son fáciles de controlar. Estoy seguro de que esta española será arcilla moldeable en tus manos. Eres rico y posees uno de los títulos más antiguos de Gran Bretaña.

Justin estaba sorprendido. Nada lo había preparado para la última revelación. Entornó los ojos con incredulidad.

—Padre, si piensa así de imprudente comete el mismo error que Bonaparte —y dicho esto se levantó, alcanzó la puerta, salió por ella, y la cerró de un portazo.

Justin se sentía incapaz de pensar, necesitaba un baño para despejar la mente. Subió las escaleras imperiales de dos en dos intentando no hacer caso al martilleo constante de su cabeza. Enfiló el corredor de la planta alta hasta toparse con el dormitorio de su hermano Jamie. Al abrir la puerta se sorprendió y se paró en seco, su primo Brandon estaba sentado a los pies de la enorme cama hablándole con su potente acento escocés, Jamie se tapaba la cabeza con una almohada.

—Me prometiste mostrarme la yegua que ha comprado tu padre —le decía el primo.

—Sabes que te mataré cuando levante la cabeza —consiguió decir Jamie en un quejido lastimoso.

—¡Vaya! Debería darte las gracias por despertar a mi hermano y así ahorrarle el trabajo a su ayuda de cámara.

La jocosidad en el tono de Justin era indudable.

—¿Ahorrado el trab...? Esmirriados ingleses —vociferó incrédulo el escocés.

—Antes de decir cualquier cosa recuerda que tu padre, mi tío, era un caballero inglés de linaje indiscutible —le recordó Justin.

—Por favor, id a discutir a otro lado insensatos, ¡me estalla la cabeza! —Jamie gimió por lo bajo.

—Está claro que Justin anda algo desorientado, ¿será la resaca o su prometida?

—¿Cómo diablos sabes...? —el primogénito no terminó la oración.

—¿Prometida? —la voz le salió a Jamie estrangulada, aunque consiguió alzar la cabeza y medio incorporarse en el lecho.

—Parece que nuestro vecino John tiene una hija, y padre pretende que cumpla el acuerdo para recuperar el legado de Clare.

La voz de Justin no mostró emoción alguna. Brandon miraba a uno y a otro sonriendo.

—¿Cómo es posible que tenga una hija y no nos hayamos enterado? —Jamie sentía una incredulidad pasmosa, y Brandon soltó una carcajada.

—Precisamente porque es ilegítima, extranjera, y una bruja, no me cabe la menor duda. Esta misma mañana he tenido una grata conversación con mi tío.

Apenas se distinguía el verde de sus ojos debido a la risa.

—Te imaginas Jamie a la dulce, ¿cómo dicen en el reino del sur? *Señora*, poniendo los ojos como libras esterlinas nada más ver a nuestro Justin y su futuro ancestral título. ¡Menudo regalo!

Justin miró a Brandon con una advertencia.

—Jamás me sacrificaré en un matrimonio mixto. —Las palabras de Justin consiguieron sorprender al primo.

—¿Mixto?... —Brandon no comprendía.

—Los españoles profesan el catolicismo, nosotros somos anglicanos. Los españoles son la mayoría de las veces impredecibles. —Parecía como si Justin estuviese dando clases a un niño pequeño, pero Brandon no se molestó, siguió sonriendo.

—¿Vuestro rey Enrique no se casó con una española? ¿Cómo se llamaba? Catalina de Aragón. Una reina de armas tomar diría yo, como tu española se parezca a... —las palabras quedaron suspendidas en el aire.

—No es mi española primo, y te sugiero silencio o te arriesgas a perder tu altivez entre mis puños —soltó Justin amenazadoramente.

—¿Cómo es posible que John...? —Jamie trataba de asimilar la asombrosa noticia de la hija secreta—. ¿Será legítima? ¿De noble cuna? Creo que si es ilegítima y de condición inferior estás en tu derecho a negarte pues no puedes alzar a futura duquesa a cualquier plebeya.

Las cavilaciones de Jamie en voz alta dejaron a Justin aturdido.

—Ese detalle se me había escapado. —La respuesta fue más un murmullo dicho para sí mismo—. Pero, ¡que me aspen! Mi hermano pequeño tiene razón.

Jamie asintió con la cabeza.

—Sabes que siempre tengo razón, aunque no cantes victoria todavía, si padre te ha dicho algo es porque tiene el asunto bien sujeto. Yo que tú no sonreiría con tanta complacencia. —Jamie se levantó, se puso su bata, y se dirigió hacia donde estaba colocada la bañera—. ¿Alguno me frota la espalda? —las carcajadas de Jamie se oían por todo el pasillo a la vez que veía las caras de su hermano y primo.

Justin se bañó y afeitó mientras seguía dando vueltas a las especulaciones de Jamie. Pensó en John, y en el tiempo que pasó en el reino de España mientras luchaba contra Napoleón. Allí debió conocer a la mujer española, pero de aquello hacía unos dieciocho años. Todavía lo recordaba, él tenía diez años. Evocó lo tristes que se quedaron los hijos de John: Christopher, Arthur, y Andrew, cuando el padre partió a la guerra bajo las órdenes del duque de Wellington. Pensó de nuevo en la conversación que había mantenido con su

padre. Si la joven fuese una recatada inglesa no tendría inconveniente en cumplir el acuerdo, pero las actuales circunstancias no podrían llevarlo al degüello ni en esta vida ni en la próxima. ¡Mujer y española!, una combinación peligrosamente corrosiva. Ningún hombre, y menos uno inglés, contemplaría la posibilidad de atarse a un ácido semejante. Tendría que convencer a su padre de lo inapropiado de su pretensión.

### *Puerto de Dover*

La travesía había resultado más apacible de lo esperado, y el buen tiempo les hizo llegar a puerto antes de lo previsto. Observó la bulliciosa ciudad de Dover y le pareció que los edificios grises le daban una bienvenida muy triste, o eso pensó ella. Qué diferente se veía el mar en su Málaga querida que siempre se mecía azul, en cambio en Inglaterra era de un tono oscuro bastante peculiar. El aire frío de octubre hacía que la falda de su vestido se alzase en torno a sus piernas. Ya habían bajado el equipaje del barco y lo habían subido al carruaje que los llevaría hasta Portsmouth. Un suspiro pesado se escapó de su garganta ante la incertidumbre.

Eulalia la miraba de hito en hito, sin atreverse a decir ni una palabra pues era consciente de la profunda decepción que sentía su niña y ello la entristecía mucho, pero había visto las cartas: Aurora tenía que hacer ese viaje. Estaba escrito en su destino, y aunque doloroso solo cabía cumplirlo. Ella no lo entendería, solía burlarse de su percepción, y quizás era mejor así.

Christopher se sentía aliviado al estar tan cerca de casa. La misión que le había encargado su padre estaba finalizada. Su medio hermana estaba en Inglaterra, aunque entendía su tristeza en parte. Desde que dejaron la ciudad de Santander, en los ojos de fuego se había apagado una chispa. Andrew había intentado amenizarle el viaje: hablando con ella, jugando a las cartas, e incluso la acompañaba en sus paseos por cubierta. Christopher había creído que la anciana los acompañaría hasta Inglaterra, y resultó sorprendente que marchara a París con el oficial militar. Éste había dejado dos hombres: Francisco y Rafael, para acompañar y cuidar a las damas, detalle que lo había molestado. Él era perfectamente capaz de cuidar a dos mujeres solas, no obstante, no había discutido el asunto. Los hombres se quedarían en la casita del bosque hasta el regreso de María y Diego, después, partirían con el soldado a España.

Aurora seguía silenciosa. Observaba los campos verdes y solitarios de la

campiña inglesa cuando comenzó a llover sin tregua. El aire se había volvió húmedo. Debía serenarse antes de presentarse por primera vez a su padre, aunque la sensación de echar a correr aumentaba con cada giro de las ruedas del carruaje. Hablaba la lengua inglesa con corrección, igual que el francés. La guerra en el reino de España había propiciado que la mayoría de españoles se defendieran en las dos lenguas: el inglés por los aliados, el francés por los invasores. También tenía nociones de Romaní. Eulalia le hablaba en esa lengua a menudo desde niña, y gracias a su interés por las hierbas curativas, manejaba con soltura el latín. Volvió su rostro hacia el exterior del carruaje. Apenas había llegado a otro reino, y ya extrañaba el sol del suyo. Lo intentó, pero no conseguía ver la ciudad de Londres pues la lluvia que caía silenciosas se lo impedía, además la niebla no ayudaba, y era tan gris y espesa como un sudario, estaba viciada por el humo del carbón de las distintas fábricas. En ese momento se encontraban rodeando Londres por el sureste.

Eulalia se arrebujó todavía más en su capa negra. Tiritaba con la humedad que se filtraba bajo su fina ropa. No se había preparado para el panorama tan helado con el que se encontró en Inglaterra.

Andrew miraba a su medio hermana sin contemplaciones porque lo intrigaba mucho. Se había mostrado silenciosa la mayor parte del viaje, pero atisbaba, en la profundidad de sus ojos dorados, una inteligencia notoria.

—Ya queda poco para llegar a casa e imagino que estarás cansada y deseando tomar un baño. —Aurora sonrió a Andrew. Se sentía agradecida por su preocupación.

—No estoy más cansada que el resto de vosotros, pero gracias, Andrés, siempre es agradable comprobar tu preocupación. —Aurora era consciente del lazo fraternal que se estaba forjando entre ellos aun sin pretenderlo.

—Me gusta cómo suena mi nombre en español, no me importa que me llames así —le dijo de pronto.

—¿Tenía que pedir permiso para hacerlo? Interesante. —Una chispa divertida asomó a los ojos de la muchacha al ver a Andrew alzar sus cejas con un interrogante.

—Pues me alegro que te divierta, *Dawn*. —Le correspondió.

—Mi nombre es Aurora —lo corrigió ella sonriente.

—Pero si tú me llamas por mi nombre en español, es justo que yo pueda hacer lo propio con tu nombre en inglés —Aurora meditó un momento.

—Cierto, pero vosotros llamáis Dawn a albor, amanecer y aurora, entonces si me llamas Dawn no sabré a cuál te refieres —le explicó sonriente.

Christopher estaba aturdido observando la discusión absurda que estaba ocurriendo delante de sus narices, imaginó que el largo trayecto tenía la culpa de que ambos desvariasen.

Andrew le guiñó un ojo. Ya se había acostumbrado al tuteo de ella, y le pareció insólito pero refrescante.

—Cántanos algo Aurora. —La solicitud de Eulalia la dejó confusa—. Esa canción tan bonita sobre el prisionero. Sabes que me gusta mucho.

Aurora miró a Eulalia en un instante de duda, quizás necesitaba un poco de evasión. Sacó de su pequeño maletín de viaje unas castañuelas color ébano. Su abuela María se las había regalado cuando cumplió los doce años. Eran su amuleto de la suerte. Se pasó las cuerdas alrededor de los pulgares, cerró los ojos un instante y comenzó a repicar con notas bajas, lentas. Cuando ya llevaba un rato arrancando notas deliciosas a las castañuelas comenzó a recitar con voz dulce y melodiosa una tonada que hablaba sobre una avecilla que despertaba al prisionero con su canto, pero que un balletero la mató. Con un repiqueteo fuerte terminó, y, bajando las manos, se quedó quieta con los ojos cerrados un instante. Cuando al fin los abrió, observó una muda sorpresa en los rostros de sus hermanos. Eulalia estaba recostada con una sonrisa en los labios: como si se hubiese quedado dormida y en paz con todo. A su aya le encantaba que le recitase al ritmo de las castañuelas.

—Magnífico instrumento, no lo había visto en mi vida, ¿cómo se puede hacer música con eso? —Andrew estaba perplejo. Aurora se sacó las cuerdas de los dedos pulgares, y le pasó el instrumento—. Increíble ¿me cuentas algo sobre ellas? —La curiosidad en el rostro de Andrew le causó gracia, decidió complacerlo.

Y ella lo hizo encantada.

—¿De qué están hechas?

—Normalmente se hacen de castaño, aunque se puede utilizar otras maderas. Casi todas se fabrican a la medida del que las toca —continuó paciente con su explicación—. Las mías son un regalo de mi abuela. —Una sonrisa que no alcanzó a los ojos de Christopher le hizo añorar el día que las recibió—. Los tonos de los pares son distintos, generalmente; el más bajo se llama macho, y el más alto hembra. El par que suena más alto se lleva normalmente en la mano derecha. ¿Deseas tocarlas? —Aurora se sentó al lado de Andrew e intentó meterle las cuerdas por sus pulgares, pero fue imposible porque tenía los dedos demasiado grandes en comparación con los suyos—. Creo que no te quedan bien, si bien me hubiese gustado verte manejarlas. —

Sonrió.

—¿Quién escribió la canción sobre el prisionero?

Preguntó Christopher de pronto. Aurora miró a su hermano mayor que se había mantenido en silencio todo el trayecto.

—No es una canción, pertenece a una serie de romances llamados novelescos. Es bastante antigua y muy fácil de recitar cuando se acompaña con castañuelas.

En la voz femenina no había ni una pizca de presunción.

—Muy interesante. —Respondió el otro.

Aurora lamentó que su hermano fuese tan parco en palabras. Debió poner cara de contradicción porque Christopher le mostró el amago de una sonrisa. Aurora se sorprendió al ver la transformación en los rasgos masculinos cuando sonreía.

—Ya casi hemos llegado. —La voz de Andrew denotaba alivio, y, a los ojos de Aurora asomó una chispa de vacilación, pero fue inmediatamente escondida, aunque no lo suficiente para que Christopher no lo advirtiera.

—No tienes que temer al dragón —bromeó Christopher al percatarse del verdadero temor de ella.

—¿Dragón? —Inquirió atónita.

—Está tratando de decirte que nosotros te protegeremos, ahora eres nuestra responsabilidad —afirmó Andrew sacando pecho.

El carruaje se paró justo cuando pronunció las últimas palabras amortiguando cualquier respuesta a su comentario. Una puerta enorme y pesada se abrió en el mismo momento en el que Aurora bajaba el último peldaño del carruaje. Un hombre apuesto y joven corrió a saludar de forma efusiva a Christopher y Andrew, Aurora supo al instante que se trataba del hermano mediano Arthur, así que se dispuso a observarlo a pesar de que la noche era bastante oscura. Era muy alto y bien parecido. Los tres poseían el mismo color rubio de pelo, aunque no podía ver sus ojos imaginó que serían azul claro. Eran muy parecidos físicamente, pero cesaron bruscamente sus pensamientos cuando se percató que Arthur la miraba con curiosidad, y en un español con marcado acento, la saludó correctamente.

—Bienvenida a Whitam Hall. Nuestro padre está deseoso de conocerte — la cogió suavemente del codo, y la dirigió hacia la casa que se alzaba orgullosa imponente en dos plantas. Era elegante y parecía muy sólida. El interior le pareció inmenso. El amplio vestíbulo daba la bienvenida con dos escaleras que subían a la planta alta. Arthur la llevaba medio a rastras porque

los pies de Aurora se negaban a dar pasos largos, y no pudo admirar ni uno solo cuadro de los que adornaban la impresionante galería del vestíbulo. Llegaron a la segunda planta y se encontró con una serie de puertas. En silencio Arthur la llevó hasta el dormitorio de su padre situado en el ala sombría de Whitam Hall.

Estar en el hogar de su familia paterna la llenaba de una sensación incomoda. Cuando Arthur abrió la puerta, el aire rancio que había en el dormitorio le hizo fruncir la nariz. Contempló las cortinas cerradas. Las sábanas se agitaron, y le llegó la voz débil de su padre.

—¡Acércate, déjame que te vea! —el sonido era ronco, aunque amable.

Aurora caminó lentamente hasta situarse a un palmo de la persona que la miraba con expectación, asombro, y con una mano extendida.

—Soy Aurora de Velasco y Duero —susurró con voz queda, y, siguiendo un impulso natural en ella, se inclinó y besó la frente de su padre en un gesto que le sorprendió incluso a sí misma.

John parpadeó y trató de incorporarse con el rostro endurecido por el dolor. Era un hombre corpulento, de cabello rojizo vetado de plata, y expresivos ojos azules. El rostro de Aurora se suavizó al notar la aflicción del hombre al verla. Se sentó con cuidado en el borde del colchón de plumas, tomó en las suyas una de las arrugadas y frías manos de él y la oprimió con delicadeza.

—¿Puede verme bien? —la voz le había temblado un poco—. La alcoba está muy oscura.

—¡Por San Jorge! —exclamó John—. Eres la cosa más linda que he visto nunca. —John la estudió con franca admiración. Miró los ojos ambarinos. Después, su nariz pequeña, y, a pesar de la piel dorada y brillante, vio unas líneas de pecas que le resultaron encantadoras. Suspiró con verdadero alivio pues tenía su mismo color de pelo, aunque entre los mechones sueltos se advertía diversidad de castaños brillantes y sedosos. Era muy esbelta. Sí, John estaba realmente feliz pues veía en su única hija mucho de sus rasgos.

—¿He pasado el examen? —le preguntó ella con nerviosismo.

John la veía expectante y con algo de temor.

—Hablas inglés? —preguntó con vacilación. Ella se apresuró a sonreírle, pero no le contestó, y él dio por supuesto que la respuesta era afirmativa—. Bienvenida a tu hogar.

John abrió los brazos y esperó que ella los aceptara, con un atisbo de duda a ser rechazado.

## CAPÍTULO 5

Aurora despertó antes del amanecer. Demasiadas emociones en su mente le impedían estarse quieta en el lecho. Encendió las lámparas de gas del dormitorio, y lo observó detenidamente. Parecía la habitación de una princesa pues estaba pintada en tonos malva, rosa y crema. Los pesados muebles de cerezo habían sido pulidos y olían a cera. Disponía de un amplio vestidor, una chimenea, y, en un rincón apartado tras un biombo chino que le encantó nada más verlo, había una bañera de latón enorme. Todavía no se habían apagado las ascuas del hogar por eso la habitación se mantenía caliente. Con un movimiento ágil se levantó de la cama, fue al hermoso escritorio, y se dispuso a escribirle una carta a su abuela, ¡tenía tantas cosas que contarle! Llevaba escritas unas cinco hojas cuando un golpe en la puerta la sacó de sus pensamientos. Una joven, apenas unos años mayor que ella, le hizo una reverencia y en un perfecto español le habló.

—Soy su nueva doncella. Mi nombre es Elena —Aurora se quedó sorprendida.

—¡Hablas mi lengua! —exclamó con sorpresa.

—Así es, señorita. Mi padre se casó con una vallisoletana cuando luchó en el reino contra Napoleón, y se trajo a mi madre a vivir a Inglaterra. Se sorprenderá de la cantidad de ingleses que hablan nuestra lengua aquí por haber luchado allí, ¿le preparo el baño?

—Gracias, Elena —le correspondió.

Aurora estaba acostumbrada a mostrarse agradecida. La vio trajinar con cubos de agua caliente, llenarle la bañera de espuma olorosa, y, sin pensárselo dos veces, se sumergió en el agua caliente. Dejó que sus huesos se desentumecieran masajeando las articulaciones doloridas. Se frotó el largo cabello hasta dejarlo limpio, y saliendo de la bañera, se secó con un enorme lienzo que parecía una manta. La entrada de Eulalia mascullando, seguida de cerca por una criada que sería su doncella particular, le arrancó una sonrisa de oreja a oreja.

—Esto es inaudito. No he permitido que nadie me bañe y me vista en mi vida, y no consigo que esta mucama me deje en paz. —En el momento que volvió a coger aire para respirar se dio cuenta de que su pupila estaba prácticamente arreglada—. A eso le llamaría desdeñable traición. Yo he sido la única que te ha atendido desde que eras un bebé, ¡desagradecida!

Aurora la miró con cariño.

—Deberías dejarte mimar por hoy. Has soportado un viaje largo y agotador —trató de tranquilizarla—. No voy a cambiar mi magnífica opinión de ti porque me ayude Elena y te permitas un capricho.

Eulalia, sin darle una respuesta, alzó su barbilla orgullosa y salió de la habitación sin dar un golpe. Su aya podría estar terriblemente enfadada, si bien nunca lo demostraba rebajándose a dar un portazo, algo que debería aprender de ella.

—Señorita, ¿le parece bien el vestido azul? —Aurora le hizo un gesto afirmativo.

Casi se pierde en la casa que ella denominó mausoleo, pero fue capaz de encontrar el comedor por las voces de sus hermanos. Era una mansión enormemente intimidatoria. No quería imaginar la cantidad de leña que se gastaría para mantenerla caliente en invierno. Una vez que hubo empujado la puerta para entrar al comedor, fue como si entrara en un gigantesco ataúd. La estancia estaba revestida de paneles de madera oscura igual que el suelo y el techo. El mobiliario de cerezo no ayudaba a aligerar la impresión claustrofóbica. Aurora pensó que la mesa podría acoger a unas cien personas, y sus hermanos se encontraban, precisamente, en el otro extremo. La mirada dudosa se posó sobre el aparador donde estaban las bandejas de plata repletas de alimentos. Salchichas, huevos, tocino. No era posible que los ingleses comiesen todo eso por la mañana, aunque salió de dudas al ver los platos colmados de sus medio hermanos.

—Buenos días, Dawn.

La sonrisa amplia de Andrew disipó un poco su acritud. Con una inclinación de cabeza y una sonrisa saludó uno a uno a los comensales. Había en total unas diez personas. Arthur se levantó para ayudarla a sentarse y ella le sonrió cándida.

—¿Qué te apetece desayunar? —preguntó Andrew solícito. Sonrió al ver la cara de indecisión de ella.

—¿Café? —casi le daba miedo preguntar, y sus sospechas se vieron confirmadas cuando le sirvieron un café flojo que le pareció carente de sabor —. ¿Unas tostadas? —volvió a preguntar.

Al momento uno de los lacayos le sirvió en el plato un par de tostadas y le acercó solícito la mantequilla y la mermelada. Consiguió darle algunos mordiscos cuando la mermelada amenazaba con desbordarse. La entrada de Eulalia de forma brusca volvió a arrancarle una sonrisa.

—No llegaría tan tarde si no me hubiese perdido —soltó sin

contemplaciones y arrancando una exclamación de un señor que había escapado al análisis de Aurora unos momentos antes—. Niña, no deberías llenarte el plato hasta rebosar, y, por cierto, ¿es una tostada con mermelada, o un plato lleno de mermelada?

—No pienso responderte. —Aurora no cesaba de seguir la conversación de sus hermanos.

Iban ataviados como si fueran a asistir a una fiesta. Ese detalle le hizo mirar su sencillo vestido de color azul. Se tocó la redecilla en el pelo. Parecía una campesina, pero ignoraba que para el desayuno hubiese que vestirse de gala. «Mañana, sería otro día», pensó acongojada.

¡Qué biblioteca! Se quedó boquiabierta al verla. Las enormes paredes estaban repletas de libros desde el suelo al techo. Muchos de los volúmenes eran muy antiguos y de incalculable valor. Pasó la mano, en una suave caricia, por los tomos de piel lujosamente labrada. Aunque era una verdadera lástima que una cantidad importante estuviesen escritos en griego. Ella leía correctamente en latín, pero no en griego. Aunque la sonrisa volvió a florecer en su rostro pues había divisado en una estantería aparte un montón de libros en español. Se sentía asombrada. Su padre había pretendido no olvidarse de la lengua que debió aprender en su tierra, y el entusiasmo le pudo: Alfonso Álvarez de Villasandino, Gonzalo de Berceo, Pedro López de Ayala, Arcipreste de Hita, la puerta de la biblioteca se abrió con un chasquido, y la cabeza de un gigante asomó por ella. Un silencio incómodo reinó en la habitación.

—Tú debes ser la bastarda española —apenas había entendido la frase.

El acento inglés le pareció muy fuerte, y por un instante, Aurora se quedó perpleja por el insulto desmerecido, no obstante, se recuperó enseguida, y con su habitual rapidez mental, le devolvió la misma lisonja.

—Y usted, además de ser un bastardo, es un bruto insensible pues no se saluda así a una señorita.

—Yo no soy bastardo.

Ella estaba demasiado ocupada observándolo.

—No hablo del bastardo de nacimiento sino de conocimiento.

Aurora se preguntó si lo habría dicho correctamente. La amplia sonrisa femenina le mostró a Brandon que no se había ofendido por el insulto, y se sintió atraído de inmediato. Avanzó hacia ella.

—¡Vaya! Una muchachita con sentido del humor —los ojos masculinos reían.

—¡Vaya! —repitió ella—, un bruto que sabe apreciar las cualidades femeninas.

El gigante ladeó la cabeza con una carcajada.

—*Touché, petit bochée espagnole*<sup>[5]</sup>.

Ahora no le hablaba en inglés sino en francés, y ella se preguntó el motivo, ¿para ofenderla? ¿Porque creía que desconocía el idioma?

Ambos se quedaron mirando sin pestañear. Cada uno sostenía la mirada del otro en una batalla de voluntades, tiempo que aprovecharon mutuamente para medirse. Él tenía el pelo del color y largura de un león. Ciertamente se parecía a un felino. Tenía los ojos del verde más intenso que había visto nunca, y las manos enormes, podría aplastarla sin esfuerzo.

Él, por el contrario, se encontró con la muchacha más espléndida que había visto en su vida. Se había quedado tan sorprendido que solo se le había ocurrido atacarla verbalmente. Y menuda lengua afilada tenía la muchacha, pero era de una belleza excepcional. Los ojos le brillaban llenos de fuego, y lo habían cautivado por completo, así como su cabellera cobriza y sus pechos grandes, como le gustaban a él. Poseía todas las curvas necesarias para hacerlo suspirar de placer. Sintió el impulso de abrazarla.

La entrada de los tres Beresford consiguió arrancar, a regañadientes, sus ojos de la extranjera.

—Lord McGregor, no habrás soltado tu lengua o... —la amenaza quedó patente en la voz de Christopher que lo miraba con una advertencia fría.

—Y, ¿dónde están tus dos primos? —preguntó Arthur.

—Creo que tus hermanos intentarán más tarde sacarme las tripas —dijo como de pasada a Aurora, y volviéndose hacia los tres les sonrió—. ¿Habías olvidado, Andrew, que íbamos a Cornualles hoy? Mis primos deben de haber llegado a Plymouth antes de que te decidas subir al caballo. Te retrasas demasiado, pareces una muchacha remolona. —Los tres lo miraron silenciosos, y él entendió de inmediato—. Bueno, si pensáis que he comprometido la reputación de vuestra hermana con mi lengua, estoy dispuesto a reparar el daño. Sabéis que soy un hombre de honor —la sonrisa desmentía la seriedad de sus palabras.

Andrew echaba fuego por los ojos.

—No menciones el honor, pues está fuera de lugar en tu boca —le espetó con sequedad.

Aurora ignoraba el último altercado entre su hermano menor y el escocés, por eso contemplaba sorprendida el intercambio de palabras. Le parecía ilógico lo que escuchaba. ¡Sus hermanos la defendían! Esto era nuevo para ella. Estaba tan acostumbrada a defender, que ser defendida era algo insólito, y por eso una corriente cálida comenzó a expandirse por sus venas. ¿Comprometer? ¿Reparar? ¿De qué hablaban? Le pareció que el hombre se disculpaba por haberla llamado bastarda, por eso decidió intervenir y aceptar su disculpa.

—Como no deseo que se desparramen tripas en esta alfombra tan magnífica —dijo mirando al gigante y citando sus palabras anteriores—, acepto la reparación en nombre de ellos.

Y dicho esto alcanzó la puerta y salió sin dar un portazo, dejando a los cuatro con la boca abierta.

—Bueno, bueno, la muchacha está comprometida.

Las palabras del escocés llenas de presunción, molestaron a los hermanos.

—Brandon, ella desconoce el significado del verbo reparar en inglés, y su connotación para un escocés bocazas. —La voz de Christopher sonó demasiado irritada—. Así que olvidemos el asunto.

—La muchacha se ha comprometido conmigo aceptando mi reparación, y no hay más que hablar.

El escocés deseaba molestarlos pues estaba en su naturaleza desdeñar a cuanto inglés se le cruzara de por medio.

—No estamos en Escocia. Aquí en Inglaterra somos civilizados y las cosas no funcionan así. Ella desconoce la intención de tu broma.

Andrew trató de restar seriedad al asunto.

—Ha aceptado mi reparación bastante complacida —dijo Brandon con cabezonería sabiendo que los molestaba, y nada le gustaba más que irritar a sus amigos ingleses.

—¡Entonces, hazme saber el nombre de tus padrinos!

Esas palabras dichas por la boca de Arthur los dejó todavía más atónitos. Christopher miró a su hermano preocupado porque Arthur nunca era dado a ese tipo de emociones. Andrew estaba más preocupado.

—Como no hay nada que reparar, olvidemos el asunto —dijo Christopher dando el asunto por finalizado, y sin esconder su fastidio.

—Esa belleza es mía, me pertenece desde el mismo instante en el que acepto mi reparación.

La habitación de su padre seguía en penumbra, las pesadas cortinas de terciopelo no dejaban pasar la luz, y el ambiente seguía enrarecido. Fiel a su naturaleza impulsiva, Aurora fue directamente hacia la ventana y descorrió con un golpe seco las cortinas marrones, abrió los grandes ventanales, y lo que vio a través de ellos la dejó desolada. La habitación daba al norte, y, desde allí, solo se veía la parte baja de tejado que posiblemente sería el salón de baile en la planta baja. Unos árboles enormes impedían divisar más allá de unos metros. Era imposible que una persona mejorara en ese entorno, y decidió que algo tenía que cambiar.

—Padre, quiero enseñarle un regalo. Es un presente de mi abuela, pero aquí no hay la suficiente luminosidad para que pueda apreciarlo.

John veía en el rostro de su hija que no le gustaba ese lugar de la casa.

—Llevo muchos años en esta habitación, es por el dolor de cabeza, necesito oscuridad, tranquilidad, y esta alcoba es la que cumple esos requisitos.

—Pero justo debajo está el salón de baile, difícilmente puede tener tranquilidad.

John soltó un suspiro largo.

—Hace tantos años que no se utiliza. Aquí en el campo hay pocas oportunidades de ofrecer un gran baile, sin embargo, en Londres ha comenzado la temporada social y marcharemos pronto allí, hay que hacer tu presentación en sociedad.

—¡Presentación en sociedad! —exclamó cohibida porque no sabía lo que eso significaba—. ¡La palabra sociedad y yo no nos llevamos bien!

—¿Cómo dices? —le preguntó él que no la había entendido porque hablaba demasiado rápido.

Aurora se sonrojó ante la mirada intensa de su padre.

—Perdone mi forma de expresarme. —La disculpa sonó sincera.

John la aceptó complacido.

—Tiendo a olvidar que has recibido una educación diferente a la que han recibido las muchachas inglesas. —Aurora se preguntó qué significaría eso—. Pero vamos a remediarlo de inmediato.

Aurora pensó en los sirvientes de su casa en Ronda que abrían cada mañana las ventanas de todas las alcobas para que entrase el sol y la luz.

—Creo, y no se enoje por mi sugerencia, que lo que hay que renovar es este ambiente tan cargado—, le dijo ella pensativa y mirándolo todo—, ¿me

permitiría prepararle una infusión para el dolor de cabeza?

—¿Conoces algo de medicina? —inquirió el marqués cauto.

Aurora le hizo un gesto afirmativo entusiasta.

—Conozco algunas tisanas —dijo ella feliz—. La manzanilla es buena para el estómago. El eucalipto para los problemas respiratorios —la muchacha tomó aire—. El tomillo, la lavanda, la tila, todas me son conocidas. Mi familia tiene un buen amigo médico, es cordobés, y utiliza muchos emplastes y tisanas naturales para tratar diferentes dolencias —se quedó un momento pensativa—. Nuestro amigo es de origen judío, su nombre es Jared Quenan, y es poseedor de unos tratamientos que me parecen fascinantes. He aprendido mucho de él, también de mi aya que conoce muchas soluciones.

John la miró atentamente.

—¿Has ido a la universidad?

La muchacha parpadeó.

—Una mujer no puede ir a la universidad —fue su respuesta.

Al padre esa afirmación le dijo mucho sobre ella.

—Probaré la infusión de ese amigo tuyo —respondió John.

Aurora sonrió de oreja a oreja.

—¿Y la habitación? —ella pretendía cambiar algo y lo lograría. Estaba en Inglaterra por un propósito definido que podría ser ayudar al padre que nunca conoció.

—Puedes recorrer toda la planta y escoger la que prefieras. Gustoso me cambiaré de inmediato —el enfermo la miraba sin un parpadeo—. Y ahora, háblame sobre ti.

Aurora sabía que se aprovechaba un poco de las ganas de complacerla que sentía su padre, no obstante, no era humano soportar una convalecencia en un lugar tan lúgubre y oscuro como esa habitación. Se aproximó a la cama, se sentó de nuevo en el borde, le cogió una mano, y con una sonrisa sincera, comenzó a contarle parte de su niñez.

Estaba agotada, pero había sobrevivido a ese día, y su tío le decía continuamente que sobrevivir al primer día de una incertidumbre, era como sobrevivir a toda una guerra. Comenzó a prepararse para la cena, y por eso escogió un suave vestido color ámbar a juego con sus ojos. Permitted a Eulalia trenzarle la melena espesa y llena de rizos en un moño. Sacó sus peinetas preferidas de nácar, eran un regalo de su tío Rodrigo y las tenía en mucha

estima. Con ellas sobre su cabeza, se sentiría un poco cerca de él. Poseía docenas de peinetas de todos los tamaños y colores, pero ninguna como esas. Cuando ya estuvo lista, irguió la espalda, respiró profundamente, y bajó por la escalera segura de que ahora no se perdería. Una vez en el comedor, pudo saludar a cada uno de los comensales por su nombre. El señor de la exclamación de la mañana era el hermano de su padre: su tío paterno William. El otro señor mayor, era hermano de la madre de Christopher, Arthur y Andrew, y se llamaba Charles. Dos primos lejanos de nombre Guy y Tony, más dos amigos que no podía recordar sus nombres ni sus rangos. Su sitio estaba guardado entre sus dos hermanos menores, pues Christopher presidía la mesa en ausencia del marqués. Eulalia estaba sentada al lado del tío materno con un gesto mohíno en su boca carmesí. Contempló su plato con reticencia pues la carne parecía poco hecha.

—¿No te gusta la carne, Dawn? —Andrew hizo la pregunta al ver su cara.

—Si está muerta sí, —Aurora pinchó con el tenedor la carne y sangró.

Ella no estaba acostumbrada a ese tipo de cocina.

—La carne se llama Rosbif —Aurora asintió, pero dejó los cubiertos, no podía tragar carne cruda, ¿por qué los ingleses le pondrían a la comida nombre de perro? Ya se imaginaba llamando al chuchó, *Rosbif*, ven *Rosbif*, reprimió una risa a tiempo. Había pequeñas pastas de frutos secos que comenzó a devorar con ansia. Intentaba prestar atención a la conversación de sus hermanos cuando llegó el postre, y ella lo miró curiosa ¡Qué era eso que temblaba tanto! Además, tenía un color indeterminado: ni blanco, ni transparente. Casi se estaba mareando viendo cómo se movía. Clavó la cuchara, y se metió en la boca un buen trozo antes de arrepentirse, pero no se parecía a nada que hubiese probado anteriormente. Como estaba dulce, repitió dos veces. Andrew no se perdía detalle de las diversas emociones que surcaban el rostro de su hermana, y le arrancó una sonrisa de comprensión. Supo, gracias a su reciente viaje, que la comida inglesa le resultaría extraña. Se hizo el firme propósito de pedirle al cocinero por la mañana que le preparase algo que le gustase a ella.

## CAPÍTULO 6

Había dormido como un lirón. Se había prometido a sí misma que esa mañana saldría a conocer el exterior de la casa y los alrededores, siempre y cuando dejara de llover. Desde que había pisado suelo inglés, la lluvia no cesaba de caer. Aurora no terminaba de acostumbrarse a estar encerrada en la casa. Esa mañana había muchos rostros sombríos, como el tiempo, y Andrew no había aparecido todavía por el comedor. Todavía retumbaban en sus oídos los gritos del cocinero cuando Eulalia se metió en sus dominios, pero, como buena gitana, lo había callado con la amenaza de incendiar la cocina si seguía con sus chillidos, afortunadamente el inglés había aceptado mansamente por sugerencia de Christopher. Un sirviente venía tras Eulalia trayendo una bandeja que olía deliciosamente a roscos fritos. También traía un plato lleno pestiños y alfajores, ese postre le gustaba especialmente. Contuvo una exclamación de asombro pues su aya debía de haberse levantado muy pronto para prepararlos. Sorprendida miró hacia el aparador donde había una fuente que contenía finas lonchas de jamón y queso que parecía de oveja, Aurora alzó sus cejas en un interrogante, ¿de dónde habría sacado el jamón su aya? Andrew entró anudándose todavía el pañuelo al cuello, se paró justo detrás de Aurora, apoyó las manos en sus hombros, y, desde su nuca, se asomó al plato que ella tenía lleno y que desprendía un aroma succulento.

—¡Dawn, eso huele delicioso!

—Hay para todos —la voz de Eulalia sonó orgullosa.

Eulalia había preparado también buñuelos de viento rellenos de una crema ligera, y una ponchera llena de macedonia de fruta aderezada con miel y canela.

Aurora se tomó muchas libertades pues escogió la habitación justo en frente de la suya para su padre. Ahora que lo había conocido, quería que le explicara todo lo relacionado con su madre, ella tenía tantos interrogantes. La estancia tenía hermosos balcones, y los altos ventanales daban a un pequeño huerto frutal. Hizo sacar varios muebles para que la estancia no estuviese tan cargada. Cambió la alfombra oscura que presidía los pies de la cama por una persa de color vainilla claro que la había visto en uno de los dormitorios de invitados. También se deshizo de la ropa de cama gruesa pues la chimenea se mantenía constantemente encendida. Cerca de la ventana había colocado un

sillón de piel, su hermano Andrew le había dicho que era el preferido de su padre. Hizo subir un pequeño mueble que serviría de estantería baja donde colocó varios retratos de sus hermanos, y del resto de la familia que ella no conocía. Los había cogido de la repisa de la enorme chimenea del salón. Aurora se dijo que, ya que John no asistía a los desayunos y almuerzos con la familia, con las pinturas de sus hijos en la alcoba podría estar más acompañado. Le gustó especialmente el retrato de Karen, su esposa fallecida. Era una mujer hermosa de cabellos dorados y ojos azules. Christopher se parecía mucho a ella. Colocó tres libros que pensaba leerle a su padre por las tardes, y entre el hueco de la chimenea y la pared, justo enfrente de la enorme cama, colgó la sorpresa que había traído para él.

Miró por última vez la habitación, y esperó que fuese del gusto de su padre.

John estaba anonadado, no creía recordar que existiese una habitación en toda la casa tan acogedora. Parecía fresca, pero estaba cálida. La enorme chimenea no paraba de quemar leña. Miró las cortinas de raso color caramelo que adornaban las ventanas, y la bonita alfombra persa que sospechó que antes estaría en la alcoba verde. Contempló con ternura la pequeña estantería llena de retratos de sus hijos, y vio en la pared de la chimenea un espejo o cuadro tapado con un lienzo.

—Espero que perdone mi osadía por el cambio, pero aquí el ambiente es menos denso, y cuando haga sol, entrará por las ventanas alegrándolo todo. — Aurora le sonrió con ternura, se le veía un poco mejor, pero las ojeras y bolsas debajo de sus ojos denotaban una lucha constante con la enfermedad—. En mi hogar en Ronda, por las mañanas, los sirvientes abren las ventanas de par en par para que entre el sol y la luz.

John medio sonrió.

—Aquí no tenemos vuestro clima, hija, pero ordenaré que abran todas y cada una de las ventanas de Whitam Hall para ti cuando haya sol —Aurora se ruborizó por el cumplido, y porque la había llamado hija con total naturalidad, algo que la sorprendió por lo inesperado.

—Me han dicho que este sillón es su preferido.

—Suelo leer la prensa por la mañana sentado ahí.

Ella ya lo sabía porque se lo había dicho Christopher.

—Lo he traído para que se anime a levantarse de la cama, también para leerle algunos libros que he traído, y ahora, prepárese para recibir mi regalo. —Aurora quitó la sábana del cuadro que esperaba encima de la chimenea, y

John se quedó mudo viendo unos ojos muy queridos que lo contemplaban. Hacía dieciocho años que no los veía, y los suyos se llenaron de lágrimas que a duras penas pudo reprimir.

—Este cuadro lo pintó un amigo de la familia. Mi abuela dice que es un pintor excepcional. Mi madre está tan bella, que parece que me mira de verdad con sus ojos cálidos.

—Es un trabajo magnífico. Inés está exactamente igual que cuando la conocí, ¿cómo podré agradecértelo?

Aurora se ruborizó.

—Ver la expresión de sus ojos es un pago más que suficiente. Mi abuela lo llama «ojos de hechicera española», muy apropiado ¿verdad? Creyó que le gustaría tenerlo.

En realidad el cuadro era para ella, porque María ignoraba el tiempo que estaría lejos de Ronda.

—Cierto, tu madre me hechizó en el mismo instante que abrí mis ojos y la contemplé. Su rostro era sereno pero orgulloso. Era tierna y poseía la fuerza interior más grande que yo haya visto nunca. —John meditó un momento—. ¿Por qué te puso Aurora? Es un nombre poco usual para una española.

John pensaban en nombre típicos como María, Carmen, Isabel.

—Me contó mi abuela que mi madre me lo puso porque la aurora en la que nací fue la más larga de su vida. —Los ojos de Aurora se empañaron durante un momento—. No la conocí pues murió poco después de nacer yo, aunque tengo muchas cartas y poemas escritos por ella. Me ha llenado de tantos recuerdos aun sin vivirlos, que me siento satisfecha.

—¿No lamentas que no te hubiese hablado en esas cartas sobre mí? —había decepción en la voz de su padre.

—Siempre creí que estaba muerto —dijo pensativa—. Mi abuela ocultó la verdad, y todavía no comprendo sus motivos. En un principio me afectó, pero he dejado que el tiempo responda los acertijos que me hago, y, mientras tanto, intento adaptarme a la situación tal y como se presenta.

—Jamás hubiese esperado palabras tan maduras en una joven de tu edad. —John estaba sorprendido.

La muchacha lo miró cándida.

—El mérito es de tío Rodrigo. Me ha enseñado todo lo que sé. Mi abuela ha intentado hacer de mí una señorita bien educada y hacendosa en todas las tareas femeninas, pero mi tío me ha enseñado los valores y principios que toda persona debe poseer: orgullo, templanza. Honor y lealtad.

—¿Y el resto? —preguntó John con mirada pícaro haciendo que Aurora se ruborizase.

—Bueno... —ella dudó un instante—. La cabezonería, terquedad y el mal genio, supongo que es innato en mí. Está grabado a fuego en mi identidad, aunque mi aya Eulalia me ha dado algunas alas, y los amigos que tengo entre ellos: Manuel.

—¿Y amigas? —John estaba extrañado.

Aurora comenzó a ponerse nerviosa.

—Menos de las que quisiera. Al ser mi tío un hombre militar lo hemos acompañado siempre que lo han destinado, y ello no ha propiciado el consolidar una amistad profunda. Durante muchos años mis mejores amigos han sido los soldados que estaban bajo las órdenes de mi tío. —John la miró entre sorprendido y divertido—. Me resulta interesante hablar de medicina con nuestro amigo Jared. Me ha enseñado mucho sobre curas alternativas y cataplasmas. Y la política la uso para atormentar al padre de mi buen amigo Manuel, Jean Pierre La Housaye, es un francés que se casó con una española. Los La Housaye tienen su propiedad muy cerca de nuestro cortijo en Ronda.

—¿Cortijo? —Preguntó John, curioso, y Aurora sonrió complacida.

—Es nuestra casa de campo y de labor en el sur —John entrecerró los ojos extrañado, cuántas palabras diferentes para definir la misma cosa.

—Creía que tu tío solo se dedicaba al ejército. —Aurora cabeceó.

—Y así es, pero él dice que la poca fortuna que le ha quedado después de la guerra tiene que invertirla.

John asintió comprendiendo, y la miró tan intensamente que Aurora se ruborizó.

—Creo sinceramente que vas a causar estragos en nuestras vidas. — Aurora chasqueó la lengua, y respondió algo molesta.

—Nada más lejos de mi intención. Soy una joven discreta y tranquila. Me gusta leer y la buena comida.

John rio porque ya le habían contado la anécdota ocurrida en la cocina, y la astucia de Eulalia para salirse con la suya. Cómo se había metido al resto de la familia en el bolsillo, incluso al estirado Charles, lo dejaba atónito.

—¿Sabes de dónde saca Eulalia los alimentos? —Aurora soltó una risa cómplice.

—Tiene que ver con una llave colgada a su cuello, y un arcón cerrado a cal y canto.

John miró a su hija con el corazón henchido de amor por ella. Bramó la

ironía del destino. Su única hija era la que más se le parecía a él. Adoró sus cabellos, y sobre todo su sentido del humor, y el peso de la visita de su vecino Penword le intranquilizaba.

Aurora estaba deprimida, llevaba dos semanas en Inglaterra, y seguía lloviendo sin tregua, se dijo que le iba a salir mofo de tanta humedad. Estaba aburrida y triste por la falta de actividad. Ella que disfrutaba tanto en el campo recogiendo fruta, de meterse en el río con su aya Eulalia, ahora estaba recluida en una casa enorme y que se le caía encima. Además no tenía noticias de los suyos. Ni de su abuela, ni de Manuel que no había contestado a sus cartas, el tío Rodrigo tampoco. Arthur la había enseñado a jugar al *Backgamon*, un juego que desconocía hasta su llegada a Inglaterra. Siempre perdía, conseguían matarle dos fichas, y ya no podía salir del casillero. Andrew la obsequiaba a menudo con recitales de piano, intentaba enseñarle a tocarlo. Aurora solía pasar los dedos por las teclas suaves y firmes de color ébano y marfil. Ya había aprendido a tocar algún adagio corto, intentaba esmerarse mucho porque su padre decía que era imprescindible que las muchachas de su clase supiesen tocar el piano, y ella deseaba complacerlo. Eulalia había preparado un ungüento de eucalipto y romero que le calmaba el dolor de espalda, y últimamente los acompañaba en todas las comidas. Volvió la vista de las gotas de lluvia sobre el cristal de la ventana, al tomo que estaba leyendo.

Escuchó una voz airada y se sobresaltó. Su hermano mayor estaba discutiendo con alguien. Aunque no distinguía las palabras. Una enorme sonrisa afloró a su boca, ¡Christopher perdiendo el aplomo! Inaudito. Se le oía cada vez más furioso. Oyó un portazo y luego silencio. Se giró y dejó el grueso tomo sobre el sillón, pero lo dejó en el borde, y cayó al suelo con un golpe sordo, lo recogió, lo dejó de nuevo en el sillón, y salió por la puerta que daba al vestíbulo al mismo tiempo que otra puerta se abría: la que separaba la biblioteca y el despacho de su padre. Un hombre había oído el ruido y asomó su rubia cabeza por la puerta de la biblioteca, no había visto a la persona que lo había dejado caer por dos segundos.

Justin Clayton Penword necesitaba calmarse. Jamás se podía haber imaginado que Christopher se mostrara tan obtuso, no había escuchado ninguna de sus razones, y eso lo molestaba. Se acercó al sillón, cogió el grueso tomo, miró el título que no conocía. Lo dejó sobre el escritorio, y siguió esperando a Christopher, todavía no habían terminado de hablar. La presión de su padre le

pesaba enormemente.

Aurora salió al vestíbulo buscando a Christopher, y lo vio regresando al estudio con una cartera de piel en la mano. Se acercó sigilosamente a él y le dio sin querer un buen susto.

—¡Maldita sea, Dawn! ¿Necesitas ser siempre tan inoportuna? —el disgusto en su voz era innegable, también inesperado. Aurora lo miró extrañada por su reacción desmedida.

—Solo pretendía saber si te encontrabas bien, con quién discutías, y por qué. —Christopher la miró negando con la cabeza.

—No es nada que te concierna, jovencita —le respondió con acritud—. Y yo lo llamaría diferencia de opinión, no discutir. Los ingleses no somos tan belicosos como los españoles, no solemos discutir por nimiedades.

No fueron las palabras ofensivas lo que la enfurecieron sino el tono de superioridad que había utilizado.

—¿Y no te avergüenza decir semejante necedad? —replicó airada—. ¿O acaso el ojo morado del otro día fue que hablabas del tiempo con un deslenguado escocés? —Christopher se sentía irritado con ella particularmente.

—¡El ojo morado fue por culpa tuya! Por no sujetar tu lengua a tiempo de aceptar su reparación.

—El ojo morado fue por tu talante disciplinado que raya el ridículo —contestó airada.

—¡Deja de repetir mis palabras!

«Con la acidez de su voz se podría cortar la leche», pensó ella.

—¡Yo podría haberme ocupado del escocés! —exclamó de forma contundente.

—Tú hubieses terminado en Gretna Green.

Aurora lo miró atónita. Ignoraba qué era Gretna Green, pero si Christopher lo mencionaba, debía ser un lugar horrendo.

—Insultas mi inteligencia.

—Las mujeres no tienen inteligencia.

El insulto fue demoledor, y Aurora soltó la lengua sin piedad.

—Maldita sea vuestra naturaleza obtusa, vuestro cinismo innato —masculló demasiado ofendida para medir sus palabras.

Christopher se quedó estupefacto ante esas palabras dichas a nadie en particular. Las analizó un momento, y entonces, comenzó a mascullar. Aurora puso sus manos en jarras.

—¡Marrullero inglés! ¡Te estoy insultando!

—¿Acaso sabes hacer algo mejor? —replicó el hermano en el mismo tono.

El hombre sentado en el sillón antes ocupado por Aurora, se levantó justo en el momento en el que empezaron las pullas entre ambos. Supo sin lugar a dudas que esa voz enérgica y a la vez melodiosa pertenecía a la extranjera. La curiosidad lo aguijoneó. Quería ver el rostro de tan sensual tono mordaz. Se colocó en un ángulo para no ser visto pues pretendía seguir teniendo esa ventaja. Intentaba comprender la rápida sucesión de palabras, mitad en inglés, mitad en español, y lamentó su falta de práctica porque desde la universidad no lo había usado. Por un momento, lo que vio lo dejó anonadado. El corazón comenzó a latirle con fuerza inesperada. Apenas podía recuperar el aliento tras la visión. La muchacha parecía una diosa, de una belleza increíble. Desde el lugar donde se encontraba, pudo apreciar el matiz dorado de sus expresivos ojos. Suspiró extasiado. Le esperaba una ardua batalla con esa hechicera. Ya no le importaba si era legítima o no, había decidido en un breve instante que haría cumplir el acuerdo firmado entre las dos familias. Siguió mirando a la muchacha evaluándola con ojo crítico. Delineó las curvas de sus pechos con la mente, fue bajando sus manos imaginarias por el hueco de su garganta hasta situarlo en su estrecha cintura y asir sus redondeadas caderas que apenas se disimulaban con el fresco vestido de muselina. Imaginó que olería a flores, y que el dulzor de su boca sabría a miel del paraíso. Suspiró incómodo y desvió la vista. Seguir contemplándola era muy peligroso para su estabilidad emocional, y él necesitaba estar cuerdo ante la dura batalla que se avecinaba.

## CAPÍTULO 7

No hacía sol, pero había dejado de llover. Estaba exultante de felicidad. Nada podría impedir que saliese al campo a disfrutar del aire fresco. Se puso un vestido color rojo con una camisa blanca, era el único vestido que solo le llegaba a los tobillos, y era ideal para los días de lluvia pues no se manchaba de barro por el dobladillo de la falda. Recogió su rebelde melena en una redecilla, y para cuando se colocó la capa negra, varios rizos se le habían salido del moño. Impotente, aunque demasiado alegre para que le importara, salió al frío y nublado día: pensaba estar de vuelta antes de que la echasen en falta. Comenzó a andar primero a paso incierto porque no quería perderse, aunque le pudo el entusiasmo. Enfiló un sendero que quedaba a unos cuatrocientos metros de la casa por el oeste siguiendo una valla blanca, y, tras caminar durante un kilómetro y medio aproximadamente, llegó a una especie de laguna. No sabía si era natural o artificial, pero le pareció preciosa. Estaba rodeada de árboles muy altos que proporcionarían sombra en los días más calurosos. Había un pequeño embarcadero con dos barcas atadas, imaginó que las usarían para pasear por la laguna, si acaso en Inglaterra había días soleados porque ella lo dudaba seriamente. La laguna daba la sensación de que era bastante profunda. Rodeó unos altos setos para llegar a la orilla. Con sumo cuidado se acercó todo lo que pudo hasta que divisó azorada como alguien que se encontraba detrás de los arbustos, hacía amago de tirar un saco con algo que se movía dentro. El muchacho al verla lo soltó de inmediato, justo en el momento que ella empezó a preguntarle de forma inquisidora. El chico rondaría los trece o catorce años, y ella sospechó que debía trabajar en alguna caballeriza cercana. El muchacho se volvió, y al no entender ni una palabra de lo que ella le decía, se asustó y comenzó a correr como alma que lleva el diablo. Aurora supo lo que había sucedido, afortunadamente, estaba muy cerca para intentar rescatar el saco antes de que se hundiese por completo. Se metió en el agua sin dudar si bien estaba tan helada que comenzó a jadear sin poder evitarlo. Intentó agarrarlo, y para ello tuvo que meterse en el frío lecho hasta la cadera. Los dientes comenzaron a castañearle con más brío que sus propias castañuelas, pero al fin pudo asirlo no sin antes mojarse más de lo que pretendía. Consiguió abrirlo y sacar dos cachorros calados, le parecieron los perros más hermosos que había visto nunca. Estaba maravillada y a la vez furiosa al ver lo asustados que estaban. Sabía que era la forma habitual de deshacerse de los cachorros que nacían y que nadie deseaba.

Pero ahora se encontró con otro problema acuciante.

No podía darse la vuelta porque ello implicaría mojarse todavía más de lo que estaba. Estaba indecisa sin saber qué hacer porque los cachorros se movían muchísimo, suspiró y decidió dar pasos lentos hacia atrás, aunque al hacerlo se hundió sin remedio en la tierra blanda. No podía avanzar. Estaba clavada en el suelo sin poder moverse, y suspiró exasperada. Tenía que soltar a los cachorros para sacarse los botines, y dudó. Mientras decidía qué hacer, los labios comenzaron a ponerse azules, y una voz con marcado acento, casi le hizo desmayarse del susto pues no había visto a nadie en los alrededores salvo el chiquillo que había salido espantado. Giró la cabeza sorprendida, y miró al intruso con verdadero alivio.

—Está en propiedad privada, damisela.

Le dijo el hombre, y a ella no le gustó nada cómo había sonado ése damisela.

—Pero yo no he visto ningún letrero de advertencia, ¿señor?... — preguntó, y solo obtuvo silencio—. ¿Y usted es? —el inglés no le correspondió, siguió callado mirándola de forma penetrante. Ella dio dos pasos para volverse, lo miró, y se hundió todavía más—. ¡Vaya, yo le hago una pregunta al mulo, y resulta que es sordo! —ante el silencio del extraño, Aurora dejó el sarcasmo de lado, por la expresión que observó en el rostro de él, supo que no la había entendido—. Estoy casi congelada, y mis botines están atascados en el barro —no consiguió decir la última palabra sin tiritar. Miró al desconocido, y le preguntó con una sonrisa tan cándida que podría derretir la mirada más fría—. ¿Sería tan amable de ayudarme? —el hombre negó con la cabeza de forma enigmática.

El brillo en sus ojos resultaba indescifrable.

—¿Y terminar como usted? —se mofó con voz ronca.

Aurora alzó sus bellas cejas de forma especulativa.

—Por favor. Me estoy con...ge...lando. —El inglés se rio de ella, y Aurora rumió para que lo partiera un rayo.

—Usted se ha metido en el agua, salga por su propio pie.

Lo miró espantada por un breve instante. ¿El inglés insensible no pensaba prestarle ayuda? Sintió unos deseos enormes de bajarle los humos, y esa sensación de venganza la pilló desprevenida. Si no estuviese tan aterida podría ver la parte cómica de la situación: estaba mojada y helada, en propiedad privada, y un pedante inglés la observaba con superioridad. Se encrespó de forma automática. Estaba allí plantado, mirándola con absoluto

descaro, con sus botas recién pulidas, y que brillaban más que dos soles. Observó sus pantalones negros de montar, su chaqueta azul y su camisa blanca. Una sonrisa maliciosa comenzó a asomar por su boca. Así que el inglés no la ayudaba para no mojarse la ropa. Se hundió un poco más en el agua, cosa que la hizo jadear de nuevo, agarro los cachorros que aullaban con una mano, y con la otra cogió un montón de lodo fangoso, y, sin pensar en las consecuencias de sus actos, se lo lanzó. Le dio de lleno en la pulcra camisa. La masa pegajosa comenzó a resbalarle por el pecho manchándole los pantalones con una estela.

Justin no se movió. Siguió con la vista el recorrido que la pella iba dejando en su ropa, y, cuando alcanzó el ecuador de su cintura, alzó sus ojos y los clavó en ella con muda sorpresa.

No se le veía muy contento. Los hombros de Aurora temblaban intentando contener la risa pues la expresión de él demostraba claramente que, si se reía, le haría beber sangre. Contempló la presunción que mostraban sus ojos, y decidió zarandear su orgullo. Nada molestaba más a una persona cabal que lo tildasen de inmaduro... bueno, cada vea que su tío se lo decía a ella, funcionaba.

—Ahora *lad* no tendréis que preocuparos por acabar mojado y sucio — Justin alzó las cejas con incredulidad, ¡lo había llamado mozalbeta! Ella continuó—. Ya tenéis una mancha horrible en vuestra impoluta camisa. — Volvió a tiritar, pero sin dejar de sonreír. El ceño fruncido de él era un verdadero consuelo en su ánimo.

—¡Se arrepentirá y lo lamentará! —amenazó, sentenció, y Aurora lo miró con franca curiosidad.

—Antes tendría que tenerle miedo, ¿no cree? Aunque puedo asegurarle que no ha llegado el momento —se mofó ufana.

Un brillo complacido asomó a sus pupilas cuando observó el desconcierto de él.

—Pues debería tenerlo, damisela. —Aurora siguió con sus burlas.

—Difícilmente —le replicó—. Usted no da miedo en absoluto.

Justin ahogó una maldición.

—Pues pienso darle unas palmas que no olvidará en su vida —Aurora entendió la amenaza a pesar de la mala pronunciación.

—Azotes, se dice azotes —respondió enarcando las cejas y sin dejar de mirarlo—, y, si voy a recibirlos, pienso ganármelos uno a uno. Se acabaron los regalos gratuitos. —Le arrojó otro puñado de lodo que le dio de lleno en

la frente, le resbaló por la nariz hasta llegar a los labios.

Justin comenzó a escupir el barro que se le había metido en la boca por la sorpresa. Nadie se habría atrevido a provocarlo de esa manera. Otra bola de barro le dio en plena entrepierna. ¡Menuda puntería tenía la mozueta! Para bien o para mal, ella había cruzado la línea de la prudencia con el tercer amasijo de barro. Se metió de lleno en el agua helada provocando salpicaduras a cada paso, la sujetó por la cintura, y la levantó de un tirón sin contemplaciones.

Aurora sujetó a los cachorros con fuerza.

—Ha de saber que he recogido el guante que me ha lanzado, y espero que sea consciente de que ha iniciado una batalla en la orilla equivocada —soltó Justin con la vista clavada en el rostro enrojecido por el frío, y en el vestido mojado de ella que se ajustaba demasiado a sus curvas. La sacó como si cargase un saco de arena.

—¡Por supuesto! —exclamó ella insolente—. Pero olvida a conveniencia quién venció la última vez que los españoles se enzarzaron en una guerra.

—Pero yo confío plenamente en su derrota. Ya saboreo su rendición —soltó prepotente.

—¡Lo mismo confió Napoleón! —respondió socarrona.

Justin miró la sonrisa presumida que ella le dedicaba, y, por San Jorge, que había entendido el insulto a la perfección. La muchacha no tenía ni una pizca de prudencia en su tentador cuerpo, y presumió que de este encuentro iba a salir escaldada.

Aurora no protestó por el trato recibido, le pareció innecesario, solo quería entrar en calor de una vez. Miró los cachorros que competían con ella por quien tiritaba más. Una vez que la hubo sacado del agua, Justin se sentó en la orilla de la laguna sin miedo a mancharse de barro porque estaba furibundo. Una mozueta descarada lo había provocado en demasía, y no sabía calibrar si estaba más molesto que divertido. La tumbó sobre sus rodillas, le levantó la falda, la enagua, y comprobó azorado que la muchacha tan solo llevaba unas bragas finas de encaje, unas medias de seda sujetas con unas ligas del color más escandaloso que hubiese visto nunca, y comenzó a darle nalgadas suaves.

Aurora no fue consciente del agravio que le esperaba, soltó a los cachorros antes de que comenzaran los azotes. Aguantó hasta un total de cuatro, el número de puñados de barro que le había tirado al inglés, más uno de regalo. No soltó ni una exclamación, ni un juramento. Esperaba su momento.

Justin la reincorporó ceñudo al comprobar que la muchacha no había soltado ni un precario. La tenía sujeta por los brazos, y, de pronto, un dolor insoportable le hizo doblarse en dos. La muy zorra le había soltado un rodillazo en sus testículos. Le faltaba la respiración, inspiró profundamente intentando recobrar el resuello, y, en el mismo instante que la muchacha se daba la vuelta para salir corriendo, la sujetó por la falda rasgándosela y la lanzó al suelo. Ella pateó como una fiera rabiosa, pero él no pensaba soltar su presa, no, hasta que se recuperase. Tras unos largos instantes, Justin consiguió serenarse lo suficiente como para arrastrarla hacia él. Ambos estaban mojados y embarrados, y, cuando posó los ojos en la boca femenina, sintió el loco impulso de besarla. Se apoderó de los labios sin más, con un deseo que lo dejó abrumado por lo inesperado, ella solo pudo gemir impotente al sentirse dominada en segundos. Justin no podía soltarla, la muchacha sabía deliciosa, y esa boca era la creación del diablo para perder a los hombres. La sintió debajo de él, tierna y receptiva, y su cuerpo reaccionó de inmediato poniéndose tan duro como una piedra. Relajó los miembros lo suficiente para que la muchacha lo notara, y, de pronto, sin saber cómo, se encontró besando el barro. La muy arpía le había hecho ¡no sabía qué!, pero de pronto la tenía sentada en su trasero inmovilizándolo con sus muslos. Tenía un brazo retorcido de tal forma que no podía moverse. Inaudito, tenía la cara hundida en la tierra, y ahora sí que estaba escuchando los insultos más increíbles que había oído en toda su vida.

—¡Piojo de albañal! ¡Rata de cloaca! ¡Nunca! ¡Nunca jamás vuelva a ponerme una mano encima porque juro que lo mataré!

El tono de voz era de una rabia descontrolada. Aurora se incorporó, y permitió que el inglés se levantara. Lo miró de tal forma que, si las miradas quemasen, Justin habría acabado carbonizado en el suelo. Ambos se midieron como enemigos. Ella le sostuvo la mirada llena de ira, Justin la valoró con la arrogancia propia de su género. Se palpaba la furia contenida, pero no cedieron ni un milímetro.

—¡No vuelva a ponerme una mano encima porque se la cortaré! —le escupió las palabras con veneno.

Justin estaba eufórico. La muchacha era increíble.

—Tienes mi palabra de que la mano no es lo único que te voy a poner encima —la tuteó.

La recorrió ardientemente de arriba abajo deteniendo sus ojos en labios voluptuosos que ansiaba volver a besar.

—¡Si en algo aprecia su vida...! —Aurora dejó la advertencia sin concluir.

Recogió a los asustados cachorros entre sus brazos. Estaban tan llenos de barro como ella. Mientras se marchaba, comenzó a lanzar insultos al aire, aunque algo había que agradecerle al inglés, al menos ya no tenía frío, se dijo malhumorada. No volvió la cabeza para mirarlo porque nunca se había sentido tan insultada.

Una vez que se hubo alejado lo suficiente, se paró a mirar su aspecto. Tenía la falda del vestido rasgada y llena de barro, había perdido los botines en la refriega. La red del pelo estaba destrozada y su pelo había quedado chorreando lodo. Tenía las manos moradas de frío y las nalgas hirviendo de furia, si bien eso no era nada comparado con su enfado.

Justin la vio alejarse y no intentó detenerla. Nunca había sido testigo de una pelea tan desigual y magnífica, por Dios, la muchacha era una delicia, con un temperamento visceral, y qué boca, se moría de ganas por volver a besarla. ¡Hacerle el amor! Tanto fuego y pasión harían enloquecer a cualquier hombre. Justin se amonestó, no a cualquier hombre. Él, era el único que la poseería. El acuerdo nupcial le daba ese derecho, y una vez que lo hubo aceptado, su mente se liberó de inmediato de cualquier duda que hubiese albergado. La española era suya desde el mismo día que nació, y después de haberla probado, nada podría cambiar eso. Justin sonrió, se moría de ganas por verle la cara el día que le dijeran que estaban prácticamente casados, qué tenía todo el derecho sobre ella. Rio con auténtico regocijo. Nunca creyó que podría divertirse tanto con una pelea, aunque la muchacha sabía defenderse. Sus partes doloridas daban fe de ello, y lo más sorprendente fue descubrir que la moza prescindía de mucha ropa interior, se había quedado mareado ante la visión de ese trasero seductor. ¡Vaya con el temperamento español! Estaba mojado como una rata, pero el revolcón había valido la pena, y la muy tonta creyó que no pensaba ayudarla. Él, solo pretendía divertirse un rato.

Aurora subió los peldaños de la entrada de la casa con los cachorros medio dormidos en los brazos. La puerta estaba cerrada y maldijo contrariada, se moriría antes de permitir que la viesan en semejante estado calamitoso. De pronto, recordó que su padre solía dejar la ventana de la biblioteca abierta, así que volvió sobre sus pasos y se dirigió al jardín trasero. Dejó a los cachorros en el suelo y empujó hacia dentro la mitad de la hoja, consiguió

abrirla sin esfuerzo, volvió a recoger los animales y los metió dentro intentado que no se diesen un golpe fuerte al dejarlos caer en el suelo. Dio un pequeño salto, se sentó en el marco, pasó primero una pierna, luego la otra, y, con un suave impulso, se deslizó hacia dentro.

Jamie estaba boquiabierto contemplando la escena que se desarrollaba delante de sus ojos. Se encontraba en ese momento sentado en un sillón esperando la llegada de Andrew cuando un ruido lo puso alerta. En un primer instante, pensó que se trataba de un ladrón, hasta que vio lo que caía al suelo de la estancia, parecían dos comadreas ahogadas, mientras, unas palabras de mujer, dichas en un idioma extranjero, intentaban calmar a los cachorros. Aurora recogió su premio, y, una vez que hubo alzado la cabeza, se encontró con un hombre desconocido y con la boca abierta. Miró al hombre con el mismo interés que el otro le prodigaba. Tenía el pelo moreno y los ojos de un azul impresionante, poseía una sonrisa enigmática, y que le pareció apaciguadora. Le gustó, porque, aunque la miraba curioso, en sus pupilas no se advertía ningún atisbo de presunción o de superioridad.

Jamie, a su vez, miró la gallina desplumada que acababa de colarse por la ventana de la biblioteca, agarraba a unos cachorros como intentando protegerlos de él. ¡Imposible! Se fijó en su maltrecho vestido manchado de lodo y que estaba roto, se fijó en la maraña de pelo lleno de barro, y el altivo mentón. La muchacha seguía sin decir palabra, sin moverse, hasta que ambos escucharon la exclamación de Andrew. Había entrado por la puerta del despacho que comunicaba las dos estancias.

—Dawn, ¿qué demonios te ha ocurrido? —Andrew estaba escandalizado viendo el lamentable aspecto de su hermana, ella volvió a tiritar involuntariamente.

—Alguien ha intentado ahogar a estos animalitos en la laguna. Había demasiado barro, y me he caído cuando he intentado alcanzarlos, sin embargo, ha merecido la pena porque son unos cachorros preciosos. Los voy a llamar Nuez y Canela por el color de pelo —dijo con voz orgullosa, y libre de la rabia que había sentido unos momentos antes—. ¿Andrés le podrías decir a Elena que me prepare un baño? Estoy he... la... da.

—Jamie, espera un momento mientras doy la orden, después os presentaré como corresponde, si es que decides quedarte a tomar el té.

Jamie hizo un asentimiento de cabeza, y miró a la pareja que salía por la puerta. Así que ésta era la belleza española que estaba prometida a su hermano. ¡Vaya! Incluso él estaba impresionado. Ahora entendía por qué su

hermano mayor deseaba seguir con el acuerdo nupcial, imaginaba que ya la había visto, y que se había prendado de ella, aunque los Beresford no estaban muy por la labor de cumplir el contrato. Justin les había contado la negativa de Christopher unos días atrás para cumplir el acuerdo. Justin quería formalizarlo, pero los Beresford pedían tiempo, un tiempo que el duque no quería otorgar, y todo había terminado en una fuerte discusión.

Jamie le preguntó si había visto a la dama, y su hermano solo lo había mirado de forma enigmática. Ahora lo comprendía todo. Que la muchacha estuviese renuente al compromiso, podía llegar a entenderlo, pero no la negativa de su padre y hermano. Estaba intrigado, ¡por San Jorge que estaba intrigado!

## CAPÍTULO 8

Hoy iba a asistir a su primer baile en Inglaterra. Lo celebraban sus vecinos los Penword. Su padre había decidido utilizar el baile para presentarla a sus conocidos y amigos. Muchos de ellos todavía no se habían marchado para la temporada social que ya había comenzado en Londres, por tanto, había bastante expectación por conocer a la desconocida hija del marqués de Whitam. Aurora se sentía muy nerviosa. Nunca había sabido guardar las formas en un lugar lleno de gente que observaba y cumplía el protocolo a rajatabla. Ignoraba el comportamiento que se esperaba de ella en Inglaterra. Era todo tan rígido, tan formal. ¡Cómo extrañaba Ronda!

Aurora volvió a suspirar resignada.

Su padre le había contado la gran afinidad que durante generaciones mantenían con unos vecinos: los Penword. Incluso existían varios matrimonios entre ellos. Compartían una Torre Roja que pasaba de una familia a otra según los casamientos. Aurora sabía que el duque, un hombre muy importante en Gran Bretaña, tenía dos hijos varones, y que era poseedor de una inmensa fortuna además de un gran patrimonio, aunque su padre le había confesado, no sin menos orgullo, que él poseía tanta riqueza y prestigio como su vecino. La había instruido sobre los matrimonios entre nobles, lo que se esperaba de los herederos. Así había descubierto que ella era la heredera del legado de Clare, aunque desconocía la repercusión que tendría en su vida esa herencia, y no estaba muy segura de quererla para sí. El heredero del duque, ahora su vecino por la proximidad de las casas en las que vivían, había asistido a la universidad con su hermano mayor. Tanto los Penword como los Beresford habían jugado, alimentado y corrido de una casa a la otra. Los cinco niños habían sido amigos desde la infancia: amistad que perduraba hasta el día de hoy. Que las tierras de ambos colindasen tenía mucho que ver en la amistad que se profesaban.

Aurora había tenido la primera diferencia con su padre, y ello le había dejado un mal sabor de boca pues John pretendía obsequiarle con un vestuario nuevo, pero Aurora había perdido esa batalla. Había descubierto que le encantaba bañarse frente a la chimenea, era un lujo que no tenía en Ronda porque allí no hacía el frío suficiente para necesitar una chimenea en cada habitación, no obstante, durante su estancia en Inglaterra pensaba disfrutarlo al máximo. Eulalia no hizo ruido cuando entró en la alcoba, se quedó mirándola un momento sonriente, su niña iba a ser esa noche la envidia de todas las

damas pálidas y escuálidas de la nobleza inglesa. Su pupila no tenía comparación, había sido premiada con los rasgos físicos más notables tanto de españoles como de ingleses, porque las inglesas eran más altas sí, pero menos voluptuosas, y el color tan blanco de la piel, las hacía parecer fantasmas. No las ayudaban en nada los polvos de arroz que utilizaban para acentuar el blanco del cutis. Ella sabía que el rasgo que más destacaba en las mujeres del sur era la pasión, la sangre caliente e impulsiva que las hacía poseedoras de una sensualidad innata. El carácter ausente de la frialdad típica inglesa. Sí, su muchacha iba a revolucionar a toda la nobleza británica porque contenía demasiado fuego en su interior.

—Despierta dormilona.

Aurora le mostró una sonrisa sincera.

—Te quiero, aya, ¿te lo he dicho hoy?

—Cada sonrisa tuya me lo dice siempre.

El orgullo le hacía temblar la voz.

—No lo olvides nunca. Haga lo que haga, diga lo que diga, nunca dudes que te quiero de veras.

—¿Qué piensas hacer, chiquilla? —preguntó alarmada.

—Espero que nada, pero ya me conoces, no sé comportarme muy bien cuando hay gente importante a mi alrededor.

Eulalia soltó un abrupto.

—Tienes más corrección en tus venas que toda Gran Bretaña junta —respondió con voz determinante—. Nunca dudes de ti misma, y nunca permitas que desconocidos te marquen los pasos. Deja que te guíe ese hidalgo corazón que poseen los Velasco, y jamás te arrepentirás de las decisiones que tomes.

Aurora meditó en las palabras de su aya. Miró un momento el vestido que se pondría para esa ocasión. Era hermoso y de color dorado. Iba ceñido sobre el busto y las caderas con amplio escote redondo que la favorecía. Tenía una gran abertura sobre la pierna derecha, y ello lograba que los finos volantes de encaje de seda interiores de la enagua de color marfil, se moviesen como si tuviesen vida propia. Hizo una mueca satisfecha al ver los acompañamientos del vestido que había elegido cuidadosamente: los finos botines de piel. El atrevido mantón bordado con rosas amarillas y blancas, y unidas con hilo dorado. Aunque la sonrisa se borró de su cara cuando observó la coraza interior que debía ponerse, jamás podría moverse con semejante armadura. Una vez que tuvo el pelo secó, comenzó a vestirse, y confiaba que Eulalia no encontrase enseguida las peinetas de nácar que tanto le gustaban, así le daría

tiempo a esconder el elemento torturador, pero no fue lo bastante rápida.

—¡Niña ponte ahora mismo el corsé! —viendo la negación de la cabeza de ella, le replicó condescendentemente—. Prometo ceñírtelo suavemente en esta ocasión.

—¡No podré respirar con eso! —protestó vehemente. Eulalia la miró severa.

—Sabes que normalmente cedo en este asunto, pero hoy es una de esas ocasiones importantes en la que debes llevarlo. Piensa en tu familia, y en lo incómodos que se sentirá si no apareces ataviada como una verdadera dama. ¡Eres hija de un marqués!

Aurora, resignada, aceptó ponérselo. Eulalia comenzó a apretar.

—¡Aya! Me estás uniendo tanto el estómago a la espina dorsal, que no me queda sitio para el aire, y lo necesito para seguir respirando —el tono lastimoso era auténtico.

—Esto te ocurre por ir siempre como una salvaje. Al final tendré que darle la razón a tu abuela, y dedicarme a cuidar santos.

Aurora no solía llevar corsé porque le impedía todo movimiento, como subirse a los árboles.

—Pardiez, me estás subiendo tanto los senos al cuello que parecerá que tengo paperas.

—Pues serán unas paperas muy gordas —contestó—. Deja de quejarte y coopera.

Aurora la miró altanera.

—Gracias por decir algo tan poco halagüeño sobre mi busto, y, ¡basta! Has dicho que lo ibas a ceñir suave, y me estoy ahogando.

—Es posible que lo haya apretado de más, ¿mejor así? —le dijo soltándolo un poco las cintas.

—No, pero es tolerable. ¡Maldita sea! ¿Por qué debe una mujer sufrir semejante tortura? —preguntó molesta.

—Deja de maldecir jovencita, y así la cintura se ve más estrecha. Recuerda que a los hombres les encanta que las mujeres tengan cintura de avispa.

Aurora resopló.

—Ya quisiera yo ver a los hombres con un corsé debajo de sus pantalones, y, subiéndoles tanto el culo a la espalda, que no sabríamos distinguir si es una chepa o una doble joroba.

Eulalia terminó por reír ante la comparación tan absurda.

—Tan insolente como siempre. Mira lo que te he traído para prendértelo junto a tus peinetas. — Aurora miró los pequeños capullos blancos de rosas que Eulalia había trenzado haciendo que pareciesen una pequeña tiara. Le sonrió, e hizo un leve gesto con la cabeza de agradecimiento.

John miraba el descenso de su hija. ¡Estaba bellísima! Observó el brillo pilluelo de sus ojos, del mismo color que su vestido, y esa sonrisa que podría cautivar hasta los muertos: la misma sonrisa de sí mismo. Un orgullo paternal asomó a sus pupilas. Era una verdadera lástima que Inés no pudiese ver su creación.

—Tus hermanos se fueron hace un rato. Desean que tu entrada sea más espectacular.

Aurora entrecerró los ojos.

—Pues las últimas entradas espectaculares que hice fueron un desastre, puedo asegurarlo —sonrió porque todavía recordaba la que hizo en Ronda frente a sus dos hermanos—. Solo deseo complacerlo, y que se sienta orgulloso.

El tono humilde de ella le arrancó una sonrisa al padre.

—Ni ser el rey de Inglaterra me haría sentirme hoy más orgulloso. —John la cogió de la mano cuando Aurora terminó de bajar las escaleras, y, posando un beso en la frente de ella, se sacó un estuche del bolsillo de su chaqueta negra—. Hija mía te falta esto —abrió el pesado estuche y le mostró un collar de perlas perfectas.

Se las abrochó al cuello y la miró con mucha dulzura. Le ofreció el brazo a su hija, y juntos descendieron la escalinata hacia el carruaje que los esperaba.

John Beresford presentó a su hija a su anfitrión que estaba situado justo en el otro extremo de una larga fila de invitados. El duque de Arun tenía el cabello canoso y abundante. Hablaba con voz grave y fuerte, como un hombre que se siente satisfecho de sí mismo. Aurora simpatizó con él porque, aunque se le veía altanero, saludó a su padre con un cariñoso abrazo y agrado en sus ojos azules. Llegó su turno de saludarlo, ella se preparó mentalmente para hacerlo todo apropiadamente. Lo miró directamente a los ojos, algo que no era correcto pero que ella desconocía, cuando vio el escudriñamiento al que la

sometía, se inclinó demasiado rápido para hacer la reverencia y así escapar de su escrutinio deliberado. Tanto se inclinó, y con tantas prisas, que se pisó sin querer el dobladillo del vestido y... ¡cayó de bruces encima del duque! La apostura de él logró que no cayeran al suelo. Con el mayor descaro, Devlin aprovechó que la tenía en sus brazos para examinarla concienzudamente. Aurora se disculpó efusivamente por su torpeza e interiormente se amonestó por no haber practicado la reverencia al menos una vez. Cuando su padre la tomó del brazo, y la escoltó escaleras arriba hacia el salón de baile, volvió la cabeza para seguir mirando al duque. Nunca había visto uno y le gustó porque seguía sonriéndole a pesar de su torpeza anterior. Su padre y ella se detuvieron un instante en el umbral del salón de baile, tenían que descender cuatro escalones para alcanzar la pista, y entonces tuvieron una visión completa de los invitados que había allí reunidos. John tenía un brillo en los ojos de verdadero orgullo viendo como todas las miradas se dirigían a su secreta hija. Un silencio notable descendió sobre el salón mientras los observaban, Aurora arqueó una ceja interrogativa ante lo que le esperaba.

—¿Preparada? —le susurró John con una risa ahogada, pero sujetándola con fuerza.

—¡Lo mismo que para un linchamiento! —respondió ella con un escalofrío.

John suspiró su dramatismo, si bien ella no se pudo soltar sus manos como pretendía.

Aurora volvió los ojos hacia su padre, que miraba hacia el otro extremo del salón de baile arrugando el entrecejo. Los ojos de Aurora se pasearon en esa misma dirección, y los abrió de par en par, ¡allí estaba el deslenguado escocés!, y, al verlo vestido con un atuendo que le pareció demasiado femenino, hizo una mueca incrédula, también apreciativa. Si un hombre era capaz de asistir así a un baile, se merecía parte de su admiración. Sintió simpatía por él. Se quedó observándolo con una amplia sonrisa, ¡ella quería una falda tan corta como esa! Aurora miró más allá del escocés, curiosa por ver con quien hablaba su hermano Andrew, y lo vio. ¡El inglés!... rectificó, el insufrible caballero que le había negado la ayuda en la laguna. Observó que estaba recostado de forma indolente contra una columna, parecía como si escuchase a los dos hombres que lo acompañaban, sin embargo, los ojos de él la miraban especulativos y de forma posesiva. La furia volvió a instalarse en sus ojos ambarinos. Se dio la vuelta rápidamente para recomponer su semblante. «Nunca des a tu enemigo el arma para que te ataque», ahora más

que nunca las palabras de su tío acudieron a su mente. Dejó que aflorara a sus labios una sonrisa tranquila. Al momento, el escocés la rodeó con su brazo de gigante, y la condujo a la pista de baile cuando comenzaba el vals que había reservado a su padre. Ella se negó, pero no le quedó más opción que seguirlo pues no deseaba dar un espectáculo, no cuando esos ojos de acero no se perdían detalle de la escena que estaban protagonizando ambos. Era inmenso, parecía que estaba bailando con un oso, aunque al momento supo que no tendría nada que temer de él. Brandon la miraba con ojos admirativos, y con algo en su profundidad que no quiso interpretar ella.

—*Petit bochéé espagnole*. Es un placer tenerte en mis brazos.

El tuteo le resultó inesperado.

—Gracias. Hoy está controlando su lengua de una forma admirable, y acepto la lisonja encantada —replicó con humor.

—¿Me has perdonado? —preguntó con falso pesar.

—¡Por supuesto! No soy persona de guardar rencor —al momento se mordió la lengua ante la mentira descarada. Todavía no había perdonado a su abuela su ausencia—. Pero estuvo muy mal que permitiese a un hombre tranquilo y estudioso querer batirse en un duelo por su presunción.

—Arthur actuó por un impulso *chérie*. —Aurora lo miró con censura en sus ojos.

—¡Ja! Como si fuese el único hombre que se deja guiar por sus impulsos y termina por ellos en desastre.

—Eres demasiado severa con un hombre que sufre desde el mismo instante que te descubrió. —Aurora entrecerró los ojos porque él la estrechaba demasiado a su fibroso cuerpo.

—Ni una sola de mis pecas le ha dado motivos erróneos que lo indujesen a pensar en tener una relación conmigo salvo amistad, y nada más que amistad.

—Tus hermosas pecas no, pero tu lengua aceptó mi reparación —le recordó jocoso.

—Si vuelve con eso otra vez —lo amenazó ella—, le daré tantos coscorrónes que las orejas terminarán por aplaudir bulerías.

—Es una delicia escucharte, aunque no te comprenda —la risotada de él hizo volver varias cabezas incluida la de Justin, que miró con dureza a la pareja que danzaba.

Ese descarado primo suyo mantenía una conversación íntima con su prometida. Tendría que darle una lección, pero antes debía hacer las cosas bien. Esperaría el momento en la presentación que se iba a producir de un

momento a otro. Sí, la venganza era un plato que se sirve frío, aunque tendría que vigilar su cuello cada vez que se acercara a esa muchachita. Estaba preciosa pues el vestido resaltaba sus pechos de forma seductora, pero siendo española no lo sorprendía: los españoles gustaban de hacerlo todo a lo grande, y eso incluía a sus mujeres, sin embargo, él estaba encantado. Desde el momento en que la tuvo sentada en sus rodillas acariciándole el trasero con cada nalgada, no había tenido una noche de paz. Incluso ahora se moría por llevarla a un rincón apartado y besarle cada centímetro de su cara, la curva de sus orejas, el hueco entre sus senos. Aunque su momento llegaría, solo tenía que esperar.

Aurora estaba agotada, la noche estaba resultando interminable, y se negaba a considerar lo que le esperaba en Londres donde iban a partir en un par de semanas. Su padre estaba casi recuperado y deseaba que ella no se perdiese un solo baile de la temporada. John quería resarcirla de todos los años en los que ignoró su existencia. Desconocer que tenía una hija había resultado demoledor, y ahora pretendía recompensarla, pero ella no necesitaba compensación. Su padre la buscó, se acercó a ella, y, sujetándola del brazo, la hizo volverse hacia la persona que pretendía presentarle logrando con su acción que el estómago de ella se encogiese.

—Hija mía, permite que te presente a Justin Clayton Penword, marqués de Greenthorn, y el hijo primogénito de nuestro anfitrión.

Aurora hizo una ligerísima inclinación de cabeza, y Justin se quedó perplejo ante la indiferencia de sus ojos de oro. Ni una chispa de curiosidad acudió a las pupilas de la muchacha ante la mención de su título y alcurnia. Justin fue consciente de que ignoraba la repercusión de que él fuese el heredero de Arun y ella del legado de Clare. No supo si enfadarse o reírse ante la circunstancia, ni siquiera tenía el alivio de ver una chispa de interés en su mirada, y, ese detalle, lo desconcertó. Los grandes ojos de fuego lo contemplaban directamente, con aburrimento y exagerada educación, pero él intuía que esa indiferencia iba a cambiar de un momento a otro, y la providencia estuvo de su parte cuando el viejo amigo de su familia, el conde Dammon, se acercó para saciar su curiosidad.

—Lady Dawn Beresford, es un placer conocer a la futura duquesa de Arun. Confío que permitirá que la invitemos a usted y a su prometido a nuestra casa de Londres, ¿el próximo mes le parece bien? —Aurora no comprendió del todo la rápida sucesión de palabras, si bien asintió educadamente. La molestaba enormemente que la llamasen Dawn. Intentaba recordar las palabras

del conde. ¿Futura duquesa de Arun? ¿Prometido? El actual duque de Arun era el señor Devlin Charles Penword, padre de Justin y Jamie. La mente de Aurora hervía de especulaciones, Justin era marqués de Greenthorn, futuro duque de Arun...

Justin supo el mismo instante en que la luz hizo su presencia en la mente femenina. Vio la confusión, la perplejidad, y el horror de lo que había asimilado. Aurora giró la cabeza hacia su padre que, avergonzado, inclinó los ojos al suelo incapaz de sostenerle la mirada. Una decepción abrumadora la ciñó como un lazo. Ahogó una exclamación furiosa. Volvió sus ojos llenos de ira al rostro impávido del inglés, y un rubor intenso la cubrió de pies a cabeza. Alzó el mentón en un gesto típico suyo de altanería, y se alejó hacia los jardines. Necesitaba pensar en qué lío estaría metida si ella era la heredera del legado de Clare. ¿Por qué no le habría prestado más atención a su padre cuando la instruía?

John la vio alejarse entre maldiciones mal contenidas. Quiso acercarse a ella, pero era consciente que necesitaría un momento a solas para serenarse: aceptar lo inevitable. Suspiró largamente, y decidió esperar antes de buscarla.

—Disculpa su grosería Justin, ella no sabía nada todavía sobre el compromiso. —Justin asintió—. En el momento que se calme un poco, trataré de explicarle.

—No te preocupes John, seré yo el que le pida una disculpa. Se la debo. —John alzó sus cejas confuso—. Otro día te contaré... ¿Te importa que la busque ahora e intente hablarle?

John negó con la cabeza.

Justin se dirigió hacia los balcones de la terraza, pero su padre lo interceptó por el camino. Le preguntó inquisidor y de forma queda para que nadie más los oyese, si la muchacha estaba enterada. Justin miró a su padre por un breve instante.

—La muchacha está enterada, y mi cuello corre grave peligro. —Su voz sonó un poco desencantada.

—Pues si se resiste, solo te queda un atajo para alcanzarla.

—Padre, ¿qué está insinuando? —apenas si se atrevía a preguntar.

—Tendrás que seducirla, así no tendrá más remedio que capitular. —Justin lo miró espantado, y el duque lo miró a su vez con disgusto—. Guárdate tus escrúpulos inútiles hijo —Devlin moderó su tono—. No creo que te resulte difícil. La muchacha es bellísima, doy fe de ello. —Justin maldijo por lo bajo—. El legado de Clare ha de volver a nosotros de una vez. Piensa en lo que te

he dicho —y, diciendo esto último, se alejó con paso decidido.

Justin comenzó a sopesar las palabras de su padre, y un plan fue formándose en su cabeza. Plan que resultaría alternativo si la muchacha resultaba menos predecible de lo que pensaba. Dio los pasos necesarios para alcanzarla. Todavía tenía cosas de qué hablar con esa hechicera española, y era el momento idóneo.

¡Aurora se ahogaba! ¡Maldito corsé! Necesitaba quitárselo, aunque sabía que la culpa de su incapacidad para serenarse, no la tenía ésa prenda en concreto. Estaba desolada, ahora más que nunca la lluvia le parecía el presagio de males eternos. Jamás tenía que haber puesto un pie en Inglaterra porque era menor de edad, ¿podrían decidir su destino? ¿Qué podría hacer? Escaparse iba a ser muy difícil. ¡Eulalia la ayudaría!, este último pensamiento la reconfortó. Siempre podía negarse y armar tanto escándalo que hasta el primer ministro de Inglaterra estaría dispuesto a embarcarla otra vez para el reino de España, pero de nuevo su carácter decidido y resuelto quitó peso a su corazón. Peso que había amenazado con paralizarla de miedo unos momentos antes.

—De modo que estás contando las libras —las palabras del inglés le parecieron insultantes.

Se volvió lentamente hacia él, y la sonrisa que le brindó, desmentía el rechazo que su presencia le provocaba. Lo miró de arriba abajo en un escrutinio descarado. Era un individuo muy alto, un poco menos que su primo el escocés. De presencia implacable, de facciones austeras, y de porte casi inaccesibles. Los ojos eran los más raros que había visto en su vida, fríos e inteligentes, del color de una ventisca en invierno. Siguió recorriendo con desdén la piel de su rostro, sus hombros anchos, el vientre plano, y las caderas apenas más anchas que su cintura. Era de pelo rubio oscuro y abundante, se le rizaba a la altura de la nuca. Le sorprendía la diferencia entre su hermano y él: uno rubio, el otro moreno, Jamie con los ojos azules, y... Justin silbó, y ella volvió bruscamente de su escrutinio.

—Menuda inspección, presumo que te gusta lo que ves.

El hombre se sintió complacido por la falta de pudor de ella tras ese examen concienzudo de su persona. Solo las mujeres más experimentadas osaban examinarlo con tanto descaro, y, lo que él erróneamente creyó, avidez.

—Estoy tomándole medidas mentalmente para saber el tamaño de la caja que deberán fabricarle si vuelve a ponerme una mano encima.

La voz de Aurora cortaba.

—¿Tamaño de la caja? —la sorpresa de Justin era evidente.

—A los muertos se les entierra en una caja —contestó.

—No entiendo la alusión.

Ella lo miró fastidiada.

—¡Por supuesto que no! Había olvidado lo obtusos que son los ingleses.

—La exasperación en la voz resultaba cómica.

Justin se quedó perplejo porque, de todas las posibles respuestas, era la que menos se esperaba. No pudo ocultar una sonrisa.

—¡Y encima le divierto! Triste de mí ser el bufón de un cangrejo.

De nuevo Justin se sintió confundido. La jerga española era difícil de comprender, aunque con cada palabra que ella decía, él se iba acercando un poquito más, hasta casi estar pegado a ella.

—Soy el mejor partido de Inglaterra, y las mujeres me encuentran irresistible, sobre todo, cuando voy acompañado de mi título, muchacha afortunada.

Ahora fue ella la que se quedó boquiabierta de la impresión. Tanta presunción en un individuo la pasmaba.

—Le reconozco un cierto atractivo —le respondió de forma seca—. Su prepotencia, arrogancia... ¡origen! —la última palabra le sonó a Justin a insulto—. Ante tamañas cualidades me deja sin capacidad de reacción.

—Muchacha descarada, deberías controlar tu lengua viperina, si bien lo pasaré por alto ante el ancestral acuerdo que nos terminará uniendo.

Aurora abrió los ojos como platos. El inglés había mejorado mucho su acento. Suspiró largamente, y lo miró con indiferencia.

—Yo... —puntualizó—, no he firmado ningún acuerdo con usted —no pudo ocultar una sonrisa al espetarle—, ni pienso hacerlo mientras respire aliento.

Justin la observó con una advertencia.

—No podrás evitarlo —puntualizó—. Hay un acuerdo oficial con sello real, tu padre secundará la alianza de nuestro matrimonio. —Justin sonrió con presunción anticipada, y Aurora se molestó de veras.

Sabía de la prepotencia inglesa, aunque nunca pensó que la cataría en primera persona.

—Se equivoca —cortó rápida—. Aunque si es mi herencia lo que persigue se la regalaré con gusto, me libraré de usted y se acabó. —Sonrió con tanta petulancia que terminó por ofenderlo.

—Jamás te librarás de mí. —La determinación en la voz masculina hizo

que las rodillas de Aurora temblasen.

¿Cómo se había acercado tanto? El brazo izquierdo de Justin la rodeó por la cintura mientras su mano derecha le cogía la nuca y la acercaba a su boca. Intentó resistirse, aunque esperó. La entrepierna de él estaba a una distancia apropiada, casi había alzado la rodilla derecha para darle un buen golpe, no obstante, él, estaba preparado.

—Una vez me pillaste con la guardia baja, damisela, y juré que sería la última.

El cuerpo de Justin palpitaba lleno de vida, bajó la mirada hacia la boca femenina, y la garganta se le oprimió todavía más. ¡Maldita fuera! El deseo de besarla, de sentir esos labios extraordinarios contra los suyos, de tocarle la lengua con la suya, se apoderó de él de manera incontenible. Si se inclinaba hacia delante solo un poquito... consiguió besarla y se mareó con su sabor. Su fragancia lo enloquecía. La boca era tan suave que no pudo soltarla ni cuando ella se quedó sin resuello entre sus manos. Profundizó el beso hasta casi devorarla y... la muchacha se desmayó, se quedó inerte en sus brazos. Justin la miró entre la duda y la confusión. Pensó que había llegado demasiado lejos, y maldijo su impetuosidad.

Al intentar alzarla, ella se revolvió igual que un gato cuando va a caer desde una altura considerable, y lo pilló tan de sorpresa que no le quedó más remedio que soltarla. De repente se encontró tumbado de nuevo en el suelo, en la posición más humillante que pudiese sufrir un hombre en días. Ella se marchaba riendo con voz cantarina, y un disgusto enorme asomó a sus ojos grises, hasta que notó lo que tenía en su mano. En la caída se había apoderado sin querer de un pequeño artilugio que ella llevaba en el pelo, vio el prendedor exquisito, y supo en ese mismo instante que ella sería suya, costase lo que costase. Levantó su maltrecho orgullo, y, con la misma facilidad que se quita una mota de polvo de la solapa, Justin sacudió sus pantalones, y juró que se lo haría pagar a la moza.

Aurora hizo todo el recorrido de vuelta a Whitam Hall en silencio, su padre se mostraba apenado. Era consciente de su gran falta al no haberla preparado, aunque había sentido miedo. Según su vecino el duque, no había motivo para esperar demasiado antes de la boda. John tenía las manos atadas. En su interior se rebelaba por primera vez contra un acuerdo. Miró a su hija, avergonzado, ansiaba la recriminación, las lágrimas, pero Dawn no se

rebajaría de ningún modo, estaba hecha de un material muy resistente. Ella se mantenía en silencio con la mente lejana, y él se sentía incapaz de alcanzarla. Lamentaba profundamente la brecha que se había creado en la relación entre ambos. La había encontrado hacía tan poquito, que le angustiaba perderla tan pronto.

—Dawn, si solo me permitieras una explicación.

—No, ahora no, me siento demasiado enojada. —Aurora alzó la mano en una súplica silenciosa, bajó los ojos y siguió callada.

Se sentía atrapada, era una sensación asfixiante no poder controlar su destino. Estar en un reino lejano, y con costumbres que no llegaba a comprender del todo, la sobrecogía. Tenía verdadero terror a no volver a Ronda. En ese momento se le estaba helando el corazón, y, cada día que pasaba, se le hacía más difícil mantenerlo caliente. Su abuela tardaba demasiado. ¡La necesitaba tanto! Debía controlar su nerviosismo para dar los pasos con pies de plomo. Necesitaba actividad, no estaba acostumbrada a ese confinamiento, y además había perdido su peineta de nácar. La había buscado en vano. Lloraba por dentro porque era un regalo muy querido. Sentía verdadera pena. Sus hermanos le habían prometido buscarla, pero ella sabía que no la volvería a ver.

—Y lo entiendo hija mía. —John clavó sus claros ojos azules en ella y continuó—. Lamento sinceramente el mal trago que has pasado. —Aurora seguía mirando por la ventanilla del carruaje en un intento de disuadirlo—. Me gustaría que me mirases cuando te hablo.

Aurora giró la cabeza bruscamente, y lo miró con un disgusto mal disimulado en sus profundos ojos.

—¿Es cierto que estoy prometida? ¿Sin mi consentimiento? ¿Sin la autorización de mi tío o de mi abuela? —John tragó violentamente.

—Sí a la primera, depende, a las dos segundas. —El alivio fue tan inmenso que Aurora dejó escapar el aire retenido en sus pulmones—. Pero sí hay un acuerdo establecido por las dos familias, y es válido. —Aurora no comprendía—. Vuestro compromiso se realizó por nuestros antepasados, antes de que el duque o yo tuviésemos descendencia. Es una forma de protección hacia la herencia de Clare. Los Beresford no hemos tenido descendencia femenina desde hace varias generaciones.

Aurora hizo una mueca con la boca.

—Pero yo no deseo ningún compromiso. Es del todo impensable cuando pronto volveré a Andalucía. —John, al ver el gesto infantil de ella, se

enterneció, y a la vez se endureció por sus palabras. En sus manos tenía una carta de su abuela María con instrucciones concisas sobre ella. Aurora ignoraba que no podría volver al reino de España en un tiempo.

—Si una de las dos partes se niega al acuerdo, en este caso la nuestra, la herencia no volverá a los Penword, y el duque no está dispuesto a ello. Por eso insiste con tanto apremio en continuar el compromiso. —Aurora seguía sin comprender, y John suspiró intranquilo—. Devlin puede llevarnos a los tribunales, aunque sabe que es posible que pierda...

—¿Y entonces? —la pregunta la hizo con un hilo de voz.

—Mi honor e integridad será arrastrado por el suelo en constantes litigios que debo evitar por el bien de todos. No deseo escándalos, Dawn. Soy un hombre honorable, y mi honor será cuestionado si mi hija le da la espalda a un acuerdo firmado por el rey.

Aurora no quiso meter en un compromiso a su padre.

—Pero no es mi Rey. Y es de ser más honorable velar por la felicidad de un hijo en el presente. —John parpadeó incrédulo, ella continuó—. ¿Y qué sucedería de no existir yo? —le preguntó contrita.

—Entonces esa responsabilidad recaería en la hija de Christopher, o en su defecto, de Arthur o de Andrew —John suspiró cansinamente—, pero como ya te he explicado, la casa Beresford no es prolija en descendencia femenina. Tú, has sido un regalo del cielo —John calló un momento—. Lo cierto es que tengo una hija, y el duque de Arun me tiene entre la espada y la pared. Solo podemos ganar algo de tiempo.

Aurora miró a su padre, y decidió cambiar de estrategia.

—¿Y si aceptase el compromiso con el hijo menor y no con el heredero? —John parpadeó confundido.

—¿Es este el caso? —ella se mantuvo en un silencio tozudo—. Podría hablarlo con Devlin si ese es tu deseo. No creo que se opusiese, aunque Jamie no posee título alguno hija mía, es mejor partido Justin como futuro duque de Arun.

Aurora miró a su padre con suspicacia.

—Los títulos no tienen significado para mí. —Seguía empeñada.

—Yo deseo lo mejor... solo has de decirme lo que realmente deseas e intentaré complacerte.

Aurora resopló malhumorada.

—¡Rompa el compromiso! —John inclinó la cabeza pesaroso.

—Es una pena que no entiendas el sacrificio que me pides, hija mía.

Aurora lo entendía demasiado bien. Toda su vida había vivido en torno a él, pero, pensar en el inglés hacía que se le crisparan los nervios. Ahora comprendía su altivez y esa forma de mirarla con presunción y complacencia. ¡Ella había estado en clara desventaja!, y él se había aprovechado de su ignorancia.

—Haré lo que me pides —dijo su padre—. Hablaré con Devlin —Aurora sintió su decepción como un jarro de agua fría.

Atarse a ese inglés prepotente era del todo imposible, aunque le podría dar un respiro a su padre hasta que llegara su abuela. Podría simular que aceptaba pensarlo para ganar tiempo.

—Todavía no he sido presentada en sociedad. No me gustaría perderme mi temporada de fiestas. —La mentira le estaba costando sudores—. No rompa el compromiso de momento, aunque me niego a que se haga público. Una vez que haya pasado la temporada, volveremos a hablar sobre el tema. —John asintió lentamente y suspiró aliviado.

—Me quitas un peso de encima, hija mía. —Aurora lo miró con sorpresa.

—Peso que ha recaído en mis hombros. —John miró de nuevo a su hija con pesar.

—Buscaremos una forma de salir de este embrollo lo mejor posible, te lo prometo. Sin embargo, antes tienes que disfrutar de tu temporada como bien has mencionado. El duque no podrá oponerse a ello, es lo mínimo que te debo.

Aurora había conseguido tiempo, era lo único que pretendía.

## CAPÍTULO 9

Llevaba varias semanas en Inglaterra y no había dejado de llover ni un día, desde luego, Dios debería estar muy enojado con los ingleses para haberlos situado geográficamente en un lugar tan horrible. Seguía sin noticias de la abuela y de su tío, y ello la llenaba de una angustia apremiante. Aurora seguía mirando por la ventana de la biblioteca contando las gotas de lluvia que resbalaban silenciosas por el cristal. Los campos verdes se veían borrosos por el agua. Si seguía lloviendo de esa forma, su tío no iba a volver a verla porque terminaría ahogándose. Éste último pensamiento logró hacerla sonreír. Afortunadamente los cachorros no daban demasiados problemas, y su padre le permitía tenerlos en la casa. Solo Christopher lo desaprobaba. Andrew le había explicado que eran cachorros mezclados entre Setter irlandés y perro común, e incluso creía saber de qué propiedad provenían.

—*¡Petit bochée espagnole!* —Aurora se dio la vuelta y vio al oso escocés sonriéndole.

Lo acompañaba una joven bonita, muy tímida, apenas se atrevía a alzar la mirada. Aurora la contempló con curiosidad. Era más alta que ella, y tenía el pelo muy rubio y los ojos verdes como su hermano. Tenía las mejillas pálidas, y no paraba de retorcerse las manos. Sintió simpatía hacia ella.

—Cassandra Violet McGregor —la presentó él—, aunque prefiere que los amigos la llamen Casey —continuó—, y no ha querido ser presentada hasta que domine un poco tu lengua. Es mi hermana pequeña, y, como puedes comprobar, es muy tímida. Pensé que te agradaría conversar con alguien cercano a tu edad.

Aurora le sonrió a su recién adquirido amigo de las Tierra Altas. En pocos días habían establecido una relación pacífica. El escocés seguía con el propósito de molestar a su primo Justin, cosa que a ella le divertía.

—Tu hermana es muy guapa. —El cumplido era sincero, le parecía una muchacha muy bonita.

—La dejo en tus manos mientras hablo con tu hermano Christopher.

Haciendo una exagerada reverencia, se dio la vuelta y las dejó a solas. Ella le preguntó si le gustaría jugar a las cartas, pero la muchacha escocesa le dijo que prefería practicar la lengua de ella.

Los dos escoceses iban a quedarse para la cena, y su padre había

extendido la invitación también a los dos hijos de su vecino. A ella le causaba un enorme malestar sentirse acosada por las atenciones de ese inglés en particular. Aunque le caía bien su hermano Jamie porque tenía los ojos más bonitos que había visto nunca, y poseía un sentido del humor discreto. Sus bromas la hacían reír a menudo.

Por el contrario, el heredero estaba exasperado. Sus avances como galán no estaban dando sus frutos. Desde hacía varios días intentaba hablar con ella, pero de nada servían sus gestos de paz, ni las flores que le mandaba a diario. Tampoco los dulces. Aurora seguía alegando que no estaba preparada para mantener una conversación sobre el compromiso hasta después de su presentación en sociedad. Justin temía que llegase el día de su presentación en Londres porque, si el compromiso no se oficializaba, entonces tendría que vigilarla muy de cerca para detener los acosos, no solo de su primo Brandon, sino de todos los herederos de Inglaterra.

Justin se sentía acosado por los continuos consejos de su progenitor, cansado al ver que la española no era tan predecible como él había imaginado, y deseando que la herencia de Clare volviese a sus manos de una vez, y a él se le estaba agotando la paciencia. La muchacha se le había metido en la sangre. Era incapaz de atender los asuntos diarios sin que su mente volviese una y otra vez a esos ojos dorados que le quitaban el sueño, a esa boca tan suave, y a ese olor embriagador. Ansiaba que lo mirase con ternura y no con frialdad. Esperaba que esa noche le dejase avanzar un poco más, aunque lo dudaba seriamente.

La cena que se había elaborado en las cocinas de Whitam Hall, había contado con el beneplácito de John, y resultó muy sabrosa. El lechado asado con romero y limón olía delicioso, así como el escabeche de codorniz.

Aurora estaba sentada frente a Justin y Brandon. Sus hermanos estaban sentados a su lado, Arthur a su derecha, y Andrew a su izquierda. Tanto su padre como Christopher presidían la mesa, y su recién amiga escocesa estaba sentada al lado de Brandon. Eulalia tenía reservado su sitio junto a Justin, aunque ignoraba el motivo. El duque de Arun tenía pensado asistir al baile que su padre iba a ofrecer en su honor el próximo viernes con motivo de su dieciocho cumpleaños, y Aurora estaba intranquila incluso antes de que comenzase.

Brandon miró a su primo y heredero pues tenía el ceño fruncido y la boca apretada en una línea de disgusto. Sonrió, la cena iba a ser un espectáculo porque él se proponía azuzarlo sin compasión, a él no le gustaban nada las

cenar formales, y menos con ingleses, aunque fuesen familia paterna, y ya que no podía rehusar a asistir a unas cuantas, pensaba molestar a sus primos ingleses.

Aurora estaba sorprendida pues alguien le estaba acariciando el pie por debajo de la mesa. Miró sorprendidamente a Brandon y a Justin, pero ambos estaban enfrascados en una conversación que escapaba a sus oídos. Intentó retirar el pie, pero las caricias no cesaban, decidió soltar una patada, aunque dudó cuál de los dos debía recibirla. Entrecerró los ojos un momento y ¡zas! la soltó.

—¿Cómo sabías que era yo? —preguntó el escocés con interés en sus ojos verdes.

Ella había dudado solo un segundo, pero dedujo que el heredero inglés no era tan osado.

—Sois el único de esta mesa lo suficientemente irrespetuoso como para provocarme —le espetó seria.

—El ahorcado se ríe del decapitado —respondió el otro de forma petulante.

—Yo no soy irrespetuosa —se defendió.

Brandon la miró tan intensamente que le provocó un estado de nerviosismo.

—Eres la más irreverente de todas las mujeres que he conocido.

Aurora no tenía modo de saber que toda acción del escocés iba encaminada a molestar a su primo.

—¿Qué yo... que yo... irreverente? —le costaba pronunciar la pregunta—. Si estuviera en mi casa le diría que se mordiera la lengua, así nos daría una alegría a todos pues se purgaría con su propio veneno —Aurora pudo escuchar una murmuración general—. Pero como estamos en la casa de mi padre, le diré que en esta mesa solo hay un irreverente, y se viste con falda de mujer...

Casey la miró horrorizada. Nadie se había atrevido a hablar así a su hermano ni menospreciar el kilt. Brandon era un laird muy temido en Escocia, y no comprendía la temeridad de ella. Aurora vio el desagrado asomar a los ojos de su joven amiga y la tranquilizó.

—No temas Casey, porque presumo que tu hermano solo busca incomodarme, aunque no lo conseguirá porque es manso como un corderito.

—Querrás decir como un león —puntualizó Brandon al mismo tiempo que le guiñaba un ojo con descaro.

Aurora se sentí realmente incómoda porque tenía los ojos de los invitados clavados en ella. Bajó la cabeza y murmuró para sí misma:

—Cierto —rectificó ella—. Tiene la apariencia de un león y el rugido de un gato —no esperaba que nadie la oyera, pero se equivocó.

Justin hervía de celos. Cada mirada que no le dedicaba ella, lo hundía más en la desesperación. No lo había mirado ni una sola vez salvo para intentar enfriar su ardor, pero ni el mismo infierno estaba tan caliente como él, y de alguna manera le haría pagar su indiferencia. Fijó sus ojos grises en ella con tanta intensidad que consiguió ponerla nerviosa. Aurora se removía inquieta en su silla, él, seguía huraño, y, aunque ella sabía cuál era el motivo, no pensaba darle la satisfacción de cercarla en su terreno.

John miró la amistad que su hija manifestaba con los escoceses, y, esa forma descuidada de bromear con Brandon lo dejaba perplejo. Ninguna jovencita inglesa osaría mirar de forma tan directa y fija a un hombre que no fuese familiar o prometido. Las constantes sonrisas que le dirigía al escocés, le hacían fruncir el ceño y especular. Sabía que su actitud molestaba a Justin enormemente, y sopesó si acaso ella no estaría persiguiendo eso precisamente. Lanzó un suspiro con resignación porque los futuros acontecimientos se complicaban.

Como hija del marqués de Whitam debía amenizar el reto de la velada tocando el piano, pero ella no se sentía capaz de hacerlo, su hermano Andrew acudió en su ayuda, y tocó él mismo una pieza alegre, cuando terminó, interpretó una pieza mucho más tranquila, y sus dedos creaban magia. Se quedó embelesada oyendo el triste adagio que le traía recuerdos sobre su tierra. Se sintió invadida por una profunda autocompasión: era una extranjera que estaba en una tierra de extrañas costumbres, se sentía aislada y sola, esa noche más que ninguna otra. Cuando Andrew acabó la melodía, la sensación de vacío, no se había marchado todavía, pero el adagio terminó y Andrew siguió interpretando melodías desenfadadas apropiadas para bailar. Casey la animó a seguir una danza irlandesa, algunas invitadas se animaron, y ella se encontró siguiéndolas en los pasos. Eran movimientos tan expresivos que no dejaban indiferente. Cuando cesó la música, estaba acalorada, y el brillo había vuelto a sus ojos ambarinos. El fuerte aplauso de los invitados la dejó desconcertada por un momento, ¿la aplaudían a ella? Aurora desconocía que las danzas irlandesas no eran fáciles, y ella lo había hecho muy bien. Al ver clavados en ella los ojos de Justin, se disculpó y salió buscando un poco de aire fresco sin percatarse de que la seguía de cerca. Arthur hizo un amago de ir

tras ellos, pero John, con una leve negación de la cabeza, se lo impidió. Intuía que Justin pretendía hablar con ella, y pensó que un poco de intimidad sería apropiada, rezaba para que tuviese éxito allí donde había fracasado él.

—¡Vaya! ¿Intentando darme una estocada por la espalda, enemigo? — Aurora ni se volvió ni lo miró.

Estaba apoyada sobre la balaustrada de piedra mirando la noche sin ver nada, solo sintiendo el aire frío y húmedo en su piel.

—Nunca he sido tu enemigo. —Su voz era suave, demasiado.

—Enemigo es una palabra con muchos significados —había frialdad en las palabras femeninas, y Justin supo interpretarlas correctamente.

—Hace días que te busco, Dawn.

Ella se volvió recelosa y lo miró con desagrado.

—¡Mi nombre es Aurora! —exclamó, y, tras un momento, le contestó más calmada—. Es una empresa inútil buscar una aguja en un pajar, y por eso le digo que donde yo me encuentro con respecto a usted, es como si estuviera en un silo enorme.

Nuevamente le dio la espalda.

—Hay asuntos sin resolver entre nosotros.

Justin se paró a un solo paso de ella de tal forma que pudo apreciar su coronilla, la textura cremosa de su cuello. La volvió muy despacio, las manos de él resbalaron por el interior de los brazos de ella causándole un escalofrío.

—Asuntos que deben esperar hasta... —cortó de forma brusca—. Sabe que no es correcto estar a solas con usted sin compañía —consiguió soltar sus manos con cierta brusquedad.

—Soy prácticamente tu esposo, ese detalle que ignoras supera cualquier inconveniente.

La sonrisa de él la envaró.

—¡Es inglés! Y eso es insuperable. —El tono testarudo no lo dejó indiferente, y Justin endureció su gesto al comprobar la rebeldía de ella.

—Estás prometida a mí desde tu nacimiento: un compromiso tan cierto y real que la boda es un mero formalismo, y lo asimilarás tarde o temprano —ella iba a protestar, pero él se lo impidió—. Lamento que tengas tan mala opinión sobre los ingleses, pero debes aceptar que tu vida está unida a la mía desde siempre.

—¿Aceptar? Antes pondría mi cuello bajo el hacha del verdugo —le dijo

molesta—, y desaparezca de mi vista de una vez pues deseo estar sola — masculló entre dientes.

—Nunca voy a desaparecer de tu vista. —Se inclinó hacia ella. Justin le sacaba casi una cabeza de altura, y ese detalle lo complació. La hacía más accesible para abrazarla.

—Inglés, si da un paso más terminará besando el suelo «otra vez» —le recordó.

Pero él ya estaba rodeándola con sus brazos. Se inclinó, y la boca de Justin capturó la suya sin darle tiempo a reaccionar, mordisqueó con avidez los labios tiernos, jugó con su lengua, acarició el interior de sus mejillas al tiempo que soltaba una exclamación de auténtico placer. La mano de él había ascendido hasta su nuca, y había apresado su cuello para retenerla junto a su boca al mismo tiempo que seguía introduciendo su lengua con ritmo medido. Aurora se quedó quieta pensando ingenuamente que él la dejaría en paz una vez que la hubiese besado, si bien nada más lejos de la intención de Justin. Una vez que la hubo probado, se moría de hambre por más.

Esa chiquilla lo había vuelto loco.

—¡Sabes al Edén! —dijo soltando su boca para oler la fragancia de su pelo, se adaptaba a sus brazos a la perfección.

Intento besarla una vez más, pero Aurora ya le había permitido demasiados avances. Se separó unos centímetros de él, sin embargo, Justin no se lo permitió. La abrazó más fuerte y pegó su cadera a la de ella. Aurora estaba arrinconada entre la balastrada y el cuerpo masculino, apenas podía moverse. Justin buscó sus labios de nuevo y ahondó con su lengua ávida en las profundidades de la boca de ella, enterró una mano en su gloriosa melena. Memorizó el tacto y la suavidad de su pelo, y, no contento con ello, bajó su mano por la curvatura de su espalda, delineó su columna, y, al llegar a las redondeadas nalgas, la atrajo hacia sí. Aurora sintió su dureza masculina e hizo un amago de separarse escandalizada. Justin no lo consintió, en un arranque insospechado de locura, aprisionó su pecho y lo acarició con osadía. Ella estaba paralizada por su atrevimiento, y al momento supo que debía pararlo de inmediato. Sopesó darle un puñetazo, pero creyó que la sinceridad surtiría mejor efecto. Puso sus dedos entre las dos bocas, y lo miró de forma directa.

—Estoy enamorada.

Las palabras se clavaron en el pecho de Justin como dardos venenosos. La apartó un poco para escrutar su rostro y comprobar si mentía, los ojos sinceros

de ella le dieron la respuesta que no esperaba ni quería.

—¿Quién? —preguntó con un susurro, aunque lo delató un temblor en la voz.

Aurora se mesó el pelo intentando poner orden en sus rizos y en su mente. El pelo siempre se le escurría de la sujeción cuando se movía, Justin tenía una guedeja entre sus dedos y se acariciaba la mejilla con ella, Aurora hizo un gesto airado con la cabeza para soltar el mechón, y Justin rio por su insolencia, aunque no lo soltó.

—Ese detalle no es importante, pero mis sentimientos tienen dueño — Justin quería zarandearla, como si con ese gesto pudiera sacar del interior de ella ese sentimiento que le hacía un daño increíble.

—Olvidas que soy el dueño de tu persona, imagino que tu padre te lo habrá explicado.

Justin sentía la necesidad de herirla, pero ella se rio dejándolo sorprendido una vez más.

—Mi padre se muestra un poco cobarde estos días, no obstante, confío en tener una conversación larga cuando llegue mi abuela. Resolveremos este asunto, y yo regresaré a mi hogar.

Justin hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Puedo asegurar, total y absolutamente, que no escaparás de tu obligación huyendo de nuestro compromiso.

Sonaba tan convencido que a Aurora le dio un poco de aprensión.

—Esa promesa parece una bravuconada dicha por un inglés inseguro. — Esta vez la pulla tuvo el efecto deseado: los ojos grises de Justin ardieron.

—*Sorceres*, esta vez pagarás tus insultos pues la suma de ellos son demasiados. —La pilló desprevenida, pero cuando el beso se hacía más profundo y apasionado, una hoja fría de acero amenazó su cuello en una advertencia que le pareció real.

Se separó de ella lentamente, y sonrió ¿dónde tendría su prometida el puñal escondido?

—La próxima vez... —comenzó él, si bien ella no le dejó terminar, triunfante le espetó:

—¿Quién le dice que habrá una próxima vez? —la jactancia de su voz no le enfrió el ánimo a Justin.

—¿Qué le decías a tu hermano aquella tarde que te vi por primera vez en Whitam Hall? Ahhh, que los ingleses tenemos la protección del diablo —los ojos de ella mostraron confusión al escucharlo—. Por supuesto que habrá una

próxima vez...

Antes de terminar de decirlo, se dio la vuelta y se marchó dejándole un sentimiento tan enmarañado como una madeja de hilo. Aurora miró la espalda del inglés y entrecerró los ojos. Era un hombre muy apuesto, aunque demasiado narcisista. Daba por hecho que el compromiso entre los dos era inexpugnable, pero el amor que ella sentía por Diego era un muro insalvable.

## CAPÍTULO 10

Aurora despertó con la sensación de poder controlar de nuevo su vida. Era el día de su decimotercero cumpleaños, aunque un velo de tristeza empañó sus ojos porque era el primero que cumplía lejos de su abuela y de su tío. Miró hacia los altos ventanales, por la noche había descornado las pesadas cortinas, y por eso los rayos del sol daban de lleno en la alcoba iluminando la habitación con luces doradas. Parecía que el sol sonreía, y ella decidió mostrar el mismo ánimo. Se levantó de un golpe, abrió el armario y sacó un sencillo vestido verde que se abotonaba por la parte delantera, le gustaba mucho porque así podía vestirse ella sola sin ayuda de la doncella. Se dejó la camisola blanca, pero nada más. Metió sus largas piernas en unas medias blancas de seda, y prescindió del corsé, aunque se puso la enagua más recia que tenía. Se calzó unos botines negros de suave piel de cabritilla, y comenzó a peinarse el pelo retorciendo los rizos para dejarlos en su sitio. Recogió su larga melena con una redecilla negra, y, aunque algunos rizos comenzaron a escaparse de la sujeción, hizo un gesto impotente sin darle mayor importancia.

Bajó las escaleras de dos en dos y se dirigió hacia la cocina. La casa estaba despierta pues las criadas comenzaban a preparar el desayuno. Pidió una cesta, la llenó de fruta, queso, bollos y vino dulce. Iba pasar toda la mañana fuera. Esta vez no iría a la laguna pues pensaba hacerles una visita a Rafael y Francisco para desayunar con ellos, Eulalia la iba a regañar cuando volviese, pero habría valido la pena.

Comenzó a caminar con aire despreocupado y tarareando una canción, aunque la casita del bosque estaba más lejos de lo que había imaginado en un principio, pero al ver el humo salir de la pequeña chimenea, sonrió, al menos no estaría fría. Subió con ánimo los tres escalones del pequeño soportal. Golpeó la puerta, al momento, Rafael le abrió, y la miró con una sonrisa sincera.

—Señorita Velasco, qué placer volver a verla. Pase y siéntese, estamos preparando café.

—Me muero por una taza de café —dijo con voz cantarina—. ¿Puedo desayunar con ustedes?

—Pero señorita, debería desayunar en la casa, con su familia, no con dos soldados viejos.

Ella dejó la cesta que traía sobre la mesa de madera.

—Rafael, estoy en un reino extraño, solo deseo ver caras amigas, además,

pienso contribuir con comida: he traído queso, fruta, y vino dulce.

Los dos soldados sonrieron agradecidos, y, colocando un cubierto más, la aceptaron con ellos en la cabaña.

Justin había discutido con su padre. Al duque le costaba entender la reticencia de la muchacha al compromiso. Y la discusión agría terminó con él dándose un festín a whiskey para olvidar las palabras duras de su padre, y la indiferencia de la moza. Había bebido tanto, que no había podido dormir en toda la noche, y por eso había decidido salir a cabalgar a primera hora de la mañana para mitigar los efectos del alcohol en sus venas. El whiskey le hacía ser optimista, pero le duraba poco, unos segundos después su ánimo volvía a bajar hasta un punto peligroso, intentaba encontrar el medio de acercarse a su prometida sin que ella pusiera impedimentos, sin embargo, estaba resultando muy difícil.

Su actitud altanera lo enervaba todavía más.

Detuvo la montura porque creyó que se había perdido, pero al mirar a su alrededor con más detenimiento, se dio cuenta de que estaba en tierras de los Beresford y muy cerca de la cabaña del bosque. Estaba tan ensimismado pensando en ella, que no reconoció el camino, y soltó una blasfemia. El alcohol no ayudaba a serenarlo, ni a olvidar. Miró de nuevo al frente, y entonces la causa de su desvelo y borrachera caminaba tranquilamente delante de él. La vio meterse en la cabaña que utilizaban los cazadores para guardar las viandas mientras cazaban. Sabía que en ella estaban viviendo los soldados encargados de acompañar a las dos españolas. Nada que ocurriese cerca de él lo ignoraba. Acercó la montura a la construcción, y la escuchó cantar. Desmontó del caballo, con ademanes torpes lo ató a un árbol, y se acercó a la cabaña, pero dio un traspie y cayó a un lado del camino, le costó un mundo reincorporarse de nuevo.

En ese momento maldijo el whiskey, maldijo a su prometida, y maldijo al duque de Arun por presionarlo... como un intruso que no ha sido invitado, se acercó a la ventana y comenzó a espiar entre los cristales. Ella estaba recogiendo la mesa. La veía feliz y ausente de preocupaciones, todo lo contrario. Pero era verla, y un deseo irresistible se apoderaba de él. Le hacía hervir la sangre, aunque admitió que la forma de actuar de ella nada tenía que ver con la lujuria que le provocaba: su cuerpo reaccionaba cada vez que la veía como si tuviese vida propia y sin el menor estímulo o aliento por parte de

ella. Tenía fantasías con ella desde que la vio discutiendo con su hermano Christopher. La imaginaba ardiente, silenciosa, abriendo la boca para aceptar sus besos con su lengua de satén. Justin gimió cuándo sintió que el cuerpo se le endurecía por ella una vez más, y se puso furioso ante el poco control que ejercía sobre sus sentimientos, sobre todo porque estaba ebrio y no dominaba sus acciones ni pensamientos.

Unos golpes en la puerta de la cabaña le hicieron levantar la cabeza extrañada. Aurora pensó que Rafael se había olvidado de algo. Los dos soldados se habían marchado al pueblo a recoger víveres pues Diego no permitía que el marqués los alimentara, era un hombre muy orgulloso, y le gustaba ocuparse de sus hombres de forma personal. Les esperaba un largo trecho, la caminata hasta el pueblo les llevaría cerca de dos horas. Con una sonrisa en los labios abrió la puerta, y se quedó sorprendida. El inglés estaba en el umbral sonriéndole, ¿es que nunca la dejaría en paz? Hizo amago de cerrar la puerta, pero él torpe se lo impidió.

—¿No vas a invitarme a entrar? —preguntó con una sonrisa diabólica en su atractivo rostro.

La voz pastosa resultó muy elocuente para ella.

—Antes invitaría a una turba de vándalos borrachos —respondió ácida.

—Ahhh, pero estoy borracho —admitió Justin sonriendo de oreja a oreja, y con un brillo etílico en sus pupilas—. Aunque no soy un vándalo.

—¡Váyase a dormir la mona! —replicó molesta.

—Solo deseo que te acerques a mí bella prometida —ella lo miró como si fuese un dragón que escupiese fuego por la boca.

Seguía sosteniendo la hoja de madera para que no entrase.

—Antes me acercaría a una letrina desbordante —le replicó.

—Ahhh, por la boca mueren los peces, ¿nunca te lo han dicho? —respondió él.

Aurora lo miró atónita por su rápida respuesta a pesar de lo bebido que iba.

—Bueno, ya ha quedado claro que ambos sabemos responder con pullas. ¡Qué pase un buen día, pero usted en su casa y yo en la mía! —cortó ocurrente.

—¿Por qué siempre eres tan esquiva conmigo? —preguntó ansioso.

—¿Por qué no se debe jugar con la pólvora? —preguntó a su vez incisiva. Justin parpadeó.

—¿Me tienes miedo? —él, no podía creérselo.

La incredulidad de Justin era inmensa. Aurora lo miró con cautela porque no se esperaba esa reacción por su parte.

—Miedo no, precaución —contestó evasiva.

—Entre esposos no debe existir desconfianza alguna, además —continuó—, yo deseo que no exista recelo entre nosotros.

—Y yo deseo que mañana llueva en Andalucía gotas de oro... —pero no continuó porque Justin la interrumpió.

—Debes dejar de repetir lo mismo o no llegaremos a un entendimiento. —Justin la dejó confusa y en la puerta, mientras él pasaba al interior de la cabaña y se acomodaba en una silla junto a la mesa—. Yo probaría un poco de ése vino.

«Si pudiese borrarle la sonrisa», se dijo ella.

—Y yo probaría a darle un poco de cicuta si me lo permite.

«Menudo filo en la lengua», pensó él.

—Ah, mi española bella, tienes la lengua de una víbora, pero eres tan gratamente estimulante para mi cerebro que no puedo dejar de acicatearte para oírte.

Aurora respiró tan hondo que casi revienta las costuras del vestido.

—¡Pero por supuesto! —exclamó con sorna—. Mi único propósito en la vida es estimular el cerebro de un cangrejo arrogante.

—Si solo estimulases mi cerebro —susurró Justin con voz pastosa—, pero estimulas hasta las uñas de mis pies.

—Si eso pretendía ser un insulto... —ella dejó las palabras suspendidas.

—Mi pequeña arpía, los insultos se devuelven. —Apenas se le entendía pues bebía un largo trago de vino—. Y yo te acabo de hacer un cumplido excepcional.

Aurora lo observó y comenzó a inquietarse. Lo veía demasiado despreocupado, como si estar a solas con ella fuese algo natural. sus ojos grises brillaban de una forma que no había visto, y le preocupó el alcohol que llevaba en su cuerpo. Justin se había llenado otro vaso de vino.

—No es correcto que estemos los dos solos en esta cabaña, puede comprometer mi reputación —dijo ella incómoda.

Justin alzó sus cejas en un arco perfecto mientras se bebía el vino de golpe. Estaba bueno de verdad.

—¿Puedo?... pequeña, pienso comprometer algo más que tu reputación — dijo con hombros caídos.

Los ojos de Aurora se entrecerraron hasta asemejarse a dos rendijas negras. La incredulidad no le permitía decir nada.

—En verdad su petulancia es increíblemente estúpida, parece que ya no recuerda las ocasiones en la que nos hemos visto. Quizás le ha pillado el gusto a besar el suelo.

Justin rio, y cuando fue a dejar el vaso sobre la mesa, se le escapó de la mano, pero ella lo sujetó a tiempo.

—Eres una insolente por recordarme «eso» precisamente.

Su tono mordaz no la amedrentó porque se le trababa la lengua.

—¿Apostamos quién de los dos terminará en el suelo otra vez? —preguntó ella mirando hacia la puerta—. Debería marcharse, acostarse, y esperar que se le pase la mona —le aconsejó sincera.

—¿Qué se me pase la mona? —era indudable que no la entendía.

—La borrachera —contestó ella con un suspiro.

—No estoy tan borracho —afirmó, pero sí lo estaba, aunque no lo admitiría jamás—. He de admitir que te defiendes bastante bien para ser mujer, pero soy más listo que tú, más fuerte, y estoy completamente prevenido.

«Si la presunción fuera pecado», se dijo ella.

—¡Cuánta fuerza para someterme! —Aurora no pudo evitar burlarse.

Tenía frente a ella un hombre bastante apuesto, insufriblemente arrogante, y borracho como una cuba. Pensó en abandonar la cabaña y dejarlo solo. Se llevaría su caballo, y lo dejaría que regresara andando, se lo merecía.

—¿Y quién te ha dicho que...? —Justin no terminó la pregunta, se le había ido de la cabeza la última frase—. ¿Qué iba a decirte?

Ella no pudo evitar sonreír. Pensaba recordarle hasta la extenuación el enorme ridículo que estaba haciendo.

—Algo sobre la inteligencia, la fuerza, y la prevención —le recordó.

—Eso... —dijo él—. Vas a comprobar mi poder de convicción —Aurora supo que la arrogancia inglesa no conocía límites.

—Así que va a tratar de convencerme, usted, ¿y qué ejército?

Justin terminó por reír ante su descaro, nunca había conocido una mujer con una lengua tan cortante. Le parecía increíble que estuviera conversando ebrio, y se dijo si acaso sería la única forma de acercarse a ella. Estaba un poco mareado, pero estaba disfrutando.

—Voy a seducirte.

Cuando Aurora lo vio tambalearse cuando se reincorporó, no supo si reír o preocuparse.

—No me seducen los borrachos ni los pendencieros.

Justin hizo un encogimiento de hombros.

—Primero, voy a cerrar la cabaña con el pasador —cosa que hizo al momento—. Segundo, apartaré la mesa hacia ese rincón junto con las sillas. — De nuevo Aurora vio, que a la vez que hablaba, iba apartando los elementos que decía, aunque lo hacía con ademanes torpes—. Tercero, me acercaré muy lentamente hacia ti, te agarraré por la cintura y te arrastraré hacia ese dormitorio, y entonces comenzaré a besar cada una de tus pecas. Mordisquearé esas orejas encantadoras, y lameré tu seductor cuello hasta dejarte sin aliento.

Ella no estaba preocupada todavía. Había tratado en el pasado con borrachos más peligrosos que él.

—¿Sin importarle mi opinión al respecto? —le preguntó envarada.

—Estamos unidos por un acuerdo —le recordó—. Eres mi mujer ante la ley de Inglaterra, es lo único que importa.

—¡No estamos casados! —protestó ella con energía.

Justin se había colocado las manos sobre las caderas, y miraba un punto indeterminado de la estancia.

—Ese es un mero formulismo que vamos a cumplir muy pronto. Eres mía, me perteneces desde siempre, y no sabes cómo me satisface esa circunstancia.

Aurora había comenzado a preocuparse, aunque se moriría antes de reconocerlo. Sabía que el inglés era un tanto presuntuoso, si bien una chispa de duda comenzó a gestarse en su interior. Vio con cierto horror que se desabrochaba la chaqueta y que la tendía descuidadamente sobre una silla. Ahora se estaba desabrochando la camisa, primero un botón y luego otro. No necesitó más aliciente. Con un movimiento tan rápido como un rayo intentó alcanzar la puerta que estaba cerrada. Comenzó a abrirla y se dispuso a salir volando, no obstante, no fue lo bastante rápida. Justin la agarró por la falda, ella perdió el equilibrio y cayó de rodillas, lanzó un grito de ira que se convirtió en un estallido de furia y alarma cuando Justin se abalanzó hacia delante y sus dedos se cerraron en torno a su muñeca. Desesperada lo pateó con el pie que no tenía sujeto, pero él no la soltó ni cuando el pie de ella alcanzó su barbilla, la mano libre de Aurora arañó la mejilla de él tratando de encontrar sus ojos, pero él le había atrapado el otro pie y soltó una risotada de triunfo.

—¡Potrilla salvaje! —Justin le sujetó la mano que se acercaba

peligrosamente a su cara de nuevo, y le levantó los brazos por encima de la cabeza apretándolos contra las tablas de madera del suelo—. ¿Quién es ahora el más fuerte? —se burló.

Aurora se retorció, pero Justin se abalanzó sobre ella, se sentó sobre sus muslos con todo su peso del tal modo que ella quedó inmóvil en el suelo: con los brazos y la cabeza maniatados.

No podía moverse.

—¡Quiero levantarme!

—No —esa simple negativa la dejó estupefacta—. No, hasta que admitas que soy más fuerte, más inteligente, y que estoy más preparado.

Ella lo miró fijamente a la cara y vio que estaba tan tranquilo como si estuviese sentado sobre su caballo: como si ella fuese una mula. Su atónito silencio no duró más que un instante, a continuación, le soltó un ataque verbal tan rico y variado que Justin se quedó fascinado al escucharla.

—¡Maldito cangrejo! ¡Cobarde rastrero! ¡Gusano de estercolero! —ella pasaba de un insulto a otro sin continuidad alguna.

Lo único que se le ocurrió a él para silenciarla fue apresar su boca, y Justin se perdió entre el deseo y la confusión. Le sujetó con más fuerza las muñecas y el mentón, su cuerpo pesado aplastó el de ella recostándose encima sin lastimarla.

—¡Te deseo! —exclamó con voz pastosa—. Me perteneces, y quiero un beso de paz.

La mente de Justin estaba ofuscada por el alcohol, y su cuerpo borracho por la fragancia que desprendía el cuerpo de ella.

Aurora se ahogaba en mitad de sus vituperios bajo la presión de la boca de él. Jadeó y se retorció, pero Justin era ajeno a todo lo que no fuese el sabor de su boca. Aurora desconocía que con sus movimientos lo excitaba todavía más. Sus brazos seguían sujetos sobre su cabeza, y la boca de él todavía retenía la suya.

—Ríndete, y admite tu derrota —la instó él.

Aurora ignoraba cómo podía tener tanta fuerza estando tan borracho.

—¡Jamás! —ella no tenía ni un gramo de prudencia en su cuerpo.

Él, volvió a besarla, pero mucho más profundamente. La boca masculina sabía a vino, y la respiración de Justin comenzó a acelerarse. La fuerte mano abandonó la cara de ella, y comenzó a moverse entre sus pechos. Desabrochó los botones de su vestido y los dejó asomar libres para acariciarlos a voluntad. Siguió sometiéndola con sus besos, mientras su mano bajaba hasta la

piel caliente de su vientre, le subió la falda impaciente. Justin había cruzado la barrera de la lucidez desde el mismo momento que se apoderó de la boca de ella. No podía pensar, simplemente quería someterla para que comprendiera que le pertenecía. Los muslos de Aurora se mantenían firmemente cerrados, pero él consiguió abrirlos a sus caricias. Nada pudo impedir que la hiciese suya. Se deslizó dentro de ella haciéndola gemir de dolor. Con su boca hambrienta se tragó su negativa. Los labios de Justin le besaron el rostro sin dejarle ni un centímetro por explorar, y su carne se movió dentro de ella en hondas embestidas que la llevaban hacia arriba y abajo raspándole la espalda con la madera seca del suelo. La sentía tan caliente y apretada que no pudo parar ni cuando sintió la barrera de su himen. Su mente estaba bloqueada por el placer.

En una última embestida explotó y se quedó quieto. Cuando sintió que ella se encogía bajo él, fue recuperando poco a poco la respiración, aunque no la cordura. Percibió primero la tibieza del cuerpo de ella debajo suyo. La miró a la cara como si pudiera encontrarle un sentido a sus actos, y se retiró lentamente de ella horrorizado por lo que había hecho. Aurora se reincorporó, y, de forma apresurada, comenzó a arreglarse sin pronunciar palabra. Se alisó la falda rota de su vestido. No alzó la cabeza, necesitaba recomponer su rostro y ocultar el dolor que este salvaje ataque le había ocasionado. Ambos se quedaron durante varios minutos sentados en el áspero suelo sin decir nada. Justin seguía confuso, también paralizado, cuando alzó sus ojos grises para disculparse, sintió una vergüenza abrumadora. No podía decir nada. No había disculpa en el mundo para lo que había hecho. Simplemente había pretendido besarla, incitarle a que le respondiera. Y se preguntó en qué momento había perdido la cabeza.

Tras un larguísimo momento, Aurora lo miró con desprecio en sus ojos ambarinos. El brillo inocente de su mirada se había vuelto opaco.

—Estar bajo los efectos del alcohol no es disculpa para las acciones censurables —comenzó él que sentía ganas de vomitar de lo mal que se sentía.

Ella dejó de mirarlo. Lo había subestimado al verlo ebrio, y había pagado un precio muy alto.

—Comenzaba a sentir simpatía por usted —le confesó herida—. Y ahora solo deseo matarlo.

Justin suspiró varias veces para controlar la acedía. Sentía que flotaba, y que la habitación giraba en torno suyo.

—Esto no lo había planeado, de verdad —se disculpó él de forma sincera—. Perdóname.

Aurora pensó que tenía en la mano una partida ganadora. El inglés con su ataque había perdido el control sobre la situación entre los dos, y creyó que el poder lo tenía ahora ella.

—Mantendré silencio si renuncia al acuerdo nupcial entre ambos —le ofreció.

Justin se dejó caer de espaldas al suelo y cerró los ojos. No quería ni pensar cómo se sentiría ella después de lo sucedido, pero negó con la cabeza varias veces.

—No puedo renunciar —le aclaró con voz ronca—, siempre ha sido imposible una renuncia por mi parte y por la tuya.

Estaba tan avergonzado que era incapaz de mirarla.

—Entonces, la espada de mi tío encontrará su cuello.

Le dijo ella con voz aguda.

—Lo merezco.

Justin había cometido un acto censurable, pero se le había escapado de las manos. Solo había pretendido robarle un beso, acercar posiciones, y lo había echado todo a perder. Dentro de la neblina espesa que dominaba su mente, y de la confusión que gobernaba su cuerpo, no podía hacer nada por desandar lo andado salvo disculparse y que ella lo perdonara. Nunca había estado en su ánimo hacerle el amor en el suelo de una cabaña, sin embargo, había perdido el control por completo, algo de lo que se avergonzaba, pero creyó que su gesto había simplificado las cosas entre ambos.

Aurora tembló de rabia, solo quería deshacerse de él, y creyó, inocentemente, que tras ese ataque podría manejarlo.

—Tenemos que llegar a un acuerdo que nos satisfaga a ambos —le ofreció ella.

Justin continuó negando con la cabeza, pero sin mirarla

—El acuerdo ya existe, solo queda un mero formulismo que cumpliremos en unos días. Eres mi esposa Dawn, no hay vuelta atrás.

Aurora rio sin ganas. Tenía un as en su manga y no conseguía sacarlo ¡maldita su suerte! No le importaba perder su virginidad si con ello eludía las pretensiones del inglés, y, ante el descalabro que se le avecinaba, trató de ganar tiempo.

—De momento, y hasta que yo lo decida, continuaremos como si nada hubiese ocurrido.

Justin la miró con sorpresa y celebró su ingenuidad. Cómo podía mostrarse tan serena y dueña de la situación lo tenía perplejo. Deseaba sus acusaciones. No esa seca frialdad.

—Cabe la posibilidad de que hayas quedado encinta, y entonces no podremos continuar como si nada hubiese ocurrido.

Aurora miró su rostro contraído por el malestar, y deseo que se ahogara en su propio vómito.

—Milord, ¡sobrestima su fertilidad! —escupió vengativa.

—O tú infravaloras la tuya —contraatacó.

Justin no se creía su fanfarronada, pero debía utilizar todas las artimañas que conocía para intentar convencerla de que aceptara cumplir el acuerdo cuanto antes.

Aurora cerró los ojos un instante intentando controlar la furia que le había producido sus palabras.

—Aquí ya no hay nada más que decir al respecto, y ahora déjeme sola. Su sola presencia me provoca deseos pecaminosos como el asesinato.

Ella no pudo contener un sollozó involuntario.

Justin se encontraba tan mal que no podía ni consolarla, aunque trató de reincorporarse sobre un codo.

—No hay disculpa para lo hecho Dawn —la voz de Justin sonó contenida—. Solo puedo ofrecerte mi disculpa más sincera. Acéptala, y permite que repare esta falta casándonos cuanto antes.

Aurora lo miró y lo taladró de tal forma que Justin se encogió inconscientemente ante el rencor que advirtió en sus ojos.

—No he dudado ni por un instante cuál ha sido su pretensión, maldito arrogante, sin embargo, se equivoca si cree por un momento que aceptaré una boda con usted después de.. de... de esto —pudo decir finalmente.

Justin seguía confuso, pero le dolió su rechazo.

—Lamento recordarte que te he arruinado —admitió tragando de forma forzada—. He provocado que perdieras cualquier posibilidad de lograr otro nombre que no sea el mío.

Aurora cerró los ojos porque estaba a punto de arrancarle los ojos si seguía con la misma cantinela.

—Un revolcón involuntario no me arruinará, inglés, porque mis posibilidades están muy por encima de las tuyas.

Justin abrió los ojos y la miró sin entender a dónde quería llegar ella.

—Pero yo no te he dado un revolcón —Aurora alzó sus ojos con duda en

su profundidad—. He adelantado la noche de bodas.

Aurora no daba crédito a sus oídos. Podría reírse si no estuviese más enfadada que humillada.

—Bien ya ha mostrado sus cartas, reitero, ¡márchese!

Justin vacilaba, ella alcanzó la puerta y se la señaló, pero él era incapaz de levantarse del suelo. Todo giraba en derredor suyo, y su estómago amenazaba con vaciarse allí mismo.

—Es que no puedo levantarme.

Su voz sonó lastimosa.

—Está bien, ya me marcho yo...

Salió de la cabaña sin importarle lo que fuera de él. Estaba tan furiosa que no cerró la puerta tras de sí, ni se llevó la cesta con el resto de comida que había compartido con los soldados españoles. Se sentía herida, y no sabía cómo podría resistir un baile en su honor esa misma noche. ¿Qué debía hacer? El inglés contaría con que ella hablase, y ella no pensaba darle el arma que la doblegaría. Moriría antes de darle esa satisfacción. Tendría que hacer de tripas corazón y actuar como si no hubiese ocurrido nada. Idearía un ardid que mantuviese la boca de él silenciada, pero en ese momento no podía pensar. Se iría a Andalucía y... Diego, pensar en Diego la sacudió con un espasmo letal, pero lo alejó de su mente con un esfuerzo sobrehumano porque no era ni el momento ni el lugar para compadecerse.

Necesitaba el consejo de Eulalia pues ella no sabía cómo enfrentar las pretensiones del inglés, saber que no había podido convencerlo de que desistiera, la llenaba de ira ciega. Otro hombre hubiese aceptado sin demora agobiado por la culpabilidad, pero el inglés no. Levantó la vista del suelo y se prometió que algún día se vengaría. Derramaría su sangre como él había derramado sus ilusiones hasta hacerlas trizas. Se levantaría de sus cenizas como el ave fénix. Con pasos lentos y pausados, pues le dolía un punto en el interior de sus muslos, siguió caminado hacia la casa intentando convertir su furia en venganza. Una venganza que sería implacable. La venganza vendría, y ella no tendría piedad.

Aurora pasó el resto del día en silenciosa meditación. Pensaba en la fiesta que daba su padre por su dieciocho cumpleaños, y se dijo que, si pudiera elegir, lo mandaría todo al diablo.

Eulalia la observó silenciosa mientras se bañaba, algo en su niña había cambiado y no acertaba qué podía ser, pero el fuego de sus ojos se había apagado en cierta forma. Sentía su pena y desdicha, aunque ignoraba qué la

causaba. Había intentado hablar con ella, pero el silencio de sus ojos era estremecedor. Algo se había quebrado en su interior y Eulalia rezaba para que no fuese irreparable.

—Quiero el vestido que me regaló mi madrina —la voz sonó tan queda que parecía un susurro.

—¿Crees que es el más acertado para una fiesta que se da en tu honor? ¿Por tu cumpleaños? —Eulalia estaba dudosa.

A Eulalia el vestido goyesco era demasiado informal y no le pareció apropiado porque no cubría los tobillos. Además, era demasiado ajustado hasta la cadera, y el escote le parecía demasiado bajo.

—Quiero darle una sorpresa a mi padre. —Eulalia se tragó la mentira sin dudar. El vestido podría parecer inapropiado en Inglaterra, pero no en el lugar de donde ellas venían, así que optó por sacarlo del armario—. Hoy bailaré con mi padre, he estado practicando en la cabaña del bosque —hizo una honda inspiración, y confesó en un susurro—. Aya deseo regresar a mi casa, y no sé cómo controlar esta añoranza.

De pronto estalló en sollozos y su desconsuelo fue tan grande que Eulalia se persignó.

Aurora miró el bello vestido. El corpiño estaba confeccionado en un rico tejido de terciopelo rojo oscuro, ajustado y muy escotado, podía colocarse una pañoleta, pero la descartó. La camisa, con mangas de farol en los hombros, le gustaba mucho, pero lo más bonito del vestido era el pronunciado escote que deja entrever. Las mangas eran largas y afaroladas en el hombro, en la muñeca se ajustaban. La falda tenía mucho vuelo, y estaba bordada con bonitos dibujos.

—Te recogeré el cabello con la redecilla —le dio Eulalia admirada—, aunque no te durará mucho.

—Hoy lo llevaré suelto. Estoy cansada de perder las horquillas.

Se ajustó unas peinetas esmaltadas en blanco que destacaban por el color de su pelo que caía sobre su espalda como una cortina de fuego.

—¿No vas ponerte la chaquetilla? —le preguntó Eulalia.

—Quiero lucir el mantón que me regaló mi abuela.

—Nadie mirará el mantón sino tus tobillos —apuntó Eulalia admirando a su pupila que estaba bellísima.

Aurora se colocó sobre los hombros el hermosísimo mantón que solo se

ponía en contadas ocasiones. El colorido solía quitar el aliento.

—Se nota que no llevas corsé —protestó la mujer.

Todo el que la viera sería consciente que no llevaba corsé porque el corte del vestido no lo permitía, pero Aurora tenía un motivo, si el inglés no quedaba horrorizado por su audacia, su batalla estaría perdida.

Whitam Hall brillaba en esa noche mientras todos esperaban la llegada de la homenajeadada.

John Beresford se mantenía erguido al final de la escalera, esperaba impaciente a su hija mientras el salón de baile seguía llenándose de invitados. Casi todos los presentes tenían en la mano alguna copa de champaña o de ponche. La orquesta había comenzado a tocar un adagio preparatorio. La inmensa sala había sido limpiada a fondo, y, en cada rincón y habitación adyacente, había ramos de flores. El aire olía perfumado, y el buen ánimo se contagiaban de unos invitados a otros.

Justin estaba preocupado, librarse de la resaca le había costado lo suyo, pero ya se encontraba mejor. Los dos soldados españoles habían sido de mucha ayuda, cuando regresaron a la cabaña, él seguía tirado en el suelo. Ignoraba qué brebaje le habían preparado, pero había sido efectivo. Suspiró largo y profundo. Había dado un paso en falso, y temía que fuese imposible de rectificar. Se encontraba indeciso porque nunca había albergado sentimientos tan profundos por una mujer. La había usado y dejado a voluntad. Su riqueza y título se lo habían permitido, pero ahora, la única mujer que de verdad le importaba, no solo despreciaba su riqueza, también su título, y el hombre desnudo no sabía cómo enfrentar ese hecho. Temía y ansiaba verla, aunque el desprecio se lo había ganado a pulso, si bien aceptó que no podía vivir sin ella. La vio cuando se quedó parada encima de los tres escalones que faltaban para llegar hasta su padre. Contempló cómo aceptaba el brazo de su padre, y juntos caminaban hacia la pista de baile. Se sintió abrumado, desconcertado. El vestido que llevaba revelaba cada una de sus curvas y la mostraba tan sensual que lo cegó momentáneamente. El murmullo generalizado mostró que había escandalizado a la mayoría de los presentes, aunque debía reconocer que estaba magnífica. Era una Diosa del amor, y él estaba borracho de sus besos. Dio dos pasos para acercarse, sin embargo, la mano de ella alzada de forma casi imperceptiblemente, lo detuvo. En silenciosa súplica negó con la cabeza, y él vio en ese gesto tanto dolor, que volvió a consumirse de

vergüenza.

Ella tenía que aceptar lo inevitable: que le pertenecía. Él tenía que aceptar lo censurable: que ella se resistía al respecto.

Aurora se acercó a la orquesta con una solicitud para que mantuvieran silencio, al momento, los dos soldados que vivían en la cabaña, Rafael y Francisco, entraron en la gran sala, ambos portando sendas guitarras. Con un asentimiento de cabeza los hombres ocuparon dos sillas, pero no se sentaron, simplemente levantaron cada uno su pierna derecha para que reposara la guitarra. Aurora se volvió a su padre y pidió su permiso. El marqués lo concedió, y, al momento, las guitarras comenzaron a sonar con una melodía profundamente desgarrada.

Aurora comenzó a bailar, y los hipnotizó a todos.

Los pies de ella se perdían de vista con los taconeos, y por los giros y vueltas que iba describiendo. La cabeza la mantenía altiva. La volvía sensualmente de un lado hacia otro. En un momento la apartaba con desdén, y en otro en suave caricia. Sus brazos los columpiaba como olas embravecidas para después abandonarlos como en una caricia lánguida de amante. Las manos las batía en frenesí, intentado acariciar el aire amorosa, y poco después, como intentando golpearlo con dolor. Ondeaba la cintura de forma tentadora, moviéndose como un cisne que se hunde en el agua cristalina. Con los giros y taconeos de sus zapatos arrancaba sonidos al suelo en un constante lamento. Sus manos sujetaron con fuerza el vuelo de su vestido, que alzó hasta la altura de sus rodillas, para dar libertad a sus pies en su incesante martilleo. El pelo la acariciaba y la golpeaba a la vez, los rizos húmedos daban muestra del esfuerzo que realizaba. La voz y la guitarra se apagaron al mismo tiempo, y todo quedó sumido en un silencio espectral.

Aurora salió de su trance.

Miró a su padre, y vio la admiración dibujada en su rostro, John inclinó la cabeza en clara muestra de aceptación, y los ojos de ella se llenaron de melancolía, tan ensimismada estaba que no vio que se había quedado petrificado al pie de las escaleras ataviado con traje militar. Diego la miró tan intensamente, que Justin sintió erizarse la piel de su nuca. Se volvió al instante, lo miró, y un nudo de impotencia comenzó a gestarse en su estómago. Esos ojos le habían dicho demasiadas cosas, aunque la mirada estaba destinada a otra persona.

Aurora abandonó la sala de baile porque necesitaba recuperar el aliento tras el intenso ejercicio. Observó la oscura noche mientras su pulso retornaba

a la normalidad. Escuchó la suave melodía que comenzaba a sonar en el interior de la casa, y sintió la soledad de su destierro estrujarle el corazón en una huella profunda. Tenía que regresar para no preocupar a su padre, pero necesitaba serenarse.

—Mi linda muchacha con ojos de gata de pueblo —el susurro de las palabras dichas le acarició la nuca y le arrancó un estremecimiento.

Se volvió atónita, y creyó que sus ojos la engañaban. Al momento estaba en los brazos de él, llorando y riendo al mismo tiempo. Diego la sintió estremecerse y consoló su pena. Colocó sus rizos rebeldes detrás de sus bonitas orejas al tiempo que le susurraba palabras de ánimo, pero Aurora no cesó en su llanto hasta bien pasado un rato. Cuando los estremecimientos se volvieron pausados, él la separó, y escrutó sus ojos, el desconuelo era tan grande que Diego se sintió desconcertado, volvió a abrazarla y a consolarla de nuevo.

Una sombra oscura bebía las hieles de los celos clavado en el suelo sin moverse. Justin observaba a su mujer reír y abrazar a otro hombre. Una cólera ciega se instaló en su pecho haciendo tambalear la poca cordura que le quedaba. Miró a su rival como quien mira la soga del ahorcado: con rabia y arrepentimiento. Dolía, dolía intensamente comprobar que estaba en los brazos de otro, que sus risas no estaban destinadas a él. Se dio la vuelta y se alejó. No miró atrás, todavía tenía una conversación pendiente con lord Beresford, el padre de ella, y, de esa conversación, dependía el futuro de Redtower y el suyo.

Aurora no quería separarse de los brazos protectores de Diego. Sentía su fuerza, quería llenarse de su calor. Olía a la tierra que amaba, y la añoranza la abrumó por completo. Aspiró su fragancia varonil, la mezcla de cuero y tomillo que tanto le gustaba. Rio con esa sonrisa cantarina, ¡su abuela! ¡Se había olvidado de su abuela con la emoción de verlo!

—¿Dónde está mi abuela? —preguntó mirando alrededor suyo como si fuese a verla de un momento a otro.

—Tienes mi palabra que hablaremos largo más tarde, pero creo que tienes que regresar al salón.

—¡Quiero que me cuentes todo!

Diego lo suponía.

—Están esperándote, eres la homenajeadada —le dijo él.

Aurora suspiró profundamente.

—Ahora me arrepiento de haber bailado —se tomó un tiempo antes de

continuar—. Quería escandalizarlos —admitió cabizbaja—, que me obligaran regresar a Ronda.

Diego alzó el mentón de ella y le sonrió con una dulzura tan grande, que el corazón de Aurora se derritió como si fuese azúcar en el fuego.

—Tu interpretación ha sido magnífica *Jahivé*, y si no saben apreciarlo es que son unos estúpidos —le dijo para consolarla.

—Mi abuela se escandaliza cuando me ve bailar —admitió pensativa—. De veras que prefiero hablar contigo que volver a entrar en el salón de baile.

Diego no podía permitirlo. Entendía el apremio de ella para que le contara todo, pero había una fiesta de por medio.

—Sube a cambiarte de vestido que yo estaré esperándote. Me muero de ganas de bailar contigo.

Aurora levantó el rostro y lo besó en los labios aun sonriéndole, y corrió como si la vida le fuera en ello. No pensaba tardar más de un minuto, se sentía tan feliz como dichosa.

Diego la miró alejarse, y el semblante comenzó a adquirir un tono ceniciento de ira. La luz de sus ojos sufría, y él estaba convencido de que no era solo por la añoranza. Estaba casi quebrada de espíritu, y los culpables pagarían por ello. Al día siguiente tendría una conversación con Rafael y Francisco, tenían que explicarle muchas cosas pues él había sido tajante al respecto. Tenían que cuidarla con sus propias vidas si fuera necesario. Caminó hacia las escaleras del vestíbulo, y la esperó. Aurora tardó muy poco en bajar de nuevo. Diego le tendió la mano.

Llevaba puesto el vestido blanco de seda bordado con estrellas plateadas: el regalo de su abuela María por su dieciséis cumpleaños. Un ancho fajín color plata le ceñía la cintura para terminar en un lazo que colgaba en su espalda. El pelo estaba recogido en un montón de rizos encima de la cabeza, y Eulalia le había prendido unas peinetas de nácar y perlas. La sonrisa deslumbrante era solo para él, y Diego se sintió el hombre más afortunado del mundo. Ella tomó su mano y el apuesto soldado la llevó hasta su padre que seguía impaciente por la desaparición de ella justo después del baile. Diego le pidió su permiso a John con una inclinación de cabeza, cuando lo recibió, la dirigió al centro de la pista y esperó que la orquesta comenzara el vals.

La mente de Aurora bullía con extrañeza, ¿cómo sabía Diego quién era su padre? ¿Por qué había llegado solo? Pero sacudió la cabeza para quitarse las preocupaciones. Le había prometido que hablarían más tarde, ahora solo deseaba sentirse abrazada por él.

Hacían una pareja perfecta, y se compenetraban a la perfección. Aurora se acoplaba a los brazos del noble español como si hubiese sido moldeada expresamente para él, y las miradas tan intensas que se lanzaban, dejaba muy poco a la imaginación. John la miró, y supo, por el arrobamiento de sus mejillas, que ese apuesto oficial le había robado el corazón a su hija, y que era correspondida. La carta de su tío, el conde Ayllón, había sido muy explícita, y, él, que era un hombre de palabra, había prometido hablar con el duque de Arun para tratar de llegar a un acuerdo sobre el legado de Clare, acuerdo que no podía incluir el matrimonio entre sus respectivos hijos. Cedería los derechos de la torre a los Penword para siempre si ello hacía feliz a su hija y la dejaba libre.

Aurora no sabía cómo, pero estaba bailando con su hermano Christopher cuando se encontró en los brazos del gigante escocés. Ella lo miró, estaba muy callado, y se sorprendió. Miró su falda moverse al compás de la suya, y que de tanto en tanto dejaba ver sus muslos musculosos y bronceados, casi le daban ganas de quitarle la falda para ponérsela ella. Ese pensamiento descarado la hizo reír, y Brandon aprovechó para susurrarle al oído:

—Mis runas por tu último pensamiento.

—Créeme, es mejor que siga en la ignorancia o terminaría mal parada, aunque confieso que su atuendo de cintura para abajo me vuelve loca. Me haría con una prenda como esa sin dudarlo.

De los brazos del escocés pasó a los de Arthur, Andrew, y por fin a los de su padre que le hizo una exagerada reverencia y la acogió en sus brazos. Miró a la orquesta y dio su consentimiento para que comenzaran a tocar. Los ojos de Aurora brillaron expectantes, pero su padre demostró que era un bailarín excepcional.

—Si no cierras la boca te tragarás un insecto. —La conquistó su sonrisa fraternal.

—No esperaba que bailase casi tan bien como mi tío Rodrigo —la incredulidad era manifiesta en su rostro.

—No solo derroté franceses en tu tierra, hija mía. Aprendí vuestra cultura, vuestro idioma. Amar y respetar a los orgullosos y leales españoles —John calló un momento—, tu madre adoraba bailar esta tonada. Me costó aprenderlo, sin embargo, como quería complacerla, me esforcé al máximo.

—Espero que haya perdonado la osadía de mi vestuario anterior pues no pretendía ofenderlo —su rostro se quedó contrito—. Es un vestido muy utilizado allí, sobre todo en la villa de Madrid.

—Me siento muy orgulloso de ti.

Aurora soltó una risa de alivio. John suspiró aliviado. La seriedad aplastante de su hija se había desvanecido. Sabía que el artífice era el noble español que la seguía con mirada expectante donde quiera que estuviese.

Aurora leía la carta de su abuela mientras Diego y su padre la observaban en silencio, ahora sonreía, ahora ceñía el gesto con preocupación. Las emociones pasaban por su rostro con total claridad: asombro, disgusto, sorpresa, hilaridad.

Diego sabía lo que contenía la carta y el dolor que le causaría, pero ella tenía una fuerza de voluntad increíble.

—¡Mi abuela es un correo! —la voz sonó atónita, ahora comprendía tantas cosas: el viaje hasta Santander. Las semanas de espera, el viaje a París, y las sospechas sobre Rodrigo—. ¡Pero esta información le puede costar la horca a mi tío! —las palabras dichas en un susurro quedo, no ocultaban el temor que sentía por la repercusión de lo que empezaba a saber. Terminó de leer la carta, y se quedó pensativa un buen rato, después miró a los ojos de Diego de forma directa y sin titubear.

—¿Está detenido mi tío?

—Sí —respondió Diego sin ambages—, y tu abuela no puede regresar al reino de España, hay una orden de arresto contra ella.

Aurora se tapó la boca con la mano y ahogó un sollozo desgarrado.

—¡Pero Rodrigo es inocente! —exclamó compungida.

—Y el rey Fernando lo sabe. Conoce la influencia de tu tío, no atentará contra su vida. Tu abuela es harina de otro costal. Hay denuncias de traición a la corona.

—¿Qué sucederá conmigo? —Aurora temía preguntar pues conocía de sobra la respuesta—. Quiero irme a Francia con la abuela, necesita mi ayuda.

Su angustia era aplastante.

—María está ultimando los preparativos necesarios para que te reúnas con ella en París, pero por ahora su más sincero deseo es que te quedes en Inglaterra con tu familia paterna hasta que podáis reuniros de nuevo. —Diego sabía el dolor que le estaba causando.

—Pueden pasar meses... —dejó la frase inconclusa: perdida en sus pensamientos y ahogándose en su propia autocompasión.

—La vida de tu tío y de tu abuela corre un serio peligro, y a ti te parece

más horroroso soportar un poco de frío.

La pulla era demoledora...

«Si tú supieras Diego lo desdichada que soy», pensó ella dolida. Aurora levantó la vista con la mirada tan avergonzada, que Diego sintió un ramalazo de compasión.

—Sé que mis preocupaciones son ínfimas con respecto a estas noticias, pero mi corazón sigue queriendo ir con ellos, y eso es algo que no puedo controlar.

Estaba abatida. Tenía tantos deseos de abandonar Inglaterra que saber que su futuro podía decidirse aquí la llenaba de una profunda amargura.

—Hija, todavía tengo alguna influencia, trataré de traer a tu tío con nosotros. Tu abuela está segura, debemos preocuparnos por Rodrigo.

—Mi tío no abandonará el reino, padre.

—Cruzaremos ese puente después... —respondió John mirándola con ternura, sabiendo los estragos que las últimas noticias estaban haciendo en ella.

—¿Cuánto tiempo te quedarás? —la pregunta iba dirigida a Diego.

—Dos semanas como mucho, estoy en medio de un conflicto y no puedo faltar durante mucho tiempo. Mis hombres dependen de mí.

Aurora comprendió de inmediato que Diego era el protector del correo. Su abuela y él jugaban una partida tan peligrosa como mortal, pero entendía los sentimientos encontrados que había: por un lado, la lealtad de su tío, por otro, la inconformidad de su abuela. Y ella, en medio de todo, seguiría en un reino tan frío y húmedo como sentía ahora el corazón.

## CAPÍTULO 11

—El marqués de Whitam, Su Excelencia. —Devlin alzó sus ojos azules hacia el mayordomo, y, sorprendido, asintió con la cabeza.

John entró en la cómoda estancia con el sombrero y los guantes todavía en la mano. Se los pasó al mayordomo e hizo una ligera inclinación con la cabeza a su vecino y amigo. Devlin le indicó que se sentara en la silla libre que quedaba frente a su escritorio. Justin volvió la cabeza al verlo. John se sentó junto a él. Solícito se levantó con cortesía y se dispuso a servirles una copa de coñac.

—Espero que la urgencia de la citación sean buenas noticias para ambos —Devlin no pudo ocultar la presunción en la voz.

John carraspeó violento.

—Deseo anular el compromiso —la tajante respuesta hizo que Justin soltara la licorera bruscamente.

—Sabes que no lo aceptaré —respondió Devlin enarcando las cejas plateadas con determinación.

John suspiró, tenso.

Justin recompuso su semblante y le ofreció una copa a su padre, y otra a John. Tomó nuevamente asiento, y cruzó una pierna sobre la otra en actitud despreocupada.

—No se puede romper el acuerdo y lo sabes.

John negó con la cabeza ante las palabras bruscas de su amigo el duque, Justin seguía en silencio.

—Mi hija se niega al compromiso, y no puedo ni quiero obligarla.

—Demasiado tarde para que ella se niegue.

Ni John ni Devlin entendieron las enigmáticas palabras del heredero.

—Dawn renunciará a su herencia si consentís en romper el compromiso. Desea que Redtower vuelva a los Penword, y lo devolveremos de forma definitiva. Tienes mi palabra.

—No. —La imperiosa negativa de Justin seguía sorprendiendo tanto al duque como al marqués—. El compromiso es válido tanto si a ella le gusta como si no.

John miró a Justin cada vez más sorprendido.

—¡No te muestras razonable, Justin! —la voz áspera de John consiguió hacerle enarcar una ceja, continuó—. Imaginaba que estarías satisfecho de poder romper un compromiso impuesto. Dawn sigue siendo muy joven, no le

hemos dado tiempo a que se acostumbre.

Justin hizo una mueca porque John estaba atrapado y lo sabía.

—Dawn —puntualizó enfático—, cumple los requisitos necesarios para el compromiso, y yo no deseo romper un acuerdo establecido por nuestros antepasados. Mi honor me lo impide.

—Ya he mencionado que os devolveremos Redtower sin retribución alguna.

John se sentía incómodo y se le notaba.

—Si no hay compromiso, entonces nos veremos en los tribunales. — Devlin alzó las cejas con muda sorpresa. La determinación de su hijo lo desconcertó.

John suspiró resignado.

—Si el acuerdo no puede ser anulado por negativa vuestra, mi hija me ha pedido que le transmita a tu padre una solicitud de cambio. —Devlin y Justin se miraron sorprendidos, esperaron, aunque no sabían qué—. Mi hija reconsiderará continuar el compromiso si se concierta con Jamie. —Tras decir éstas palabras, John no supo distinguir cuál de los dos Penword se había quedado más sorprendido.

Justin cerró los ojos ante la punzada que sintió. La magnitud de las palabras de John lo habían herido profundamente, deseó tener a la muchacha a su alcance para ponerle las manos en el cuello y estrangularla. Era suya y ella se empecinaba en lo contrario.

—Jamie está fuera de esta discusión —puntualizó Justin con voz dura—. Dawn no se librará de su responsabilidad y obligación para conmigo y la herencia.

John se estaba poniendo cada vez más nervioso.

—No es un cambio descabellado si mi hija siente algún tipo de afecto por Jamie. —Los ojos confusos de John iban de Justin a Devlin. No comprendía del todo la fiera mirada que el heredero le obsequiaba, y se sentía perplejo.

—El compromiso es válido solo con el heredero, y yo, como heredero de mi padre, deseo continuar el acuerdo y cumplir lo establecido.

Devlin escuchaba a su primogénito con sorpresa. John se levantó ofendido. No entendía el ofuscamiento de Justin. Éste se calmó de inmediato.

—Hablaré con Dawn sobre esta conversación y os notificaré nuestra decisión al respecto. —Justin calibró sus posibilidades y lanzó una última bengala.

—Le ruego, lord Beresford, que espere un par semanas antes de tomar una

decisión definitiva.

John no entendió el ruego de Justin, sin embargo, lo pensó durante un momento, y le respondió.

—Podríamos continuar esta conversación después de su presentación en sociedad, sería una consideración por nuestra parte.

—No —negó el primogénito. Ambos miraron a Justin de nuevo—. Deseo tener una última conversación con Dawn, si no llegamos a un entendimiento, permitiré que anule el compromiso, y aceptaremos Redtower como compensación.

John suspiró al fin aliviado. Lo que Justin le pedía era muy poco, y le pareció sumamente razonable. Con un asentimiento de cabeza dejó el asunto por concluido.

Aurora cabalgaba sobre el bello caballo español que le había traído Diego: un regalo de su querido tío por su decimoctavo cumpleaños. El caballo era un hermoso semental fino y elegante, de color blanco y con motas grises. Le había puesto por nombre Olé, porque al verlo trotar daban ganas de aplaudirlo. Salían a cabalgar cada mañana. Afortunadamente, solo llovía por las tardes, y, aunque los campos estaban mojados, el deleite que sentía ante tanta libertad resultaba incomparable. Habían pospuesto el viaje a Londres para su presentación porque Aurora quería disfrutar hasta el último momento en la compañía de Diego. Los almuerzos y cenas se habían convertido en jornadas alegres por las anécdotas que él les contaba a sus hermanos sobre la vida en el ejército, y las bellas mozas del sur. Eulalia la miraba de tanto en tanto, como intentado penetrar en su interior, pero la vida de Aurora había cambiado tanto desde que Diego había llegado, que todo lo anterior estaba olvidado para ella. A menudo venían de visita el laird escocés con su hermana, y la mujer rubia devoraba al oficial español con ojos de cervatilla enamorada. Aurora nunca habría imaginado que Diego pudiese resultar interesante para otra mujer que no fuese ella, y aunque la escocesa lo miraba con ansia mal disimulada, ella era tan feliz que no se preocupó. Diego había sondeado sobre su tristeza y sus sentimientos, pero la había visto tan relajada y satisfecha en los últimos días, que no le dio mayor importancia a las lágrimas derramadas tan amargamente durante su primera noche en Inglaterra.

Estaban corriendo campo a través. El rocín que cabalgaba Diego no era tan rápido como Olé, pero ella se dejaba ganar sin remordimiento, mostrando

una falta de vanidad increíble en una mujer. Sonrojados, jadeantes y risueños, habían parado las monturas cerca de la laguna para que los caballos bebiesen y se refrescaran. Diego la ayudó a desmontar, y, dejó, un momento más de lo necesario, las manos en la cintura de ella. Aurora no bajó las manos de su cuello rápidamente, sino que las dejó para que acariciaran los rizos apenas visibles de la nuca de él. Las miradas se encontraron, Aurora alzó la boca para recibir el beso que estaba esperando desde los quince años, y Diego la complació.

El beso no la había decepcionado. Sabía a gloria, aunque resultó muy breve. Cuando ella intentó prolongarlo, Diego se lo impidió. Soltó las manos de su nuca e hizo una negación con la cabeza casi imperceptible. Ella lo miró decepcionada, quería más, estaba sedienta de su cariño.

—Chiquilla, no rompas el control que vengo ejerciendo contigo desde hace tanto tiempo.

El ansia en la voz de él avivó todavía más el fuego de ella.

—Pero yo deseo que lo rompas, te necesito tanto. Quiero sentirte, abrazarte. —Las palabras dulces lo tentaban hasta lo inimaginable, pero consiguió mantener la cordura.

—Hice una promesa a tu tío, ojos de gata, permíteme que la mantenga.

—Yo te necesito ahora.

Volvió a dirigir su boca hacia él y lo arrastró hacia un nuevo beso más apasionado que el anterior. Diego se dejó llevar, tantos años deseándola le estaban pasando factura, no obstante, la cordura volvió a instalarse en su mente, y, renuente, volvió a separarla de sí.

—No tendría honor si te permitiera seguir adelante, no es así cómo quiero tenerte. No me bastará un rato robado en un arrebato de locura, no me conformaré con tan poco.

—¡Casémonos y terminemos con esta espera de una vez!

Él, no podía creer lo que oía.

—Y nunca podría mirarte a la cara sin sentir vergüenza. Llevo años esperándote, no me importa unos meses más. Tu tío puso como condición que esperase hasta que cumplieses los dieciocho años, y ya los tienes, ahora solo nos queda esperar su llegada.

—¡Maldito tú y tu honor! —explotó dolida por el rechazo.

Diego no comprendió su estallido.

—Mi honor es lo que me ha permitido no tocarte y abrazarte hasta dejarte sin aliento, pero debo mirar a la cara a tu tío, y mi afecto no puede cubrirlo de

vergüenza. Si no eres capaz de comprender eso, quizás...

—¡No! —cortó apresurada.

Odiaba los escrúpulos de él, pero le quería a la vez por ellos. Montaron poco después, y se dirigieron hacia Whitam Hall.

Justin no levantaba cabeza, todos sus planes se habían ido al traste. Su padre le había informado que iba a aceptar el legado de Clare. Los Beresford estaban siendo magnánimos al declinar un matrimonio entre las dos familias, y él lamentaba su impotencia ante el desastre. Se sentía herido por la decisión de ella de querer intercambiar el compromiso con su hermano pequeño. La puñalada se le había clavado directamente en el corazón, y estaba despechado por ello, pero la ira no conseguía aplacar su sed por el cuerpo femenino, y se compadecía al no poder hacer nada en consecuencia. Estaba descuidando sus responsabilidades como heredero. Últimamente se dejaba acompañar por una botella de coñac, y se había vuelto huraño e irascible: nadie del servicio se atrevía a dirigirle la palabra. Tenía que irse a Londres, lejos de sus vecinos, y de la atrayente extranjera que lo había convertido en poco más que un guiñapo.

Brandon y Casey solo habían estado una semana en Londres para la temporada, pero habían vuelto a Crimson Hill a instancias de ella pues quería recoger unos artículos imprescindibles que se habían quedado olvidados en la mansión. A Jamie le sonó a excusa porque sabía que su joven prima le había echado el ojo al oficial español, y lo lamentó por ella porque él solo tenía ojos para Aurora.

Miró de nuevo a su hermano mayor, la resaca que tendría por la mañana sería colosal, aunque se lo tendría bien merecido. La entrada de su primo Brandon lo sacó de sus cavilaciones.

—¿Sigue bebiendo?

—Discute cada día con mi padre, y cuando sale de la biblioteca, toma una botella de whiskey, y ya no sale de sus dependencias. Lleva así varios días — anunció preocupado.

—Deseo tener unas palabras con él, esperaré hasta que se despeje un poco.

—Confío que seas capaz de conseguir algo más de él que esa autocompasión destructiva —Jamie se dio la vuelta y abandonó la habitación de su hermano.

Cuatro horas le costó a Justin salir de su estupor. Le dolía la cabeza, y tenía la garganta tan reseca como el desierto. Intentó fijar los ojos vidriosos en su hermano hasta que se dio cuenta de que no era Jamie sino Brandon, el que estaba custodiando su cama. Fastidiado porque lo hubiese contemplado en ese estado lamentable, le espetó con acritud:

—Espero que tengas algo importante que decirme, porque si no es así, ya puedes irte por donde has venido. —Brandon entornó sus verdes ojos con cierta acritud.

—En vista de tu incapacidad para reorganizar tu vida, he decidido ayudarte.

—No te entrometas en mis asuntos primo, y ahora ¡déjame en paz!

La bilis le subió a la garganta y temió no contener las arcadas a tiempo de que su primo se fuese.

—Verte en este estado es incomprensible para mí, pero he decidido que puedo ayudar a dos personas —dijo de forma enigmática.

—Bueno, ¿y qué piensas hacer? —ni le importaba, ni quería saber lo que pretendía su primo, tan solo lo preguntó para que Brandon terminara su discurso y se marchase.

—Mi hermana le hizo una promesa a tu padre, y tiene que cumplirla, porque los McGregor cumplimos lo que prometemos, y cómo tú eres incapaz de cuidar lo que es tuyo, he decidido hacerlo yo. Recuerda que tu primogénita se casará con mi primogénito. Así quedó establecido en su día por mi padre y por el tuyo para preservar nuestras herencias.

Todo se reducía a herencias pensó Justin que no comprendía del todo la perorata que le estaba soltando su primo, aunque tampoco le importó. Cerró los ojos un momento intentado controlar el terrible dolor de cabeza. Cuando los volvió a abrir, su primo se había marchado. Bajó los pies de la cama, y dejó que se le pasase el mareo antes de ir directamente al escritorio, cogió una botella de whiskey, y se acostó de nuevo.

Diego dormía en la casita del bosque con Rafael y Francisco, y los tres partirían hacia el reino de España en una semana. Aurora estaba feliz porque su amor se había quedado más tiempo del que pensaba.

Seguía sentada en la biblioteca, descalza, y con los pies subidos en el sillón, miraba constantemente la hora porque se estaba haciendo muy tarde.

Diego y sus hermanos no regresaban de Londres. Ella le había hecho algunos encargos para mandárselos a su abuela y a su tío. Así como unos dibujos para la prima preferida de Diego, Marina, pero tardaban demasiado. Horas después las voces de sus hermanos le hicieron levantarse de golpe. Se calzó y salió corriendo hacia el vestíbulo, lo que vio la dejó helada: sus hermanos estaban jactándose porque por fin habían conseguido tumbar al laird escocés. Diego no había vuelto con ellos, cuando les preguntó, le respondieron con osadía que había sido el más flojo de los cuatro: había terminado tan borracho que se había caído del caballo al pie de las escaleras de Crimson Hill, y por eso lo habían dejado en la mansión junto con Brandon. Christopher y Arthur reían por la resaca que padecerían ambos por la mañana. Aurora estaba atónita, creía a Diego incapaz de emborracharse, si bien sus hermanos no podían decir más de dos palabras sin que les tropezara la lengua con los dientes, por lo que fue imposible sacarle más de dos frases coherentes. Decidió esperar al día siguiente, Diego le contaría todo lo que había sucedido.

Brandon había conseguido acostar al español. Recordaba la negativa del soldado a beber un poco más de cerveza, afortunadamente, los Beresford habían hecho apoyo común para convencerlo, y todo había salido como había planeado, incluso él había tenido que beber más de la cuenta. El silencio de la casa mejoró su ánimo pues se había ahorrado un montón de explicaciones, y ahora esperaba el desenlace.

Volvió los ojos a la muchacha que lo miraba con indecisión.

—Estamos actuando mal —le dijo ella con voz trémula.

—Estamos ayudando a Justin —le recordó—. Y vigilando nuestra herencia.

—Me siento fatal —le informó la hermana—, pero lo he prometido y debo hacerlo.

Brando suspiró con algo de cansancio. Ambos le habían hecho una promesa al duque de Arun, y él estaba decidido a cumplir su parte.

—Solo tendrás esta oportunidad, ¿podrás hacerlo? —ella asintió decidida.

—Me he puesto su perfume de rosas —confesó turbada.

Violet Cassandra McGregor siguió a su hermano segura de lo que quería conseguir, y de lo que estaba dispuesta a sacrificar para obtenerlo.

Apenas dudó un instante porque lo que iba a hacer causaría un escándalo terrible, sin embargo, sus sentimientos se interponían sobre el posible

remordimiento de conciencia que pudiera albergar después. Abrió el pasador del dormitorio y entró. Él, estaba acostado sin ropa, ella no encendió ni una lámpara porque necesitaba la oscuridad para llevar a cabo su plan. Se quitó la bata, se deshizo del ligero camisón, y se metió en la cama con él. Muy despacio intentó acercarse, pero sentía algo de temor, por eso se quedó parada un instante. El hombre soltó un gruñido somnoliento, y, aunque no hizo ningún intento de despertarse, la atrajo hacia él. Ella alargó la mano y le acarició la mandíbula, él, soltó un gemido placentero, lentamente le acarició el ombligo, él, se movió un poco y la muchacha tuvo una extraña y arrolladora sensación de poder. Estaba profundamente dormido por la borrachera, así que podía hacer con él lo que quisiera. Empezó a acariciarlo con osadía siguiendo su instinto de mujer enamorada. Cuando él estuvo preparado para ella, Violet Cassandra había pagado una buena suma de dinero a una prostituta para que le explicara cómo prepararlo, se colocó encima de él y se apoyó en sus hombros mientras se sentaba a horcajadas. Con la mano guio el miembro duro hasta su interior, aunque le resultó bastante difícil debido a su inexperiencia. El hombre se arqueó debajo de ella, y la mujer lentamente se deslizó hacia abajo hasta que notó la penetración, echó la cabeza hacia atrás y descansó sus glúteos en las caderas de él. Lo sujetó con fuerza por los hombros intentando recuperar la respiración, e intentaba ahogar sus gemidos. Dolía mucho, pero estaba decidida. Apoyó las rodillas en el blando colchón de plumas mientras comenzaba a moverse, despacio al principio. Diego emitió un gemido gutural mientras intentaba abrir los ojos pesados debido al alcohol, y en su confusión ética, comenzó a mover las caderas cada vez con más fuerza. Se agarró a las piernas femeninas mientras de su boca salían gemidos entrecortados. El baile sexual se prolongó durante varios minutos pues a ella le habían informado que el alcohol ofuscaba la mente, y que la culminación tardaba más en llegar. La muchacha dudó y paró sus movimientos pues no tenía modo de saber que él estaba a punto de alcanzar el clímax.

Entonces los ojos del hombre se abrieron cuando cesó el movimiento y la miraron con un ruego en su profundidad. Todavía confundido, hizo un débil intento por separarse de la muchacha que lo montaba de forma decidida. Ella comprendió lo que pretendía, y se hundió todavía más contra él.

Diego se derramó en el interior femenino.

En ese preciso momento, Diego abrió los ojos para darse cuenta de lo que sucedía, aunque ya era demasiado tarde, no había ninguna manera de frenar el orgasmo. Mientras apretaba los dientes y su cuerpo se sacudía con espasmos,

sintió las manos de la muchacha que lo rodeaban con fuerza hacia ella. Vio su cara de determinación, y entonces lo comprendió... ¡lo había planeado todo! La mujer lo había excitado mientras dormía, y se había aprovechado de su embriaguez, maldita sea, ¿qué había hecho?

—Perdóname, pero tenía que hacerlo —la muchacha estaba llorando—. Hice una promesa, y no me importó cumplirla porque te amo...

Él vio la sangre y el semen entre sus muslos, y sintió un acceso de pánico, también de rechazo, la muchacha era virgen, y él, él, ¡Dios santo! Sintió deseos de matarla por lo que había conseguido. El grito de cólera que lanzó despertó a todos los habitantes de la casa. Brandon, que esperaba en la biblioteca contemplando una copa de coñac, levantó su pesado cuerpo y lo condujo hacia la escalera. Solo confiaba en llegar antes que Justin, Jamie o el mismo duque.

## CAPÍTULO 12

¡Diego se iba a casar con otra!

El pesar y el dolor resultaban desgarradores. Sentía las manos dolidas de tanto estrujarlas junto a su pecho. Le habían explicado lo ocurrido, increíble, infame, pero cierto. ¡Lo habían seducido! Ante el posible embarazo, él le había ofrecido su nombre, nombre que le correspondía a ella. Aurora quería llorar, golpear, maldecir. Su orgullo zozobraba en un mar de autocompasión. Violet Cassandra sería ahora la señora Vílchez, futura baronesa de Bidasoa, ella y sus sueños quedaban hechos pedazos. ¡Maldito honor español! ¡Maldito corazón suyo! Aurora sabía del encaprichamiento de la mujer por Diego, pero no le había dado importancia. Se retorció de pena, la rabia la zarandeaba, y la impotencia le impedía respirar. Al día siguiente sería la boda, un día antes de partir Diego para el reino de España, y ella se quedaría aquí, tan cerca de ella, que se volvería loca. Lloraba por la oportunidad perdida de abrazar en un futuro a los hijos de Diego y suyos.

Un dolor sordo la convulsionó.

Eulalia no llamó a la puerta, sabía que era inútil. Su niña no quería ver ni hablar con nadie. Sus hermanos estaban tan avergonzados que no se atrevían a mirarla a la cara, pero ella sabía, había visto las cartas, y todo tenía un propósito de ser. Su niña estaba sentada en el sillón con la cara cenicienta, y ella supo que era de ira. Percibía su dolor y quería consolarla, aunque por primera vez no supo cómo hacerlo.

—*Jahivé*, deja que tu aya te consuele.

La ternura en su voz la estremeció hasta los huesos.

—¡Deseo estar sola! —la respuesta era la esperada.

—Deja que te cuente una cosa que sé.

Las enigmáticas palabras despertaron su curiosidad.

—¿Vas a decirme que Diego no se casa? —ante la negativa de la gitana, Aurora le volvió la cabeza en un gesto airado.

—Pero sé que, si no hay embarazo, el duque consentirá en anular el matrimonio. Es el acuerdo al que han llegado. El laird no está muy conforme, pero el duque sabe que la conducta de su sobrina ha sido censurable, y ha accedido a ello. Todavía es posible una anulación

—¡Pero por supuesto! —contestó llena de rabia e impotencia—. Con la suerte que estoy teniendo, ésa perra escocesa le dará mellizos. —Bramó dolida.

—Solo deseo que no juzgues tan duramente a un hombre que ha sido atrapado contra su voluntad.

—¿Por qué no espera hasta estar seguro de que está encinta? Si entonces no hay más remedio...

Eulalia soltó un suspiro largo.

—Diego corre un grave peligro igual que tu abuela. Su conciencia y honor no le permitirían dejar un hijo suyo sin reconocer, aunque sea un hijo no deseado.

Aurora miró con fiereza a Eulalia tras ese comentario.

—Aya, ¿sabes que es lo más cínico de todo? ¡Para nosotros, los orgullosos y altivos españoles, el honor lo es todo, y los ingleses barren su suelo con el honor español! —Eulalia gimió al oírla—. Y sabes lo que más lamento: que soy yo la que debería haberme metido en su cama, la que debería estar gestando a su hijo, y, ¡mírame! —Eulalia miró sus angustiados ojos ámbar y la pena que vio en ellos la dejó muda—. Estoy aquí, medio enterrada en mi autocompasión, y llena de impotencia y de rabia por no poder hacer nada al respecto.

—¿Y crees que la escocesa ha conseguido algo? Tendrá a su marido español, cierto, pero será un hombre que está y seguirá profundamente enamorado de otra. La mirará y maldecirá su engaño y cada segundo que tenga que pasar con ella, tendrá un matrimonio desdichado y amargo, eso es lo que ha conseguido.

—¡Malditas tus palabras porque será de ella y no mío!

—Nunca hubiese sido tuyo, estaba escrito, lo vi en las cartas, pero no quería causarte dolor y por eso callé.

Aurora la miró atónita.

—¡Mira lo que me has hecho, aya! —Eulalia comprendió que su niña necesitaba tiempo, y tiempo era lo que más tenía en el mundo.

Salió en silencio de la habitación, y, con un suspiro de resignación, se dirigió a la planta baja de la casa, necesitaba hablar con el marqués de Whitam.

La boda se iba a celebrar en la casita del bosque con una licencia especial que había obtenido Brandon, aunque con cierta dificultad debido a la urgencia. Rafael y Francisco serían los padrinos de Diego, Brandon y Jamie de ella. Diego se había negado en rotundo a casarse en Crimson Hill, y nadie había sido capaz de hacerle cambiar de opinión. Ni una sola vez miró el rostro de la escocesa porque sentía que le había fallado a Aurora, y, la vergüenza que

albergaba dentro de sí, resultaba destructiva. Aurora se lamentaba porque Diego no había querido escuchar su ruego ni quiso hablar con ella. Lloró desconsolada porque no tenían nada más que decirse. Le había implorado que esperase hasta obtener la confirmación de que, efectivamente, el robo de ella, había dado sus frutos, pero él era obstinado y orgulloso como nadie.

Aurora se moriría si lo veía dar sus promesas a otra, aunque todos en Whitam Hall habían decidido acompañar al oficial español pues querían mostrarle su apoyo, incluso la traidora de Eulalia se había marchado a la ceremonia, y ella estaba rumiando su desdicha en la biblioteca. Tras horas de intenso llanto, Aurora se preguntó qué harían los hombres en ocasiones así, y concluyó que embriagarse, tenía muy claro en la mente la borrachera de Justin Penword, y deseó... deseo, olvidar. Y entonces se dijo si tendría que beber para lograrlo. Miró con duda las dos botellas que había en un carrito auxiliar a un lado de la gran mesa de caoba. Olió una de las botellas, pero el aroma era tan fuerte que le escocieron los ojos, la otra parecía más suave, era coñac, y decidió olvidarse de todo.

Justin había tenido unas palabras duras con su primo. En su juicio, lo que le habían hecho al español, no tenía calificativo. Jamás imaginó que sus primos urdiesen semejante ardid, Casey lo había sorprendido, también desilusionado, pues esa no era forma de conseguir un marido, ella era sobrina de duque, podría elegir al hombre que quisiera. Pero Justin también era consciente que muchas nobles actuaban de un modo parecido cuando querían alcanzar a un hombre determinado. Al momento sintió una vergüenza abrumadora porque él había hecho exactamente lo mismo: ambos habían impuesto sus requerimientos a dos personas sin el consentimiento de ellos. Justin seguía perplejo por la intensidad de sus emociones, así que podía comprender la desesperanza que embargaba a su prima, y Diego ni siquiera le había dado una muestra más de atención que la de cortesía necesaria. El duque se había mostrado más práctico y albergaba dudas de que el oficial español no hubiese participado de buen grado en la seducción de su sobrina, que al fin y al cabo era sobrina de un duque, por ese motivo se había negado con rotundidad a esperar los resultados del desliz: no podía concebir semejante escándalo en la familia. Justin pensaba constantemente en Aurora, había visto el amor por ese hombre en sus ojos, en cada gesto, y aunque sentía unos celos corrosivos, sentía verdadera empatía por ella.

Estaba todo Whitam Hall en la íntima ceremonia que acababa de comenzar, Justin decidió en un segundo que la vería e intentaría consolarla, aunque perdiese el cuello en el intento. Salió discretamente del lugar que ocupaba, y se encaminó hacia la casa de sus vecinos y amigos. El trayecto no le llevaría mucho tiempo.

Unas maldiciones, dichas en tres lenguas diferentes, le indicaron el lugar exacto donde se encontraba ella. Se dirigió hacia la biblioteca, y la vio sentada en la alfombra con la cara vuelta hacia la ventana. Observó la licorera abierta en su falda y supo enseguida lo que había hecho, intentó reprimir la sonrisa que comenzaba a asomar a su boca, porque comprendió a la perfección que ella trataba de ahogar sus penas con alcohol. Él mismo lo había hecho durante dos semanas, poco podría reprocharle.

—Estás cometiendo el mismo error que yo.

La muchacha lo miró, y él comprobó que tenía los ojos vidriosos, y que la cabeza se le ladeaba de un lado a otro, la vio tragar saliva en un intento por aclarar su garganta, quiso hablarle, pero las palabras se le enredaban en la boca, por primera vez le sonrió de forma genuina, y el corazón de Justin sufrió se encogió. Ella extendió su mano hacia él.

—Necesito su ayuda, no puedo levantarme sola.

La voz pastosa le resultó cómica.

—Si te toco —la miró con verdadero deseo—... no podré parar. —Aurora rio con hilaridad. Lo miró, y volvió a reír de nuevo. Se sentía muy bien, el coñac había aliviado su corazón destrozado, pero podría disfrutar más de esa sensación si la biblioteca dejase de dar vueltas—. ¿Es posible que me hayas perdonado, Dawn? —la pregunta la hizo Justin en un susurro.

—*Porr supuesto* —trató de decir ella con lengua que parecía un estropajo. Se le enredaban las palabras.

—No es posible que me hayas perdonado tan fácilmente —había incredulidad en la voz masculina.

Ella respiró sonoramente.

—Si me importara un comino, no le *perrdonaría* jamás, pero no me importa ni esto —hizo un chasquido con los dedos pulgar y corazón, y, esas palabras dichas con tanta claridad, vapulearon su maltrecho orgullo. Quería importarle, lo necesitaba, si bien ignoraba cómo conseguirlo—. Inglés, *sis me ayudas*... —no pudo continuar, cerró los ojos creyendo que así la habitación dejaría de dar vueltas, pero su mente en blanco se había aliado con la biblioteca y giraba todo como una noria.

Justin, con paso decidido, se acercó hasta ella. La cogió suavemente de las manos y la alzó, pero la soltó demasiado rápido. Contempló azorado que ella no mantenía el equilibrio y que caía al suelo sin contemplaciones en una maraña enredada con su falda. Aurora manoteó en el aire y consiguió asirse a la solapa de la chaqueta de Justin. Lo arrastró al suelo con ella.

Ambos se quedaron sin respiración, Justin estaba justo encima de Aurora. Su pierna musculosa entre sus piernas, los brazos de él a cada lado de la cabeza femenina. Justin tenía la boca demasiado cerca de la femenina para poder pensar con cordura, y las ansias reprimidas durante tanto tiempo resultaron su perdición absoluta. Su boca se apoderó de la de Aurora en segundos. Sabía a coñac dulce, tenía los labios tan suaves que no podía dejar de beber de ellos. Salían gemidos y Justin no supo cuál de los dos los exhalaba, estaba relajada, y no se le resistía, con un suspiro de honda satisfacción profundizó el beso. La necesitaba tanto, y por primera vez ella le respondía.

Creyó que se moriría saboreándola.

Aurora, despechada por los últimos acontecimientos, comenzó a devolverle el beso, y con las manos comenzó unas lentas caricias que hicieron a Justin perder el poco control que le quedaba, él supo, en ese preciso instante, lo que sería ser correspondido por ella. Sediento decidió aprovechar el momento, aunque fuese el último de su vida.

Aurora necesitaba curar la herida que le había producido el rechazo de Diego, y el deseo acuciante de Justin era el bálsamo que su alma necesitaba, el amor que sentía por Diego no podría ser ya correspondido, y Aurora no sabía cómo enfrentar ese hecho demoledor.

Justin recuperó la cordura. Con un esfuerzo sobrehumano, logró apenas separarse unos centímetros, pero ella volvió a sujetarlo por la nuca impaciente.

—Sigue besándome inglés, hoy necesito consuelo, aunque sea de ti — Justin masculló entre dientes, sabía que ella lo utilizaba para vengarse.

—Me utilizas para vengarte de Diego —la acusó él.

—Aunque parezca insólito me gustan sus besos, y hoy no lo encuentro tan despreciable como otros días. Incluso diría que me parece atractivo.

Las palabras femeninas insuflaron vida en el corazón de Justin.

—Yo podría hacer que me quisieses, Dawn, solo tienes que darme una oportunidad.

Ella negó con la cabeza, aunque sin convencimiento.

—¡Me llamo Aurora! —Justin sonrió por el estallido de ella, y volvió a besarla para callarla. Solo cuando ella gimió en protesta por la brusquedad del beso, la soltó.

Aurora sentía el alma asfixiada, y el alcohol le estaba dando la seguridad que tanto necesitaba. Justin la reincorporó hasta quedar de rodillas, le pasó un brazo por las piernas y el otro por debajo de las axilas, la alzó, y la cabeza de ella le dio en la mandíbula. Él pudo oler de nuevo su embriagadora fragancia, cerró los ojos un instante ante el placer inesperado que le causaba el solo hecho de alzarla y estrecharla junto así. La sintió muy ligera, y ese abandono de hacía un momento lo tenía apabullado.

Ella alzó una mano y le acarició el mentón en un gesto impulsivo e inesperado. Nunca una caricia le había parecido tan gloriosa. Subió las escaleras y Aurora no se perdió detalle alguno de los rasgos austeros de su cara y de su determinación, pero no le importó, no, en ese instante. Seguía sonriendo ebria, y estaba convencida de saber lo que necesitaba para apaciguar la herida que le había causado el engaño.

¡La traición de Diego!

Al desplazarla a ella y sus sentimientos por otra, sentía que le quemaban el corazón como si se lo hubiesen enterrado en brea.

Justin la dejó con cuidado en el blando lecho, y, antes de poder soltar los brazos de su cuello, ella los cerró en torno a él más firme todavía.

—No quiero estar sola...

Justin se hubiese reído si la invitación no fuese tan seria y preocupante.

—No soy tan estúpido para cometer el mismo error dos veces —Justin creía que se perdería en las inmensidades de sus ojos dorados.

—¿Y si decido darle un revolcón?

A pesar de su determinación, Justin terminó por reírse: la embriaguez de ella resultaba peligrosa para su cordura.

—Créeme si te digo, que en este momento no estás en condiciones de darle un revolcón a nadie, por más que pueda lamentarlo después.

Aurora lanzó un quejido molesto por la reticencia de él, y no lo dejó que se incorporara.

—¿Tan efímero era su interés en mí? —no se lo decía a él, estaba claro como el agua que Aurora estaba pensando en Diego.

Justin se rindió, y, aunque supo que le haría pagar muy cara su decisión, comenzó de nuevo a besarla como si fuese un hambriento y ella el ansiado banquete. Aurora le devolvía los besos con genuina inmadurez pues necesitaba

sentirse amada tras la infamia de Diego, y no le importó que fuese Justin y no el amor de su vida el receptor de sus caricias. ¡Quería vengarse de él, de Cassandra! Necesitaba ahogar su recuerdo, y volcó toda su pasión en el hombre que tenía delante.

Justin profundizó más, y ella se dejó arrastrar con impetuosidad. Cuando la mano de él apesó su pecho con avidez, Aurora gimió por las sensaciones que experimentaba, y se olvidó de todo. Estaban tan absortos que no escucharon la exclamación ahogada y furiosa que desde la puerta de la alcoba lanzó un Arthur furibundo.

—¡Suéltala ahora mismo!

La voz era letal.

—Christopher, deja que te explique... —Justin vio una profunda decepción en los ojos de su amigo, y se reincorporó de inmediato.

—Mis padrinos se pondrán en contacto contigo —fue su seco comentario.

—No es lo que imaginas.

Christopher entrecerró los ojos. Tenía en la mente la viva imagen de la mano de Justin en el pecho de su hermana, y sintió una ira extrema.

—Vas a pagar por ello ¡lo juro!

—Es mi prometida, y está ebria, como puedes comprobar, solo la he traído hasta su alcoba.

—Sea o no prometida te has aprovechado de su estado confuso. Tengo que cobrarme el agravio, y ahora, ¡fuera!

Lo obligó a salir de la habitación a empujones.

Aurora había caído en una semiinconsciencia afortunada, era ajena a la discusión que mantenían los dos hombres.

Justin sabía que Christopher actuaba de forma protectora, y aunque no pudo reprochárselo, tenía que hacerle ver que su juicio era del todo equivocado. Permitió que lo acompañara hasta la salida de la casa, y, una vez que piso la calle, lo miró de forma larga y penetrante.

—Puesto que pronto nos casaremos no hay ningún daño que reparar y lo sabes, no comprendo tu actitud. —Christopher seguía sin decir palabra, y Justin masculló por lo bajo. —No me batiré en duelo contigo por una ofensa que no se ha cometido —volvió a repetir con sequedad sosteniéndole la mirada.

—Eso ya lo veremos. —Christopher cerró la puerta con un golpe sordo, y Justin no tuvo más remedio que volverse y encauzar sus pasos hacia Crimson Hill.

## CAPÍTULO 13

La mañana estaba fría porque las nubes seguían tapando el sol, y ella seguía sin acostumbrarse a los días grises. Suspiró llena de añoranza, también de enfado. Diego no se había despedido. Ante la negativa de ella de verlo, él, le había dejado una carta breve donde le pedía perdón y se disculpaba nuevamente asegurándole que siempre la amaría y la llevaría en su corazón. Aurora releía las palabras una y otra vez intentado llenar el vacío de su alma sin conseguirlo. Tenía que seguir adelante a base de esfuerzo, pero estaba tan sangrante que creía que no podría dar un paso sin que le escociese el alma por la traición. La vida estaba siendo muy injusta con ella.

Seguía sin saber noticias de su tío, y su abuela estaba desterrada.

Había olvidado por completo la visita de Justin, y le había costado dos días recuperarse de la resaca. Christopher le había informado que la había encontrado en la biblioteca ebria, pero había guardado el secreto a los demás. Aurora no se acordaba de nada, y daba gracias por no tener que sufrir esa vergüenza. La esposa de Diego quería verla, pero ella se negaba rotundamente. La odiaba con una intensidad aplastante. Todos la trataban como si fuese de porcelana, y ella se rebelaba ante todo. Se le había agriado el carácter, y la sola mención de ir a Londres le causaba un malestar infinito.

Eulalia la atormentaba constantemente, si bien ella ignoraba sus pullas. La casa se le quedaba pequeña, el campo seguía embarrado, y la rabia la consumía en un acicate eterno. Tenía que hacer algo o acabaría por volverse loca. Sus hermanos trataban de hacerla reír, excepto Christopher que solía mirarla pensativo, con una intensidad abrumadora.

Eulalia entró como una exhalación en la alcoba de ella, tenía el rostro desencajado, verla consiguió preocuparla, y, por un momento, pospuso su congoja.

—Aya, ¿qué sucede? —preguntó alarmada

—Siéntate mi niña, tengo algo urgente que decirte —el apremio en su voz era inquietante—. Esta madrugada a las seis, Christopher se batirá en duelo con Justin Penword, no me preguntes cómo lo sé.

Ella parpadeó incrédula.

—Pero no tiene sentido, son amigos de la infancia.

De pronto la cara de Aurora mostró una vergüenza sofocante, retazos de una conversación olvidada acudían a su mente nerviosa. Aunque no sabía lo que había de verdad, la bilis le subió a la garganta en un estremecimiento

repulsivo.

—¡Yo lo impediré! —resolvió enérgica.

—Pero, ¿cómo? —Eulalia la miró dudosa.

—Tienes que darme todos los detalles: el lugar, la hora exacta, y el nombre de los padrinos. —Aurora lanzó un suspiro. Eulalia la miró confundida por sus palabras—. Esta noche le daremos belladona, y yo ocuparé su lugar. —La maldición en la boca de Eulalia le hizo sonreír—. Aya, trataré de hacer razonar al inglés, le explicaré lo que hemos hecho y evitaremos el duelo. Le suplicaré si fuese necesario, y después solo tendré que ocuparme de que Christopher no intente desollarme viva por hacerme pasar por él.

—¿Estás segura?

—Completamente... aya, esto debe ser un secreto —Eulalia asintió con la cabeza—. Necesitaré vestirme de hombre, todavía guardo unos pantalones y una camisa de Manuel —Eulalia la miró horrorizada—. No pongas esa cara de «qué has hecho insensata», así me enseñó a montar a horcajadas —le recordó, segundos después seguía cavilando—. Necesitaré unas botas de montar de mi padre. Podré esconder lo que me sobra de los pantalones entre las botas, necesito una capa también, vamos aya, tenemos mucho trabajo.

—Será mejor que hablemos con tu padre, él sabrá mejor cómo actuar.

—¡No! —la exclamación deliberada sorprendió a Eulalia.

—Yo soy la indicada para hablar y tranquilizar al señor Penword. Te prometo que no pondrá objeciones a que yo hable con él, sabes lo que siente por mí, puedo convencerlo. —Eulalia achicó los ojos con duda—. ¿Deseas que mi padre ocupe el lugar de Christopher?

Eulalia negó rotundamente con la cabeza.

—Es una mujer la que debe para un duelo, y pienso hacerlo con tu ayuda o sin ella.

Eulalia pensó que su pupila tenía razón. Seguramente John estaría deseoso de ocupar el lugar de Arthur y hacerle pagar al marqués la afrenta que hubiese cometido. Eulalia desconocía el motivo del duelo, se había enterado por escuchar una conversación privada en el estudio. Lord Beresford hablaba con el hombre que actuaría como su padrino. Ataba cabos, pero seguía sin conocer los motivos, por eso decidió ayudarla, entre las dos pararían la locura.

El día transcurría con una lentitud insidiosa, Eulalia le había dicho el lugar exacto donde tendría lugar el duelo. Estaba como a una milla de distancia de la casita del bosque, en un claro que solía utilizarse para practicar el tiro. Los padrinos de Christopher lo esperarían en el bosque. Ella

logró hacer algunos cambios, y logró hacerlo falsificando la letra de su hermano. Cada uno estaría en el puesto que marcaba la distancia de honor, Aurora suspiró aliviada, así no tendría que empezar a contar desde la espalda del inglés, porque lo que Eulalia ignoraba, era que ella pensaba ocupar el lugar de su hermano. Justin Penword necesitaba un escarmiento, y pensaba proporcionárselo. Taparía su melena con un sombrero de su padre, y que le daría la altura que necesitaba. Estaba nerviosa, hacía mucho que necesitaba dar salida a su rabia y le pareció la oportunidad perfecta. Le darían a Christopher semillas de amapola, pasiflora y valeriana, lo dormiría, pero no le produciría los efectos secundarios de otros sedantes, esperaba así poder ganarse su perdón cuando descubriese que lo había usurpado. Tendría que tomar una tisana para calmar el temblor de sus manos, porque no podía fallar, su honor estaba en juego... su honor. ¿Por qué los hombres disfrazaban sus argucias y malas artes en nombre del honor? Ella deseaba vengarse y no necesitaba esa excusa para ello. ¿A quién pretendía engañar? Necesitaba hacer sangrar al inglés, lo consideraba culpable de todas sus desdichas e ignoró el ramalazo de remordimiento que la atizó, Brandon era el culpable, pero, Justin se había puesto al alcance de su mano, y su mano clamaba venganza.

Justin miró la quietud de las hojas de los árboles. El silencio se rompía con el trinar de los pájaros anunciando que un nuevo día comenzaba, y el pesar por lo que tenía que hacer, le hacía sangrar, de forma figurativa, el corazón. Maldecía el sentido de la lealtad de Christopher, pero bien sabía que, si fuese a la inversa, él hubiese actuado de la misma forma. De nada habían servido sus explicaciones previas, ni sus intentos por apaciguarlo, su intención de convencerlo había resultado inútil. Su amigo pretendía limpiar con su sangre el nombre de su familia, y, aunque se lo merecía, debía impedir la locura que se había apoderado de Christopher. ¿Cómo saldría de ésta? Lo ignoraba. Él, era mejor tirador, pero era consciente que en un duelo cualquiera de los dos contrincantes podría resultar herido mortal.

¡Cómo diantre habían llegado a eso!

Era la hora convenida. La madrugada comenzaba a clarear, y el frío se colaba por los poros de su piel, haciendo que el vello rubio de sus brazos se crispara como puntas afiladas. Le había parecido extraña la petición de Christopher de no querer contar los pasos espalda con espalda, insólito, aunque no irrazonable, y la culpabilidad le hizo aceptar sin titubear.

Comenzarían a contar cada uno desde la posición establecida por los padrinos: posición que quedaría establecida a una distancia de diez pasos. Cuánto más grave era el insulto, menos eran los pasos a caminar.

Justin escuchó un caballo que se acercaba, y la sangre volvió a agitarse en sus venas. Observó con un suspiro de impotencia al jinete cuando desmontó del potro jadeante. Christopher le hizo un saludo apenas perceptible, tenía la cabeza tan inclinada que él solo podía ver el sombrero de copa que lo llevaba muy calado. Lo vio coger su arma sin un titubeo, examinarla, y colocarse frente a él en la distancia pactada. Como la distancia había quedado establecida, solo tuvieron que contar al mismo tiempo que levantan las armas, al llegar al número ocho, ambos se apuntaban sin pestañear. La espalda erguida, el brazo inmóvil, y, cuando se escuchó el número diez, Justin oyó el gatillo de Christopher. Una brisa traicionera agitó violentamente las ramas de los árboles que se sacudían por encima de ellos, y las hojas comenzaron a caer en suaves balanceos planeando sobre la quietud de los presentes. Contempló, en una décima de segundo, el sombrero que se caía, y una mata de rizos cobrizos apareció ante sus ojos. La sorpresa lo obnubiló, y no pudo detener la detonación de su arma. Sufrió un espasmo de incredulidad, no acertó a bajar el arma, solo atinó a desviar el cañón unos milímetros antes de que la pólvora impactase en lo que temía era el cuerpo de Aurora y no el de Christopher.

Sintió una lengua de fuego en el pecho, y la sangre caliente y pegajosa, comenzó a recorrer su costado izquierdo, sin embargo, nada de eso importaba salvo el miedo que sintió cuando vio a la muchacha desplomarse en el suelo. Se sintió paralizado por el terror porque temía haberla matado. No podía respirar, y la verdad de lo que había hecho le estrujó las entrañas hasta provocarle náuseas. Tiró la pistola a un lado y comenzó a recorrer la distancia que lo separaba de ella, oyó un grito atronador, gente desmontando, pero él estaba ajeno a todo. Llegó hasta el cuerpo que unos momentos antes había estado lleno de vida. La levantó con cuidado, y vio la herida mortal que Aurora tenía en la cabeza. Justin, por primera vez en sus veintiocho años, se desmayó.

John Beresford estaba con el alma en vilo. Había tratado llegar a tiempo, pero había resultado inútil, Eulalia no lo había avisado con tiempo suficiente de evitar el desastre. El estómago se le hizo un nudo cuando vio caer a su hija. Desmontó con una agilidad increíble pese a su edad, aunque lo había intentado, no llegó a tiempo para impedir que Justin le disparara. Cuando alcanzó el lugar donde estaban los dos, creyó por un instante que ambos

estaban muertos, pero tras levantar a Justin de encima del cuerpo de su hija, comprobó que Aurora todavía respiraba, lanzó un suspiro de alivio tan grande, que creía que se desmayaría él también. Comprobó las heridas de ambos con una minuciosidad digna de un cirujano. Justin tenía una herida muy fea en el hombro izquierdo, y se sentía incapaz de cualificar la gravedad. Volvió su atención a su hija que tenía una herida en la sien izquierda, maldijo violentamente porque eso no hacía presagiar nada bueno.

Justin recuperó el sentido cuando John lo movió. Miró con angustia como levantaban el cuerpo inmóvil de Aurora, la metían en el interior de un carruaje, y el mismo desaparecía en cuestión de segundos. Vio a su hermano Jamie algo borroso, aunque lo intentó, no logró reincorporarse. El doctor que había asistido al duelo le estaba dando los primeros auxilios. Sentía un dolor intenso en el hombro, aunque no quiso quedarse a que lo curasen del todo, y, desoyendo los consejos de los padrinos y del mismo médico para llevarlo directamente a Crimson Hill, hizo que lo ayudaran a subir al caballo. El desgarrador dolor quemaba, y el brazo izquierdo lo sentía como una masa de carne que no podía controlar. No podía asir las riendas bien, pero con una determinación en sus gélidos ojos grises, espoleó con furia su montura y se lanzó a un galope temerario. Su caballo era más rápido que el carruaje, y si se esforzaba un poco, podría llegar antes que ellos a Whitam Hall.

Cómo se había enterado ella del duelo, lo tenía perplejo, y que estuviese dispuesta a matarlo, todavía más. ¿Qué demonios hacía sustituyendo a Christopher? Justin estaba destrozado. Necesitaba saber si la había matado, porque de ser así, no podría seguir viviendo con la culpa. No podía perderla.

Whitam Hall era un caos. Los sirvientes corrían de un lugar a otro de la casa hirviendo agua y llevando trapos limpios para las curas. El doctor no se había separado de Aurora, John había tenido la precaución de hacerlo llamar antes de emprender el recorrido hacia el bosque donde iba a tener lugar el duelo. El doctor comprobó que el disparo solo le había hecho un rasguño artificial en la sien, no obstante, le preocupaba mucho el golpe que se había dado la muchacha con una piedra punzante justo debajo de la nuca. La herida no dejaba de sangrar, y Eulalia, viendo la imposibilidad del doctor para parar la hemorragia, comenzó a ponerse pálida como un muerto. La culpa no la dejaba respirar. A su mente acudía constantemente el rostro ceniciento del marqués, y las tripas se le enredaban haciéndole unos nudos dolorosos. Sentía que un frío intenso le perforaba los huesos por el miedo, y comenzó una letanía de llanto en su corazón. Eulalia había ayudado a desvestir a Aurora, el médico

no dejó un hueso sin examinar. Le palpó el abdomen, el pecho, la auscultó, pero ella seguía inmóvil, no tenía reflejos, el médico esperaba que fuese debido a la inconsciencia y no debido al golpe tan peligroso que se había dado en la nuca.

Abajo, se oían unas discusiones terribles en el interior de la biblioteca donde estaban el resto de los hombres. Andrew había sacado a empujones a Justin y Jamie, pero éstos no se habían dejado amilanar. Los padrinos del duelo habían intentado apaciguar los ánimos si bien la tensión se podía cortar con un cuchillo. El marqués, sentado en su sillón esperaba atónito, no podía emitir palabra. Veía la sangre escurrirse por el costado de Justin hasta mojarle los pantalones de ante marrón claro, pero éste seguía en pie mirando la puerta con una seriedad mortal en el rostro. Le pediría cuentas después, ahora solo cabía esperar las noticias del médico. Que su hija se hubiese implicado en un duelo con Justin lo tenía atontado, y que éste se hubiese prestado a ello, lo confundía. Los duelos eran ilegales, aunque entre hombres todavía se podían justificar, pero su hija, y en un duelo, no podía pensar con claridad, por San Jorge que iban a rodar muchas cabezas.

Acababa de llegar el duque. El tono grave de su voz era inconfundible. Se le oía recriminar a Jamie, porque Justin lo ignoraba con una calma nacida de la impotencia. Su mente estaba en la alcoba superior, y los ojos se le estaban poniendo vidriosos porque perdía mucha sangre. La entrada del doctor en la biblioteca los dejó impacientes por conocer nuevas, John apenas se atrevía a pronunciar palabra, la mirada severa y fría del médico, le decía mucho más que cualquier explicación. El duque sintió verdadero pánico por su primogénito: si la muchacha moría, sería difícil librarlo de la cárcel o de la horca, y pensar en el gran escándalo que surgiría le congelaba la sangre.

El doctor miró las caras pálidas de todos, vio al otro duelista que apenas se mantenía en pie. Con una sola mirada comprobó que había perdido mucha sangre, marchó hacia él de inmediato, pero Justin lo detuvo con la palma de la mano, apenas en un susurro logró preguntar:

—¿Cómo está lady Beresford?

El doctor dudó en responder pues le apremiaba más atender su herida, tras un instante de vacilación, decidió al fin responderle.

—La herida en la sien producida por la bala no ha sido importante, pero sí una herida en la parte posterior, en la nuca, debido a una piedra afilada. Debió de herirse cuando cayó de espaldas al suelo —el médico clavó los ojos en lord Beresford.

El alivio del duque era palpable, la muerte de ella no sería debido a la bala de su hijo. Lanzó una plegaria silenciosa de agradecimiento.

—Lady Beresford se encuentra estable —siguió informando el médico a todos los presentes—. Está ausente de reflejos debido al shock por el golpe recibido, milagrosamente, el bebé no ha sufrido ningún daño.

Se oyó una exclamación ahogada y un ruido sordo, Justin se había desmayado de nuevo, y nadie supo acertar si había sido por la herida o por la noticia tan sorprendente.

El doctor había conseguido que trasladaran a Justin a una alcoba en la misma mansión, se había negado rotundamente a que lo trasladasen a Crimson Hill pues la herida en su hombro era muy fea. Consiguió extraer la bala con muda sorpresa. La muchacha tenía una puntería excelente, unos milímetros más, y la bala se habría alojado en el corazón causándole una muerte instantánea. La herida ya estaba limpia, pero tendrían que haberlo atendido antes porque había perdido mucha sangre, y si no lo mataba la fiebre, lo mataría la debilidad. Lo vendó con cuidado y le dio a Eulalia las instrucciones pertinentes para el cuidado de ambos, él, regresaría en unas horas. Su trabajo había concluido por el momento, en lo sucesivo, trataría de controlar tanto a la muchacha como la fiebre del heredero del duque.

Las horas pasaban con una lentitud dolorosa, ninguno de los dos heridos daba señales de recobrar la consciencia. Ante la negativa del doctor de trasladar a Justin, al duque no le había quedado más remedio que aceptar la hospitalidad de su vecino, aunque a regañadientes. Tendría una charla pendiente con su hijo pequeño, había tantas cosas que explicar. Apenas podía creer que su hijo mayor se hubiese implicado en un duelo y con una muchacha. Le pareció sorprendente, temerario, y estúpido.

John estaba hundido emocionalmente. Su hija estaba embarazada. Ignoraba quién era el padre de su futuro nieto, aunque la imagen de Diego acudía a su mente sin cesar, y un pesar de desilusión lo inundo de pies a cabeza. Ahora comprendía la actitud de su hija tras la boda del oficial español, aunque ignoraba el por qué había sustituido a su hermano en un duelo, Christopher debía estar equivocado con el hombre, porque estaba convencido que su hija Aurora no tenía nada que ver con Justin, si bien todo era una mera especulación que no conseguía nada salvo confundirlo todavía más.

Arthur no asimilaba que hubiesen seducido a su hermana ante las narices de todos, y que ninguno se hubiese dado cuenta excepto Christopher. Entendían perfectamente que su hermano trataba de limpiar la deshonra que Justin le

había infringido, presumiendo que hubiese sido Justin y no Diego el causante, aunque todo el asunto lo mantenían perplejo. Los ojos de Arthur iban constantemente hacia su amigo Jamie en una pregunta silenciosa. Éste guardaba un silencio sepulcral, ni quería ni intentaba ordenar la madeja de hilo: había mucho que responder, mucho que solucionar, y ahora solo cabía esperar.

Jamie estaba paralizado. Se sentía incapaz de ordenar el rompecabezas. Quizás estaban todos equivocados con respecto al padre del bebé. Si Diego la había seducido, entonces, ¿por qué Christopher había retado a duelo a Justin? ¿Sería posible que ella hubiese incriminado a su hermano mayor al comprobar que no era posible la boda con el oficial? Justin se habría negado al matrimonio al comprobar que ella ya estaba encinta, pero entonces no comprendía la negativa de ella al acuerdo nupcial, aunque ello significase perder el legado de Clare. Jamie no entendía nada.

La única mente abierta era la de la gitana Eulalia. La luz había penetrado en su cabeza, y el puzle de interrogantes había comenzado a encajar: cada pieza en su lugar correspondiente. Pedía por la vida del heredero, porque ella tenía una cuenta pendiente con él e iba a ser implacable. No malgastaría energía pensando en otra cosa que no fuese su niñita. Se moriría si la perdía, pues no le podía ocurrir por segunda vez. Su mente evocó el dolor brutal que sintió, no por la paliza que le habían dado casi hasta matarla, sino por la pérdida de su bebé tan deseado. Su Inés la consoló, la cuidó como solo una mujer que va a ser madre puede hacer, pero el vacío tras la pérdida había sido desolador. No, ella no iba a perder a su niñita de nuevo.

Christopher se despertó desorientado, aunque Andrew le había explicado todo lo ocurrido, no entendía nada. Se sentía mareado debido al sedante que le habían administrado, y, tras escuchar el relato, se quedó perplejo, quiso levantarse, pero las piernas le fallaron y se recostó de nuevo. Mataría él mismo a Justin si se recuperaba, porque le habían dicho que estaba muy mal. La puntería de Dawn era formidable, y él sentía una vergüenza abrumadora. Le había fallado, no tenía excusa, ¿cómo demonios se había enterado ella del duelo? ¿Cómo Justin no la reconoció? Consiguió levantarse, y, tras ceder el mareo, fue a la habitación de su hermana pues necesitaba verla, convencerse de que estaba bien. Nunca llegó a imaginar que tener una hermana menor le haría desarrollar un instinto de protección tan grande. Conocía por el propio Justin los sentimientos profundos que albergaba por ella. Deseaba hacerla su esposa, pero nada justificaba su error. Aunque le había explicado que había

perdido la cabeza al hacerla suya, y lo arrepentido que estaba, él, no podía aprobarlo ni entenderlo, y con más motivo persiguió el duelo entre ambos para limpiar la deshonra y el oprobio.

Entró en la habitación de ella y la vio muy quieta. Tenía las mejillas pálidas, y las manos descansaban a sus costados. Contempló a los dos cachorros que había salvado de ahogarse a sus pies gimiendo porque su ama no les prestaba atención. Se sentó a la orilla del lecho, y le cogió una mano que entre las suyas se veía demasiado pequeña. Unos pasos silenciosos le hicieron levantar la mirada. Vio a Jamie que se acercaba y se quedaba de pie mientras la contemplaba. Tenía el rostro severo, preocupado.

—La herida no ha sido grave —la voz era contenida—. Se ha golpeado con una piedra en la nuca, y ese es el motivo de su inconsciencia.

—Ya me lo han explicado, pero tu hermano no tenía que haber levantado el arma contra ella, no después de... ¿cómo es que no la reconoció? —había tanta incredulidad en sus palabras, que Jamie alzó los hombros en un gesto de impotencia.

—Ninguno la reconocimos, Christopher. Vestía pantalones y capa, y llevaba su escandaloso pelo oculto tras un sombrero que presumo sería de tu padre. Supongo que vimos lo que queríamos ver.

—Tu hermano no debió deshonrarla. Era mi deber hacerle pagar a tu hermano...

—Mi hermano se está muriendo —Christopher miró a Jamie y sintió pena por todos—. Iba a desposarla, y ahora habrá un hijo sin padre.

Christopher lo miró estupefacto pues desconocía este último detalle. Tras la declaración de Jamie, había atado cabos, y ahora la madeja estaba menos enredada.

Aurora había escuchado las últimas palabras de Jamie y se revolvió gimiendo. Abrió los ojos y contempló dos pares de ojos que la miraban con compasión. Intentó levantarse, pero se sintió desfallecer de nuevo. Pensó en John, su padre debía estar escandalizado. Sintió pena por sí misma y por su vida. Estaba desconsolada, ahora se conocía su secreto, y ya no podría regresar a su hogar. Estaba atada con un lazo a la incertidumbre. Se tragó las lágrimas una vez más. Todo había salido mal. Había planeado salir de Inglaterra antes que se descubriese todo. Su tío se sentiría apenado, pero se recuperaría. Intentó reincorporarse de nuevo y lo consiguió. Tenía la vista desenfocada y la boca amarga como la hiel. Su hermano la miró de una forma que sintió la soledad de su encierro tan amargo que no pudo impedir que las

lágrimas arrasaran sus ojos. Lloró, hipó, y volvió a llorar. Sería la vergüenza de los Velasco, tendría que haber muerto y su secreto con ella, ¡maldito inglés! ¡Maldito reino! ¡Malditos todos! Se agotó, y solo entonces pudo mirar a su hermano con una mirada caliente.

—Quiero tu silencio Christopher, y el suyo lord Penword, necesito vuestra promesa de silencio —su voz denotaba tanto dolor que ambos oyentes se mostraron cohibidos.

—Es tarde para eso, Dawn —le dijo su hermano.

Aurora miró fijamente a Jamie, esperando, temiendo.

—No puedo prometer algo así —le dijo ecuánime—, si mi hermano muere y tienes un hijo... no puedes hacer nada al respecto ni cambiar las consecuencias que de ello derive.

Aurora lo miró tan dolida que Jamie desvió la mirada hacia el otro lado de la alcoba.

—Cuánta presunción sobre que no podré hacer nada —respondió en un tono amargo—. Soy dueña de mi persona, y puedo desentenderme de esto sin problemas. —La amenaza los dejó helados.

Jamie creía que no había oído bien, ¿desentenderse de un embarazo?

—Te pienso dar una tunda por sugerirlo siquiera, pequeña arpía rencorosa —ninguno de los tres había escuchado la entrada de Eulalia, o quizás, había estado en la habitación todo el tiempo. Aurora la miró con tanto pesar que la gitana se quedó fría, siguió mirándola con severidad.

—¿Acaso todos conocen ya mi deshonra? —preguntó compungida.

—Te miro y siento vergüenza —le espetó Eulalia con voz seca—. Creía en tu honor. Me prometiste hablar con lord Penword.

—Y eso pensaba hacer —contestó agria—, pero mi arma se decidió primero.

—¡El cinismo está de más *Jahivé!* —Eulalia la miró con decepción—. No te creía capaz de matarlo, esto ha superado cualquier travesura anterior.

Aurora la miró sin creerse sus palabras que la ofendían.

—¿Travesura? Él me disparó también —intentó defenderse.

—Él es un caballero, había desviado su arma incluso antes de que dispararas pequeña tramposa. Solo te hizo un rasguño, y por lo que veo, merecido.

—¿Un rasguño merecido? Si tú supieras... —la voz se le quebró por un instante, pero continuó sincera—. Estaba ciega de dolor, y la rabia no me permitía pensar. Tenía que darle una salida a la ira, y fue una forma como

cualquier otra de conseguirlo.

—Pues elegiste la forma equivocada. ¿Acaso pretendías que te matara? — ante la falta de negativa de ella los tres la miraron atónitos.

—Era la única alternativa que me quedaba, el único camino honorable... —las palabras dichas de forma tan lastimera arrancaron un suspiro de incredulidad a los dos hombres, pero no a Eulalia que la miraba con dureza, y algo en el corazón parecido a la culpa.

—Siempre hay otra alternativa, y, ahora, ¡levanta!, tienes mucho que explicar, y de esto no podrás escaparte.

Aurora sentía remordimientos, sí, estaba realmente arrepentida. Cuando se quedó sola en la oscuridad de su alcoba se levantó, se tragó la bilis, y se dispuso a buscar la habitación donde habían colocado a Justin. Necesitaba cerciorarse de que no estaba muerto, o no podría vivir con su conciencia el resto de su vida. No sabía con seguridad la alcoba en la que lo habían instalado. Se dejó guiar por su instinto, y abrió la segunda puerta al fondo del corredor que estaba destinada a invitados ocasionales. La habitación estaba en penumbra. Una sola luz en la mesilla, y la ventana entreabierta, le mostraron a Aurora lo que pasaba. El hombre tenía fiebre y estaba mojado en sudor. La piel se le veía demasiado pálida, contempló el vendaje que tenía en el pecho, y por un momento maldijo su puntería. Nunca creyó que tuviese tanta necesidad de sangre, si bien los últimos acontecimientos la habían confundido mucho. Se sentó en la orilla del lecho, lo miró con seriedad, y, por primera vez, se mostró sincera consigo misma. La había herido más la traición a Diego que la deshonra de sí misma. A Justin lo había perdonado hacía tiempo porque se sentía feliz con la llegada de Diego. Ella conocía algunos trucos con los que podía haberse desbaratado de las intenciones de Justin, y admitía con honradez que, si no hubiese estado tan borracho, jamás la habría forzado. Pero ella había creído tener el motivo perfecto para deshacer el acuerdo nupcial que la ahogaba, y sin que el honor de su padre se resintiese. El resultado le parecía abrumador: sería madre soltera y la asesina del padre de su hijo. No deseaba su muerte sobre su conciencia. Alzó su mano y le tocó la frente. Ese hombre siempre le había mostrado sus sentimientos, y había actuado llevado por la pasión. Ella podía entender e incluso olvidar, pero perder a Diego la había desequilibrado, la había llevado a un punto sin retorno, y ahora debía pagar un precio muy alto.

Justin abrió los ojos y la miró con tanto alivio, que Aurora se sintió cohibida. Cogió un vaso con agua que había situado en una esquina de la

mesilla, le pasó la mano por debajo de la nuca con cuidado, y le dio a beber sorbos pequeños que él tragaba con fruición. Justin la miraba intensamente con ojos enfebrecidos. Había tanta desesperación en sus ojos grises que la desarmó, se inclinó hacia su oído y le susurro algo que lo dejó tan tranquilo que volvió a cerrar los ojos y abandonarse a un sueño profundo.

Justin creía que la veía en una visión hasta que sintió la mano de ella en su frente. Tenía tanto miedo de perderla, que le dolía más que la herida misma. Hasta que sus palabras, susurradas tan quedamente que le había costado entenderlas, «acepto su reparación», habían penetrado en su mente creándole una paz mental como hacía tiempo que no sentía.

Aurora suspiró y lo miró por última vez antes de abandonar la alcoba. Dirigió sus pasos hacia la planta baja de la casa mientras sopesaba sus posibilidades, al menos confiaba que si Justin moría, ella quedaría con la conciencia tranquila, pero le quedaba la parte más difícil: enfrentar a su padre y atender su demanda de explicaciones, explicaciones que no le iban a gustar en absoluto pues ni ella estaba convencida de las respuestas esperaba. Como siempre, ella había actuado por impulso, y lamentó no poder retroceder en el tiempo. La sed de venganza que había demostrado la sorprendía incluso a ella, y suspiró y maldijo la suerte de su destino. El inglés no solo estaba a punto de morir, sino que ella debía dar la cara ante los hechos acontecidos, y no sabía la manera de encauzar sus pensamientos ni como ordenarlos.

Todos seguían sentados en silencio en la biblioteca de Whitam Hall esperando respuestas por parte de ella. Aurora se ciñó todavía más el cinturón de su bata celeste, no había querido perder el tiempo vistiéndose pues sabía que la estaban esperando y no pretendía demorar más su presencia. Antes de traspasar el umbral de la puerta, apoyó la frente en la suave madera e inspiró profundamente para encontrar el valor que le faltaba, entró con tanto ímpetu que incluso se sorprendió a sí misma. Las caras de todos los que había presente le provocaron un acceso de pánico y luchó interiormente para no echar a correr, escapar de las miradas críticas y decepcionadas que le ofrecían. Su desánimo aumentó hasta casi ahogarla.

Clavó la mirada en su padre, sentado en su sillón la miraba con cierta desconfianza. De sus hermanos, solo Andrew le mostró el amago de una sonrisa, y ello consiguió abatir su ánimo todavía más. El duque de Arun la miraba receloso, su hijo menor desconcertado. Cuadró los hombros, irguió el mentón, y dirigió los pasos hacia el sofá de cuero marrón, aunque se mantuvo en pie. En los juicios, los acusados no podían sentarse, y ella se sentía como si

estuviese delante de unos jueces implacables, por eso tampoco tomaría asiento. Nadie abría la boca. Ella seguía esperando, e intentó tragar la bilis que le subía por la garganta, por eso carraspeó nerviosa.

—Imagino que los últimos acontecimientos se merecen una explicación por mi parte —la voz sonó demasiado estrangulada si bien no le importó.

—¿Te dejaste seducir por Justin? —Aurora miró a su padre con dolor y sorpresa tras escuchar su pregunta.

Sintió el impulso de confesar la verdad cuando notó que el duque contenía la respiración y se mantenía tenso. Dudó un instante, aunque vio con absoluta claridad lo que su respuesta significaría para todos, incluso para ella misma. Su propia familia buscaría la venganza que tanto le había cegado a ella, y Aurora no pretendía que se derramara más sangre. Intentó ocultar el dolor que sentía, y, desviando los ojos hacia su hermano Christopher, le suplicó con la mirada que no interviniese, que se mantuviera al margen. Él comprendió y asintió. Jamie también entendió la mirada entre los dos hermanos, aunque no supo lo que pretendía ella. Como Aurora creyó que Justin moriría con toda probabilidad, decidió, en una décima de segundo, no deshonrar a un moribundo.

—Sí —el monosílabo hizo que el duque soltara el aliento con verdadero alivio.

—Me siento profundamente decepcionado —las palabras de su padre la golpearon.

Aurora inclinó la cabeza como si con ello pudiese desaparecer. Estaba realmente avergonzada. Sentía tanta pena por sí misma que no fue capaz de negar la crítica, aunque le escoció el alma por la injusticia.

—Lo sé —de nuevo se instaló en los presentes un silencio amargo—. Pero en mi defensa debo mencionar que lord Penword resultó extremadamente persistente y con mucha experiencia al respecto. ¡Cómo iba a resistirme a su encanto! —solamente Christopher comprendió el sarcasmo de sus palabras.

El duque por el contrario la miró con presunción y complacencia.

—Ya había aceptado el compromiso, padre.

El marqués la miró con sorpresa.

—¿Entonces querrás explicarme la estupidez de mi actuación? Me rogaste que rompiese el acuerdo nupcial, y así lo hice. De conocer tu volubilidad, no habría hecho el ridículo doblegándome a tu petición. Justin se merecía un poco más de respeto por tu parte. Has demostrado ser una chiquilla consentida, amoral, y, ahora, es demasiado tarde.

Aurora tragó saliva forzosamente, pero se mantuvo altiva.

—¡Lord Penword no está muerto todavía, padre! —las palabras sisearon en la boca de ella como una serpiente herida de muerte.

—¿Por qué, en nombre de Dios, te involucraste en un duelo con el que supuestamente es tu prometido? —si su padre seguía mirándola así, Aurora se quebraría.

—Christopher sabía que Justin me había seducido y quiso proteger mi falta. Incluso él ignoraba que ya había aceptado casarme con lord Penword. Mi intervención en el duelo solo fue una venganza personal por lo de Diego.

John la golpeó con sus palabras.

—Diego no necesita que defienda su honor una jovencita caprichosa. Al contrario que tú, ha sabido cuál es su lugar, y ha actuado en consecuencia. Debías mostrar madurez con tu decisión, y jamás involucrarte en un duelo con tu prometido —la crítica de John le escoció de veras.

—Solo pretendía intimidarlo —ni ella se creía sus propias palabras—. No pensaba dispararle, pero sufrí un mareo, supongo que debido a mi estado. —Todos escuchaban atentos—. Me desmayé, y apreté el gatillo inconscientemente. Al moverse Justin la bala lo alcanzó, eso precipitó el desenlace que nos ha traído hasta aquí.

—Tendrás mucha suerte si Justin todavía considera la posibilidad de hacerte su esposa después de tu comportamiento desvergonzado.

A ella le temblaron las rodillas, pero juró que no mostraría debilidad.

—Esa posibilidad siempre me ha traído sin cuidado. No me preocupa en absoluto su rechazo, todo lo contrario —el duelo verbal entre padre e hija estaba dejando a los presentes pasmados.

La sonrisa vacía de Aurora descolocó al marqués que la miró con cierto horror. Presumió que su hija podía estar embarazada de otro hombre, y, esa posibilidad lo espantó porque recordó la confianza excesiva que mostraba su hija con el sobrino escocés del duque.

¡Tenía que hacerle la pregunta decisiva!

—¿Es Justin el padre de mi nieto?

La pregunta en tono gélido la hizo tiritar de frío. Miró a su progenitor con amargura, la dureza de sus palabras logró que los ojos se le llenaran de lágrimas, pero siguió en un silencio premeditado.

—¡Mi nieto no será ilegítimo! —todos los rostros se volvieron hacia el duque sorprendidos por sus palabras, y Aurora supo, en ese preciso momento, que ya no tenía escapatoria.

Había aceptado el compromiso, pero no quería casarse tan rápido. Pretendía esperar un tiempo, sin embargo, él, seguía grave. El médico no había dado esperanzas, y ella no quería ser viuda, quería seguir soltera. Todos estaban incómodos por su embarazo, pero lo habían aceptado. Ella les había hecho creer que Justin la había seducido, y esa declaración le estaba haciendo perder terreno, ahora comenzaba a lamentar su impetuosidad al defenderlo y tratar de justificarlo, porque esa impetuosidad se estaba volviendo contra ella. La boda se oficiaría por la tarde. Jamie daría los votos en nombre de su hermano porque Justin estaba incapacitado para hablar, la fiebre seguía siendo alta, y el doctor temía que no pasaría del día siguiente. Aurora entendía el apremio de su familia y del duque pues no quería un nieto ilegítimo. Aurora se preguntó cómo había obtenido el duque la licencia de matrimonio especial tan rápido.

Estaba preparada, vestida al menos, no quiso engalanarse ostentosamente porque creía ridículo casarse vestida como correspondía cuando el novio estaba inconsciente y desnudo bajo las sábanas. La ceremonia tuvo lugar en la misma habitación en la que se encontraba Justin inconsciente. Jamie estaba de pie junto a su hermano frente al párroco amigo de Devlin, que había accedido a celebrar la rápida ceremonia en vista de las apremiantes circunstancias. El duque hizo de padrino de su hijo, John de ella. El rostro severo y decepcionado de su padre la llenó de una profunda amargura. Jamie lanzó los votos en nombre de su hermano con total solemnidad, sus manos sujetaban las suyas para infundirle ánimos. Alzó su mirada y clavó sus pupilas en las de Jamie, lamentó sinceramente él no fuese el primogénito del duque, carraspeó, se aclaró la garganta, y pronunció los votos con la mirada fija. El sacerdote los declaró marido y mujer.

Ya estaba hecho.

El novio seguía inconsciente. Le habían sacado el sello familiar de su dedo meñique, y Jamie se lo colocó en el dedo anular, sorpresivamente le quedaba bien. La ceremonia había terminado, y ahora estaba recibiendo las felicitaciones de todos. Lanzó un suspiro largo y se preparó mentalmente para convertirse en viuda. Miró, al que ahora era su esposo, e hizo la promesa silenciosa de pagarle una misa por el descanso de su alma, y prometió portarse bien a cambio de su descanso eterno.

Por primera vez en semanas durmió tan profundamente que se levantó cerca de las cuatro de la tarde del día siguiente. No se sentía diferente, ni casada ni soltera, se sentía la misma Aurora que gitaneaba por las calles de Ronda disfrutando de la libertad que añoraba, sorprendentemente, había mucha actividad en la casa. Creyó que el desenlace había tenido lugar, y el remordimiento la atizó por la liberación que ello representaría para ella. Oía risas, y pensó que algo no encajaba. Se levantó rauda, y, sin ponerse la bata, salió al pasillo. Vio a los criados trajinar con agua, bandejas de comida, y muchas sonrisas. Un nudo le oprimía la garganta, tenía un mal presentimiento, aunque esperaba equivocarse. Caminó por el largo pasillo como alma que va al cadalso. Llegó a la habitación donde estaba alojado el inglés, ahora su esposo, abrió la puerta con cuidado, y, lo que vio, la dejó estupefacta.

¡No estaba muerto!

La miraba con total solemnidad, y entonces la luz penetró en su mente como un rayo. Se acercó tan rápido que los sorprendió a ambos, y la mirada helada que le dirigió a su aya habría podido congelar el infierno.

—¡Nunca! Nunca te perdonaré por esto, siempre creí que me amabas, y jamás esperé una traición así de alguien a quien quiero tanto —las duras palabras la dejaron sin aliento, pero Eulalia sabía que su niña necesitaba tiempo.

Aurora miró al hombre que hasta la noche pasada era su moribundo marido inglés, y todo el peso de lo acontecido la cubrió de desolación.

Justin alargó la mano para sujetar la suya, y, ella, en un gesto de desprecio, la manoteó. Lo miró con tanto dolor que Justin saboreó su derrota incluso sin haber pronunciado palabra.

—¡Como católica, me alegro de que esté vivo, como mujer que lo detesta, lamento que no haya muerto! —Aurora salió de la habitación sin volver la cabeza.

Justin se quedó mudo. El estallido de ella lo esperaba, aun así, había resultado más desabrido de lo que esperaba. Sabía que ella necesitaba meditar. Él, estaba dispuesto a esperar, y, desviando la mirada de la puerta que ella había cerrado, clavó los ojos en Eulalia.

—El tiempo todo lo cura —respondió la mujer a una pregunta que no había formulado.

Justin asintió.

## CAPÍTULO 14

Pasaban los días y ella no salía de su alcoba, no comía apenas, no hablaba con nadie, ni las súplicas de su padre y hermanos lograban conmoverla. Aurora hervía de furia contenida, se sentía traicionada. La habían manipulado como a Diego, ambos estaban sujetos por unos lazos, y no tenían escapatoria. Fue atando cabos, uno a uno: Eulalia era la que atendía a lord Penword una vez que el médico le hubo dado instrucciones, sería fácil para ella mantenerlo inconsciente, también la fiebre era fácil de manipular, solo había que hervir polvo de vainas de habas y dársela con pequeños sorbos de agua. Pero qué estúpida había sido, qué ingenua y confiada, se revolcaba en su autocompasión. Estaba encinta de un inglés, casada con un inglés, y el retorno a su hogar lo veía imposible. Si su abuela hubiese estado con ella, nada habría ocurrido, se dijo para consolarse. Unos golpes demasiados fuertes en la puerta de su alcoba la sacaron de sus cavilaciones, pero no contestó, le daba todo exactamente igual.

—¡Tienes tres minutos para abrir la puerta o la tiraré abajo de una patada!  
—la voz de Christopher sonó enérgica si bien ella siguió en silencio.

Oyó una fuerte discusión tras la hoja de madera, parecía como si su hermano Arthur tratara de convencer al mayor para que desistiera en su empeño de echar la puerta abajo. Aurora siguió sin moverse de la cama, volvió su cabeza hacia las cortinas corridas, y suspiró de nuevo. La puerta se estrelló contra la pared en un fuerte estrépito haciéndose añicos la cerradura y la madera donde. Ella no movió la cabeza ni cuando Arthur empujó a Christopher hacia fuera de la habitación. Andrew y su padre intentaron calmar los ánimos, pero todos parecían exasperados.

John consiguió convencerlos al fin y les prometió que hablaría con ella y la convencería de que comiera, no obstante, tendrían que dejar que él lo resolviera a su manera. El padre la miró, y lo que vio lo entristeció mucho. Su hija estaba recostada con el cuerpo vuelto hacia la ventana. La habitación no se había ventilado en días. El rostro de ella se veía demasiado pálido.

—Eulalia hizo muy mal al engañarte, y, aunque te cueste creerlo, nosotros no sabíamos nada, ni el mismo Justin era consciente de su gravedad —Aurora seguía en silencio—. Tu esposo se ha marchado a Crimson Hill —esa frase si consiguió hacerle volver la cabeza—. Ha prometido esperar el tiempo que creas necesario. Solo desea tu felicidad, como nosotros.

—Quiero volver a mi hogar —susurro vencida.

—Y mi palabra tienes de que volverás —le prometió el padre solemnemente.

—¿Cuál es el precio? —preguntó sin inflexión en la voz.

—Que hables conmigo.

El padre no esperó su respuesta. Se giró y se marchó. Aurora se levantó rápido del lecho y ordenó a la doncella que le preparara un baño. Se vistió apenas en minutos. No quería perder más tiempo, bajó las escaleras y se fue derecha hacia la biblioteca donde estaban todos esperándola, menos Eulalia, ella había puesto la condición de que su aya no estuviese presente. Se sentía demasiado herida con ella. John la miraba de hito en hito, pero con una preocupación tan clara en su rostro que calmó en parte sus inquietudes. Christopher le rehuía la mirada, Andrew se veía preocupado, y Arthur había cruzado los brazos al pecho.

Aurora inspiró para aclarar sus ideas.

—¿Es válido el matrimonio? —la pregunta sorprendió al padre.

—La licencia era legal, y, en casos extremos, es posible el matrimonio por poderes.

Fue Christopher quien respondió.

—¿Se puede anular? —inquirió con mirada incisiva.

—No, si hay un hijo en camino —en esta ocasión fue su padre quien respondió—. Ha llegado una carta de tu tío.

Ella se levantó de un salto y corrió hacia el escritorio dónde estaba su padre. Alargo la mano deseosa de recibir la misiva. John se la dio, y esperó paciente hasta que terminó de leerla. Ella rasgó el sobre sin miramientos y comenzó a leerla antes de haberse sentado.

Todos esperaron casi una eternidad.

—¿Son buenas noticias? —la pregunta de Christopher era apremiante.

—¡Sí! ¡Por cierto que sí! Mi tío ya no está detenido. Ha de resolver algunos asuntos, y vendrá a Inglaterra.

Los cuatro suspiraron a la vez, y los cuatro se quedaron sorprendidos al ver que habían estado conteniendo el aliento.

—¿Lo esperarás aquí o te marcharás? —la esperanza de John era inmensa, y ella sonrió por primera vez en días.

—Sería una necia si me marchara, igual nos cruzaríamos por el camino sin saberlo. Es mejor que lo espere aquí.

El alivio en el padre era palpable.

Aurora cerró los ojos con inmenso alivio. Su tío vendría a buscarla

pronto. Había pasado el peligro para él, y, entonces, los problemas de ella, se habían empequeñecido hasta el ridículo. Rio encantada, y la transformación en su ánimo los dejó a todos desconcertados. Se dejó caer en el sillón. Había mucho que preparar. Deseaba con todo su corazón que su tío no tardase demasiado, y que le trajese buenas noticias sobre la abuela.

—Pero hay algunos aspectos que han cambiado —su padre la traía de vuelta a la realidad—. Ahora, lo desees o no, tienes un esposo, y debes pensar en tu hijo. Quizás no es buena idea volver a tu hogar tan pronto —parecía más su conciencia quien le hablaba que su padre.

—Puesto que no es posible una anulación, quiero el divorcio. No deseo dejar un esposo aquí que me recuerde que no soy libre. —Las ansias con las que dijo las palabras eran demoledoras.

John soltó un suspiro largo.

—Eres católica, no puedes divorciarte.

Aurora entrecerró los ojos.

—Pero la iglesia admite razones para la anulación.

John no quería seguir por ese camino.

—Quizás deberías esperar a la llegada de tu tío antes de decidir nada.

Mencionó Christopher.

—Eso haré, no obstante, quiero vuestra palabra de que no me presionaréis. Necesito tiempo para asimilar los cambios que se han producido en mi vida.

Lo que ella pedía era muy poco.

—Tienes mi palabra —John estaba aliviado—. Pero deberás pensar en Justin, quizás él tenga algo que decir al respecto, si no de ti, por lo menos de su futuro hijo.

Aurora tenía un deseo que era más un milagro.

—Estoy convencida que tendré una hija —murmuró como si hablara para sí misma—, y las hijas no heredan los títulos.

John meneó la cabeza como negando las palabras de ella. Aunque se negase a aceptar que su vida había cambiado, no podría darle la espalda definitivamente a un esposo por más que ella se empecinase. Las cosas no funcionaban así en Inglaterra ni en ningún otro lugar.

—Dawn, es del todo necesario que hables con Justin y juntos toméis decisiones —insistió el padre.

Aurora volvió la cabeza hacia su John y lo miró con sorpresa.

—He prometido que lo haré, pero no antes de que esté preparada. Lord Penword deberá ser paciente, o temo que entonces me importará poco.

—Tienes una responsabilidad, hija mía, y uno no le da la espalda a sus responsabilidades. —Aurora lo miró con dolor y le increpó.

—Padre, no enmascare la avaricia por una tierra con la responsabilidad. Yo era muy feliz en mi hogar y pretendo seguir siéndolo.

Un segundo después abandonó la estancia.

Eulalia la miraba sin pestañear, había corrido veloz a la llamada de su niña. Casi estaba muerta por la preocupación. Los sentimientos los tenía a flor de piel.

—Siéntate aya, tienes mucho que explicar, y no pienso dejarte ir hasta que hayas aclarado todo.

Eulalia se resignó ante las palabras de ella.

Le explicó de los años que sabía que su abuela era un correo, le habló del profundo amor que le tenía Diego desde niña, pero que ese amor no podía fructificar porque ella terminaría entregándole su corazón a otro, Aurora resopló cuando Eulalia pronunció esto último. Había decidido ayudar al inglés porque creía que necesitaba solo un empujoncito por su parte, y Aurora la miró como si hubiese perdido el juicio. Le explicó que realmente el marqués había estado a punto de morir debido a la fiebre, y que se había salvado de milagro. Le contó una superstición milenaria en su raza: si una mujer intentaba causar la muerte de un hombre, si éste no moría, debía reparar el daño casándose con él. Eulalia le contó su propia historia. Eulalia había sido una gitana comprometida en matrimonio desde que nació, pero ella amaba a otro hombre que no era su prometido, sentía por él un amor desmedido, apasionado. Despreciaba tanto a su prometido que lo envenenó, y casi estuvo a punto de matarlo. Para su desgracia no murió, y él quiso casarse con ella de todas formas. Eulalia se negó una y otra vez, ni la amenaza de expulsarla de su raza le hizo mella, y por eso recibió una paliza que casi la mata. Por esa razón hizo lo que hizo, para que ella no sufriera la misma maldición que ella había purgado toda su vida.

—Aya, ¡mi familia jamás me haría eso! —exclamó turbada.

La mujer la miró sin un pestañeo.

—No te matarían a golpes, cierto, pero vivirías en la ignominia toda tu vida. Tu tío estaría cubierto de vergüenza. Serías madre soltera, y la asesina

del padre de tu hijo...

—¡Hija! —corrigió molesta sin poder tragar.

—Habrías destrozado a tres familias: los Velasco, los Beresford y los Penword, yo trataba de evitarte una deshonra de tal magnitud.

—Pero no me dejaste elegir, y eso es lo que me atormenta, la manipulación, tu falta de confianza en mi capacidad de razonar y de actuar.

—No podía confiar en tu raciocinio. Estabas dispuesta a matar a un hombre cuyo único pecado había sido amarte.

—Forzarme... obvias la diferencia. —Estaba empezando a enfadarse.

Eulalia la miró tan intensamente que Aurora se ruborizó.

—Dudo mucho que te hubiese forzado si tú no se lo hubieses permitido — Aurora tuvo el atino de sonrojarse.

—Creí erróneamente que después de hacerme suya, podría manejarlo para romper el acuerdo, pero no fue así. Siguió terco y decidido, arrogante y prepotente. Alenté su decisión con mis pullas de forma inconsciente. Yo misma participé en mi propio ultraje. Mi castigo ha sido perder a Diego, y eso fue más de lo que pude soportar.

Eulalia entrecerró los ojos.

—Los hombres no controlan sus pasiones como nosotras. Erraste en tu juicio pensando que podrías manipularlo, pues no tienes la edad ni la experiencia para ello. Has pagado un alto precio. Tu naturaleza optimista no ha permitido que te doblegues ante la calamidad, eso es admirable. —Aurora se tragó un sollozo amargo y del que no se compadeció Eulalia.

—¿Y de qué me sirve ahora?

—¿Lo habías perdonado, *Jahivé*? —preguntó la mujer con un hilo de voz.

—Sí... —admitió al fin—, porque comprendí que no me lastimó de forma consciente. Que me deseaba, aunque no fuese correspondido. No obstante, cuando descubrí que en efecto me había dejado encinta, deseaba matarlo, no una sino mil veces.

—Él pretendía reparar el daño.

—¡Yo quería casarme con otro! —respondió dolida.

—¿Habrías engañado a Diego haciéndole creer que era el padre del hijo que esperas?

—¡Por supuesto que no! —Aurora entrecerró los ojos ofendida por la pregunta—. Le habría confesado antes de la boda que estaba encinta de... de otro.

—¿Habrías privado a un padre de su hijo? —la mujer estaba

escandalizada—. Yo no te eduqué así. Tener valor es asumir las consecuencias de los actos sean o no voluntarios.

Aurora se dejó caer en la alfombra abatida. Su aya tenía parte de razón. Había enfocado todo el asunto mal, y, comprender lo lejos que había llegado en su venganza, la hizo ruborizarse profundamente.

—Yo solo quería volver a casa aya —dijo lastimosamente.

—Mi niña, todavía no puedes volver a casa, debes aceptarlo de una vez. Y, diciendo estas palabras, Eulalia la abrazó con infinita ternura.

## CAPÍTULO 15

La primavera florecía igual que ella. Si Aurora no lo hubiese visto, no lo había creído. Su vientre comenzaba a ensancharse, y su tío seguía ausente, aunque ahora las cartas llegaban con asiduidad, y eso la llenaba de esperanza. Sabía que vendría, ignoraba cuándo, pero tener la certeza de que vendría, aligeraba su ánimo. Su esposo inglés pretendía verla, pero ella no estaba preparada. Le había pedido tiempo, pero él ignoraba sus ruegos, cada vez que se presentaba en Whitam Hall, ella se escondía.

Sabía que se mostraba como una cobarde.

Había tomado la costumbre de dar largos paseos con sus hermanos, y así la espera no se le hacía tan pesada. Le enseñaban cada rincón de la propiedad. Un día la llevaron a Redtower, su legado, y se había quedado impresionada. La Torre Roja era en realidad un castillo medieval, con sus almenas y su foso con agua. Estaba muy bien conservado, y Aurora se enamoró al instante de la torre. Su padre le había aclarado que era suya por derecho propio desde su nacimiento, y que pasaría a su primera hija cuando la tuviese. Aurora se entusiasmó, habló de amueblarla para poder habitarla, quería hacer los cambios necesarios para ello. A todos les gustaba su entusiasmo porque la veían llena de vida de nuevo. Se encontraba pensando en la torre, sentada cerca de la laguna donde había salvado a sus cachorros, ahora grandes y juguetones. Comenzó a lanzar pequeñas piedras en la laguna para ver las ondas que dejaba a su paso antes de hundirse y escuchaba a Canela ladrarle al viento, Nuez moscada estaba haciendo un hoyo intentando atrapar un conejo.

—¡Con las bombas que tiran los fanfarrones...! —Aurora escuchó la voz de su amigo, y sonrió sin volverse.

Era una canción típica que cantaban las mujeres andaluzas tras la invasión de Napoleón. Se había quedado como una coplilla que ella cantaba a menudo.

—...hacen las gaditanas tirabuzones! —cantó ella.

Se dio la vuelta de prisa, lanzó un grito de sorpresa.

—¡Manuel! ¿Eres tú?

Con un salto ágil se echó a los brazos de su amigo tan querido. Él, la alzó fuerte, y le dio varias vueltas hasta casi marearla, ella reía llena de júbilo. Su boca le lanzaba tantos besos como podía, en las mejillas, en la frente. Ver de nuevo esos ojos tan queridos la llenaron de una alegría inmensa.

—¡Te he extrañado tanto!

Los ojos se le llenaron de lágrimas, lágrimas que no pudo dejar caer

cuando oyó una voz airada en su espalda.

—¡Suelte a mi esposa ahora mismo!

Ninguno de los dos supo quién se quedó más sorprendido, si Manuel o Aurora. Justin tenía los ojos brillantes de ira, además de los puños apretados, y la boca curvada en una línea dura. En el mismo momento que Manuel la dejó en el suelo, Aurora se le plantó con las manos en jarras. Con una agilidad asombrosa la redujo en segundos y la acercó entre sus brazos hasta dejar su boca a un centímetro de la de ella, se tragó sus insultos con un beso.

Aurora le susurró llena de furia.

—¡Manuel es mi amigo! —Justin la miró con ojos llenos de pasión.

—¡Ya basta Aurora! —estaba atónito por el estallido de ella—. Alguna vez has de dejar que libre mis propias batallas. Acabas de herir mi orgullo y me costará perdonarte.

Manuel intentaba comprender la situación. Le resultaba cuanto menos interesante, ver a su amiga mirar con ojos asesinos a ese individuo desconocido. Vio la mirada intensa que él le dirigía, y supo enseguida que ese inglés bebía los vientos por ella. ¿Había dicho su esposa? Se moría de ganas porque alguien le explicara.

—¿Comenzamos de nuevo? —preguntó mientras alzaba la mano en franco saludo.

Justin la acepto sin dejar de mirarla.

—Emmanuel La Housaye y Sánchez.

Antes de que Justin pudiese presentarse, lo hizo Aurora rápida.

—Y este belicoso inglés, es lord Penword.

Justin no se amedrentó, con una sonrisa, hizo trizas las esperanzas de ella de mantenerlo en el anonimato.

—Marqués de Greenthorn, y esposo de lady Penword.

Aurora se encrespó violentamente tras su declaración.

—Tenía que decírselo, ¿verdad? ¡Me correspondía a mí!

—Quería ahorrarte la molestia...

—Quería remover candela como siempre —le contestó seca.

Aurora lo miró con una súplica en sus ojos ambarinos. Justin entendió que Aurora deseaba que su amigo no conociese los avatares del matrimonio entre ambos. Con una inclinación de cabeza apenas perceptible, asintió, y dejó en ella una sensación de gratitud.

—¿Desposada? —la sorpresa casi hizo que Manuel la mirase estupefacto—. ¡No sabía que te habías casado! —el hombre no daba crédito a sus oídos,

no habían pasado ni seis meses desde su partida, y le resultó increíble. Miró a Aurora con sus ojos empañados de decepción.

—Hace poco que nos casamos.

Fue la lacónica respuesta de ella. Los ojos de Manuel bajaron hasta su cintura, y una increíble vergüenza asomó a las pupilas de Aurora, Justin vio el azoramiento de ella, y decidió acudir en su ayuda.

—Nada más posar mis ojos sobre ella me enamoré locamente, y, desde entonces, no he podido separar mis manos de su cuerpo. No he dejado de acosarla hasta que por fin decidió concederme su mano. —Manuel estaba dolido, y Aurora no pudo reprochárselo—. Poco puedo decirle sobre la fogosidad española, abrasa todo lo que toca, yo mismo estoy carbonizado.

Ella se atragantó por la insinuación pecaminosa.

—Las apariencias en ocasiones engañan —Aurora bajó los ojos a su vientre—. No está tan adelantado.

Justin soltó un suspiro de alivio, veía la oportunidad que se le presentaba, y no pensaba desaprovecharla. John le había informado de la visita inesperada de los amigos de su hija en Whitam, y él se había apresurado a buscarla.

—¿El conde de Ayllón lo sabe? ¿Cómo es que vives todavía con tu padre? —preguntó dudoso, Aurora sabía de lo suspicaz que era su amigo, y decidió irse por la tangente. Omitió la respuesta a la primera pregunta de forma deliberada.

—Nuestra casa, Redtower, no está terminada todavía, y tanto mi esposo como yo vamos de la casa de su padre a la mía, ya sabes cómo me divierte sacudir las alfombras.

El joven amigo rio con ganas. Y Justin se mostró encantado porque la visita le permitiría acercarse a Aurora más de lo que se imaginaba. Ella, por nada del mundo, mostraría a su amigo lo que sucedía realmente entre ambos, y él aprovecharía la ocasión.

—Estás bellísima amiga mía. El embarazo te sienta muy bien, aunque podrías haber esperado un poco, eres demasiado joven y esto cortará tus alas, lo sabes, ¿verdad?

Justin se ahogó con la saliva que tragaba. Menudo atizador de lumbre estaba hecho el polluelo. Vio compungido la expresión dolida de ella, y se enterneció.

—En ocasiones no se puede elegir Manuel, y una nueva vida es una nueva esperanza, eso es lo que me han enseñado.

Si ella seguía perdiendo su ánimo por culpa del francés, él le haría beber

sangre al muchacho.

—¿Eres feliz? —la pregunta dejó a Justin en suspenso.

—Mi familia paterna son ingleses y me he casado con un cangrejo arrogante, mis actos me pasan ya factura porque si existe el purgatorio, está en Inglaterra. —Manuel siguió mirándola dudoso, y Aurora decidió atajar por la calle de en medio—. ¿A qué tanta suspicacia? Deseaba mostrarles nuestra superioridad, querido amigo. Ver doblegada la altanería inglesa, es incluso mejor que doblegar al mismo Napoleón, créeme.

Manuel se tranquilizó en parte, si su amiga era capaz de hablar así, seguramente debía de estar bien. Ella le extendió la mano mientras el desconocido inglés la asía por la cintura en un gesto de posesión absoluta. Juntos emprendieron la marcha hacia Whitam Hall.

Aurora se sentía acorralada. Tener que representar una farsa ante su amigo Manuel, la dejaba con un mal sabor de boca, pero, le tenía tanto afecto que no deseaba que sufriese al ver su infortunio. Se dijo que debía dejar de sentir lástima de sí misma de una vez. Manuel había llegado de visita con su padre Jean Pierre, e iban a quedarse hasta que completara la inscripción de él en la universidad de Oxford.

John invitó al duque de Arun, ahora consuegro, a compartir la visita del amigo de su hija. Invitación que aceptó Devlin con sumo placer porque así le daría tiempo a su hijo para meter a su mujer en cintura, o eso al menos pensó él. Justin hizo de perfecto esposo todo el tiempo, llenándola de una sensación incómoda. Se pasaba el rato rozándola, abrazándola. Mirándola como si fuese un pastel que se comería al terminar la cena... ella estaba en suspense, sin atreverse a conjurar ningún pensamiento por si se materializaba. Se sentía tan tensa como la cuerda de una guitarra. Su padre la miraba interrogante ante el cambio de actitud para con Justin, si bien ella no estaba dispuesta a contarle lo mucho que le importaba la opinión de su amigo. Se había programado un pequeño baile para amenizar la velada. Aunque con la cantidad de gente que estaba sentada en la mesa, bien podría calificarse de banquete.

Justin veía a su esposa mirar de hito en hito a su padre y a su aya. El embarazo la hacía florecer, y, aunque le llenaba de orgullo su próxima paternidad, un remordimiento profundo le impedía disfrutar su estado con plenitud. Los ramalazos de culpa por la forma tan degradante de haberla hecho madre lo inquietaban. Vio su sello en el anular derecho de la mano de ella, y entrecerró los ojos: debía llevarlo en la mano izquierda, se recordó a sí mismo cambiárselo más tarde.

—Siempre creí que acabarías aceptando a mi muchacho —le dijo Jean Pierre—. Al menos mi hijo me hizo creerlo con sus ilusiones.

Aurora se atragantó por la observación del francés, la contemplaba curioso mientras la hacía dar vueltas en el vals.

—Creía que me detestaba, a menudo sus palabras lo decían, algunas, todavía escuecen.

—Mis palabras eran el resultado de tu osadía al azuzarme continuamente por mi origen francés, y si mis palabras te escocían, las tuyas me quitaron jirones.

Aurora se sintió sofocada porque era verdad.

—Cierto es que me gané su odio con creces y no le culpo por ello.

—Jamás te he odiado muchacha —confesó el hombre sin dejar de mirarla—. Eres demasiado pasional para mi ingenuo hijo, y me alegro de haber secundado la idea de venir a Inglaterra. Verte casada ha sido lo mejor que podía ocurrirle.

Aurora bajó los párpados y se puso tensa. La pulla la había molestado más de lo que quería admitir.

—De haberle correspondido, habría hecho a Manuel inmensamente feliz —le contestó con humildad.

—Mi hijo no es la clase de hombre que necesita una muchacha voluntariosa como tú. —Aurora alzó el mentón, cuadró los hombros, y lo miró con ojos llenos de fuego.

—Ya nunca lo sabremos, ¿no es cierto señor La Housaye?

El conde le hizo una reverencia, y la cedió a su esposo Justin para la siguiente pieza musical. Aurora no creía estar preparada para hablar con él todavía, aunque no pudo escurrirse con la suficiente rapidez. Antes de darse cuenta, se encontró con su musculoso brazo en sus hombros, y sus ojos le prometían... no se atrevía ni a pensarlo siquiera. La hacía caminar ¿hacia dónde? ¿No iban a bailar?, se preguntó.

—Alguna vez tendremos que hablar sobre nuestro matrimonio —la sintió ponerse tiesa como una lanza en sus brazos.

La falta de prudencia le hizo ofrecerle una respuesta del todo inapropiada.

—Si la memoria no me engaña di mis votos sagrados a su hermano —contestó, aunque al momento se arrepintió.

Tenía que aprender a controlar la lengua. Justin la miró seriamente porque la broma no le había hecho gracia.

—¿Es eso lo que realmente piensas? ¿No te sientes casada conmigo?

—¡No me siento casada de ninguna manera! —le respondió cabizbaja incapaz de sostenerle la mirada.

La actitud de ella lo hería, pero Justin no había llegado a sus veintiocho años sin raspones. Iba a mostrarle de lo que era capaz. Cogió entre las suyas la mano femenina, y la acercó a su pecho. La miró tan intensamente, que Aurora se puso nerviosa.

—Yo, Justin Clayton Penword, te tomo a ti, Aurora de Velasco y Duero o de Beresford y Velasco, como legítima esposa. Para amarte, honrarte, y respetarte, en la pobreza y en la riqueza, en la salud y en la enfermedad, todos los días de mi vida, hasta que la muerte me reclame.

Aurora estaba paralizada, intentó soltar su mano, no obstante, él no se lo permitió. Una vez que hubo terminado su juramento, se inclinó y la besó sin darle siquiera tiempo a rechazarlo, aunque el beso terminó tan rápido como había comenzado.

—Y ahora, querida esposa, sube a tu alcoba, hoy vas a tener tu noche de bodas. Me despediré de todos en tu nombre.

Justin se dio la vuelta y la dejó sola. Aurora miró a su alrededor, y se percató que estaban en el vestíbulo, no se había dado cuenta que habían dejado el salón. Se preguntó qué tipo de hechizo ejercía Justin sobre ella que le hablaba y dejaba de pensar. Su padre fue en su busca y la encontró plantada en el vestíbulo mirando hacia la puerta exterior, le preguntó si se encontraba bien, y ella le hizo un gesto afirmativo con la cabeza, John le extendió la mano para que regresara con él de nuevo al salón con los invitados. Aurora regresó, y como había terminado el baile, su hermano Andrew obsequió a los invitados con un recital de piano. Ella se sentó al lado de su padre, se reclinó sobre su hombro, cerró los ojos pensando en su tío y en su abuela, y sin poder evitarlo, se durmió.

Justin había estado muy ocupado. Debía dar las órdenes pertinentes para la llegada de Aurora a Crimson Hill. Durante las semanas que había durado el aislamiento de ella, temió que la brecha en la relación que iniciaban fuese del todo insalvable. Afortunadamente, se había equivocado, la astucia de Eulalia al aconsejarle que le diera tiempo, había dado fruto, y ahora pensaba recoger la cosecha. Ella estaría por fin donde pertenecía: a su lado, en su casa, y en su lecho.

Debía de estar soñando porque se sentía blanda como la mantequilla. Flotaba en el aire con una sensación deliciosa. Sus músculos estaban relajados. Unos ojos grises, tan cálidos como el acero templado, no se perdían detalle del rostro femenino a pesar de la oscuridad, pero ella no tenía modo de saberlo porque seguía sumida en el sueño de los justos. Sentía su respiración cálida y cimbreada cerca de sus labios sin comprender del todo si era su boca quien los exhalaba o la de él. Cuando percibió la tibieza de la piel de los labios rozar con una caricia leve los suyos, abrió el corazón a las sensaciones, y siguió sumida en el abandono. Aurora entreabrió los labios apenas una rendija, pero fue suficiente invitación a la invasión de su alma. Apenas había comenzado el roce suave cuando lo sintió alejarse de ella, con una exclamación ahogada volvió a reclamar la boca de él, que regresó a su encuentro más firme y decisiva. Cuando el contacto se produjo de nuevo, sintió que su labio inferior quedaba atrapado dentro de la boca de él, que le dio pequeños mordiscos juguetones a la vez que movía su lengua en su interior con un ritmo suave y pausado, le acariciaba el interior de las mejillas de forma lenta, pero con determinación, invadiendo y retirándose al mismo tiempo. El aleteo de mariposa comenzó en la cara interior de sus muslos y subió en espiral hasta su vientre para encogerle el estómago de placer inusitado. El beso se hacía más profundo y ávido, le reclamaba una rendición completa: ella estaba más que dispuesta a dársela. Los botones de su camión comenzaron a abrirse al reclamo de él. Sintió que la mano tomaba uno de sus pechos y comenzaba a acariciarlo con mimo, con suavidad, pasando la palma por encima y por debajo de su pezón que se endureció con sorprendente brutalidad. Jugó con él usando la punta de los dedos para, finalmente, tomarlo entre el índice y el pulgar. Lo frotó dulcemente haciendo que se despertase a su requerimiento, y cuando pensó que no podría soportarlo más, él, tiró con un poco más de firmeza, el gemido le salió estrangulado. La boca abandonó sus labios y se dirigió a su pecho para darle el tributo ansiado, las aureolas estaban sensibles debido a las caricias que le había prodigado un momento antes, pero no fue nada comparado a las sensaciones que la desbordaron cuando los labios húmedos se posaron en él. Apenas sin tocarlo, tan solo con la punta de la lengua, la llevó al borde del éxtasis. Gemía descontroladamente, la respiración se le había vuelto entrecortada. Sin previo aviso, la boca de él lo tomó por completo y lo engulló como si se tratara del manjar más exquisito, presionó con la lengua hasta que el pezón quedó atrapado contra el paladar y

succionó suavemente para apretarlo y sacudirlo con suavidad, Aurora gritó lascivamente a la vez que con sus manos sujetaba la cabeza de él y lo animaba a continuar con su tormento.

La consciencia iba regresando a ella paulatinamente.

—Por favor.... por favor no. —Su súplica fue ignorada.

Estaba desnuda bajo el camisón de seda, y la mano juguetona se deslizó por la cara interna de sus muslos hasta llegar, en lenta caricia, hasta su mismo centro. Sintió cómo se tumbaba encima de ella, y, de una sola embestida, la llenó por completo. Aurora despertó de inmediato, pero ya era tarde para pararlo, estaba terriblemente excitada y deseaba llegar al final de lo que Justin le había mostrado. Él, aceleró el ritmo midiendo el tiempo, al momento, lo bajaba con un completo control. La cadencia y la profundidad la desconcertaron, no se decidía entre el movimiento lento y profundo, o el rápido y fuerte. Comenzó a respirar con dificultad cuando la lengua de él volvió a reclamar el interior de su boca en un beso largo y profundo. El dulce tormento la devoraba, el nudo en su vientre había alcanzado el tamaño necesario para estallar dentro de ella en un orgasmo intenso.

Para su sorpresa, gritó de forma aguda mientras se convulsionaba, y, entonces él rugió y se desplomó saciado porque ambos habían llegado a la cúspide del placer.

No veía el rostro, pero sentía su fuerza. Los gemidos en su oído entrelazados con suspiros calientes, la devolvieron a la realidad. Aurora se mordió el labio inferior, Justin había conseguido excitarla demasiado, y su cuerpo había despertado como si tuviese vida propia. Le había respondido con ardor, él se había aprovechado de su sopor para inducirla a responderle, ¡maldita sea que lo había conseguido! Se sentía avergonzada, también desleal, como si con la respuesta que le había arrancado Justin echase por tierra sus más arraigados principios. Mientras decidía qué hacer o cómo actuar ahora que su cuerpo se había rendido a él, su instinto vengativo la dominó.

Antes de que él se apartase de encima de ella, se agarró al cuello masculino, lo abrazó con fuerza, y le susurró desoyendo a la razón y a la lógica:

—¡Creía que era Diego quien me hacía el amor!

Fue escucharla, y sentir que descendía a los infiernos.

La mano del diablo acababa de agarrar su corazón y se lo había estrujado hasta dejarlo como una pasa. No podía tragar la bilis que le había subido a la garganta pues acababa de recibir un golpe mortal no solo a su orgullo, también

a su hombría. Cuando comenzó de nuevo a sentir que su corazón latía otra vez, se levantó silencioso de la cama, recogió su ropa, y alcanzó la puerta. Justo antes de salir, volvió la mirada hacia ella, suspiró, y se marchó arrastrando su alma como un condenado a muerte. Justin volvió a la biblioteca, y prácticamente se dejó caer en el sofá. Miró hacia el techo sin ver nada. Se sentía peor que si un carruaje le hubiese pasado por encima. La respuesta de ella lo había dejado sorprendido. Haber probado la desinhibición de ella lo cautivó. Pero ella era tan vengativa, que no iba a vender su entrega tan fácil. Intentó acomodarse en el estrecho sofá, aunque dudó que pudiese pegar ojo.

Arriba, en la alcoba que había dejado, una mujer se debatía en sentimientos encontrados por la venganza que había consumado. Justin no podía oír los sollozos, de haberlos escuchado, ambos se habrían ahorrado un sufrimiento extremo.

## CAPÍTULO 16

La culpa le había impedido conciliar el sueño, pero ya no podía hacer nada por desandar lo andado, ni reparar el daño que le había causado a su esposo. Finalmente se armó de valor para enfrentarse de nuevo a él. Se bañó y se vistió con calma, eligiendo cada prenda con sumo cuidado. Cuando bajó al comedor, había demasiados invitados en Whitam Hall, el único que no había bajado todavía era Jamie. Aurora se sentó al lado de su esposo como mandaba el protocolo. Lo miró durante un breve instante con pesar, y le sonrió, como si con ello pudiera disculpar su acción vengativa de la noche anterior. Observó las ojeras debajo de sus ojos grises, y se preocupó.

Justin la veía tan serena, que sintió auténtica envidia.

Había pasado la peor noche de su vida, y ella ni se percataba de ello, era terriblemente doloroso.

—¿Cuándo se espera la llegada de Rodrigo? —Jean Pierre hizo la pregunta, y rompió el silencio de la estancia.

—Creemos que ya debería estar aquí, pero asuntos urgentes lo retienen en el reino todavía.

La respuesta de Christopher logro que Aurora lanzase un suspiro.

—La situación en es algo difícil pues muchos españoles se están marchando a Francia, curioso ¿no?, cuando tanto lucharon contra nosotros. — El comentario del francés había sido desafortunado, no obstante, Aurora tenía la mente y la atención puesta en Justin, aunque éste lo ignorara—. Me gustaría saber la opinión que se han formado ustedes los ingleses de los inconstantes españoles ya que han tenido que acudir en su ayuda para derrotarnos.

Aurora dejó la mano medio suspendida en el aire por la incredulidad. Justin tenía una expresión atónita en la boca mirándola a ella.

—Puesto que se casó con una española, señor La Housaye, debería mostrar un mínimo de respeto por aquéllos que acogieron en su familia a un gabacho derrotado.

Aurora no pudo reprimir la réplica.

—¡Jovencita, no faltes el respeto a un invitado! —el duque la miró con censura en sus ojos azules, y un brillo extraño en su profundidad que no supo interpretar ella.

—El respeto no se hereda como un título, hay que ganárselo, Su Excelencia, y de los que están sentados en esta mesa, presumo que, salvando a mi padre, al resto no les sirve ni para limpiarse la suela de los zapatos.

El insulto fue desproporcionado. Aurora sabía que su tío Rodrigo había estado al borde de la muerte por esa guerra entre españoles y franceses, y que su padre casi pierde la vida, ¿cómo podía el conde frivolar sobre ese tema espinoso?

Justin la miró con franca admiración. Ni él mismo osaría hablarle así a un duque, y, menos si era su padre.

—Todavía tenéis mucho que aprender —respondió el conde francés—, cualquier francés os enseñaría con mucho gusto —la provocó La Housaye.

Aurora asimiló las palabras de Jean Pierre, y se las devolvió doble.

—Eso sería tan ridículo como ver a un mulo encima de su amo.

No podía callarse.

Christopher se ahogó con el té. John estaba perplejo ante la falta de moderación de su hija, no entendía el por qué se acicateaban sin piedad tanto el duque, el conde, y ella. Justin seguía silencioso, no pensaba intervenir todavía. Imaginaba que el francés no se mostraría tan irrespetuoso si no tramase algo, aunque ignoraba el qué. Aurora desvió los ojos hacia su arrogante marido, y lo vio alzar el ceño burlón. La falta de apoyo marital le resultó desconcertante, si hubiese sido a la inversa, ella se mostraría de parte de él.

—Es obvio que todos en la mesa pensamos igual. —El duque seguía atizando las brasas sin inmutarse—. Los españoles no saben resolver sus conflictos, y, ante la ayuda recibida, deberían mostrarse agradecidos. Señor La Housaye, usted como parte implicada, ¿qué opinión le merece este asunto?

Aurora resopló queda. El conde francés se tomó un tiempo en responder, y lo hizo sin mirar a nadie en particular.

—Opino que Napoleón confundió la debilidad de la monarquía con la actitud del pueblo que no estuvo dispuesto a aceptar nuestra presencia. El emperador mostró un tremendo error de cálculo, y ello significó la derrota y la vergüenza para Francia. Los mismos españoles saben lo que hay que cambiar, pero son tan orgullosos que pretenden hacerlo ellos mismos, aunque se dirijan al precipicio.

—¡Siempre el tan sobrevalorado orgullo español! —se mofó Justin intentando vengarse un poco por la mala noche que había pasado por culpa de ella.

Aurora lo miró con ojos brillantes.

—¡Siempre la petulancia inglesa! —respondió ella con una falsa dulzura que no engañó a nadie.

—Yo serví junto a Sir Harry Smith del primer Batallón, el 95 Rifles. — John intentó calmar los nervios—. Teníamos diez españoles en una compañía de nuestro regimiento: muchos de ellos eran los mejores tiradores de nuestra unidad. Tenían la distinción que siempre acompañó al buen nombre de la infantería española de Carlos V. —siguió diciendo el marques—. Nunca contemplé soldados mejores ni más disciplinados en toda mi vida de militar, y, como exploradores, nadie los superaba.

Aurora sentía una opresión en su garganta. Miró con verdadero cariño a su padre, el respeto que le mostraba superaba cualquier comentario que dijese el conde.

—Nunca he puesto en duda el valor español —continuó Devlin—, pero es un hecho indiscutible que los españoles tiene un carácter endemoniado. —El duque soltó la pulla sin inmutarse.

Justin intentó hacerle un gesto a su esposa para que se controlara, pero ella estaba mirando al duque con la boca apretada.

—¡Será por el robo del Peñón! —siseó Aurora.

El duque volvió los ojos hacia ella perplejo.

—Sepa jovencita que la he oído, y es de pésimo gusto murmurar entre dientes delante de personas que la aventajan en inteligencia, género, y experiencia.

Aurora se atragantó violentamente. Se levantó de un golpe, tiró la servilleta encima de la mesa, y fulminó al duque con una mirada llena ira. ¿Acaso olvidaban los comensales que estaban sentados junto a una súbdita que amaba a su reino? ¿Qué acababan de salir de una cruenta guerra?

—El mal gusto es tener que aguantar una pedantería tan grotesca a esta hora de la mañana, y de usureros que solo entienden de pillaje, piratería, y perfidia —bramó colérica.

El duque la miró sin un parpadeo.

—De eso los españoles pueden enseñar mucho —dijo Justin como de pasada.

Aurora ahogó una exclamación, aunque no la sorprendía un comentario así de Justin, no pudo evitar mirarlo con dolor. Que la atacase a ella y a su pueblo con esa flema británica la superaba. ¡Miles de españoles habían muerto por la codicia francesa!

—¡Habéis robado, saqueado, destruido nuestras posesiones durante siglos! Os habéis apropiado de una tierra que no os pertenece, y, si habéis puesto un pie en el reino de España para luchar contra Napoleón, ha sido por

vuestros propios intereses, nada más —tomó aire antes de continuar—. Qué se puede esperar de personas que tiran la piedra y esconden la mano, culpando siempre de sus errores a los demás, mostrando una cobardía vil y absoluta... ¡cobardía inglesa! —el insulto fue demoledor, pero ella estaba lejos de cualquier prudencia política.

—¡Discúlpate, Aurora! —la voz de su padre era enérgica, y no atendía a negativas, ella lo miró ofendida y con el corazón subiéndole por la garganta.

—¡Jamás! —exclamó vehemente—, nunca me disculparé ante facinerosos y supercheros! —Aurora dio media vuelta, y salió con paso airado del comedor: se le había quitado el apetito por completo

Ella se dijo que hacía mucho tiempo que no se sentía tan ultrajada. El comedor se quedó en un silencio sepulcral. Todos miraron la salida intempestiva de ella. John iba a ofrecer una disculpa en nombre de su hija cuando el conde La Housaye comenzó a reír de forma espontánea, le siguió Jamie, y después Andrew, las carcajadas dejaron tanto al duque como a Justin perplejos.

—Qué hembra hemos perdido los franceses. —Jean Pierre le sonreía a Justin con cierta envidia en sus ojos. Los volvió a su hijo—. Muchacho, no creo que haya sido acertado seguir tu consejo pues ahora esa niña deseará esparcir mis entrañas a sus perros —el tono del conde era de enfado cuando miró a su hijo que se había mantenido en un sospechoso silencio durante el altercado.

—¿Esta reyerta estaba preparada? —la pregunta de Justin era de incredulidad, y miró con ojos acusadores al muchacho que le sonreía con superioridad.

—Solo pretendía comprobar hasta qué punto un abnegado esposo inglés estaría dispuesto a transigir para proteger y apoyar a su esposa cuando atacasen sus raíces. —La intención había sido tan clara, que Justin se ruborizó—. Pero ha resultado muy revelador, ¿verdad lord Penword? —Manuel se levantó, y con una disculpa se fue a buscar a su amiga.

Había tenido un presentimiento, y no había dudado en ponerlo a prueba, ahora tendría que disculparse con ella por haber jugado sucio.

—Discúlpeme, lord Beresford, no ha sido mi intención ofender su casa con mis comentarios. A mi muchacho le encanta ver discutir a Aurora conmigo, y suele atizarme a menudo tan solo por el placer de oírla ponerme en mi lugar, cosa que suele ocurrir bastante a menudo. No puede olvidar que soy francés, y que luché en su tierra contra sus paisanos.

John miró al conde sorprendido.

—Disculpe usted la impetuosidad de Dawn, en demasiadas ocasiones olvida controlar su naturaleza apasionada. —John estaba un tanto avergonzado.

Justin se mantenía en silencio mirando al conde ofrecer sus disculpas, y se preocupó. Debía haber apoyado a su esposa porque Inglaterra había luchado codo con codo con los españoles para derrotar a Napoleón. Un muchacho poco mayor que ella tenía más previsión que él.

—Mi hija le ofrecerá sus disculpas conde —Jean Pierre alzó sus cejas sorprendido.

—Del todo innecesario lord Beresford, ésta es una de tantas conversaciones instructivas que he tenido el placer de tener con Aurora. —Justin se tensó al escuchar la forma tan familiar con la que el francés se refería a su esposa—. En Ronda he tenido gratas conversaciones con la señorita Velasco y...

—¡Lady Penword! —apostilló Justin excesivamente serio, el conde hizo una ligera inclinación con la cabeza a modo de disculpa.

—Cierto, me cuesta asimilar que esa jovencita tan extraordinaria ya está casada. Durante un tiempo albergué la esperanza de que se prometiera en matrimonio con mi hijo. Una alianza con los Velasco hubiese sido altamente satisfactoria para mí. —Justin comenzó a mostrarse intranquilo—. Yo mismo la hubiese pedido en matrimonio a Rodrigo, pero mi hijo todavía era demasiado joven.

John no entendía a su invitado, tal parecía que trataba de molestar a su yerno.

—Si me disculpan —Justin se levantó de la mesa presuroso—. Tengo asuntos que atender y que no pueden esperar.

Si todos se quedaron sorprendidos por la abrupta marcha de Justin, no dieron muestras de haberse percatado, tan solo el conde esbozó una sonrisa que escapaba a los ojos de los demás. Le había parecido muy significativa toda la diatriba de esa mañana. Aunque renuente, había consentido con su hijo en remover escollos, y por cierto que había disfrutado muchísimo. Se moría de ganas por verle la cara a su vecino Rodrigo cuando contemplara al inglés y a su sobrina lanzarse dardos venenosos con certera puntería.

Su amigo la encontró en el embarcadero de la laguna con los pies metidos

en el agua, había seguido las instrucciones del mayordomo para encontrarla, la vio tirando piedras, y le pareció tan sola que un nudo se enroscó en su pecho oprimiéndolo sin compasión.

—Lamento de veras lo que ha ocurrido.

La disculpa era sincera.

—No tenías que haber utilizado a tu padre para comprobar la lealtad de Justin —el joven se ruborizó—. Solo tenías que preguntarme, yo te hubiese explicado.

—¡Eso es una mentira! —la cortó—. Se ve a la legua que no eres feliz.

Aurora rio sin ganas.

—Mi tío ha estado detenido con la horca pendiendo de su cabeza. Mi abuela se encuentra desterrada de su patria, de su familia, y te preguntas por qué me veo infeliz, es increíble.

—Estás llena de amargura, y con una desconfianza en los ojos que nunca he visto. —Manuel era muy observador y sabía que ella no era del todo sincera porque la conocía muy bien. La ayudó a reincorporarse—. ¿Regresamos? —le preguntó. Ella le hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

Aurora se encontró con una sorpresa más al llegar a Whitam Hall. Su marido había estado muy ocupado en su ausencia. Había empacado todo su equipaje y puesto en el carruaje ducal de los Penword. Elena se había preparado para marchar con su señora, pero Eulalia se quedaba en Whitam Hall. Esto escapaba a la comprensión de ella. No entendía nada, pero Justin no le dejó alternativa, no, cuando los ojos de Manuel no se perdían detalle de su actitud. Sumisa, se despidió de su padre y de sus hermanos. Sus hermanos le habían prometido que irían todos los días a verla, y ella, y en el último momento y siguiendo un impulso, comenzó a besarlos y abrazarlos.

—Una mujer de su posición, marquesa, no besa ni abraza a la gente delante de otras personas, y, menos en la calle.

Aurora se volvió hacia su suegro y le estampó un beso en la mejilla, y lo abrazó al tiempo que le daba las gracias por su instrucción. Justin pensaba que ese derroche de besos y abrazos tendrían que ser solo para él, pero, se tragó el reproche y continuó callado.

Aurora pensó que había pasado de un mausoleo a otro. Si la casa de su padre era grande, Crimson Hill le pareció colosal. Le habían adjudicado la habitación de las margaritas, y le encantó, ella desconocía que Justin había

ordenado decorarla en las semanas posteriores a su boda. Su estancia estaba comunicada con dos alcobas: la de Justin, y la del bebé. Disponía de un enorme baño propio. Elena la ayudó a vestirse, y decidió ponerse el vestido violeta que tanto había gustado a Christopher y Andrew cuando visitaron Ronda. Al ser de corte imperio podía ponérselo en su estado. Elena le sujetó el pelo en la nuca, y trenzó algunos cabellos con unas cintas del mismo color: el resultado resultó muy favorecedor.

Durante la cena estaba sentada a la izquierda de Justin, su cuñado Jamie enfrente, y el duque presidía la larga mesa. Esperó impaciente el primer plato sin haber abierto la boca, pero ésta se abrió por propia voluntad cuando comenzaron a traerle sus platos favoritos, ¿cómo sabía Justin...? claro, Eulalia, pensó ella, pero estaba realmente contenta. La tortilla de patatas era la mejor que había probado en su vida: dorada, esponjosa. La sorpresa no le permitía objetar nada.

—¡Adoro nuestro sol español! —exclamó hambrienta. Miró a Justin con verdadero agradecimiento en sus ojos.

—¿Así se llama esa variante de *omelette*? —preguntó Jamie que sentía curiosidad.

—¡Sin lugar a dudas parece un sol pintado por un niño pequeño! —respondió el duque que la miraba ceñudo.

—Yo me animo a probarla. —medió Justin.

Se sentía satisfecho.

—No sabía que vuestro cocinero supiese elaborar recetas de mi tierra malagueña.

—Y no las conoce —fue la seca respuesta del duque—, pero Justin se empeñó en encontrar una cocinera española, con lo cual nuestro Cook Harry ha montado en cólera, y amenaza con quemar todo lo que salga de la cocina que no sea creación suya.

Aurora sonrió al imaginar el agravio sufrido por el cocinero inglés, pero a ella no le quitó el apetito en absoluto.

—Creo que también ha preparado algo que llama escabeche, y empanada rellena de codorniz.

Justin estaba muy contento, Aurora estaba feliz, y era mérito suyo.

—Lo que encuentro sorprendente es la cantidad de ingleses que hablan mi lengua. Nunca lo hubiera imaginado. —Justin se apresuró a contestarle.

—Ante la opinión que tiene Gran Bretaña de Napoleón y sus invasiones, es normal que hayan sustituido una lengua por otra, antes lo francés era culto,

refinado, ahora nadie desea aprenderlo, y, en sustitución de la lengua gala, el español es más apetecible que el alemán o el ruso, y si contamos la cantidad de soldados ingleses que se han casado con mujeres españolas...

—¿De veras existen tantos matrimonios entre ingleses y españoles? —preguntó atónita.

Justin hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Muchas de ellas conviven entre nosotros, aprendiendo y transmitiendo a sus hijos las dos culturas. Es normal que tu lengua sea tan conocida en nuestra isla.

Aurora valoraba la información. Ella podría muy bien ser una de esos vástagos hijos de la guerra, si su madre se hubiese casado con su padre he ido a vivir a Inglaterra. Devoraba la comida con autentico apetito y se servía de todo aquello que le entusiasmaba. El duque la contemplaba atónito, y no pudo reprimir una amonestación.

—Marquesa, una dama educada solo debe llevarse a la boca trocitos pequeños de alimento, y debe masticarlos de forma suave. Apenas debe notarse que los traga.

Aurora intentó tragar con dificultad el alimento que se le había atragantado, y bebió un trago de su vino aguado para bajarlo.

—Una dama jamás debe beber vino o cerveza —continuó el duque—. Las normas dictan que debe beber solamente agua o sidra, y en su estado marquesa... —el duque no terminó la frase. Aurora pegó su espalda a la silla, y miró a su suegro entre pasmada e incrédula.

—¿Esa regla es aplicable a todos los que estamos sentados en esta mesa? ¿O solamente me incluye a mí? —la pregunta hizo reír a Jamie, no así a Justin, ella continuó—. Y si una dama se queda con hambre, ¿qué debe hacer, Su Excelencia? —debido al embarazo, Aurora estaba siempre hambrienta.

—Una dama nunca tiene demasiado apetito pues la glotonería, marquesa, es un pecado, y una dama educada jamás mostraría una debilidad pecaminosa como esa.

Aurora no sabía si su suegro estaba bromeando o no. Le parecía imposible que tuviese que pasar hambre por unas normas aplicables solo al género femenino. Demasiadas veces había visto a los hombres devorar alimentos de forma poco honorable, y no entendió la réplica contra ella. Una mujer debía matarse de hambre para que se la considerase una dama, absurdo, maléfico. ¿Qué haría ella con su enorme apetito? Siguió en silenciosa meditación el resto de la cena.

## CAPÍTULO 17

¡Le encantaba su bañera!

Elena había traído sus jabones, y Eulalia le había dado todas las instrucciones. El agua estaba deliciosa, la espuma de jabón relajaba sus músculos y los distendía produciéndole una sensación maravillosa. El fuego que seguía ardiendo en el hogar le calentaba la cara y le sonrojaba los pómulos, el pelo lo tenía caído en una cascada de rizos rebeldes que acariciaban el suelo, mientras los ojos soñolientos comenzaban a cerrársele. Una lánguida dejadez la fue introduciendo en el sueño feliz de los justos, y así la encontró Justin cuando abrió la puerta que separaba las dos alcobas. Le dio instrucciones silenciosas a Elena para que se marchara, él ayudaría a su señora. Dejó la ropa que Elena había preparado para ella en la cama, se sentó en la gran mecedora que ella había escogido del jardín trasero, cruzó las piernas, y, tomando su copa de oporto, se dispuso a contemplarla en silencio.

Ella tenía la cara vuelta hacia él. Gotitas de agua se habían formado en sus mejillas debido al vapor, y las burbujas de espuma comenzaban a desaparecer a medida que el agua perdía parte de su calor, aunque no se atrevió a despertarla. Mirarla, era como contemplar un ángel durmiendo encima de una nube. Su vientre redondeado era visible a través del agua, los pechos se habían hinchado, y las aureolas que los coronaban asomaban a través de la espuma que flotaba en el agua tibia. Era la mujer más perfecta, y él era el hombre afortunado de tenerla. Nunca la dejaría marchar, cuando ella comprendiese, aceptaría su destino como él aceptó el suyo en el mismo instante que sus ojos la descubrieron. Dejó la copa en el suelo, se levantó, y se acercó a la bañera, tocó el agua y comprobó que todavía estaba templada. Se remangó las mangas de la camisa hasta el codo, tomó el jabón, la esponja y comenzó a masajearla suavemente.

—Elena podías haberme dejado dormir un poco más —los labios de Aurora sonrieron, pero sus ojos seguían cerrados ante el placer que obtenían sus tensos músculos debido a los suaves masajes—. No recordaba tus manos tan grandes... —abrió los ojos de inmediato, y lo primero que vio fue una sonrisa lasciva. Entrecerró sus ojos y, con mirada pícaro, se inclinó hacia delante y le ofreció la espalda: si Justin quería jugar, jugarían, pero con sus normas. Aurora le permitió el avance de sus caricias mientras la enjabonaba, quiso castigarlo con lo único que poseía y que él ansiaba, su cuerpo.

—Y ahora puede mirar cuanto le plazca mientras termino.

Justin no supo si la sonrisa era diabólica o... se sentó de nuevo en la mecedora y la contempló como un hombre contempla un pozo de agua fresca cuando ha cruzado el desierto, sin atreverse a moverse por temor a que desaparezca. Su mujer estaba hecha para el amor. Sus movimientos sensuales, lentos al secarse, lo dejaban atónito, no podía dejar de mirarla arrobado. Le complacía su falta de pudor, le hacía sudar por la expectación, si ella se lo proponía, podría reducirlo al polvo. Aurora no lo miraba, sin embargo, era consciente que cada movimiento suyo era espiado por él.

Justin se saciaba de su imagen y no tenía suficiente, estaba tan duro como una piedra. Por su espalda resbalaban gotas de sudor debido al esfuerzo que hacía para contenerse y no arrojarse sobre ella, de recorrer con su lengua cada centímetro de piel dorada expuesta a sus ojos, extasiarse con esos pechos sublimes. Justin gimió, y se retorció sin encontrar una postura cómoda en el balancín, cerró un momento los ojos.

—¿Me ayuda con los botones de la espalda? —la pregunta le sonó contenciosa, pero no le importó. Se levantó como pudo, se acercó a seductora espalda, y antes de abotonar el primer botón inclinó la cabeza y comenzó a darle suaves besos en los hombros, cuello. Olía delicioso. La abrazó en un acto de posesión total, le dio la vuelta y la devoró con un beso.

Aurora intentaba parar los avances de Justin, parecía que tenía demasiadas manos, y no las podía controlar todas. Lo mismo estaban en sus pechos que en sus nalgas, y ese juego se había vuelto peligroso.

—Debemos hablar... —no la dejó terminar, y casi se ahoga en sus protestas.

Estaba perdiendo terreno, y tenía que recuperarlo enseguida. Lo empujó, pero era lo mismo que empujar una torre. No lo movió ni un milímetro, ni había obtenido su atención. ¿Se estaban cayendo? Increíble, iban a terminar en el suelo, pero no, cayeron justo a los pies del lecho. El suave golpe la pilló tan desprevenida que comenzó a reír, y ya no pudo parar. Las lágrimas le caían por las mejillas por el esfuerzo. Justin la miro perplejo. En su ardor había escuchado las súplicas de ella, pero las había ignorado: hablar era lo último que tenía en mente en esos momentos.

—¿Qué te parece tan gracioso? —un nuevo estallido de risa le hizo retorcerse de nuevo.

—Lo siento, no me reía de usted, ¡lo juro!, pero, esta caída en la cama ha sido de lo más inesperada, aunque bienvenida —Justin le limpió con el dedo pulgar una lágrima que no había terminado de resbalar por la mejilla femenina.

La acercó a su boca y se la bebió, Aurora lo miró fijamente—. ¿Es una forma de comprobar si pertenezco a la nobleza? ¿Algo así como la sangre azul? Pues tengo que decepcionarle porque la mía tiene el color del pecado —un nuevo estallido de risa la convulsionó.

Justin la miró sin comprender, el humor español escapaba a su comprensión, no terminaba de entender qué diablos le causaba tanta hilaridad, aunque no logró ocultar una sonrisa viéndola descoyuntarse de esa forma tan adorable.

—Quiero un poco de eso que estaba bebiendo —soltó ella medio jadeando.

—La mujer encinta no bebe alcohol —le explicó él.

—Ni abrazar, ni ¡comer! —protestó, pero divertida.

Justin rio por su queja.

—Prometo darte un trago, pero, ¡calla esa lengua de una vez!

—Prometido —se apresuró ella. —Justin la miró largamente, y, antes de levantarse, le dio un beso en la punta de la nariz, otro en los ojos, y otro...

—Pare, pare, o comenzaré de nuevo a reír.

Justin no necesitó más aliciente. Cruzó la distancia que lo separaba de su alcoba, y regresó poco después con dos copas de oporto, una con bastante menos líquido, lo que la hizo suspirar resignada.

—¿Yo puedo tener en mi alcoba una licorera? —inquirió pensativa.

—¡Por supuesto que no! —la negación masculina era rotunda.

—¡Siempre los privilegios varoniles! —refunfuñó crítica.

Olió su copa, y tragó de un golpe lo que había dentro que era demasiado poco. Se relamió y buscó la copa de Justin, pero éste la alejó de su mano con una mueca divertida.

—Estás cogiéndole demasiado gusto al alcohol.

—En Ronda tenemos unos vinos de jerez estupendos, dulces o secos, son una delicia. Mi tío me dejaba beberlos en ocasiones, y no me ha pasado nada como ve.

—Pero ahora estás embarazada, debes pensar en el niño.

Aurora soltó un suspiro largo.

—¿Por qué todos se empeñan en hablar de mi bebé como si fuera un niño? ¿No le gustan las niñas? Pues estoy convencida que traeré al mundo una preciosa muchachita, y será impetuosa y atrevida como la madre —la vehemencia de ella le arrancó una sonrisa.

—Te dije que infravalorabas tu fertilidad —le recordó él.

Aurora ahogó una exclamación y lo miró rabiosa.

—¡Tenía que restregármelo! ¿Verdad? ¡Tenía que meter cizaña! —Justin sonrió, porque acababa de descubrir que le gustaba acicatearla: sus ojos adquirirían un matiz ámbar precioso.

Aurora lo miró con ojos como puñales, y él comenzó a reír, ¡menudo temperamento belicoso! Pero la adoraba.

—Discúlpame Dawn, ha sido una broma de mal gusto. No te la merecías cuando yo solo fui el culpable de tu situación.

Aurora abrió la boca con sorpresa. Jamás imaginó que Justin le ofrecería una disculpa tan sincera.

—Acepto la disculpa —ella continuó—. Debemos hablar seriamente.

Justin vio cómo Aurora subía los pies a la cama, se acomodaba, y lo miraba directamente a los ojos sin pestañear, lo cual comenzó a ponerlo alerta. Él, también se acomodó, pues presentía que iba a necesitar estar bien sentado.

—Mi padre me ha informado que este matrimonio es válido por las circunstancias en las que se produjo, y que no es posible una anulación porque estoy encinta —Justin asintió sin entender todavía a dónde quería ir ella—. Así que quiero proponerle un divorcio amistoso.

Justin entrecerró los ojos, de todas las posibles soluciones, ésta era la más inesperada, e imposible.

—En mi familia nunca ha habido un divorcio, Dawn.

—¿Y qué solución aporta a esta situación?

Justin soltó un suspiro largo.

—Estás casada conmigo, y, aunque suene reiterativo, casada seguirás —sentenció pragmático.

—Pero yo deseo volver a hogar, con mi familia. Este contrato matrimonial era necesario para que recuperara Redtower, mi padre está dispuesto a cederle los derechos de la propiedad al duque para siempre.

Justin se levantó y le dio la espalda. Las palabras de ella lo herían como cuchilladas, pero no podía ceder. Lamentaba el cambio sufrido entre ellos en apenas unos momentos. Antes reían con bromas, cómplices de una intimidad que no tenían muchos matrimonios, y, ahora, ella intentaba distanciarse poniendo un atlántico de por medio.

—Estás casada no por tu herencia —le explicó él—, sino porque estás preñada de mi hijo.

—Hija —repitió cabezota.

Justin la miró con una sonrisa.

—Lo que me des será bienvenido, y no se separará jamás de su padre.

Aurora se exasperó.

—Pero ha de haber una forma de llegar a un acuerdo que nos satisfaga a ambos —casi suplicó.

—Ninguna, eres mía, y nada puede cambiar eso.

Aurora entendía por qué perdían tantas batallas con los ingleses, ¡eran todavía más tercos que los españoles! Comenzó a enfadarse en serio, y quiso molestarlo con sus palabras.

—¿Quizás una conducta licenciosa por mi parte le haría cambiar de opinión?

Justin se acercó a ella muy despacio. La miró con ojos cargados de deseo, y rio, pero la risa no la preparó para las palabras que le soltó a continuación.

—Vas a estar tan pegada a mi nariz, y vas a parir tantos niños míos, que volver a tu patria será el último de tus pensamientos, créeme —le anunció socarrón.

—Pero esa no es forma de solucionar nuestras desavenencias —defendió ella soliviantada.

—¿Quién te ha dicho que quiero solucionarlas? Me encanta tener desavenencias contigo.

Justin sonrió en su cara, y ella se puso incluso más irritante.

—¡No quiero intimidación con usted! —rezongó tiesa como una estaca.

—Tan claro como el agua *sorceress*, pero esta vez pienso asegurarme de que entiendas que ya no tienes elección.

Las palabras la clavaron a la cama dejándola inmóvil.

En las siguientes horas, Aurora conoció la pasión que desbordaba a Justin. Y la compartió, aunque se sentía avergonzada. No controlaba su cuerpo traidor, y él sabía exactamente qué sitios acariciar para aumentar su deseo. Mucho tiempo más tarde, intentó moverse, pero no pudo, y esa circunstancia la despertó. Justin estaba encima de su pelo y no le permitía mover la cabeza. Su pierna estaba por encima de sus muslos lo cual la aplastaba contra el colchón de plumas. Una de sus enormes manos descansaba en su pecho de forma posesiva. Maldijo por lo bajo porque aun en sueños la tenía bien sujeta, resignada, suspiró. Intentó moverse despacio para no despertarlo.

Tenía muy fresco en la memoria todas las cosas que le hizo durante la noche, no tenía un centímetro de su piel que él no hubiese saboreado, mordido. Justin era un amante extraordinario, y, ese pensamiento la hizo mascullar, le molestaba profundamente que supiese tanto sobre su cuerpo y despertara su

deseo incluso a pesar de su rechazo.

Debía tomar decisiones. Intentó moverse, pero no lo consiguió, así que probó algo diferente. Apartó la mano de él con cuidado, pero esta tenía voluntad propia y volvió a recoger su pecho. Suspiró. Se dio la vuelta despacio, mientras su mano comenzó a hacerle cosquillas mediante suaves caricias en los muslos de él. Justin se removió inquieto, siguió subiendo por su vientre, obviando la zona peligrosa entre sus duros muslos. Subió por el ombligo, el estómago, hasta llegar a las tetillas que pellizcó. Él, se pegó más a ella, y ahora la mano derecha de Justin se había desplazado hasta su trasero, y ella maldijo en silencio. No lo pensó más, y, con un fuerte empujón intentó apartarlo: la risa de él le demostró que no estaba dormido, ¡había estado jugando con ella!

—¡Tengo que levantarme! —exclamó.

—Solo tenías que pedirlo.

La jocosidad en la voz masculina la inflamó.

—¿Y cuándo Su Excelencia ha cumplido el más mínimo de mis deseos? —le preguntó desabrida.

Él, la miró con una advertencia.

—No me llames así pues mi padre sigue vivo todavía.

—Pero no se lo digo como un cumplido —respondió sincera.

Justin lanzó un suspiro acerbo.

—El día que te oiga un elogio hacia mi persona, moriré de la impresión, y te recuerdo que tú serás la próxima excelencia femenina.

Esa posibilidad le provocaba escalofríos.

—Pero yo no deseo ser duquesa —el solo hecho de pensarlo, la mortificaba.

Aurora logró desasirse de sus brazos y salir del lecho.

—¿Dónde vas mi dama belicosa?

La risa de Justin la siguió hasta la otra alcoba.

Jamie la evitaba, y esa circunstancia le provocaba malestar. Añoraba sus palabras amables. Su suegro la miraba censurable, y sus hermanos no aparecían todavía por Crimson Hill. Siguió buscando a Jamie, y lo encontró en la biblioteca, carraspeó para no darle un susto de lo abstraído que lo encontró, y Jamie la miró con un atisbo de sorpresa.

—¡Te encontré! —ella le sonreía de oreja a oreja.

—¿Me buscabas? —logró preguntar incómodo.

—¿Por qué me evitas? —quiso saber.

«Tan directa como siempre», pensó Jamie.

—Soy un hombre ocupado. Hago parte del trabajo de mi recién casado hermano, y creo que lo único que no necesitáis es un estorbo.

Ella hundió los hombros decepcionada.

—¿Y no sientes azoro por una mentira tan descarada? —Jamie se sonrojó—. Necesito un hermano en esta casa, y creía que podía tenerlo en ti —Jamie la miró alarmado.

—Dawn, ya tienes tres hermanos, yo solo soy tu cuñado.

—Pero mis hermanos no viven aquí, y tú sí.

«No por mucho tiempo», pensó él.

—Ahora tienes un marido del que ocuparte. Justin es demasiado absorbente.

Aurora bajó los ojos pensativa. Jamie, al ver su tristeza, no pudo reprimir colocarle un rizo detrás de la oreja con cariño.

—Comprendo que te he incomodado —le dijo ella finalmente.

Aurora se dio la vuelta, y se marchó tan silenciosa como cuando entró. Jamie soltó el suspiro que había estado conteniendo, y se llevó la mano a la frente como si quisiera aliviar un dolor molesto. Se dio la vuelta, y vio que su hermano lo estaba mirando seriamente desde el estudio. Tenía un libro de cuentas abierto en la mano, y una mirada indescifrable, ¡maldita su costumbre de dejarse las puertas abiertas! Había sido testigo del mal rato que había pasado.

—Necesito hablarte —le dijo. Cubrió los pasos que lo separaba del gran escritorio brillante de caoba, desde donde lo miraba su hermano con semblante taciturno—. Quiero comprar un grado de oficial en el ejército —lo soltó de golpe, y se sentó frente a Justin. Su Hermano mayor lo seguía mirando en silencio. Tras un momento que resultó bastante embarazoso, le preguntó:

—¿Por qué quieres alistarte en el ejército? —Jamie lo miró tan profundamente que logró perturbarlo.

—¿Necesitas preguntarlo? —le preguntó—. ¿De verdad quieres saberlo?

Justin temía lo que vendría a continuación, pero resistió el impulso de negarlo.

—¿Desde cuándo? —ambos sabían a lo que se refería el primogénito.

Jamie estaba nervioso, pero no podía dejar la pregunta de su hermano sin

responder.

—Desde que la vi mojada y enlodada hasta la raíz del cabello. Su altanería y falta de vanidad me subyugaron por completo, y nada pude hacer al respecto. —Justin suspiró violentamente. No podría soportar el interés de Jamie en su mujer, no podría soportarlo porque era su hermano pequeño y lo amaba—. Sé que no la sedujiste —Justin lo miró absolutamente azorado—. Y, sin embargo, ella se atribuyó toda la culpa delante de su padre y del nuestro. Mintió de forma abrumadora para ahorrarte la vergüenza de tus actos —Jamie calló un momento antes de continuar—. ¿Sabes lo peor? ¿Lo más terrible? Que me siento casado con ella. Di los votos en tu nombre, sí, pero al fin y al cabo fui yo el que los dio. Y no puedo desprenderme de esa sensación desde entonces. Una sensación humillante, para que lo sepas.

—No puedo permitir que te marches, nuestro padre no me lo perdonaría —le dijo el primogénito.

—¿Eres consciente? —le preguntó incrédulo—. Quiero marcharme, y no me detendrás.

—Tu lugar está en esta casa.

—No eres razonable —Jamie comenzaba a enfadarse.

—No, no te marcharás —sentenció Justin.

—¿Quién se marcha? —Aurora lanzó la pregunta desde la puerta, y no podría ser más inoportuna.

—Jamie desea alistarse en el ejército —fue la simple respuesta de Justin.

Aurora se acercó al escritorio donde estaban ambos hermanos, y acarició el mentón de Jamie cariñosamente. Justin carraspeó molesto por el gesto.

—Pero no puedes marcharte porque te extrañaríamos mucho —Justin contuvo el aliento al ver el gesto cariñoso de su esposa—. Eres un buen amigo y cuñado, y siento que si te marchas es por mi llegada a Crimson Hill, y me siento terriblemente culpable —Aurora tomó aire—. Soy yo la que tendría que marcharse...

Justin ya sabía a dónde quería volar ella, y le sujetó las alas de inmediato.

—Jamie no se marchará a ningún lugar —afirmó de forma imperativa—. Crimson Hill es su hogar, y el de mi esposa, la futura duquesa de Arun.

Justin insistía en recordarle ese detalle.

—Nunca quise ser duquesa —reiteró pensativa.

—Jovencita ¿qué tiene de malo ser duquesa? —la voz del duque sonó incrédula, y Aurora lamentó las palabras, ¿cuánto habría oído? Pero, respondió con sinceridad.

—No es que lo desdeñe, pero me parece que ser duquesa lleva acompañada demasiada responsabilidad.

El duque frunció el ceño porque tanta sinceridad le resultaba refrescante. Miró a su nuera, y se sintió agradecido en parte. Su sangre temperamental daría nuevos bríos a la casa Penword.

—Pues vaticino que serás una duquesa excelente, siempre con mi asesoramiento, por supuesto —el duque quiso elogiarla, pero con una advertencia en sus palabras—. Justin acabo de recibir noticias que temo no te van a gustar. Brandon viene con toda su familia. Hay que preparar Crimson Hill.

Aurora miró a su suegro, y contuvo un gemido. No deseaba ver a la mujer de Diego por nada del mundo. Jamie vio la ira asomar a las pupilas de ella e hizo algo impulsivo, le cogió una mano para infundirle ánimo. Nada de este intercambio pasó inadvertido para Justin que tenía un montón de problemas en su cabeza para necesitar otro más.

—¿La familia de Brandon? —se atrevió a preguntar ella.

—Unas tías y unos primos.

Aurora pensó que, si ya de por sí era malo encontrarse con la mujer de Diego y luchar contra las ganas de sacarle los ojos, ver a Brandon la haría ponerse histérica por su implicación en la boda del hombre que amaba.

—Justin, ¿puedo hacer una pregunta? —la voz era apenas un susurro. Justin asintió con la cabeza—. ¿Está... está la esposa de Diego encinta?

Justin negó con la cabeza. Ofreció una disculpa, y se retiró rápida. Necesitaba serenarse y asimilar la sorprendente noticia, Diego sería libre, pero ella estaba más atada que nunca, sintió lástima de sí misma, de su vida, y de su desgracia.

—¿Por qué le has mentado? —Jamie no comprendía a su hermano en absoluto.

—Es mejor que deje de compadecerse —Justin no alegó nada más.

—Estás cavando tu propia fosa hermano —la advertencia quedó en el aire.

—Estoy enterrado en ella desde el mismo día que la vi en el estudio de Whitam Hall azotando verbalmente a su hermano.

—¿Qué hay de mi grado? —insistió Jamie.

—¿Puedes esperar unos días hasta que haya preparado el terreno con padre? Será un trago muy duro, y por eso te pido un poco de paciencia.

A Jamie le parecía justo, y esos días le darían el tiempo suficiente para

arreglar sus asuntos, porque se negaba a dejarlos pendientes. Suspiró resignado, se levantó, y se marchó, le apetecía cabalgar un rato, y se dirigió hacia las caballerizas.

## CAPÍTULO 18

Aurora le daba una manzana a Olé pues su hermoso caballo había resultado muy goloso, y aunque no se le permitía montarlo debido a su estado, le encantaba mimarlo, como a sus perros Canela y Nuez. Los perros daban saltos y cabriolas intentado que su ama les diese alguna golosina, con lo cual el vuelo de su falda color azul quedó manchado de polvo. Tenía diminutas patas dibujadas en todo el ruedo, pero a ella no le importaba.

Jamie no esperaba encontrarla, aunque no le sorprendió, siempre se preguntaba dónde pasaría ella tantas horas al día fuera de la casa. Los perros intentaban subírsele encima, el hocico del purasangre le daba empujones en el cuello para llamar su atención, y ella reprendía a los animales como si éstos pudiesen entenderle. Sonrió ampliamente y se acercó a ella.

—Estás malcriando a ese bello purasangre.

—¡Jamie! No te había oído llegar —el purasangre se estaba comiendo la redecilla azul de su cabello—. Basta Olé, esto no es comida —no conseguía sacarlo de la boca del caballo por más empeño que ponía—. Creo que necesito ayuda —Jamie sacó un terrón de azúcar de su bolsillo, y se lo ofreció al animal que soltó la redecilla al oler la golosina.

—Es un hermoso caballo, debes de estar muy orgullosa.

La admiración era verdadera.

—Los caballos de mi reino son una raza única.

—¿Me permitirías montarlo? —preguntó vacilante.

—Por supuesto, yo no puedo hasta después que nazca la criatura —tanta lástima hizo reír a Jamie.

—Es incomprensible que Justin no te haya pedido permiso para que lo dejes montar a sus yeguas bayas —Jamie seguía acariciando la grupa del animal.

—Está demasiado ocupado intentando domar él mismo una yegua española —al momento se tapó la boca horrorizada por haber expresado en voz alta sus pensamientos. Había enrojecido hasta la raíz del cabello.

Jamie sonrió su turbación. Realmente esa lengua iba a traerle más de un problema en el futuro si no conseguía dominarla.

—Lo siento Jamie, no pretendía ser grosera —había verdadero arrepentimiento en sus palabras.

—Me gusta tu sinceridad, pero tienes que controlar esa naturaleza impetuosa.

Aurora estaba mortificada hasta lo indecible.

—Mi tío me reprendía constantemente por ello, sin embargo, debo tener una vena diabólica que me mete en líos cada vez que me descuido.

Jamie volvió a reír, las palabras de ella le habían dado una imagen de su hermano nada halagüeña pero cierta, y esa aplastante honestidad lo dejaba aturdido.

—Todavía estoy sorprendido por tus respuestas al padre de tu amigo Manuel —Aurora se mordió el labio en un ademán quisquilloso.

—El conde es un viejo amigo, no suele ofenderse por mis palabras porque está acostumbrado a ellas desde que aprendí a hablar. Manuel disfruta mucho cuando nos oye discutir, y ya me he acostumbrado a sus pullas. El duque es harina de otro costal. Confío que perdone mi insolencia cuando no puedo controlar mi réplica.

—Has sido educada de forma diferente, y eso resulta refrescante. Tienes tus ideas bien arraigadas y las defiendes, no se te puede censurar por ello — Jamie le obsequió una sonrisa.

—Te juro, Jamie, que intento ser aplicada en todo lo que el duque me instruye, pero es agotador: las reglas, las normas. Todo es tan rígido que me descorazona, me siento una niña aprendiendo a caminar sobre un precipicio que se desmorona a mis pies.

Jamie podía entenderla.

—Solo has de tener un poco de paciencia, tu naturaleza femenina lo condiciona porque solo ha educado varones.

Aurora asintió comprendiendo.

—Sigue siendo una sorpresa para mí que me haya acogido bajo su ala para instruirme de forma personal. Es halagador, exasperante, me desquicia, si bien se lo agradezco.

—Supones un reto para él, y mi padre nunca le ha vuelto la cabeza a un reto —Aurora asintió complacida—. ¿Qué haces todos los días cuando no estás en la casa? —preguntó curioso en un intento de cambiar de tema.

—Estoy rehabilitando Redtower, cuando esté terminada os la mostraré, y podréis aplaudir mi capacidad creativa —Aurora lo miró sonriente—. ¿Me explicas algo sobre vuestra familia escocesa?

—Ven, daremos un paseo, y te explicaré todo lo que quieras saber sobre la otra mitad vergonzosa de mi familia.

Aurora aceptó el brazo que le tendía su cuñado, y le sonrió por la amabilidad que expresaban sus ojos.

Justin tenía una amplia visión de las caballerizas desde donde se encontraba. No tenía ni idea del significado de la conversación que su hermano sostenía con su esposa, y, aunque confiaba plenamente en Jamie, no pudo evitar sentirse un poco descorazonado. No le había sorprendido la confesión. Él, había jugado sucio, no le había dado oportunidad a ella de elegir. Y temía la llegada del tío de ella pues sería un hueso más difícil de roer, pero había tomado su decisión y seguiría adelante con ella a pesar de las consecuencias. Jamás imaginó lo duro que le resultaría enamorarse de Aurora, y Justin no sabía cómo lograr llegar al corazón femenino. Siempre había tenido una vida tranquila, las mujeres utilizaban todos los trucos para conseguir que él se metiera en sus camas, pero la única mujer que lo conmovía profundamente, se mantenía tan inalcanzable. Justin suspiró ante la enormidad de lo que le esperaba. Se giró hacia la puerta, y se dispuso a hacer los preparativos necesarios para acoger a la familia de Brandon.

Aurora bajó corriendo las escaleras, lo que le valió una regañina de su suegro, pero estaba tan contenta que no le importó, aunque se moderó cuando estuvo delante de sus hermanos porque no quería avergonzarlos, sin embargo, no pudo evitar besarlos y abrazarlos. El duque carraspeaba ceñudo, pensaba que tanto besuqueo no era decoroso, no obstante, ella hacía oídos sordos a sus comentarios sobre el saber estar de una mujer de su rango. El duque no se amilanó por la indiferencia que ella mostraba a sus consejos, y con gran rigurosidad la amonestó.

—Jovencita, ha de comenzar a comportarse con corrección, tanta muestra de afecto en público no es aceptable, no ha de olvidar su condición, marquesa.

Aurora odiaba el título, así que decidió castigarlo de la forma que más detestaba él, o eso pensó ella. Se dio la vuelta y lo abrazó y besó cándidamente.

—Gracias *daddy*, es un honor para mí que se preocupe en corregirme. Eso muestra que me tiene afecto, y se lo agradezco sinceramente —ella seguía abrazando al duque, y Justin pudo ver un brillo de complacencia en los ojos su padre.

Se quedó asombrado, así que el estirado duque la acicateaba para recibir él mismo un poco de afectuosidad. ¡Quién lo hubiera dicho! Tanto quejarse por

la actitud excesivamente cariñosa, y solo pretendía que lo hiciese partícipe de su zalamería, ¿lo habría adivinado ella? La vio sentarse en medio de sus hermanos y acribillarlos a preguntas. La había decepcionado que su padre no hubiese venido a verla, ni su aya. Ellos le habían explicado que ambos se encontraban en Londres, estaban acondicionando la casa que tenían en Hyde Park, y esa explicación la tranquilizó. Hacían un cuadro raro los cuatro, pero él veía muchos de los rasgos del marqués en ella: el color cobrizo de su cabello, la sonrisa deslumbrante, y un hoyuelo que se le formaba en la mejilla izquierda cuando reía, el mismo que el de su hermano Andrew. Lo estaban excluyendo de la conversación, y eso le molestaba porque quería formar parte de todo lo que le interesaba a ella. No había vuelto a hacerla suya, la reticencia de ella lo frenaba. Quería darle tiempo a que aceptase su condición de casada, aunque eso le estaba haciendo una mella muy profunda. Siempre se encontraba loco de deseo. Y las noches las pasaba en vela oyendo su respiración, velando su sueño en silencio. Se había quedado dormida una vez casi encima del duque, cuando éste la instruía sobre el arte de servir el té correctamente, como si a ella le importase la forma de colocar la muñeca para que no cayese ni una gota fuera de la taza. Rio por este último pensamiento, y al momento se quedó consternado porque todos lo miraban fijamente, le habían preguntado algo, y él no sabía qué.

—Perdonadme, estaba distraído.

Aurora alzó sus dibujadas cejas en actitud interrogante.

—Christopher quiere aparear mi semental con las yeguas que hay en las caballerizas de Whitam Hall, le he dado mi permiso, pero dice que necesito el de mi esposo, y yo me he reído por lo absurdo de su comentario.

—Todo lo que es tuyo es mío por derecho de esponsales —la acicateó sabiendo que de un momento a otro afloraría el carácter belicoso de ella.

Aurora meditó esas palabras un largo instante, las asimiló, y sonrió de oreja a oreja, desconcertándolos a todos por lo imprevisible que se mostraba la mayoría de las ocasiones.

—¿Se me permite hacer regalos personales? ¿Algo que yo posea? —preguntó directamente a Justin.

—Por supuesto, lo único que no puedes regalar son las joyas de la familia que habrán de pasar a nuestro primogénito.

Aurora se miró el dedo anular derecho donde descansaba el sello que le había puesto Jamie la tarde de su boda, y todos vieron cómo entrecerraba los ojos y especulaba, Justin sintió un escalofrío. No hizo falta que fuesen muy

perspicaces para comprender lo que pasaba por la cabeza de ella en ese momento.

—¡Christopher voy a regalarte mi caballo Olé!

Todos exclamaron sorprendidos, y Justin chasqueó la lengua. Si no la sujetaba a ella...

—No te está permitido regalar tu caballo, puedes regalar esos chuchos pulgosos que tienes, pero no tu semental.

La superioridad en el tono de Justin la sacó de sus casillas.

—Es la cosa más absurda que he oído en mi vida, si puedo regalar mis perros, bien puedo regalar mi caballo.

Justin negó de forma enérgica, ella miró a su hermano mayor.

—Creo que necesito los consejos de un abogado.

—Pero si tienes abogado —le informó Christopher—, nuestro padre se encargó de ello. Te asignaron a Harold del bufete de Fraser&Morrison.

Justin gimió por lo bajo, era el mejor bufete de toda Inglaterra, John sabía hacer las cosas bien.

—¡Tengo abogado! —Aurora no le quitaba la vista a su esposo—. Justin... prepárate, y no me refiero a la infusión que tanto os gusta.

Solamente el duque supo apreciar las bromas de ella. Estaba intentado arrancarle a su primogénito la capa de complacencia que tenía pintada en la cara, y decidió seguirle la corriente porque se estaba divirtiendo mucho.

—Prepárate, no es lo mismo que prepara té... muy ingenioso, marquesa —le hizo una inclinación de cabeza y le sonrió.

Justin no daba crédito a sus ojos, todos se habían vuelto locos, y la seriedad volvió a instalarse en su rostro.

—No puedes regalar nada, recuerda, querida, que todo lo tuyo es mío —le sonrió con autosuficiencia.

—¿Es recíproco? —hizo la pregunta mirando a su suegro que le hizo un encogimiento de hombros que le arrancó una maldición apenas audible.

Aurora se despertó desorientada por el griterío que escuchaba en la casa, se reincorporó como un resorte en el lecho. Estaba en la alcoba de Justin, y no en el salón donde se había recostado un momento. Su esposo dormía plácidamente junto a ella, apartó la mano de su vientre, y se levantó a espiar lo que ocurría. No entendía el lenguaje tan extraño que se hablaba, y, de pronto, sintió miedo porque sabía lo que ese lenguaje significaba para ella.

Justin la vio espiar por entre la hoja entreabierto de su alcoba, había abierto una pequeña rendija, y miraba con curiosidad el bullicio del pasillo. Se levantó, y, con mucho cuidado, se acercó a ella, posó sus manos en sus hombros y terminó por darle un susto de muerte. Ella se volvió como un gato y le pegó un manotazo en plena cara. Al momento se quedó horrorizada porque no había sido consciente de lo que había hecho.

—¿Cuándo dejarás de maltratarme? —el tono burlón le indicó que no se había enojado a pesar de la bofetada.

—Ha sido un acto reflejo, es que me ha dado un susto tremendo.

Justin espió con ella por encima de su cabeza, y vio cómo su familia escocesa tomaba posesión de su casa, cerró la puerta de inmediato.

—¿Te apetece quedarte en la habitación conmigo y no salir hasta que se marchen?

Ella asintió de inmediato

—No te creía tan cobarde, Dawn.

—Mi aya siempre dice, «más vale un cobarde vivo que un valiente muerto».

Justin la miró negando, era más difícil ganarle una discusión a ella que cambiar una ley en el parlamento.

## CAPÍTULO 19

Era la hora de la cena y Aurora no había dado señales de vida. Se había encargado de dar las pertinentes instrucciones al servicio para que todo estuviese en orden. Justin nunca pensó que ella estaría capacitada para ocuparse de todo con la eficiencia y aptitud necesarias en alguien de más edad. La abuela y la aya de Aurora habían hecho un trabajo formidable. Las comidas en los días sucesivos estaban supervisadas. Los dormitorios distribuidos y equipados con todas las comodidades posibles, además de detalles personales como flores, jabones perfumados, y fuentes con frutas variadas, nunca se le habría pasado por la cabeza agasajar a su familia escocesa de esa forma. Faltaban diez minutos para la cena, y ella seguía sin aparecer, oyó la puerta del dormitorio cerrarse suavemente y supo que había llegado. Cruzó la puerta que separaba las dos alcobas, y la vio muy cansada, estaba comenzando a desvestirse, el agua del baño estaba casi fría, pero a ella no le importó.

—He estado preocupado pues no sabía dónde te encontrabas. —Elena miró a lord Penword dudando entre dejarlos solos o seguir ayudando a su señora.

—Las obras de Redtower se han complicado un poco, he tenido que variar algunos cambios que tenía en mente —ella soltó un suspiro largo.

—Ya sabes que tengo interés en ver las remodelaciones que estás haciendo, me gustaría ayudarte y asesorarte.

Aurora lo miró, sabía que él no la creía con la capacidad suficiente como para ocuparse de algo que tuviese que ver con la arquitectura, si bien no se molestó porque la actitud de Justin era lógica.

—Y se lo agradezco, sin embargo, es algo que deseo hacer sola.

Él, no tenía intenciones de marcharse todavía, se acomodó en el sillón, y esperó a que ella terminara de vestirse. Miró el vestido de color tierra que estaba encima de la cama, y frunció el ceño.

—Hoy me gustaría verte con otro color.

Aurora pensó que no había nada como un hombre ocioso, no obstante, como no tenía ganas de una lid conyugal, accedió.

—Elena, hoy me pondré el de seda azul marino —Aurora miró a su marido de forma adusta—. Como puede apreciar, no puedo escoger mucho entre la ropa porque esta enorme barriga me lo impide, y es poco caballeroso por su parte sugerir lo contrario.

La regañina surtió el efecto deseado. Justin se sonrojó porque no había tenido en cuenta ese detalle que ella le había mostrado tan célebremente. La vio secarse y desenredarse el cabello con la ayuda de su doncella. Una vez que estuvo vestida, la admiró. El vestido estaba ceñido hasta los pechos, y, por debajo de ellos, la amplia falda disimulaba a la perfección su estado. Las mangas en forma de campana, y de una finísima gasa, terminaban en los puños dándole un aire medieval. El escote redondo estaba ribeteado con un encaje color plata que le gustó mucho, miró su esbelto cuello, y le sonrió.

—Tengo un regalo para ti —le alcanzó un estuche alargado de color rubí intenso, ella lo abrió, y vio los hermosos prendedores en forma de estrella, se quedó sin aliento. Había un total de seis, le sonrió agradecida, y se los dio a Elena para que se los prendiese en el pelo.

—¿No piensas llevar ninguna joya? —Justin la miró incrédulo.

—Los prendedores son suficiente adorno. —Él, miró sus muñecas ausentes de pulseras, sus encantadoras orejas vacías, y arrugó el ceño.

—Pues creo que necesitas algo más, una mujer de tu posición...

Ella alzó la mano y lo hizo callar con un gesto negativo de su cabeza.

—Sigo el sabio consejo de mi abuela: «En la veintena solo perlas, en la treintena, solo diamantes, en la cuarentena, zafiros, y, a partir de los cincuenta, todo está permitido».

Justin rio.

—Pues tus prendedores son de diamantes y no de perlas para que lo sepas.

Justin casi la iba arrastrando por el hall de la casa. Los pies de ella parecía que se negaban a cooperar. Antes de cruzar las dobles puertas que daban al salón, se paró, inspiró profundamente, cerró los ojos, alzó el mentón, y sonrió en el mismo momento que ambos hacían su entrada triunfal. Las enormes arañas la deslumbraron. Había tantos invitados que se cohibió, pero Justin la izo avanzar junto con él hasta el sitio donde estaba el duque. Solo hubo un breve tiempo para las presentaciones pues la cena estaba a punto. Aurora miró inquisitivamente a las dos escocesas que la miraban con tanto descaro que rayaba en la impertinencia. Ambas eran rubias, y con los ojos más verdes que hubiese visto nunca.

Miró a la esposa de Diego un breve instante, el suficiente para notar su vientre, menos abultado que el de ella, pero prominente también. Su estado no la sorprendió, Jamie se lo había dicho, y ella lo había aceptado, aunque no pudo esconder un instante de envidia por lo que eso significaría para su vida y la del hombre que amaba. Habló muy poco durante la cena que fue un éxito.

Después que la cena hubo concluido, sintió la necesidad de respirar un poco de aire fresco. Cuando todos en el salón hablaban animadamente, aprovechó un momento para escabullirse a los jardines en silencio. Había sido muy duro evitar los continuos acercamientos de la esposa de Diego, y por ello necesitaba recomponer su control. La oscuridad del jardín la atraía, pero no se atrevía a alejarse demasiado porque la echarían en falta. Tras unos momentos de quietud, se dio la vuelta para entrar de nuevo en el amplio salón. Subió los cuatro peldaños, y, entonces, una voz que detestaba con toda su alma, la sorprendió en el último escalón.

—Mi primo debe cuidarte bien porque estás más bella que nunca. —Ella se volvió y miró al gigante escocés que estaba sentado en la balaustrada de mármol en actitud desafiante. No lo había visto durante la cena. Lo ignoró, y comenzó a avanzar hacia el salón—. Espero que me des una hija. —Esa frase sí logró su atención y consiguió detenerla.

Se giró, y lo miró con tanto encono que, si las miradas fuesen puñales, Brandon hubiese servido de colador en la cocina de Crimson Hill.

—¿Y por qué supone maldito bastardo que tendrá algo que ver con mi hija? —ni la boca de una serpiente mordería de esa manera.

—Justin no te ha hablado del acuerdo. —Esto la envaró, pero, siguió callada—. Tu hija, en el caso de que tengas una hija, se casará con mi primogénito Ian que tiene ahora ocho años.

Aurora desconocía que el escocés tuviese un hijo.

—¡Ni estando muerta conseguirá emparentar con mi familia! No, después de lo que hizo.

Ella recordaba perfectamente lo que ese hombre le había hecho a su futuro y al de Diego. Mirarlo era un insulto.

—Pronto aprenderás que las mujeres en Inglaterra no tienen capacidad de decisión.

—Ciertamente, pero yo no soy inglesa, y jamás permitiré una unión de esa índole.

—No tienes decisión en esto.

La rabia la había acercado tanto a él, que casi lo podía tocar con el aliento. Aurora lo miró tan fieramente que a Brandon se le erizaron los pelos de la nuca. Observó los ojos femeninos que relucían como ascuas ardientes, y, tan enardecidos, que él pensó si no habría atizado demasiado su genio para su perjuicio.

Aurora lo observó, de la misma forma que observaría a un escorpión que

se pica así mismo para no ser mordido por el fuego. Todo en él la molestaba. La reducía a una rendija rencorosa, y ello la mortificaba hasta lo indecible. Él, alargó la mano para coger la suya, y, en un acto reflejo, con la derecha le propinó tal puñetazo en la nariz, que le hizo perder el equilibrio. Brandon era muy grande, pero el puñetazo lo pilló desprevenido y lo desequilibró, se caía hacia atrás, y solo atinó a intentar sujetarse de ella para evitar la caída. La arrastró consigo. Demasiado tarde comprendió que, aunque la balaustrada apenas tenía un metro y medio de altura, ella podría hacerse mucho daño. Intentó protegerla con su cuerpo evitando que se golpease el vientre con demasiada fuerza. Aurora gritó mientras caía al vacío con el escocés, pero él en la caída, había conseguido ponerla de lado para evitar que su barriga impactase con su estómago causándole un daño que podría resultar fatal para el bebé. Cayeron entre los rosales, y las ramas y pinchos les rasgaron la piel y los inmovilizaron. Aurora tenía el pelo enredado entre los espinos y no podía mover la cabeza, aunque tenía que agradecer el haber caído en blando. El duro cuerpo masculino había amortiguado el golpe, y aunque sus brazos la protegían, no había podido evitar que las ramas espinosas le desgarraran el vestido y le arañaran las piernas y los brazos.

—¡Cabrón, desgraciado! —el cuerpo de ella parecía aceite hirviendo, lo quemaba.

—Si me muevo haré que las espinas se te claven más, y tengo mi trasero y piernas llenas de ellas. el Kilt no ha evitado que las espinas se ensañen a mordiscos con mi trasero.

Ella intentó moverse, pero las ramas enredadas en el pelo le tiraban como demonios, sentía las piernas escocidas, y se quedó nuevamente quieta llena de frustración.

—Juro que te mataré por esto —era tal el enfado que consiguió no darle el gusto a ese diablo de ver lo magullado que había dejado su orgullo.

—Vas a ser una consuegra peleona, y me gusta mucho. Y te ofrezco mi palabra, que tu hija en mi familia será respetada y amada.

Ella no lo creyó ni por un instante.

—¿Por eso tramaste y urdiste mi desdicha? ¿No hay suficientes mujeres en Inglaterra para tu hijo? —le preguntó sarcástica.

Brandon sopesó decirle la verdad.

—Las runas me dijeron que el español sería bueno para mi hermana, y me mostraron la alianza que establecería con tu familia. Ante todo, soy un laird responsable con mi pueblo, y su necesidad está por encima de la mía.

Brandon confió que la explicación la apaciguase, pero ella no quería seguir escuchando.

—Intenta soltarme el cabello, y me levantaré.

Oyeron a Justin llamarla desde las amplias cristaleras, y ambos gritaron al unísono. Ninguno de los dos pudo evitar una mueca ante la cara de estupefacción de Justin cuando los divisó a través de la blanca balaustrada. Bajó con rapidez los cuatro escalones que lo separaban de la rosaeda, pero antes de llegar a ellos, casi toda la familia salió al oír los fuertes gritos, y nadie supo quién de todos se había quedado más sorprendido ante el espectáculo que daban los dos tirados y enredados entre los arbustos, en una maraña de piernas y ropa.

Justin hervía de furia mientras rompía las ramas enredadas en el pelo de su mujer. Vio los arañazos en sus piernas y brazos, y juró que su primo tenía los días contados. Entre Jamie y Justin lograron levantarla con cuidado, soltaron todas las ramas y espinas que la habían lastimado, y cuando al fin la dejaron libre, Justin agarró a su primo Brandon de la pechera y le soltó un puñetazo que lo volvió a lanzar de nuevo contra los rosales, le dio otro y otro hasta que sus primos Ian y Stephen consiguieron detenerlo. Parecía un toro embravecido.

—Tu mujer pega más fuerte —se burló Brandon que no se defendió porque había sido el causante de la caída de su esposa, y era consciente de que le podía haber provocado un daño serio.

Justin se volvió para atacarlo de nuevo, pero Jamie y el duque lo tenían bien sujeto, y solo pudo mirarlo furioso.

—¡Márchate inmediatamente!

—¿Ni siquiera una explicación Brandon? Esto no es propio de ti —le pidió el tío con voz suave y apaciguadora.

Aurora decidió intervenir para calmar los ánimos.

—La culpa es mía. Necesitaba un poco de aire, y salí a los jardines a respirar cuando me sorprendió la voz de Brandon. Me encontraba en ese preciso momento sentada en la balaustrada, me asusté al oírlo, y me giré con tanto ímpetu que perdí el equilibrio. En mi caída lo arrastré conmigo —ella los sorprendió a todos con la breve explicación, aunque nadie la creyó en absoluto, pero no importó, no deseaba que el escocés se fuese porque había despertado su curiosidad y quería que le explicase muchas cosas. Brandon se quedó asombrado, ¿lo protegía?

Una mujer culpándose por sus acciones era nuevo para él.

Tiempo después, Aurora repasó palabra por palabra la explicación de Brandon sobre su implicación en la boda de su hermana y de Diego. A ella le dolía todavía la simple mención de ello, pero se recompuso. Él creía que tenía motivos que justificaban la poca ética de su actuación. Nada justificaba la traición, la alevosía que ambos habían mostrado para pergeñar su trampa. Le había hablado de las runas, unas piedras mágicas que predecían el futuro, ¡con lo escéptica que era ella para esas cosas!, aunque las respetaba. Su aya portaba una baraja donde leía el futuro cada vez que sentía una sombra de inquietud en su alma. Brandon necesitaba un hombre íntegro con conocimientos. El norte era un lugar duro, lejos de todo y donde los hombres debían ser cabales y firmes. Diego cumplía todas y cada una de esas expectativas

Aurora miró los feos morados que se le habían formado en las heridas de los brazos a causa del incidente de la rosaleta. Justin seguía hecho una furia. En la casa reinaba un ambiente tenso, y ella se escapaba casi todos los días a Whitam Hall. Justin se enfadaba con ella por la cantidad de horas que pasaba en la propiedad de su padre, pero John y Eulalia no habían regresado todavía de Londres, y ese detalle la desconcertaba. Nunca había pasado tantas semanas sin la compañía de su aya, y un cierto descorazonamiento la abatía al pensar que quizás ya nunca estaría con ella como antaño. Y su tío seguía sin llegar a Inglaterra. Su enorme barriga la hacía pesada y lenta, y las largas noches sin apenas descansar le estaban pasando factura. Subió los cuatro peldaños que la separaban de la enorme puerta de entrada, y, antes de golpear con la aldaba, el mayordomo de Whitam Hall, Marcus, le abrió la pesada hoja de madera. Cómo sabía él la hora en que ella llegaría a la casa cada día, la llenaba de perplejidad.

—Hoy está muy atractivo, Marcus, cada día se le ve más joven y ágil.

El hombre asintió con la cabeza, y ella sonrió. Sabía que el mayordomo no hablaba su lengua materna, y le gustaba adularlo sabiendo que luego sus hermanos le traducirían sus palabras causándole un sonrojo más intenso que las amapolas.

La precedió hasta el comedor circular, nombre con el que sus hermanos habían bautizado la habitación que ella había escogido para las comidas informales. El enorme comedor de la casa se mantenía para las ocasiones. Vio a sus tres hermanos, y al primo Guy, devorando un típico desayuno inglés. Se

acercó al enorme aparador y se sirvió un gran plato de macedonia de frutas con crema agria, siempre había una fuente de fruta troceada y macerada con miel y canela para ella en la casa, y una vez que se hubo sentado, le quitó a su hermano Andrew unos deliciosos cruasanes rellenos de mantequilla y mermelada de moras. En sus paseos las había descubierto por casualidad: enormes zarzas repletas de moras negras, y el cocinero le solía preparar mermeladas y tartas con ellas. Andrew no se molestó porque su hermana le robase de su plato los cruasanes, hoy había cogido bastantes de la fuente porque sabía que ella se los quitaría en cuanto se sentara, era ya como un ritual entre ellos.

—¿No te dan de comer en Crimson Hill? —inquirió Christopher.

La pregunta burlona de su hermano mayor no la preocupó en absoluto. Lo miró, y le sonrió. Si su hermano supiese que casi pasaba hambre para complacer al duque, sonreiría con petulancia, pero ella solía escaparse a la cocina y llenaba su estómago con comidas que le preparaba Luisa a escondidas. Había tomado la costumbre de bajar a la cocina a media noche, y se comía todo lo que Luisa le dejaba preparado.

Con el embarazo siempre estaba famélica.

—Está llena de escoceses, como bien sabes —todos mascullaron por lo bajo salvo Christopher—. Y me niego a mirar como devoran vísceras de animal por las mañanas, hace que se me quite el apetito durante todo el día —recordaba las náuseas que le provocaron el olor de los *Haggis* escoceses.

—Dawn, deberás controlar lo que ingieres porque creo que vas a estallar un día de estos. Estás enorme —Guy miraba sorprendido el enorme vientre de ella que le impedía acercarse a la mesa—. ¿Estás segura que te faltan tres meses para dar a luz?

Los hermanos se sentían incómodos con este tipo de conversación tan femenino, pero estaban preocupados por ella.

—Dos y una semana, pero creo que esta niña pesará casi tanto como yo cuando nazca, porque es enorme —Aurora miró el plato de su hermano mayor, y arrugó la nariz—. No sé cómo puedes comerte eso a esta hora de la mañana. —El plato de salchichas, huevos, bacón, y riñones le parecía demasiado.

—Estoy levantado desde el alba, y, como sabes, tengo que trabajar duro por eso estoy muerto de hambre.

Casi había devorado su desayuno, pero seguía teniendo más apetito, volvió a levantarse y miró nuevamente las grandes fuentes del aparador. Divisó una que tenía sándwiches de pollo frío con queso, y se decidió por uno

de estos, volvió a sentarse y cuando vio que sus hermanos tenían la boca llena les espetó.

—Esta noche hay una fiesta en Crimson Hill, y vais a venir todos —informó

Los cuatro se atragantaron a la vez. Tosieron de tal forma que se les escaparon las lágrimas, ella sonreía de oreja a oreja por el resultado obtenido.

—Eres una hermana cruel y vengativa —Arthur la miró con censura.

—No pienso pasar por este trago yo sola. Puesto que padre y Eulalia no están, es vuestra obligación procurar mi comodidad, y mi comodidad pasa porque esta noche estéis conmigo frente a esa legión de escoceses bárbaros, bueno, no tan bárbaros.

—Deberíamos enfadarnos por tu manera de referirte a los escoceses, pero la verdad es que no podemos porque pensamos igual que tú —dijo Andrew guiñándole un ojo.

—Vosotros los españoles también tenéis vuestros salvajes particulares, así que yo no alardearía tanto —le espetó Christopher—. ¿O un bandolero no es un salvaje?

Ahora fue Aurora la que se atragantó con el té, sabía a lo que se refería su hermano Christopher.

—Sé de guerrilleros que han luchado contra soldados de Napoleón tan solo con piedras, y eso, estimada hermana, es de ser salvaje por naturaleza —Apuntó Andrew.

Ella estaba en total desacuerdo.

—Salvajes es ir en faldas y con el culo al aire en esta fría isla manejada por la mano del diablo.

—No es una falda sino un Kilt, se llama Kilt, un escocés te desollaría viva por esa observación —Arthur la corrigió paciente.

—Ya lo hizo Brandon, pero me sigue pareciendo una falda.

—¿Has terminado las obras en Redtower? —Christopher hizo la pregunta intentando cambiar de conversación.

Aurora meditó un momento la respuesta.

—Estoy teniendo muchos problemas con Justin y el duque impidiéndoles la entrada. Ambos creen que una mujer no entiende de reformas de esa magnitud.

Los cuatro le sonrieron con complacencia, como si entendieran la postura de Justin y el duque.

—¿Le has cambiado el nombre a la torre? —preguntó Andrew.

—Por supuesto que no —respondió veloz—. Se llama: La Torre Roja de los Velasco, solo he alargado un poco el nombre original.

—Pues yo estoy deseando ver los cambios —Andrew era sincero en sus palabras, Aurora se levantó.

—Me marchó, pero regresaré a tiempo y espero verlos a todos esta noche en Crimson Hill —no les dio tiempo a responder, recogió su falda turquesa y se marchó dejándolos pensativos. Andrew la alcanzó antes de llegar a la puerta.

—¿Me dejas que te acompañe? Me encantaría ver las obras.

Aurora le sonrió, recogió la cesta que le había preparado el cocinero para el almuerzo, y se la pasó a su hermano.

## CAPÍTULO 20

Justin hervía de cólera cuando cruzó la puerta que comunicaba las dos alcobas. Nunca sabía con seguridad dónde solía pasar su esposa tantas horas al día. Tendría una conversación seria con ella, pero se había vuelto a quedar dormida en el baño, esto consiguió apaciguar en parte su furia.

Ignoraba dónde estaba Elena, pero se olvidó de la sirvienta al momento de mirarla. La deseaba con desesperación. La abstinencia no le sentaba bien, y tendría que hacer algo drástico al respecto. Se desabrochó el chaleco y se remangó las mangas de su blanca camisa de hilo hasta el codo. Se inclinó y comenzó a enjabonarla suavemente, ella despertó de inmediato.

—¡Puedo hacerlo sola! —la voz sonó realmente molesta porque últimamente se dormía en cualquier lugar.

El pesado vientre la molestaba y le consumía todas las energías.

—Como no está tu doncella, he decidido ayudarte.

—La envié a la cocina para que me trajera unas flores de manzanilla. — Los ojos de Aurora recorrieron la estancia, pero no vieron a Elena.

—Te hemos extrañado en el almuerzo.

A ella le preocupó el tono conciliador de Justin.

—He estado en Redtower y he almorzado con mi hermano Andrew. — Aurora se relajó ante las suaves fricciones que él le daba—. Casi han terminado las reformas y me siento muy orgullosa del resultado. Espero los muebles que encargué.

Justin se relajó al ver el entusiasmo con el que hablaba.

—Espero que hoy te pongas el vestido que te regalé, la modista se dio mucha prisa para terminarlo a tiempo.

Aurora contempló el bello vestido de seda color aguamarina que descansaba bien alisado en la enorme cama. El corte estaba pensado especialmente para una embarazada, ya que conseguía ocultar bastante bien la amplitud del vientre.

Siguieron conversando sobre las reformas, y después sobre la cena, cuando se dio cuenta, Aurora estaba vestida, Justin la había ayudado a vestirse mejor que su doncella, solo quedaba el pelo, pero él le pidió que se lo dejase suelto, Aurora accedió. Justin sacó un estuche que contenía una hermosa tiara de perlas diminutas. Ella solo pudo aceptar con una sonrisa. Justin era muy posesivo, pero la trataba con ternura a pesar de las circunstancias, y ella confiaba que esa actitud no cambiase porque la hacía sentir segura.

Los salones de Crimson Hill resplandecían, Aurora ignoraba de dónde salía tantos invitados porque seguían estando en el campo, aunque no olvidaba que su suegro era un duque muy importante e influyente, no solo entre la nobleza sino en el parlamento. Miró con afecto genuino a sus tres hermanos que eran en verdad apuestos: Altos, rubios, de complexión musculosa. Una sonrisa fraternal asomó a sus labios cuando divisó a su cuñado, había encontrado en él a un verdadero amigo, y, aunque en ocasiones lo notaba nervioso por su tendencia a acercarse a él excesivamente, hacía todo lo posible para que ella se sintiera cómoda. Era la única persona que no le había dicho ningún comentario hiriente o burlón. Jamie, sin proponérselo, se había ganado su gratitud. Se soltó del brazo de Justin y anduvo los pasos hasta llegar a sus hermanos.

—No debes desairar a tu esposo —la recriminó Christopher cuando llegó hasta donde estaban ellos de pie.

—Solo pretendía daros la bienvenida —se justificó ella.

—Has de esperar a que él te escolte, y debes darle la bienvenida en primer lugar a la familia de tu esposo.

Esto escapaba a la comprensión de Aurora.

—Mi familia sois vosotros, que al fin y al cabo nos unen lazos de sangre, no los escoceses —respondió en voz baja.

—En Inglaterra las costumbres son diferentes —Andrew le colocó un rizo detrás de la oreja de forma cariñosa—. Debes cumplir el protocolo como marquesa y futura duquesa.

Ella suspiró. Escuchaba esas palabras y se le encogía el corazón. Nadie la había preparado para representar un papel tan encorsetado.

—Estas normas me parecen tontas —la determinación en la voz le arrancó a Christopher un improperio.

Arthur la sujetó de forma cariñosa por el codo.

—Pero hoy las cumplirás —Arthur la condujo de nuevo hacia Justin, y ella vencida se dejó guiar por su hermano.

Jamie se apiadó de ella y le susurró al oído que su desliz había sido perdonado por su condición de extranjera. Justin seguía mirándola ceñudo, pero la fue guiando en las presentaciones, Aurora aceptaba con gracia todas las reverencias que le hacían, minutos después se sintió muy acalorada, miró su enorme barriga, y sintió deseos de refrescarse. Se disculpó un momento con su hermano Andrew que no se había separado de ella, y se marchó a su alcoba para mojarse el rostro. Cuando se encontraba bajando las escaleras, escuchó

gritos furiosos, y una voz que amaba muchísimo, logró que un escalofrío de dicha la recorriera de pies a cabeza. Bajó todo lo deprisa que le permitía su pesada barriga, pero todavía no había alcanzado la puerta del salón, cuando vio a Justin aterrizar sobre el suelo. Había una pelea en los grandes salones. Los ingleses hicieron una piña alrededor de Justin. Brandon, Jamie, y los dos primos escoceses intentaban frenar los puñetazos del noble español, pero era un soldado acostumbrado a luchar. Aunque la desventaja numérica era mucha, el hombre arremetía con una furia ciega. El resto de invitados estaban escandalizados. Cuando el filo de una espada amenazó la nuca del conde, Rodrigo paró en seco. Inmediatamente lo apresaron y lo inmovilizaron, Aurora ya no pudo contenerse más. Cruzó corriendo los pasos que la separaban de él, y se lanzó a besarlo.

—¡Soltadlo! —nadie la escuchó—. ¡Soltadlo ya! —pidió mirando a Justin, pero su esposo negó con la cabeza.

—Ha invadido una propiedad privada, y ha amenazado y golpeado a un noble inglés —explicó Devlin que no entendía quién era ese hombre, y por qué motivo había golpeado a su primogénito.

—¡Es mi tío! —exclamó atónita.

¿Acaso no veían el parecido entre ambos?, se preguntó.

—Nos marchamos ahora mismo —Rodrigo logró zafarse de las manos que lo mantenían sujeto, y vio como uno de los ingleses agarraba a su sobrina y la retenía.

—Ella no puede marcharse —las palabras de Justin le hicieron entrecerrar los ojos a Rodrigo—. Este es su hogar, y ahora nosotros somos su familia.

Aurora intervino.

—¡Por Dios, soltadlo! —ella intentaba liberarse de las manos de Justin sin conseguirlo.

Él seguía sujetándola por los hombros. Rodrigo entrecerró los ojos.

—Suéltala inglés, y es posible que vivas hasta mañana.

La voz del español tenía la candencia de la muerte silenciosa.

—No abandonaré Crimson Hill —ante la negativa de Justin, Aurora lo miró llena de impotencia.

Observó a su tío con una ternura tan profunda, que verlo amenazado con una espada hiriéndole el cuello, la llenó de una furia ciega

—Justin, solo quiero hablar con mi tío, prometo que no me marcharé.

—¿Tengo tu promesa de no abandonarás Crimson Hill?

Justin veía en los ojos del español que Aurora se marcharía con él.

Cuando el conde llegó de improviso a la fiesta, no se presentó, se dirigió directamente hacia él, y lo golpeó. Como no se esperaba ese ataque, no pudo evitar caer al suelo. Lo que había sucedido después seguía confuso en su cerebro. Había temido la llegada del tío de ella, y había resultado tal y como había esperado.

—Ni mi tío ni yo abandonaremos la casa —con esas palabras había conseguido aplacar los ánimos de los dos.

La entrada abrupta de John Beresford junto con su aya, Diego, y varios hombres armados de su tío, hizo inclinarse la balanza hacia el otro lado. Al momento, el ruido de espadas que se entrechocaban resultó ensordecedor. ¡Espadas en una fiesta! ¿De dónde habían salido los soldados ingleses que se batían con los españoles? El enorme salón había quedado dividido en dos bandas claramente diferenciadas en número, y miró desafiante hacia sus hermanos que no participaban, habían elegido la neutralidad. Su padre la sujetó por los hombros y la apartó de Justin que daba órdenes para que dejaran de luchar, pero con el ruido de las espadas, los insultos y los gritos que proferían los hombres, no se le escuchaba. Aurora lo miraba todo con horror, y, de pronto, divisó a su abuela justo enfrente donde tenía lugar la pelea. Su abuela la miraba con unos ojos llenos de un profundo arrepentimiento. Ella, no pensó ni por un instante que intentar alcanzarla podría resultar mortal entre los hombres que batían sus espadas con una fuerza implacable. Ya no escuchaba, solo tenía ojos para ella, y, antes de que la cordura hiciese mella en su cerebro, comenzó a recorrer los pasos que las separaban. Casi había llegado, casi podía rozarla, pero de pronto sintió el acero frío atravesarle la tierna carne, y, aun así, no se detuvo, solo quería alcanzarla para poder encerrarse entre sus brazos. Ya estaba junto a ella, pero antes de alzar la mano para acariciarla, la herida recibida le provocó un gemido, cayó de rodillas al suelo.

Justin la miró: el vestido aguamarina de Aurora lucía una flor de sangre a la altura del pecho que no presagiaba nada bueno.

El doctor acababa de llegar. Eulalia había limpiado la herida que tenía una profundidad alarmante, rogaba para que ningún trozo de tela se hubiese quedado dentro, pero solo podía rezar, y rezar era lo único que había hecho desde que había puesto un pie en esa maldita isla. La casa había quedado en silencio salvo por los sollozos de una abuela inconsolable. Lo que había comenzado como una fiesta familiar, se había tornado en un duelo.

La habitación de Aurora era un trasiego de pies corriendo de un lugar a otro sin pararse en ningún sitio. El doctor daba órdenes que eran cumplidas de inmediato, pero ello no aliviaba la enorme carga de culpa que pesaba sobre todos.

Rodrigo, de pie a un lado de la enorme chimenea, miraba a Justin con una frialdad que provocaba escalofríos, y Justin le devolvía la mirada con la superioridad propia de su rango. No se dirigían la palabra, las miradas bastaban y decían todo aquello que callaban. Rodrigo necesitaba mantener las manos ocupadas o haría algo de lo que después se arrepentiría sin duda. Jamie se había encargado de apaciguar al resto de la familia, y les había pedido que dejaran la casa, él les mantendría informados de todo. Mandó a la servidumbre que recogieran todo con el máximo silencio posible, y mientras esperaban, sirvió a la mayoría de los hombres copas de coñac bien cargadas.

Justin vació la suya de un trago. Rodrigo no cogió la suya, seguía con la mirada clavada en el inglés decidiendo si valdría la pena matarlo ahora, o esperar a que Aurora se lo pidiese. Sentía una rabia incontenible. La entrada del doctor a la sala los había dejado expectantes. Miró todos los rostros decidiendo a quién debía informar del estado de la dama.

—Lord Penword, la herida está limpia y suturada, aunque me temo que se ha adelantado el parto. Preveo que faltarán todavía algunas horas, y me he tomado la libertad de hacer llamar a una comadrona, también a una niñera.

—¿Se encuentra bien la señora? —no había sido Rodrigo quién había hecho la pregunta sino Diego.

—La marquesa trae mellizos, y temo que surgirán complicaciones —el doctor se giró hacia Justin—. Milord, ¿si hubiese que elegir?... —dejó la pregunta inconclusa, y Rodrigo no fue capaz de asimilarla.

—¿A qué se refiere con elegir? —inquirió, y el doctor lo miró extrañado.

—En partos múltiples se puede dar la circunstancia de que haya dos sexos diferentes, solo pretendía constatar con lord Penword la necesidad de elección por el varón debido a la herencia en caso de que no fuese posible salvar a los dos niños.

Rodrigo lanzó un ronco bramido de furia, agarró al doctor por el cuello. Diego y Christopher lograron soltar sus manos antes de que se lo partiese.

—Suba allí arriba, haga su trabajo, y si deja morir a alguno de mis sobrinos, juro que le cortaré el cuello.

—Diego —el mencionado miró a Rodrigo—, Jared se hospeda conmigo en la posada Hartley, deseo que vayas por él, con caballos frescos puedes

estar allí en una hora, y en poco más de otra aquí —Diego hizo una inclinación de cabeza y se dio la vuelta para marcharse cuando Christopher y Andrew le pidieron permiso para acompañarlo.

Violet Cassandra, la esposa de Diego, lloraba su infortunio pues él no la había mirado ni un instante. Comprendía su desprecio, pero no por ello se conformaba. Había visto el dolor en los ojos de él mientras veía caer a su prima. La lucha sería dura, pero ella no se daría por vencida, le demostraría sus profundos sentimientos, y, gracias al hijo que venía en camino, esperaba ablandar su corazón hasta conseguir su perdón. Sufría por Aurora, confiaba que en un futuro no muy lejano olvidase su traición, y la volviese a mirar con ojos de bondad. Rezaría por su recuperación cada día mientras purgaba su desolación interna, y rogaría por su vida y la de su hijo.

A Justin el alma se le había vuelto árida. Por dos veces la vida de su esposa corría peligro, y su inminente paternidad lo cubría de incertidumbre. No había visto quién la había herido porque John la había apartado de su lado, pero cuando escuchó el grito de la anciana, y la había visto caer, se le atenazó el corazón.

—Es hora de mantener una conversación.

María, la abuela de Aurora, los miró a todos con ojos helados. Como no hablaba inglés, decidió hacerlo en francés, lengua que dominaba.

—¡Madre!... no.

Rodrigo miró a su madre con ira contenida, pero la mujer no lo escuchó.

—Es hora de tomar decisiones, de pactar acuerdos, así que no vuelvas a decirme que no es el momento —lo censuró en español.

La anciana se veía soberbia, y mostraba un temple fuera de lo normal en una persona de su edad.

—Cuando mandé a mi nieta a esta isla, esperaba que la parte de su familia que no la conocía, llegase a valorarla y cuidarla con el mismo esmero y afán como lo hubiésemos hecho nosotros si hubiese sido a la inversa. —María miró duramente a John Beresford que se sentía lleno de culpa por sus palabras—. A mi llegada, la encuentro casada sin nuestro conocimiento, también a punto de ser madre, lord Beresford, ¿cómo ha sido posible algo así? —John mantuvo silencio, María se enfrentó cara a cara con Justin.

—Comprendo su lengua —le dijo él.

María tomó aire.

—¿Se dejó seducir mi nieta? —Justin pensó que había llegado el momento de rendir cuentas, cuando iba a comenzar su explicación, su padre Devlin se lo

impidió.

—Mi hijo casi pagó con su vida el compromiso adquirido con lady Beresford.

Devlin sabía utilizar la ventaja en su favor. Mencionando el apellido paterno de su nuera, desviaba la atención sobre su hijo y lo depositaba sobre el padre.

María insistió.

—¿Se dejó seducir mi nieta, lord Penword?

—Aurora siempre se opuso al compromiso —admitió Justin sin un parpadeo.

La voz del duque los volvió a interrumpir.

—Créanme si les digo que lady Penword, marquesa de Greenthorn, nunca proclamó ninguna ofensa contra su esposo. Mi deber es mencionarlo para ser justos.

Rodrigo se atragantó con la mención del título de su sobrina.

—¿Es válido el matrimonio? —Rodrigo hizo la pregunta directamente a John, que asintió levemente con la cabeza.

—Mi padre ya había reconocido legalmente a Aurora como hija legítima —Christopher, que hasta entonces se había mantenido callado, habló en defensa de su padre—. Creímos que era lo mejor para ella.

—¿Lo mejor para ella? —vociferó Rodrigo cada vez más colérico—. Aquí nadie la ha tratado con respeto ni ha valorado su opinión. Mi sobrina estaba enamorada de Diego. Ambos tenían mi beneplácito para la boda entre ambos. Ninguno de ustedes tenía autoridad para decidir lo contrario.

El gemido involuntario de la esposa de Diego les hizo volver la cabeza a todos.

—Queremos un divorcio amistoso —María intentó que su voz sonara lo más imparcial posible.

—¡No! —exclamó Justin—. Ningún Penword se ha divorciado jamás —María lo taladró con la mirada—, y presumo que un católico español tampoco.

—Doy por hecho, lord Penword, que mi sobrina no se ha casado por la iglesia católica, ¿cierto? Una ceremonia civil puede ser disuelta. Aurora volverá a Ronda.

Eulalia no pudo contener su lengua un momento más. Ella sabía que Aurora tardaría mucho tiempo en volver al reino de España.

—Aquí ya no necesitamos hablar de un hombre y sus pecados, ni de una mujer y sus deseos. Hay dos niños que vienen al mundo, y la obligación de

todos es pensar en lo que es mejor para ellos.

—Lo mejor para esos niños es criarse en el reino de su madre —argumento María con voz pausada.

—Esos hijos tienen padre todavía, son hijos de Gran Bretaña, y aquí se quedarán, con su madre o sin ella —dijo Justin con los dientes tan apretados, que María pensó que se los partiría.

—Aquí solo se habla de los deseos de cada uno. ¿Quién habla de los deseos de Dawn? —Arthur parecía el único con un atisbo de sentido común—. Es de necios suponer, esperemos que ella exprese lo que siente, lo que desea su corazón, y entonces podréis hacer planes.

—¿Has dejado sola a mi nieta? —María estaba espantada mirando a Eulalia.

—*Jahivé* está inconsciente, solo pretendía informaros, pero no me he podido contener al ver la sarta de tonterías que se discutían en nombre de ella.

Eulalia les asestó con sus palabras una bofetada a todos.

La entrada apresurada de Diego, Christopher, y Andrew, seguidos por Jared los silenció. Justin escudriñó al doctor extranjero con cierto recelo. Las breves presentaciones no dieron lugar a una valoración más amplia porque el hombre no deseaba perder más tiempo del necesario con ellos. María lo acompañó a la alcoba de su nieta, y le dio un resumen de lo acontecido.

Mientras, Rodrigo explicaba a los presentes que su amigo Jared había tenido que abandonar el reino de España por las sospechas de traición a la corona que sobre él recaían. John ya lo había imaginado. También explicó su tardanza en llegar por culpa de la política, de las falsas pruebas que terminaban en arrestos.

María seguía en la planta superior hablando con el doctor.

—Cuánto me alegro de que estés aquí —le dijo María.

El doctor la miró sin un parpadeo.

—Tuve que elegir entre el exilio o la vida, y tu hijo me brindó la oportunidad de acompañarlo a Inglaterra.

—Me muero de preocupación por ella —María miró al amigo de su hijo, y que también conocía a su nieta.

El hombre apartó un poco los lienzos que la cubrían y apreció que el médico inglés había hecho un buen trabajo con la herida del hombro. Puso sus manos sobre el hinchado vientre de ella y notó las contracciones que indicaban que se había puesto de parto.

—Es demasiado pronto para que nazcan los niños, faltan más de dos

meses, según me ha explicado Eulalia —María apenas podía hablar.

Había sido un error mandarla a Inglaterra, pero ella había tenido que huir de la ira de la corona.

—Suele ocurrir con los embarazos múltiples, sería muy difícil para la madre traer a dos hijos con su peso correspondiente.

—¿No estás preocupado? —María estaba incrédula.

—No.

Jared miró con afecto, a la joven muchacha que había traído al mundo.

—Eulalia —el médico se giró hacia la mujer—, ya sabe lo que necesito. ¿Dónde está mi colega inglés? —preguntó el doctor—. Cuatro manos siempre son mejor que dos.

—Va a traer a una matrona y una niñera. Cree que con dos bebés prematuros van a hacer falta mucho trabajo, y creo, por una vez, que un inglés tiene razón.

Jared sonrió la ocurrencia de Eulalia.

—Te extrañamos mucho en Ronda. Dejaste muchos pacientes huérfanos.

Eulalia se ruborizó.

—Los dejé en buenas manos, las suyas.

—También extrañan a tu ayudante —le dijo señalándole a la paciente que estaba en la cama.

—Todas las desgracias que nos suceden, son culpa de la corona —contestó la mujer morena.

—María, te necesito fuera, tus nervios solo entorpecen mi trabajo, y ya sabes que te mantendré informada de todo a su debido tiempo.

María aceptó, y salió de la habitación sin rechistar, Jared, con su voz tranquila y su carácter sereno, conseguía apaciguar todos sus temores.

El silencio en la casa resultaba desquiciante, cada uno en su sitio sin ceder ni un milímetro. Rodrigo no le quitaba ojo a Justin. John miraba al duque con pesar pues la herencia de Clare solo traía desgracias a los Beresford. Pensaba en su hija, y en la ilusión que le hacía poseer Redtower, y, si no hubiese dado su palabra, se la devolvería a los Penword inmediatamente borrando cualquier acuerdo existente.

La esposa de Diego, sentada en una silla, miraba de hito en hito a su marido que la ignoraba de una forma tan descarada que las ilusiones se le estaban marchitando de forma alarmante. Brandon miraba a su cuñado, y, aunque comprendía su frialdad, su actitud lo llenaba de furia. Desde que había puesto un pie en Crimson Hill no le había dirigido ni una mirada a su hermana

pequeña. Aunque fuese lo último que hiciese en su vida, le haría reconocer la obligación que había contraído con ella.

Unos gritos dolorosos provenientes de la habitación de arriba, hicieron saltar a Justin como un resorte. A grandes zancadas se dispuso a subir de inmediato a la segunda planta, pero unas manos lo detuvieron.

—Allí no puedes hacer nada, inglés, solo entorpecer, así que aguanta los nervios.

Justin miró los ojos de Rodrigo, del mismo matiz dorado que los de Aurora, y, aunque se moría de impaciencia y preocupación, asintió con la cabeza en un breve gesto de entendimiento. Escucharon discutir a los dos doctores, y María subió las escaleras a una velocidad impensable para una persona de su edad, Rodrigo y Justin podrían competir por ver quién de los dos se había quedado más sorprendido al emprender la misma carrera escaleras arriba que ella.

Eulalia los echó con cajas destempladas, salvo a María. Les informó que el doctor hablaría con ellos de inmediato, y los instó a que volviesen al gran salón y esperasen. Las horas pasaban con una lentitud desquiciante. El «inmediatamente» de Eulalia se había convertido en cuatro horas de amargo sufrimiento.

Ambos doctores hicieron su entrada en la sala, y todos se giraron impacientes.

—El parto se ha complicado, uno de los niños viene de pie, y mi colega de profesión no comparte mi opinión sobre el método a emplear.

El médico inglés se dirigió directamente a Justin como esposo y padre de los niños.

—Me siento insultado —se quejó—. Se pone en duda mi profesionalidad.

—¿Qué opinas, Jared? —Rodrigo no se dignó mirar al otro doctor.

—No se puede dar la vuelta al bebé, es muy peligroso. En demasiadas ocasiones el bebé muere por aplastamiento del cráneo o por rotura del cuello, y eso viniendo solo, imagina con dos, no hay espacio para darle la vuelta —la mirada del médico judío era seca cuando sus ojos se posaron en su colega inglés.

—Ya sabes que confío en ti —Rodrigo se fiaba del juicio y capacidad de Jared pues le había salvado la vida a su sobrina. Aurora fue un bebé muy grande, y su hermana Inés muy pequeña.

—Si no se le da la vuelta al bebé no solo va a poner la vida de la madre en peligro sino la del mellizo —el doctor inglés no daba su brazo a torcer—.

Lo que viene de pies parece...

Rodrigo volvió a avanzar con cara de pocos amigos hacia el doctor, pero la mano de Jared lo detuvo.

—Siempre hay riesgos, amigo mío, pero yo deseo salvar a los tres, no me conformo con dos, ya me conoces. —Rodrigo asintió con la cabeza.

Jared miró a los presentes intentado averiguar quién sería el padre de los niños. Justin avanzó un paso, y le habló directamente sin pestañear.

—Estoy de acuerdo con usted, no me conformo con dos.

Jared Quenan no necesitó más aliciente, con un gesto apenas perceptible instó a su colega a que aceptara que ambos debían aunar conocimientos y ponerlos en práctica por el bien de sus pacientes, y de la medicina.

La mañana llegó con un alba reluciente, pero los miembros de la casa no habían variado su postura desde la noche anterior. Todo seguía en silencio. Un ambiente de impaciencia cubría los rostros sombríos de los que esperaban. Los gritos cesaron cuando durmieron a la futura madre con belladona, y el desconocimiento de lo que ocurría en las dependencias superiores los llenaba de incertidumbre.

El llanto apenas perceptible de un recién nacido, hizo levantar la cabeza tanto de Justin como de Rodrigo, ambos se miraron larga y pausadamente. Se entendían con la mirada sin decir una palabra, pero el fuego de los ojos del español no se había apagado ni un ápice.

Diego se había pasado parte de la noche mirando a su esposa escocesa. El semblante de ella mostraba los signos del cansancio. Deseaba odiarla porque él debía ser el padre de los hijos de Aurora, tenía ese derecho más que nadie, pero y lo habían sesgado con una indiferencia brutal. Sentía el corazón desgarrado y dividido entre el amor y el honor. Un suspiro de resignación lo hizo levantarse y acercarse a ella, le tendió la mano, y la ayudó a incorporarse. Mostrando el amago de una sonrisa, le pasó el brazo por los hombros, y la sacó fuera de la sala. Tenían mucho que hablar, decisiones que tomar, y él era un hombre que no posponía sus batallas.

Brandon miró al oficial que sujetaba galantemente a su hermana, y la garra que le estrujaba el corazón lo soltó al fin para liberarlo de la duda que lo consumía. Había temido y rogado por ella, y al fin veía una luz en el túnel oscuro en el que se encontraba.

Justin miró a sus dos hijos sin creer lo afortunado que era. Ambos eran demasiado pequeños para él, pero el doctor lo había tranquilizado, le aseguró que había traído al mundo a niños más pequeños que los suyos. Ambos eran

perfectos, hermosos como la madre. Se sintió encantado, la niña lo había cautivado desde el mismo momento que la vio. Jared le había explicado a grandes rasgos en qué había consistido el alumbramiento. Le había dado instrucciones precisas para que no permitiesen a la madre levantarse antes de diez días, y le mostró al heredero. El niño había nacido en segundo lugar así que su hermana le ganaba en diez minutos de vida. Según la bisabuela María, eran los dos niños más hermosos del mundo, y Justin estaba deseoso de que despertase la madre para darle las gracias.

## CAPÍTULO 21

Aurora sintió al fin la tierra firme bajo sus pies.

Durante días había creído que no podría ponerse firme jamás, y la recompensa había sido sus dos hermosos niños. Niños que a las cuatro semanas y media seguían sin nombre porque sus padres no se ponían de acuerdo. El duque era un hueso duro de roer pues se negaba en rotundo a que sus nietos llevasen nombres en español, y ella deseaba que no llevasen nombres ingleses. Miró de nuevo los rostros perfectos de sus hijos, y se asombraba del apetito insaciable que tenían. Habían contratado dos amas de cría porque ella no había sido capaz de alimentarlos a los dos, y se sentía satisfecha porque crecían de una forma sana y muy rápida. Acarició con suavidad la cabeza dorada de su primogénito. Ya se apreciaban en él los rasgos de su tío materno, opinión que discutía Justin de forma vehemente, los dorados ojos ambarinos eran los mismos de ella, para deleite de su abuela María. Pero la niña de pelo castaño cobrizo, y ojos de color plata líquida, era la debilidad tanto de los Penword como de los Beresford. Los cuatro tíos la custodiaban y la mimaban constantemente, hecho que ponía a Eulalia fuera de sí al tener que echarlos continuamente de la alcoba infantil. Solía regañarlos severamente por sus continuas peleas por cogerla, y Aurora los defendía porque creía sinceramente que los mimos y caricias no podrían perjudicarla.

La entrada de Justin en la alcoba la sacó de sus pensamientos.

—¿Están despiertos? —ella negó con la cabeza—. Hoy pienso ser el primero en abrazarlos, esa jauría Beresford me saca de quicio. —Justin se acercó silencioso hasta las cunas cercanas a los altos ventanales.

María insistía en la necesidad de que a los niños le diese la claridad del día, y el sol de la mañana, ambos habían optado por cumplir la mayoría de sus deseos sin rechistar. Era una mujer a la cual no se le podía discutir una orden sin salir perjudicado. Justin se inclinó sobre los bebés, y, sin mediar palabra con la madre, alzó a la niña y la acunó junto a su corazón. La meció con suavidad y una ternura inusitada. Aurora entrecerró los ojos al verlo, la preferencia tan clara sobre la niña le parecía inadecuada, debería regañarlo para que no desplazara al varón. Observó la amplia sonrisa que le prodigaba a la niña, las suaves palabras que le decía, mientras con el dedo índice le acariciaba la sonrosada mejilla, y se ablandó, le regañaría más tarde.

—¿Ha cambiado de opinión el duque? —le hizo la misma pregunta y a la misma hora.

—Mi padre no termina de aceptar que soy yo el que tiene la última palabra.

Aurora no pudo evitar sonreír.

—Disculpa Justin, pero los avatares que sorteé para traerlos al mundo, me dan el derecho sobre la decisión de sus nombres.

—Es hora de ponernos de acuerdo *sorceress*, han de ser bautizados.

—¿Cómo católicos? —preguntó con tiento.

—Como anglicanos —respondió seriamente.

—¿Y por qué no dejamos que crezcan y elijan ellos a qué iglesia desean pertenecer?

—Son ingleses, y han de ser bautizados como tal —Justin sonrió, y Aurora se cruzó de brazos.

—Tendrán las dos creencias —esas palabras sí consiguieron que Justin la tomara en serio—. No comprendo por qué motivo le resulta tan desagradable que sean tanto españoles como ingleses, le recuerdo que está casado con una española.

Justin tenía sus motivos personales, y no capituló.

—Te di mi palabra de que serías libre si lo deseabas, pero mis hijos serán criados en Inglaterra, y me gustaría que fuese con su madre. —Aurora se mordió el labio pensativa, en ese punto Justin era inamovible—. Y he de mencionarte que las mezclas de nombre no suenan apropiadas.

Así había descartado de un plumazo las sugerencias de ella.

—¿Qué tiene de malo llamarse Juan Rodrigo de Penword y Velasco? —Justin soltó un suspiro, volvió a dejar a su hija en la cuna, y la miró con sus ojos grises burlones.

—Te olvidas, querida esposa, que ahora eres una Beresford, con lo cual tu primogénito se llamaría John Roderick Penword Beresford. ¿No te parece algo pomposo? —Aurora arrugó la nariz de inmediato porque Justin tenía razón—. Creo que un Justin Roderick Penword es suficiente.

La atizó sabiendo que saltaría de inmediato.

—¿Por qué insiste en lo mismo? —había comenzado a cepillarse el pelo con demasiada fuerza, Justin le arrancó el cepillo y con suaves pasadas la peinó mientras contemplaba su ira.

—¿Porque soy el padre del heredero?

—Bien —aceptó ella—, entonces se llamará Roderick Clayton Penword. —Justin asintió de inmediato—. Y la niña se llamará... —no la dejó terminar.

Justin le tiró del pelo hacia atrás para silenciarle la boca.

—Mary Dawn Eleanor Penword.

Ella repitió sus mismas palabras de hacía un momento.

—Es un nombre demasiado pomposo y largo para una niña tan pequeña.

Justin no dio su brazo a torcer.

—Por deferencia a ti, te dejé elegir el nombre de uno de ellos, aceptaste elegir el nombre de nuestro hijo, es de justicia que yo elija el de nuestra hija —Aurora terminó aceptando—. Cuando estén en Inglaterra se llamarán con su nombre inglés, y cuando visiten tu reino se llamarán por su nombre español.

Diego se había marchado a Escocia con su familia política. Aurora lamentaba no haberse despedido de él, pero tras una conversación larga con su tío había aceptado muchos cambios, y todos decisivos. Se encontraba en una situación difícil porque, aunque deseaba abandonar Inglaterra, no podía dejar a sus pequeños, y Justin era implacable en ese asunto. Tanto Rodrigo como su abuela se alojaban en Whitam Hall, aunque pronto se mudarían a Redtower por petición de ella. Su abuela no podía pisar el reino de España, y Rodrigo había aceptado un permiso indefinido voluntario del ejército español donde había servido durante tantos años. Su tío le había explicado los arreglos titánicos que había efectuado John Beresford para traerlo a Inglaterra. Así quedaban explicadas las semanas de ausencia de su padre y de su aya: ausencia que ella no había entendido hasta el último momento. Aurora siguió mirando los jardines, el verano en Inglaterra resultó muy agradable para sorpresa suya. Olía la mezcla de fragancias de las diferentes rosas que había plantadas en los jardines traseros de la mansión, y la melancolía volvió a instalarse en ella nuevamente.

Justin la vio sentada en un banco comiendo unos frutos. Siempre estaba comiendo algo, y ese hecho le arrancó una sonrisa. Estaba de espaldas a él, y ella no lo vio acercarse.

—¿Permites que te acompañe, Dawn?

Aurora casi extrañaba que ya no la llamase de forma burlona. Se volvió y contemplo a su marido que le ofrecía una margarita salvaje nacida entre las sofisticadas rosas, entendió el mensaje.

—Son sus jardines —le respondió todavía con la boca llena, tragó lo que tenía y lo miró con suspicacia.

—¡Nuestros jardines! —corrigió él.

—Los jardines del duque —la vio sonreír, y supo que le gustaba

acicatearlo—. Creo que Crimson Hill un nombre muy apropiado.

—Presumo que te gustan los jardines del duque, como tú los llamas.

Aurora sonrió con placer anticipado.

—No entendía por qué la casa se llama *Colina Carmesí* hasta que contemplé con mis propios ojos la variedad de flores de ese color que hay a su alrededor. Alzo mis ojos y se pierden en el horizonte carmesí, realmente es un nombre que me encanta.

Justin se sintió orgulloso de que Crimson Hill le gustase tanto como a él.

—¿Te sientes cansada? —la pregunta era sincera.

—No, he deseado tanto poder mover mis pies, que un poco de molestia me resulta insignificante.

La recuperación había sido asombrosamente fácil y rápida. La juventud de ella y la extraordinaria salud que había tenido desde niña habían obrado el milagro. La miró de nuevo y vio en las profundidades ambarinas una melancolía que lo sacudió.

—¿Me odias todavía? —ella alzó la cabeza y lo miró, con sorpresa primero, y con cautela después.

—Nunca lo he odiado —le respondió franca.

Él, seguía suspirando porque ella seguía sin tutearle, cosa que le molestaba porque tuteaba incluso al duque, todos eran dignos de ser nombrados con familiaridad salvo él, y seguía sin comprender cuál era la razón.

—Tenías todo el derecho del mundo por la forma tan censurable en la que te traté.

—Pero yo lo he olvidado y no deseo recordarlo.

Le confesó. Justin la miró atónito y le replicó.

—Cualquier muchacha inglesa hubiese reaccionado de forma muy diferente a ti si hubiese recibido el mismo trato.

Aurora se encrespó porque pensó que la estaba insultando.

—Puedo imaginarlo... —dijo pensativa—. Usted ya había decidido que me poseería en todos los sentidos —Justin carraspeó ante el recuerdo de sus palabras, ella continuó—. Yo solo podía retrasar el desenlace, aunque no tuve mucho éxito, ¿verdad?

Justin la miró muy serio.

—Podías haberme acusado ante tu familia. —Aurora lo miró directamente.

—Eso es lo que usted pretendía para atraparme, y yo no pensaba seguirle

el juego.

—Te arrebaté la inocencia Dawn, y me cuesta creer lo poco que significó para ti cuando para cualquier muchacha inglesa la virginidad es lo más valioso de su persona.

Aurora lo miró incrédula.

—Pues que poco valor tienen las inglesas, milord, si la virginidad es lo más meritorio de su persona. —Justin la miró con sorpresa—. El valor de una mujer no es su virginidad, ni su dote ni su linaje. —Justin la miraba serio, y ella continuó—. Lo más valioso de mi persona son los sentimientos profundos que albergo por la vida. El carácter que me define, y mi grado de lealtad para mi familia y amigos —Justin seguía escéptico—. Cualquier hombre español apreciaría todas esas cualidades en una mujer mucho más que la virginidad.

—Estás presuponiendo demasiado de los hombres —Si deseaba molestarla no lo consiguió—. ¿O hablas por el señor Vélchez?

—He citado textualmente las palabras de mi tío el conde de Ayllón, y él se merece mi mayor respeto y credibilidad.

Justin se mantuvo callado, no deseaba ningún altercado más con ella. Tenían asuntos que resolver.

—Hemos formado una bonita familia, y tenemos que tomar decisiones para el futuro.

Aurora lo miró sin un pestañeo.

—Mi futuro no incluye más niños —le dijo ella muy rápido.

Él, se quedó sin habla durante un momento.

—Hay formas de evitar el embarazo.

Ella lo miró confusa durante un segundo, e iracunda dos segundos después.

—¿Por qué en la cabaña no evitó mi embarazo? —Justin se sentía bastante incómodo.

—Lo que ocurrió en la cabaña no fue premeditado, lo juro. Deseaba atraparte y lo conseguí. Tuve una suerte endemoniada.

—¡Pero no me dio oportunidad de elección! —carraspeó violenta.

—Ya habías elegido, solo traté de variar tus prioridades.

—¡Jugó sucio! —ella seguía dolida y no lo ocultó.

—En la guerra y en el amor todo vale.

—¡Pero no lo amo! ¿Acaso no tiene orgullo? —ella seguía machacando su corazón sin piedad.

—En una conversación que mantuve con Eulalia mientras me recuperaba, me confesó que Diego no sería para ti. Eso inclinó la balanza a mi favor y

aplacó mis dudas sepultando la indecisión que me producía el intentar seducirte.

—Yo tenía una opinión bastante diferenciada entre seducir y forzar.

A Justin le avergonzó más la ausencia de reproche que la palabra misma.

—Nunca podré perdonarme el dolor que te causé. Me sentí rechazado, dolido, y te habías metido en mi sangre sin que yo pudiese hacer nada al respecto.

Aurora apretó los labios ofendida por sus palabras.

—¡Jamás hice nada que lo alentase! —Justin asintió pesaroso.

—Había un acuerdo y yo estaba enamorado. Son dos razones válidas para perder la razón, y tu sola presencia hace que la pierda constantemente.

Aurora negó con la cabeza.

—Yo le dije que estaba enamorada. Despreció mis valores, y me obligó a aceptar sus atenciones a pesar de mis protestas.

—El acuerdo te convertía prácticamente en mi esposa, y nadie podía cambiar eso —afirmó.

Ella agradecía la sinceridad.

—Necesito tiempo y distancia lord Penword.

—Tiempo sí, distancia no. —Ella entrecerró los ojos cansada—. Pienso darte todo el tiempo que necesites, pero no pienso mantenerme alejado de ti.

—¿Por qué? —no entendía los motivos, y eso la exasperaba.

—Porque no pienso mantenerme separado de mis hijos.

Aurora se quedó callada durante unos momentos. Pensaba en los acuerdos nupciales que tanto perjudicaban a las mujeres.

—Deseo que anule el acuerdo nupcial entre el hijo de Brandon y mi hija.

—Nuestra hija —la corrigió—. No puedo anular el acuerdo, créeme —esa circunstancia le pesaba muchísimo.

—Entiendo, es por la Redtower, ¿verdad? Es mi herencia, pasará a Mary, y un enlace con Brandon asegura la permanencia en la familia Penword — Justin asintió—. Anule el acuerdo, es la única merced que le solicito.

Justin la miró pensativo.

—Mi primo Brandon no aceptará. —Aurora rio sin ganas. Justin la miró largamente—. Tienes mi palabra: no romperé el acuerdo —ella iba a protestar, pero él continuó—. Sin embargo, dejaré que sea nuestra hija quien tenga la última palabra —Con esa promesa podía sentirse satisfecha—. Ahora yo quiero una promesa en retribución. —Aurora lo miró con desconfianza, si bien aceptó. Lo que era justo, era justo para ambos—. Te quiero en mi lecho

—ella comenzaba a negar con la cabeza de forma enérgica—. Tienes mi palabra de que no te forzaré a que me respondas.

—Los ingleses no duermen con sus esposas.

Justin sonrió con secretismo porque sabía la realidad de esa afirmación. Los matrimonios pactados nunca eran por amor, por eso las relaciones físicas entre ambos cónyuges se limitaban a la procreación de vástagos.

—Estar casado con una española hace que se me pegue alguna de sus malas costumbres.

El tono de Justin era ligero.

—Yo no tengo malas costumbres —la había picado con su comentario.

Era tan fácil provocarla.

—Los españoles abrazan absolutamente todo lo que se mueve, si eso no es una mala costumbre...

Aurora lo miró, y tardó una eternidad en apartar la mirada. Justin tenía el estómago hecho un nudo. Finalmente ella aceptó, y Justin creyó por un momento que iba a desmayarse de alivio.

## CAPÍTULO 22

Tanto el duque como Justin estaban asombrados al ver con sus propios ojos la enormidad de la reforma que Aurora había efectuado en Redtower. El castillo estaba protegido por una alta muralla de unos tres metros de altura, y, desde la puerta, accedieron al recinto amurallado. Aurora había mandado reparar las caballerizas, las cisternas que también se podían utilizar como almacenes de grano, y el pozo. Había destinado el cuartel de los soldados para los mozos de cuadra y criados, serían sus habitaciones particulares. Cuando Justin vio el patio interior cubierto desde el que se accedía desde la escalera, se quedó sin habla, ella le había explicado que con tanta lluvia como había en Inglaterra, había ideado un sistema inventado por el arquitecto para evitar que el patio siempre estuviese mojado, y con ello ensuciar el resto de las dependencias. Las cocinas habían sido restauradas por completo, así como el almacén de comida. Desde el inmenso patio ahora cubierto, se accedía al primer piso, donde un gran comedor, que hacía en ocasiones de sala de audiencia, había sido restaurado con enormes paneles de madera de fresno. Las grandes ventanas estaban cerradas con cristales emplomados con colores cálidos, de esta forma se impedía la entrada de lluvia, de frío, y polvo. El suelo de barro cocido de todas las dependencias, exceptuando la enorme cocina, había sido sustituido por tablones gruesos de madera de cerezo rojo. Pero la zona más comentada de la reforma, fue la alcoba principal, totalmente blanca, y con ligeros toques azules. Las bellas plantas verdes le daban una apariencia original. La cama baja y ancha tenía una colcha nívea, Aurora había mandado confeccionar almohadones que cubrían la mayor parte de la cama. Transparentes gasas blancas de seda colgaban del techo al suelo rodeándola de intimidad. Cruzó los pasos hacia un rincón donde unos peldaños de mármol blanco llevaban hacia un recinto inferior donde se encontraba una alberca rectangular. El cuarto tenía una abertura lateral a través de la cual la piscina fluía hacia fuera, hacia un pequeño jardín privado y comunicado con el patio interior.

El aclamado arquitecto explicó de forma breve, que se había construido la alberca encima de las cocinas porque las enormes chimeneas mantendrían el agua caliente en invierno. El sistema de evacuación de la piscina había sido ideado expresamente por él. El castillo tenía un total de quince alcobas, y cada una había sido decorada con un estilo diferente pero elegante. La alcoba que había asignado para su suegro la había decorado en tonos dorados y la

llamaba «Alcoba Ducal». Devlin Charles Penword, duque de Arun, estaba realmente emocionado por los honores con los que le honraba su nuera. Grandes alfombras cubrían la mayoría de los suelos, y tapices ricamente bordados, cubrían las paredes del enorme salón. Aurora estaba realmente satisfecha con el resultado. Un castillo viejo y abandonado se había convertido en una mansión digna de un rey.

—Has hecho un trabajo formidable.

Aurora no esperaba las palabras de Jamie, y, con una sonrisa, abrazó a su cuñado con un afecto nacido del corazón, gesto de cariño que él aceptó sin replicar.

—Debes de haber arruinado a mi hermano —ella lo miró con sorpresa.

—He de sacarte de un error: todo lo que ves ha salido de mi dinero, tu hermano no ha puesto ni una libra.

—Una cosa más, Dawn. —Jamie se paró en la entrada de la gran sala, y la detuvo un momento junto a él—. No debería ser yo el que te informara de esto, pero en vista de que mi hermano piensa callar... —Aurora estaba intrigada, y lo miró con ojos inquisitivos—. Casey ha tenido un varoncito. —Ella suspiro de forma larga—. Lleva el nombre de Miguel por el padre de Diego. Es un hermoso bebé —Jamie la observó un instante—. Creí que te gustaría saberlo.

Aurora lo miró con afecto.

—Eres el mejor cuñado del mundo, y un gran amigo para mí, siempre agradeceré tu apoyo, gracias, Jamie.

Justin no perdía detalle de la camaradería que existía entre su esposa y su hermano. La desconfianza crecía dentro de él sin poder evitarlo. Deseaba la misma complicidad que compartían, que ella le hiciera partícipe de sus secretos, de sus miradas, y de sus sonrisas, pero, aunque lo intentaba, no llegaba hasta el corazón de ella, Aurora no se lo permitía, y ese desaire constante lo consumía.

Aurora subió los peldaños de la casa de dos en dos en una loca carrera. Le faltaba el resuello, aunque las dos mansiones no estaba lejos, la carrera entre la casa de su padre y la de su suegro la había dejado exhausta. Había prescindido de la calesa una vez más, y sabía que el duque la amonestaría por ello. El mayordomo de los Penword le abrió la puerta antes de que ella llamase, pasó junto a él como una exhalación. No permitió que la escoltara hasta la biblioteca, ni se percató que llevaba los zapatos en la mano, el pelo

alborotado, y las mejillas sonrojadas debido al esfuerzo. Abrió la puerta con ímpetu, soltó los zapatos que cayeron al suelo con un ruido seco, y se lanzó a los brazos de su amigo Manuel. La rodeó, la alzó, y la hizo girar en círculos mientras ella gritaba de alegría a la vez que le daba besos continuamente por toda la cabeza, como hacía desde que era una niña.

Oyeron una voz carraspeando, y ambos pararon en seco sus demostraciones de afecto. Aurora no se había percatado de que no estaban solos en la biblioteca. Justin tenía el ceño fruncido, últimamente Justin se enfadaba demasiado con ella. El duque estaba demasiado serio. Jamie le sonreía, afortunadamente, alguien creía que seguía teniendo posibilidades de convertirse en una dama digna.

—Lo lamento, no pretendía ofenderles, pero hacía tantos meses que no veía a mi amigo, que me he olvidado por un momento que no me encontraba en Ronda.

Aurora se separó de Manuel, recogió sus zapatos, y salió por la puerta dejándolos a todos serios. Unos instantes después, el mayordomo abrió la puerta, y de nuevo la anunció. Ella entró con pasos suaves y cortos, se plantó delante de su invitado, le hizo una ligera inclinación con la cabeza, le extendió la mano para que se la besase, e inmediatamente después se dirigió hacia su marido, y, ofreciéndole la mejilla, permitió que la besara. Saludó con la cabeza a su suegro, a su cuñado, y, volviéndose de nuevo a Manuel, lo agarró de la mano y lo medio arrastró hacia las escaleras para conducirlo a los aposentos de los bebés. Se moría de ganas de enseñarle a sus preciosidades.

—Esto es inaudito, Justin. Has de controlarla y vigilar su comportamiento. Es indigno de una dama de su posición esas muestras afectuosas en público, y, ¡por San Jorge!, no llevaba los zapatos puestos.

El duque apenas salía de su asombro, y los dos oyeron reír a Jamie con auténtico buen humor, la risa de su hermano lo descolocó.

—¿Qué te parece tan gracioso? —con el hielo de la voz de Justin se podría congelar la laguna, pensó Jamie.

—En mi opinión, Dawn es perfectamente capaz de comportarse como se espera en una dama de su rango, ¡por favor, dejadla respirar un poco! Cuánto más la controléis, tanto más aflorará su carácter espontáneo.

—¿Y desde cuándo conoces tan bien a mi esposa?

Jamie miró a su hermano incrédulo.

—Esa pregunta está de más Justin, pero salta a la vista de todos los que no estamos ciegos, que es una encantadora muchacha de dieciocho años. Está

llena de vida, de energía, y los dos solo veis sus defectos, y lo más gracioso es que no tiene ninguno, por si deseáis mi opinión.

—¡Nadie te ha pedido tu opinión! —Justin estaba celoso.

—Pues yo en tu lugar no estaría aquí discutiendo la opinión no deseada de mi hermano menor. Estaría arriba con mi esposa, y disfrutando de mostrar esos dos bellísimos hijos que tienes. Nada me haría más feliz que ver la envidia tinter la cara de ese, ¿cómo dice nuestra, Dawn? Sí, gabacho licenciado.

Jamie reía cuando cerró la puerta de la sala.

Justin maldijo por lo bajo porque su hermano tenía razón. Se pasaba los días organizándole la vida, controlando lo que hacía y decía. Aunque le molestaba profundamente que se pasara los días en casa de su padre o en la Torre Roja, debía reconocer, que, para una muchacha de su edad, tantas normas rígidas debían resultar descorazonadoras, y comprendía hasta cierto punto sus escapadas hacia algo de libertad.

—Regreso en un momento, padre, mande preparar el té para nuestro invitado.

Justin abrió la puerta de la alcoba de los mellizos, y los encontró sentados en la gran alfombra delante de la chimenea. Ambos les hablaban a los bebés, que reían y hacían gorgoritos muy graciosos. Ella lo miró, y extendió su mano para invitarlo a sentarse junto a ellos, aceptó la invitación sin titubear.

—Manuel dice que son unos niños muy guapos.

Justin pensó en el orgullo maternal que se advertía en las palabras de ella.

—No hay unos niños más bellos en toda Inglaterra que los nuestros —respondió ufano.

—La preciosa niña que tienes en brazos se llama Aurora María, y, este bribón con ojos de bandido se llama Rodrigo.

Justin hizo una mueca porque vio que su mujercita cambiaba los nombres según le parecía.

—Lo que mi adorable esposa en realidad quiere decir es que el nombre de la niña es Mary Dawn Eleanor Penword, y el del niño es Roderick Clayton Penword.

Aurora le dio un codazo, pero él ni se inmutó.

—Los dos se parecen a ti Aurora. —Justin pensó que el francés deliraba, su niñita era el vivo retrato de él, si hasta tenían el mismo color de ojos—. Y no hay duda que esos ojos dorados son del tío Rodrigo. —El francés no llegaría a los treinta años, pensó Justin.

—Deja de acicatear a Justin. —Ahora el codazo se lo llevo el galo—.

Ambos tienen cosas de los dos, físicamente se parecen a mí, y en el carácter también, eso es innegable, pero por supuesto, de su padre tienen... tienen el apellido.

Manuel no pudo contener la carcajada, y ahora fue ella la que recibió un codazo de Justin.

—Solo bromeaba, querido.

A Justin le gustaba la intimidad que compartían los dos sentados en la alfombra.

—Roderick tiene un hoyuelo muy simpático. —El dedo índice de Manuel acariciaba la mejilla del bebé.

—Es el mismo que tiene mi hermano Andrew. Ese hoyuelo será la perdición de las chicas, te lo aseguro.

—¿Todavía sigues negando el color de tu pelo? Tu hija demuestra lo contrario

—Va a ser la pelirroja más peligrosa de todas las islas británicas —afirmo Justin.

Aurora miró a su marido con atención.

—¿Te quedarás a cenar Manuel? Tenemos mucho que conversar.

—Hoy no, le he prometido a tu tío que me quedaré en Redtower, le traigo varias cartas de mi padre. Sabes que tienen negocios juntos.

—¿Y cuándo te marchas? —había pena en la voz de ella.

—Las clases no empiezan hasta el miércoles, todavía tenemos el fin de semana.

## CAPÍTULO 23

Rodrigo oía discutir a su sobrina con el duque, y un suspiro de resignación escapó de su garganta. Debía mantener una conversación con ella. Miró al abogado que lo acompañaba sentado en el gran despacho de Crimson Hill, y vio lo azorado que se encontraba ante la situación. Le sonrió amablemente para que relajara sus músculos tensos por la espera. Volvió la cabeza hacia Justin intentando escrutar su rostro ante lo que oía, pero él se mantenía impassible. Sus ojos no dejaban traslucir nada. La puerta se abrió de repente, y Aurora miró a los tres hombres que la esperaban silenciosos. Estaba acalorada, varias guedejas se habían escapado de la redecilla que le sujetaba el pelo, y Justin comprobó con fascinación lo hermosa que se volvía con cada día que pasaba.

—¿Sigue vivo mi padre? —preguntó el esposo.

Rodrigo no pudo reprimir la sonrisa ante la pregunta de Justin. Antaño él tenía que batallar con una joven demasiado fogosa, ahora le había pasado el relevo a su sobrino político, y no le envidiaba en absoluto. Los tres hombres se levantaron cuando ella llegó hasta ellos, y tomó asiento en el único sillón que quedaba libre.

—Disculpe mi tardanza, señor Patterson, hemos tenido un problema de índole doméstica, afortunadamente, ya está solucionado.

Harold Patterson miró a su clienta, y le sonrió levemente.

—¿Qué ha sucedido esta vez *mochuelina*? —Aurora miró a su tío con adoración, y le sonrió con candor.

—Harry, nuestro cocinero, amenaza con abandonar la casa si Luisa no se marcha de inmediato de lo que él considera sus dominios, pero no ha hecho falta que se vaya, lo he despedido yo.

Aurora mostró en la mirada lo decidida que se sentía.

Justin comprendía ahora el enojo de su padre. Harry llevaba con ellos dos décadas, tendría que hablar con Aurora sobre ello y tratar de hacerle cambiar de opinión.

—Mi padre aprecia de veras a Harry, creo que no será fácil despedirlo.

Aurora miró a Justin con una mueca.

—¿Ha llegado ya mi padre? —la pregunta la dirigió a su tío.

—Me temo que sigue en Londres con tu aya Eulalia y con tu abuela.

Aurora suspiró con pena.

—He de tener una conversación larga con ellos.

—Lady Penword, su hermano Christopher me anunció que deseaba verme para que le diese una relación de sus propiedades, y el total de su efectivo.

Aurora asintió con la cabeza.

—Pero esta conversación deseaba tenerla en privado.

El abogado abrió los ojos desmesuradamente.

—Pero sería algo insólito. Su esposo querrá saber a cuánto asciende el total de su fortuna.

—Eso se lo podría haber dicho yo —le contestó con rigidez—, pero, ya que estamos aquí, no le haré perder el tiempo.

El abogado pasó a hacer un listado de propiedades que ya estaban a su nombre. Nunca habría creído que una mujer pudiese poseer tanto. Además de Redtower, poseía una cantera, una mansión arrendada en el condado de Cornualles, y una casa solariega en Escocia. El total de su fortuna en metálico ascendía a cincuenta mil libras esterlinas. Aurora estaba estupefacta, era una mujer muy rica.

—Y si contamos la dote que su padre había destinado para usted y que su marido no ha reclamado todavía, el total asciende a... —ella no le dejó terminar.

—¿Qué parte de mis propiedades seguirán en mis manos? Aurora hizo la pregunta sin pestañear.

—En caso de que usted falleciera, Redtower pasaría directamente a su hija, su esposo no puede heredarla ni venderla.

—Y si la heredera muriese sin descendencia, ¿qué pasaría con la torre?

—Es una propiedad que solo pasa de madre a hija, o a nieta.

Aurora meditó en esas palabras durante un momento.

—¿Y si nos ocurriera algo a mí y a mis hijos?

Justin no sabía a dónde quería ir a parar ella.

—La propiedad volvería de nuevo a los Beresford como ha ocurrido desde hace más de dos siglos.

Aurora meditó profundamente en las palabras del abogado.

—¿Puedo dejar la mitad del dinero a mi hija y otra propiedad a parte de Redtower? —el abogado negó con la cabeza.

—Su marido es el que dispone de su dinero, y del resto de sus propiedades, pero si llegan a un acuerdo se podría redactar un documento, y hacer efectivo el traspaso de propiedad.

—Veamos si lo he entendido... soy una mujer rica, pero no puedo disponer de mi dinero sin el consentimiento de mi marido.

—Es una forma de proteger a las herederas.

Respondió el abogado. ¡Ja! Pensó Aurora.

—Es una forma de control, y de asegurarse que ninguna mujer pueda disfrutar de su herencia sin que sea controlada por un hombre.

Rodrigo tosió. Su sobrina seguía sin controlar la lengua por muy ciertas que fueran sus palabras. Ella se sentía impotente, tenía mucho dinero, pero seguía sin poder controlarlo. Volvió a suspirar, por lo menos su hija poseería la Torre Roja y la dote que le destinase su padre.

—Justin, ¿piensa reclamar mi dote? —Rodrigo lo miró curioso por ver la respuesta que daba él.

—Pienso destinar las cincuenta mil libras para la dote de Mary Dawn, más otras cincuenta mil que pondré de mi bolsillo.

Aurora abrió los ojos con verdadero pánico. El total de la dote de su hija ascendería a cien mil libras, era una cantidad demasiado elevada. Los cazafortunas harían cola en la puerta de su casa para seducirla. Seguía especulando, debía proteger a su hija, y si prometían a Mary Dawn al heredero Vílchez, su hija estaría protegida por un suegro íntegro, y, conociendo a Diego, educaría a su hijo con el mismo valor y honor que tanto la habían cautivado a ella. Tendría que hablar con Justin sobre ello. Una alianza con la familia Vílchez era lo que más deseaba, porque era una forma de tender lazos con el amor de su vida. Despidieron al abogado, y los tres se quedaron silenciosos en el despacho, pero ella no pudo contenerse más.

—Deberíamos prometer a María con Miguel. Los Vílchez son una de las mejores familias que hay en Andalucía.

Justin negó con la cabeza, y la miró tan profundamente, que la hizo sentir incómoda.

—No deseo hablar sobre ello. —Justin miró a Rodrigo con cautela.

—¡Tío, yo también te quiero! —eran las palabras que indicaban que su tío no le estaba prestando ayuda manteniendo su silencio.

—Tu tío no tiene opinión sobre este asunto —apuntó Justin.

Rodrigo miró con ojos de acero a su sobrino político.

—Posiblemente tengas razón, pero te aseguro que pienso vigilarte muy de cerca, y me aseguraré de que no prometas a mi sobrina nieta con un inglés. —Justin carraspeó nervioso—. Por si no lo has notado —continuó con voz marcial—, será hija de un duque, nieta de un marqués, y sobrina de un conde español. Podrá ponerse una corona si así lo desea.

Aurora deseaba aplaudir con fervor a su tío, ni ella lo hubiese expresado

mejor.

—Eso es lo que pretendo que entienda —casi balbuceaba nerviosa—. Mi más sincero deseo es que María elija su destino.

—En Inglaterra los matrimonios se concertan desde la cuna, y el suyo ya está concertado.

Explicó Justin con voz neutra. Rodrigo comenzó a mostrar una cierta impaciencia.

—¿Y quién es el afortunado? —la pregunta era contenciosa, y Justin lo supo.

—El hijo de mi primo Brandon, Ian. —Justin deseaba concluir la conversación que se estaba volviendo cada vez más tirante.

—María debería tener otras opciones —afirmó sin dejar de mirar a Justin—. Y me encargaré de que así sea.

Rodrigo dio por terminada la reunión. Se levantó, y le dio un beso a su sobrina en la coronilla, le sonrió cariñoso y se marchó dejándolos solos. Aurora miró a su esposo, pensaba recordarle la promesa que le había arrancado cuando ella accedió a dormir todas las noches con él en su lecho.

—¡Me había prometido!... —no la dejó terminar.

—Te prometí que permitiría que nuestra hija eligiese llegado el momento, pero, ¿cómo sabes que no elegirá a Ian a su debido tiempo?

Ella no podía contestarle porque no adivinaba el futuro.

—Solo tiene tres meses, no pienso especular más sobre ello, aunque tiene mi palabra de que cada día le recordaré la promesa que me hizo.

Ella se levantó, pero Justin era más rápido. Logró alcanzarla antes de que llegara al umbral de la puerta, y, dándole la vuelta, le increpó.

—No he terminado todavía. Debes dejar esa costumbre de dejarme con la palabra en la boca.

Aurora estaba dolida porque Justin se mantenía impasible a sus demandas sobre el futuro de la hija de ambos.

—Su boca solo pronuncia insensateces, además de ser el hombre más terco, irrazonable, y testarudo que he conocido en mi vida.

Justin se estaba enfadando peligrosamente.

—Y tú eres la más impulsiva, temeraria y descarada de todas las mujeres que he conocido.

Aurora dejó caer los brazos indefensa.

—Aquí no estamos presumiendo de defectos, ¿verdad? Es por mi ocurrencia al sugerir una alianza con la casa Vílchez.

Justin estaba despavorido por la perspicacia de ella. Deseaba a Diego lo más lejos de ellos, y una alianza con él significaría dejarlo para siempre dentro de sus vidas. Ni loco aceptaría algo así, además, su primogénita estaba prometida al hijo de Brandon desde antes de su nacimiento para proteger la herencia de Redtower.

—Debes olvidarte de Diego.

Le ordenó. Ella tragó con dificultad, y dolida como estaba, deseaba ser lo más hiriente con él.

—¡Antes dejaría de respirar! —ese había sido un golpe bajo, pero ella había traspasado la línea de la prudencia.

—Es un hombre casado, y feliz padre de un niño.

Aurora creyó por un momento que esta conversación no tenía lugar.

—Noticia que no estaba dispuesto a darme, ¿cierto?

Él, la había agarrado de la mano y le impedía irse. Justin había perdido la capacidad de razonar y de pensar. La deseaba demasiado como para dejarla ir. Sentía la sangre hirviendo en sus venas, y, una vez más, perdió la batalla antes de comenzarla.

El beso la pilló tan de sorpresa que se hubiese caído si él no la hubiese tenido sujeta. Intentó desasirse furiosa, pero no lo consiguió. La iba arrastrando hacia el sofá, y logró tumbarla sin esfuerzo. Se dejó caer encima de ella para sujetarla. Aunque no le devolvía el beso, no se le resistía, y ello avivó su deseo más que cualquier droga.

—¡Me tienes loco de deseo! —con un ronco gruñido se apoderó de la boca femenina. No la soltó, la devoró con unas ansias nacidas de la desesperación. Aurora comenzó a debatirse, pero él no la soltaba. Había metido una de sus musculosas piernas entre las de ella para inmovilizarla, y le había sujetado las manos por encima de la cabeza. Con su boca la devoraba y con su mano izquierda comenzó un ataque a sus sentidos que la paralizaba. Ella deseaba que la entrada del duque o de su cuñado parasen los avances de Justin, pero al tener la boca cautiva por sus besos, no podía advertirle que la puerta no estaba cerrada. Le mordió el labio con fuerza, y él lanzó una maldición por lo bajo.

—¡La puerta está abierta!

Estaba escandalizada.

—La única puerta que deseo abierta en estos momentos es la de tu boca.

Aurora se cruzó con su suegro nada más salir de la biblioteca. Devlin la miró con cautela, y comprobó horrorizado que estaba completamente despeinada. Tenía el vestido arrugado, y una mirada fulminante en sus bellos ojos dorados.

—¿Te ocurre algo, Dawn?

—¡Ingleses y gatos, animales ingratos! —Devlin no entendía su estallido, aunque había entendido el refrán español.

Ella pasó de largo con un ímpetu que lo dejó desconcertado. Cerró la puerta que su nuera había dejado abierta de par en par.

—Tu esposa está realmente enfadada.

Devlin contempló la sonrisa relajada de su hijo. Estaba sentado en el enorme sillón con los pies subidos encima del gran escritorio de caoba, las manos cruzadas detrás de la nuca, y una expresión satisfecha en el rostro.

—Mi esposa servirá mis entrañas en la cena, pero hasta entonces, pienso disfrutar completamente de mi estado marital, un estado que me encanta.

El duque seguía sin comprender nada.

—Has de hablar con ella de inmediato. Ha despedido a Harry y yo no he podido convencerla de lo contrario.

La voz del duque sonó lastimosa.

—Hablaré con Harry al respecto, no debe preocuparse.

Las palabras de Justin lograron tranquilizarlo, Harry no abandonaría Crimson Hill.

Había terminado de empaquetar sus pertenencias, aprovecharía la ausencia de Justin para irse de la mansión. Sus emociones eran un caos, los sentimientos encontrados pugnaban por imponerse, y la lucha la dejaba extenuada. Se sentía traicionada. Había confiado en él y no había respetado el acuerdo. La casa estaba sola. Bajó con cuidado las escaleras llevando a uno de sus tesoros. Elena llevaba el otro. El enorme carruaje ducal estaba repleto de las pertenencias de los bebés, y ella había tenido que dejar parte de las suyas en sus aposentos, más tarde mandaría por ellas. El camino hacia Redtower fue bastante lento, pero, la ausencia de su tío le facilitó mucho las cosas. Se instaló en el castillo. Como la alcoba principal era la más grande, puso la cuna de los bebés a un lado de la enorme cama. Llenó el inmenso armario con su ropa y la de los niños. Elena y el ama de cría ocuparon la habitación que había destinado para su familia paterna. Sabía que su tío se iba

a enfadar con ella, pero no le importó, había tomado una decisión e iba a ser consecuente. Miró el rostro de sus hijos dormidos y una paz comenzó a llenarla. No se iría de Inglaterra, pero necesitaba poner distancia entre Justin y ella.

Justin se sentía nuevo. La cabalgata lo había dejado exhausto, pero había merecido la pena. Dejó al caballo en los establos después de cepillarlo, y corrió hacia sus aposentos para darse un baño antes del ritual de ver a sus hijos. Nada más entrar en el vestíbulo, el mayordomo le informó con gran pesar que lady Penword se había marchado de forma muy rápida. Justin se quedó boquiabierto debido a la sorpresa, y subió los peldaños de la imperial escalera de dos en dos. Las dependencias de su esposa estaban vacías, así como las de los niños, y un frío gélido comenzó a instalarse en su pecho. Sabía dónde había ido ella, y no esperó ni un minuto más. Bajó de nuevo las escaleras tan rápido que el mayordomo temió que se cayera y se desnucase. Volvió a ensillar al caballo, y salió de los establos como alma que lleva el diablo. Le costó cerca de treinta minutos llegar a Redtower. Desmontó sin ninguna ceremonia y entró en el castillo con una fuerza que presagiaba una batalla de voluntades.

Ella lo estaba esperando en el gran salón, de pie al lado de la chimenea. Se acercó con paso firme y decidido. La mandíbula tan apretada, que la boca se había reducido a una línea dura.

—¡Vuelve a recoger tus cosas ahora mismo! —el control sobre su voz la descorazonó.

—No pienso vivir con una persona que carece de honor y de palabra. —Él se esperaba algo así.

—Sé, que te debo una disculpa. —Los ojos de Justin parecían negros debido a la intensidad con que la miraba.

—¿Una? ¡Faltan números para contarlas! —ella hablaba con la voz elevada.

—No vas a separarme de mis hijos.

—Irme de Crimson Hill no ha sido con ese propósito.

—Estás mintiendo porque ha sido precisamente por eso.

La severa mirada de ella lo taladró.

—Mi capacidad de comprensión tenía un límite.

—No permitiré que me abandones.

—¿Por qué cuando comienzo a confiar en usted lo estropea con ese sentido de la posesión que me provoca agobio y rechazo?

Justin la miró largo rato intentado descubrir un resquicio por dónde pudiese entrar con su persuasión, pero al no encontrarlo, decidió entrar a saco.

—Si estás decidida, aceptaré que te quedes en Redtower, pero los niños se vienen conmigo.

La amenaza no la inmutó.

—Podemos resolver esto de forma civilizada.

Él, comprobó que ella le sostenía el pulso, y la quiso todavía más.

—Estamos unidos en matrimonio, y así seguiremos, debes aceptarlo de una vez.

—Me hizo una promesa sobre las relaciones físicas, necesito tiempo... — Justin la interrumpió.

—Tu cuerpo disfruta con mis atenciones —cada vez que le hacía el amor la llevaba al límite del placer.

—Mi cuerpo puede estar preparado para recibirlas, pero mi mente todavía no —ella seguía teniendo muy claro el amor que sentía hacia Diego—. Hizo una promesa que rompió sin pensarlo siquiera un segundo. Tanta inconstancia y volubilidad me hace sentir insegura.

—Te amo, te deseo, eres mi esposa, ¿no lo comprendes?

Aurora alzó los brazos con irritación, y se apartó de él con paso brusco.

—Solo necesitaba tiempo para que el afecto que comenzaba a sentir por usted fuese menos frágil.

—¿Deseas castigarme? ¿No me has perdonado aquello que pasó en la cabaña? —ella se volvió sorprendida.

¿Otra vez volvía con lo mismo?

—¿Castigarle? ¡Olé y olé! —aplaudió colérica—. Yo me he forzado a mí misma, me he arrancado sin una explicación de la casa de mi padre. He mentido, burlado, y manejado mis emociones a placer. He engañado, acosado y seducido al prometido de otra. ¿Sigo con los olés? —Justin bajó los ojos. Ella dejó caer las manos cansada—. Antes, no deseaba este matrimonio, pero pienso en los niños, y comienzo a tenerle afecto. —Reiteró ella. Justin sentía renacer sus esperanzas con cada palabra que le escuchaba—. Puede quedarse con nosotros, ocupará la habitación ducal, así no estará separado de los niños, pero yo decidiré cuándo, cómo, y dónde, deseo que me haga el amor.

Justin quería abrazarla por la sinceridad de sus palabras, pero controló el impulso con un gran esfuerzo.

—Vuelve a Crimson Hill.

Ella negó con la cabeza, y lo miró con una sonrisa tímida. Justin trató de

recuperarse del mareo que sintió cuando ella le obsequió esa sonrisa, sintió flaquear su entereza por completo.

—Aquí en mi terreno podré detener sus embates —Justin sonrió de oreja a oreja. El enfado femenino se había evaporado por completo—. ¿Por qué sonrías con tanta presunción? —le preguntó encrespada.

—Porque intentarás detener mis embates, si bien no lo conseguirás.

—¿Y por qué todo se reduce a lo mismo? ¿A hacerme el amor?

—Porque soy un hombre sano y de grades apetitos, y tú, bella mía, eres la más seductora de todas las mujeres. —Ella había comenzado a ponerse seria—. Y, porque estoy irremediabilmente enamorado de ti. Me duelen los huesos de la necesidad de abrazarte. Las entrañas se me hacen nudos cuando tus ojos miran a otro hombre que no sea yo...

—¡Basta! —exclamó seria—. Me agobian esa obsesión que puede transformarse en celos injustificados.

Él, la había arrinconado contra la pared, y había apoyado ambas manos en el muro, ella quedó presa entre ellos.

—¡Conseguiré que me ames, aunque sea lo último que haga en esta vida!

Ella ahogó una exclamación.

—Hay que pelar la naranja antes de comerla.

Justin se quedó perplejo porque no veía la similitud.

—Lo que mi sobrina intenta decir con esas enigmáticas palabras, es que forzar las situaciones no nos lleva a conseguir siempre lo que queremos.

Los dos se quedaron mirando a Rodrigo sin pestañear. No lo habían oído entrar, y Aurora se sintió mortificada, ¿cuánto habría escuchado?

—Tío, espero que no te sorprenda nuestra visita. Hemos decidido concedernos unos días de meditación. Nuestras almas necesitan analizar sus prioridades.

Menuda perorata acababa de soltarle a su tío para justificar la presencia de ambos en la torre.

—¿Tan malo es meterte en su cama?

Ella enrojeció hasta la raíz del cabello. Su tío había oído la conversación.

—No está llena de escorpiones si es eso lo que imaginas.

—Y, ¿qué piensas criatura que imagino? —No le dejaba tregua, y Justin creyó que por una vez el tío de ella estaba ayudándolo—. Ahora tienes responsabilidades, tus hijos y tu marido. Haz las paces, y llega a un acuerdo con él, será lo mejor para todos.

Rodrigo la encerró entre sus brazos, y la abrazó.

Justin se sentía azorado, todavía le costaba apreciar la afectuosidad que los españoles se mostraban en público, pero añoró con una intensidad abrumadora que su padre, el duque, lo hubiese abrazado y consolado cuando de niño lo necesitaba. Ser el primogénito de un ducado había resultado muy duro.

—Nos quedaremos unos días contigo. Luego volveremos a Crimson Hill. Justin se sintió desfallecer de alivio.

Esa misma noche, Aurora conversó largamente con su tío, como hacía cuando estaban en Ronda, ambos sentados en la amplia cocina, y bebiendo una enorme taza de chocolate caliente, Rodrigo le dio valiosos consejos que podía utilizar con Justin, y Aurora los asimiló uno a uno. Supo hacerle ver que uno debía poner al mal tiempo buena cara, y, aunque ella siempre veía el mal tiempo en su situación, consiguió hacerle crecer nuevas esperanzas. Le recordó la gran diferencia que existía entre españoles e ingleses, pero que con buena voluntad se podían salvar escollos y superar obstáculos. Aurora asimiló los consejos que le dio Rodrigo con verdadera ansia, pero sobre todo aquél en el que le dijo que él siempre estaría a su lado queriéndola, y respetando cualquier decisión que tomase.

Aurora se dispuso a retomar su vida de casada con una nueva perspectiva.

## CAPÍTULO 24

Si Justin quería su cuerpo, ella tenía un arma para negociar, al momento se rio de su propia estupidez. Había comenzado a evaluar las ventajas y desventajas de su matrimonio. Tenía un marido inglés, y dos hijos nacidos en Inglaterra. Un padre inglés, y tres hermanos ingleses. La balanza estaba muy inclinada para su desasosiego. Su tío volvería pues su aislamiento voluntario terminaría alguna vez. Su abuela había decidido quedarse el resto de sus días en Francia, antaño el reino enemigo, así que sus opciones eran limitadas. Si analizaba con frialdad su situación debía que su esposo era un hombre muy apuesto, y demasiado fogoso pues los constantes revolcones que había sufrido en las últimas dos semanas daban fe de ello. Sin embargo, ella todavía no lo amaba, no podía sacarse a Diego del corazón. Habían emprendido caminos opuestos, pero seguían unidos por parentesco, ahora se había convertido en primo: la ironía era espeluznante.

El duque criticaba sus modales constantemente: la tiranía a la que la sometía para hacer de ella una futura duquesa ejemplar, la exasperaba. Además, Jamie se había marchado a Londres, y el amigo que la escuchaba, ya no estaba para consolarla. Sus hermanos también se habían marchado pues había comenzado la temporada social... ella, no había tenido la suya.

Comenzó a golpear la tierra con la pequeña herramienta de jardinería. Intentaba arrancar unas malas hierbas en la parte más apartada del invernadero: un hermoso y enorme invernadero lleno con las más exóticas flores que había visto en su vida. Todos creían que adoraba la floricultura, pero el constante esfuerzo la ayuda a controlar ese exceso de adrenalina a la que no podía dar salida como en Ronda.

Seguía mascullando por lo bajo.

Gotas de sudor le resbalaban por entre los pechos, y el pelo se le había soltado en una maraña imposible de ordenar, eso la envalentonó. Recordó la libertad de movimiento que solía tener en su propiedad en Andalucía, y, sin pensarlo un momento, comenzó a quitarse todas las prendas superfluas que la molestaban, para dejarse solo la camisola y la falda. Libre de todas las enaguas y corsé se sentía de maravilla, fresca, y, lo más importante, ella misma. Se descalzó, se quitó las medias, y, acto seguido, comenzó a saltar en la tierra removida hundiendo los dedos de los pies en ella.

La sensación era la misma de su niñez.

—Mi linda muchachita con ojos de gata de pueblo.

Aurora se volvió de inmediato, no había oído entrar a Diego, una sensación de desconcierto se adueñó de ella. Lo miró tan precavida como sedienta. Debía ser pecado ser tan apuesto, y un ramalazo de rebeldía se encendió en sus venas calientes como si fuese pólvora en el suelo seco.

—Me alegro mucho de verte.

Le correspondió, aunque con voz trémula. Ambos se miraban con anhelo, y ninguno de los dos se movió.

—Estás tan hermosa que duele mirarte —dijo Diego apenas en un susurro.

Aurora lo miró con tanta intensidad, que la desesperación de él aumentó casi hasta enloquecerlo. En los ojos femeninos había un brillo de ira mezclado con afecto.

—¿Eres feliz, *Jahivé*? —con la pregunta se acercó un paso, y ella lo miró con un profundo dolor.

—Mi felicidad dependía de ti, y le diste la espalda por un honor mal entendido.

Diego sintió todo el peso de la culpa recaer sobre sus hombros.

—Si tan solo me hubieses dicho lo que ocurría.

Ella se estremeció compungida.

—Ahora es tarde para lamentaciones, y más para remedios.

Él, siguió contemplándola ávido. Sus ojos recorrieron el juvenil cuerpo apenas tapado con la camisola y la falda. Le recordó a la niña que andaba y jugaba como una gitana, descalza, y desaliñada, salvo que ahora, era una mujer en todo el sentido de la palabra. El sudor hacía que la fina tela de la camisola se pegase a sus pechos libres de la atadura del corsé, y él se creyó morir por la necesidad de ella.

—Me gustaría que fueses la madrina de mi hijo Miguel.

A ella se le contrajo el rostro por la conmoción que sus palabras le provocaron.

—¡No me conformo con ser la madrina! ¡Lo sabes! —los ojos de ella se anegaron en lágrimas, lágrimas que contenía a duras penas.

—Tus hijos llevarían mi nombre... serían míos, si tan solo me hubieses dicho...

Ella alzó una mano para callarlo. Las palabras se le clavaban en el corazón como dardos afilados.

—Cada día desde entonces me levanto con el alma desgarrada. La agonía que sufro, apenas me deja respirar, y el dolor de tu rechazo me sigue hiriendo como el filo de una navaja envenenada.

—Nunca te rechacé, ojos de gata. Mi honor me impidió tomarte sin la bendición de tu familia, y mi honor me llevó a la esclavitud de otro lecho que no deseo compartir.

—¡Maldito seas entonces! —exclamó Aurora entre dientes, Diego alzó los hombros en un gesto de impotencia—. Nunca te perdonaré por ello, y confío que no disfrutes nunca de ese lecho que elegiste.

Diego dio un respingo ante la intensidad de sus palabras. Si la maldición la hubiese pronunciado Eulalia, él se habría persignado.

—¿Por qué no me lo dijiste? —la acusó—. Yo te hubiese protegido.

De nuevo lo miró con un brillo peligroso que no aventuraba nada bueno.

—La trampa estaba tendida, no pudiste ni ayudarte a ti mismo. —Le reprochó con voz fría.

Diego la miró largamente. Con suma lentitud, sus dedos enredaron unos rizos de ella que atrapó y besó con una ternura.

Aurora no se movió, siguió contemplando el rostro que amaba desde niña, y entonces la soledad hizo presa en ella desbordándola. No pensó en lo que hacía, pero de pronto se lanzó a los brazos seguros de él. Su boca reclamó la suya y en unos instantes, se olvidaron de todo y de todos. Ninguno de los dos escuchó los pasos, solo la fuerte exclamación y el juramento que los hizo separarse de inmediato. Él, jadeante, ella, ruborizada. Aurora miró a Justin y vio con horror que la furia lo dominaba. Sin pensar en las consecuencias, se interpuso entre los dos rivales. Diego no hablaba, y Justin la miraba como si fuese el mismo diablo salido del infierno. Sus ojos contemplaban atónitos la casi desnudez de ella, los labios hinchados por el beso del oficial, y la ira lo cegó sin dejarlo razonar.

—Sabía de la promiscuidad española, si bien hasta ahora no me había dado por enterado.

Diego avanzó un paso en actitud amenazante, sin embargo, Aurora no le permitió el avance. Justin estaba cegado por los celos, y no medía las palabras.

—Sabía que esto podía ocurrir pues mis sentimientos por Diego no han disminuido lo más mínimo. —Las palabras de ella eran frías como el hielo, y Justin encerró sus manos en los bolsillos de sus pantalones para no enterrarlas en su cuello.

—¡Eres una perra! —explotó él, casi no podía mirarla, sentía deseos de estrangularla.

—¡Pero una perra enamorada de otro perro! —ella no midió las palabras.

Justin creía que se ahogaría con su declaración, pero no hizo ademán de avanzar. Miró con verdadero odio al hombre que sí tenía el afecto de ella.

—Tu hermano Christopher ha llegado de Londres y desea verte —Justin suspiró profundamente, dio media vuelta, y se marchó dejándolos solos.

—Debería darle una explicación.

Diego se había mantenido callado para no aumentar el problema entre ambos esposos.

Aurora clavó sus dorados ojos en él, y creyó por un instante que había perdido la cabeza.

—¿Y qué le ibas a explicar? ¿Qué estábamos plantando coles? —Diego sintió una vergüenza abrumadora—. Responde a mi pregunta, por favor, de no habernos interrumpido Justin, ¿me habrías hecho el amor? —Diego no contestó.

Se tomó un tiempo en analizar la pregunta de ella. Aurora entendió en ese silencio demasiado. El nudo que sentía en su garganta se iba haciendo más y más grande. Diego por fin habló.

—Le debes votos de fidelidad a tu marido, como yo a mi esposa.

—¿Y ya está todo dicho entre los dos? ¿Qué hacemos con este sentimiento que nos consume?

—Resignación —respondió él.

Aurora lo miró con pesar, con ansia, y con un brillo de desesperación en sus ojos ambarinos.

Diego era un hombre cabal, y el rostro de un bebé de cabello oscuro y de ojos verdes, era la mayor razón para decidirlo. Sujetó la mano de Aurora y la besó en la palma, con un beso suave y caliente. Ella pensó que moriría allí mismo, porque sabía lo que ese beso significaba para ella y el resto de su vida: un adiós definitivo.

—Lograrás ser feliz, Aurora, está en tu naturaleza.

En ese momento ella lo odió con toda su alma.

—¡Maldito tú, y maldito tu honor una vez más! —el hombre no se esperaba esa reacción por parte de ella—. Si piensas que vas a ser feliz con esa mujer, te equivocas, te auguro un sufrimiento extremo, y será merecido.

La escuchó, e hizo un gesto con los hombros de indiferencia. Se alejó de ella, y, sin mirar atrás, salió dejándola sumida en un abismo negro.

Justin deseaba odiarla, pero no podía, no, cuando sabía que ella siempre había sido sincera con él y sus sentimientos. Dolía demasiado quererla y no sentirse dueño de su cariño. Su infidelidad en el invernadero merecía un castigo ejemplar como el divorcio y la humillación pública, pero la amaba. Y durante horas había valorado la forma de castigarla, y solo encontró una. Tras mucho meditarlo, había tomado una decisión, y nada le haría cambiar de opinión. La boca se le curvó en una mueca amarga y decidió comenzar su castigo de inmediato.

Aurora acababa de darse un baño, Elena la ayudaba a secarse.

—Márchate Elena, Justin me ayudará.

La doncella acató la orden sin rechistar. Los ojos de lord Penword abrasaban. Aurora lo miró sin temor aun sabiendo que él deseaba que purgase todos los pecados del mundo. Ella tenía el corazón seco debido a los rechazos de Diego, y la única persona que tenía a mano para calmar su furia era su arrogante marido inglés.

—En el invernadero no ocurrió nada —trató de justificarse.

—¿Y si yo no hubiese llegado para comunicarte que tu hermano Christopher había llegado de Londres?

—Diego es un hombre de honor.

Justin apretó los dientes hasta el punto de crujiros.

—¿Y tú? —ella decidió mostrarse sincera.

—Yo le habría permitido que me hiciera el amor...

Él, ya no dijo nada más, las palabras de ella se le habían clavado en el corazón. Se lanzó sobre ella, y sin ninguna contemplación, le arrancó el gran lienzo que usaba para secarse. Miró con lascivia el cuerpo húmedo, y la alzó en brazos para llevarla hasta el lecho.

¡Estaba lleno de cólera! Ella había admitido su deseo de serle infiel, y él no podía pensar con lógica. Los besos que le daba eran duros, pero su esposa se los devolvía con la misma intensidad. Un frenesí desmedido hizo presa de ella, y Aurora comenzó a devorarlo con las mismas ansias que él. Devolvió beso por beso, caricia por caricia, y el castigo que Justin tenía previsto darle se convirtió en una necesidad de afecto que no conocía límites.

La boca de él atrapó la lengua femenina y ya no la soltó. Aurora se retorció como una serpiente impaciente, pero Justin calmaba su ímpetu con promesas en su oído de satisfacción plena. Memorizó cada parte de su cuerpo, cada centímetro de piel satinada, se emborrachó con su sabor, y complaciente

en el abismo del deseo insatisfecho, la penetró con fuerza y se hundió en el vientre de ella que lo acogió como una vaina a su espada. Justin creía que podía morir del placer que le producía el solo hecho de sentirse en su cálido interior, pero Aurora tenía otros planes a seguir. Comenzó un suave balanceo que se tornó en una galopada furiosa, cruzó las piernas sobre la cintura de él para impedirle la retirada de su centro. Bailó, se contoneó, mientras con su boca seguía hurgando, buscando. Las embestidas de Justin la hacían gemir con placer anticipado, elevándola una y otra vez a la cúspide de la pequeña muerte deseada, un empuje más, solo uno para liberarse de la tensión que atenazaba su vientre con una espiral dolorosa, librarse de la impotencia y la amargura de los sentimientos no correspondidos. Aurora sintió el cambio de Justin, sus besos se habían vuelto tiernos, suaves. Sus manos la acariciaban, no para castigarla, sino para rendirse ante ella, y ambos perdieron la lucha aun antes de haberla comenzado. Ella, dolida, él, despechado, pero los dos sufriendo por un amor no correspondido. Aurora grito cuando el orgasmo la llenó por completo, y, Justin, al oírla, no pudo contener su culminación. Con un rugido gutural se desplomó sobre el cuerpo de su mujer completamente saciado.

Cuando Aurora despertó horas más tarde, Justin se había ido, le había dejado una nota exenta de emoción con unas breves palabras que le decían: «Estaré en Escocia unas semanas, cuando vuelva, hablaremos». ¡Se había llevado a los niños sin decirle una palabra y sin consultarle! El duque tampoco estaba. ¡Podría volverse loca! ¿Qué estaría pensando Justin para hacer algo así?

Preguntó al leal mayordomo a qué parte de Escocia se habían marchado el duque y su marido, pero Adam solo pudo responderle que el duque poseía una mansión en Edimburgo, así como una casa solariega en Invernen, y que podría estar en cualquiera de las dos, e incluso haber subido a las tierras altas con la familia de Brandon. Aurora pensó en sus dos niños pequeños lejos de ella, de su cariño, y una cólera amarga comenzó a anidar en su pecho, a llenarla de una calma negra. Utilizar a sus hijos para castigarla era la más cruel de las perfidias, y, ella, que le había perdonado todo, no pensaba olvidar, estaba más allá de cualquier razonamiento y lógica. Se tragó su orgullo y fue en busca de su tío. En breves palabras le contó lo que Justin había hecho, y Rodrigo, por primera vez en dieciocho años, no pudo hallar las palabras para consolarla.

—Tengo que ir a Londres, Diego debe saber dónde vive la familia de su esposa en Escocia.

Rodrigo miró atentamente a su sobrina. Sus idas y venidas le mostraban la

gran desesperación que la consumía.

—Te acompañaré.

John se negó a quedarse en Whitam Hall pues deseaba ir con ellos a Londres, Eulalia no discutió, simplemente hizo fuerza con su padre para acompañarlos. Empaquetó sus pertenencias, y los cuatro partieron hacia Londres justo después del almuerzo. La casa de Londres era algo más pequeña que la del campo, aunque era más suntuosa. La fachada daba directamente a Hyde Park, y poseía en la parte trasera un hermoso y amplio jardín, también caballerizas. Sus hermanos prometieron ayudarla, y lo primero que hicieron fue visitar a Jamie. Su cuñado desconocía los planes de su hermano, y se quedó atónito cuando le contaron su marcha con los niños. Finalmente la acompañaron a Edimburgo dos de sus hermanos, su tío, y su cuñado. La casa de Edimburgo estaba vacía. Solo los sirvientes seguían manteniendo la propiedad. Hacía mucho que el duque no visitaba la casa. Rodrigo deseaba hacer un alto en el apresurado viaje, Aurora no pretendía parar hasta llegar a Invernes, pero perdió: ninguno estaba dispuesto a viajar de noche pues los caminos no eran seguros.

La llegada a Invernes la llenó todavía más de furia pues ninguno de los sirvientes sabía nada del duque, Justin, o los niños. Aurora gemía interiormente y su templanza amenazaba con quebrarse. Jamie le propuso cabalgar hasta las tierras del clan McGregor acompañado de Rodrigo y de Christopher. Ella, aceptó esperarlos en Edimburgo junto con Arthur, porque su tío le había explicado que los entorpecería, y los retardaría en la marcha. Los días pasaban, y ella seguía esperando la llegada de sus hermanos y de su tío, cuando oyó el relincho de los caballos entrando en la caballeriza, bajó los peldaños de casa tan rápido, que Arthur pensó que se desbocaría escaleras abajo. Pero el rostro de su hermano, de su tío, y cuñado, lo decía todo. Rodrigo hizo un gesto con la cabeza negando tener buenas noticias, y ella creyó que dejaría de respirar y moriría debido a la angustia que le producía la ausencia de sus hijos.

Regresaron a Londres. John tenía peores noticias. Había hecho indagaciones mientras ellos recorrían Escocia buscando en vano porque Justin había partido con los niños y el duque hacia Italia. Había sido fácil descubrir el barco que habían tomado porque dos niños pequeños viajando con dos amas de cría, resultaba curioso. Aurora creyó que el alma se le partiría en mil pedazos. Lloró su desgracia sin que nadie pudiese consolarla. Su aya Eulalia no abría la boca ni de día ni de noche, se sentía mortificada por su implicación

en la desgracia de su niña. No comprendía cómo se había equivocado tanto con lord Penword.

Jamie consoló a su cuñada como ninguno de sus parientes supo hacer. La acompañó hasta que pasaron las semanas, los meses, y el rostro de Aurora volvió a adquirir el color humano que había perdido con la marcha forzosa de sus hijos. Aurora, no quiso regresar a Crimson Hill, había decidió quedarse en Londres. El campo le traía recuerdos muy amargos, y decidió ser la madrina de Miguel Vílchez, el hijo de Diego y heredero de Bidasoa. Acunar a ese bebé adorable mitigaba un poco su desazón, y le obligaba a no desistir en sus esperanzas de volver a verlos algún día.

## CAPÍTULO 25

La mansión del duque se encontraba cerca de St. James Park, en la misma calle de Victoria Street, y a solo unas manzanas de la de su padre en Hyde Park en Kensington Road. Jamie solía visitarla a menudo desde que ambos habían sido los padrinos del sobrino de Brandon. Aurora se había sentido protegida por su cuñado, y la relación afectuosa entre ellos se había estrechado. Estaba muy agradecida por el apoyo que Jamie le brindaba, y, aunque seguía sin tener noticias de Justin y de sus hijos, la amargura cedía poco a poco. Había comprendido que Justin no podía ausentarse de forma indefinida de sus obligaciones, obligaciones que cumplía Jamie en su ausencia, solo esperaba con ansiedad su regreso para tener noticias de sus hijos.

Subió los peldaños que le faltaban para entrar en la casa, había quedado con Jamie en visitar el orfanato que había apadrinado recientemente. Volcándose en niños abandonados logró encontrar el consuelo para erguir la cabeza ante su desgracia.

Jamie la miró sonriente, y le abrió la puerta invitándola a entrar.

—Todavía no me explico cómo se puede mantener una casa tan grande con tan poco personal.

Le dijo ella.

—Es posible porque solamente hay un visitante en la casa: yo. No necesito más que un mayordomo, un cocinero, un lacayo y dos doncellas. Cuando estamos toda la familia aquí en Londres parte del personal de Crimson Hill se traslada con nosotros.

Aurora le sonrió.

—Llegaremos tarde Jamie.

Él, ni se inmutó.

—Has llegado veinte minutos antes. Liberty House no se inaugurará sin ti, lo sabes bien.

—No me gusta hacer esperar a nadie.

Aurora siguió apremiándolo.

—¿Y nadie te ha informado que no es correcto que una dama sea demasiado puntual? —Aurora bufó incrédula.

—Es la estupidez más grande que he oído nunca... por cierto, estás muy atractivo: ese pañuelo hace juego con tus ojos.

Cambió de conversación como quien cambia el pañuelo de mano.

—Eso es porque me miras con cariño.

Le respondió abrumado. Aurora miró el chaqué que llevaba puesto su cuñado, y le pareció que le sentaba muy bien.

—Vas a conseguir que alguna matrona se desmaye con solo contemplarte.

Jamie rio por la ocurrencia.

—Tu sí que deberías quitarte ese velo que solo consigue matar de curiosidad al elenco masculino que se agolpa a tu alrededor preguntándose, una y otra vez, cómo será el rostro que oculta tan seductor velo.

Jamie, al momento, se arrepintió de sus palabras.

—¿Estás flirteando conmigo? —la pregunta sonó bromista, pero él lo entendió así.

—Por supuesto, querida cuñada, eres la dama más bella de toda Inglaterra —la aduló.

Hacía tan poco que ella había vuelto a sonreír, por eso todos sus allegados caminaban con pies de plomo, pero una vez más la capacidad de superación que tenía Aurora, los había dejado asombrados.

—He oído que lady Moore está tejiendo sus redes alrededor de Andrew —inquirió Jamie.

Aurora lo miró sonriente.

—Mi hermano dice que no piensa dejarse atrapar. Hasta pasados los cuarenta años, no piensa tomarse el asunto del matrimonio en serio. Christopher es el que lo tiene más difícil pues debe dar un heredero pronto, o mi padre lo alistaré en el ejército —Aurora miró a su cuñado con verdadero afecto—. El día que te cases te extrañaré muchísimo, eres el mejor amigo que tengo. —Los ojos de ella le mostraban la profundidad de su afecto, y él lamentó el lazo de parentesco que los unía—. ¿Te he molestado de nuevo? Siempre olvido la seriedad inglesa.

Jamie le colocó un rizo que se había desprendido del moño, y lo colocó detrás de la oreja. Nunca había visto una mujer con un pelo más indomable y rebelde, no importaba las horquillas que se prendiese, el pelo de Aurora tenía vida propia.

—Sabes que siempre podrás confiar en mí.

Era tan sincero que resultaba conmovedor.

—Gracias, Jamie, confío que algún día tu esposa piense lo mismo que tú. —Jamie la miró tan intensamente que la hizo ruborizarse—. Disculpa mi impetuosidad.

Aurora recordó el día en el que su cuñado le había confesado a su

hermano Arthur, conversación que ella había escuchado sin proponérselo, que estaba profundamente enamorado de una mujer que no le correspondía, y ella no entendía cómo una mujer en sus cabales podía no enamorarse de un hombre tan maravilloso como él. Arthur quiso saber quién era ella, pero Jamie solo le confesó que estaba casada, y que estaba muy lejos de Inglaterra, con lo cual, una unión entre ellos era algo más que imposible.

Aurora alzó su mano y acarició la mejilla de su cuñado suavemente.

—Prometo a cambio presentarte a lady Phoebe, el otro día me dijiste que te parecía una mujer muy interesante.

Jamie sonrió, y, tendiéndole la mano, la ayudó a subir al carruaje.

Aurora en cada niño veía a los suyos. Aunque exteriormente parecía que había aceptado su destino, nada estaba más lejos de la verdad. Las ansias de abrazarlos, de arrullarlos junto a su corazón, la dejaba por las noches exhausta, agotada, y llena de desesperanza. Habían pasado siete meses desde la desaparición de Justin, y solo sabía que se encontraban en algún lugar de Suiza. Hacía muy poco que Jamie le había entregado un paquete que contenía un camafeo, y, al abrirlo, había descubierto que tenía dos pinturas en miniatura de sus hijos. Lloró toda la tarde, y, aunque hizo indagaciones, no había conseguido la dirección del remitente, solo que había sido enviado desde algún lugar de Suiza.

Su tío había vuelto a la Redtower, y, aunque su padre se negaba a dejarla en Londres con sus hermanos, su cercanía no aliviaba la tristeza de su corazón. Suspiró cansadamente, y se quitó las horquillas que sujetaban el sombrero con el amplio velo. Al principio decidió usar grandes sombreros con velo para ocultar el dolor, ahora se había acostumbrado. Arrojó el sombrero al sillón de brocado azul, y se dejó caer en el amplio sillón de raso blanco con flores de color melocotón. Eulalia entró sigilosamente y la contempló con un profundo cariño. Su niña estaba demostrando una madurez extraordinaria. Lamentó de veras tener que interrumpirla, pero la esposa de Diego y su hijo estaban a punto de llegar.

—Pienso prepararte un café tan cargado que los ojos te harán chiribitas de alegría.

—Aya, creo que eso es una idea excelente pues no tengo ganas ni de quitarme los zapatos, y eso sí que es todo un evento.

Eulalia masculló de forma ostentosa.

—No le quites mérito a esta vieja diciendo eso tan mezquino: que no te quites los zapatos es mérito mío.

Aurora la miró con una sonrisa.

—Sabes que no he vuelto a caminar descalza desde que estoy en esta ciudad inmensa...

Eulalia lamentó que su niña sintiese ese dolor lacerante. Se sentó a su lado y cogiéndole ambas manos la miró.

—Necesito que me perdones, *Jahivé*.

Ella la miró con calor a pesar del frío de su alma.

—Nada tengo que perdonarte, aya, mi desprecio lo reservo para una persona.

—He jurado vengarte, y lo haré.

Aurora abrió los ojos sorprendida al escucharla.

—Aya, tus juramentos solo me traen problemas.

Eulalia chasqueó los dedos quisquillosa.

—Desagradecida hasta la última de tus pecas.

—¡Yo también te quiero! —la exclamación era de cariño.

Un golpe en la puerta las silenció. El mayordomo acababa de anunciar a lady Vílchez. Aurora se levantó de prisa y corrió a besar y abrazar a su ahijado: la sonrisa que el niño le prodigaba la llenaba de una ternura infinita. Un poco tarde, Aurora advirtió que detrás de la falda de Casey se escondía un muchacho de apenas unos ocho o nueve años. Le pidió un refrigerio a Eulalia, y se sentó en el amplio sofá con el niño en brazos intentando que este soltara un mechón de pelo que había asido con su puño regordete.

—¿Quién te escolta Casey?... no sabía que tenías un protector tan guapo.

El niño la miraba con curiosidad en sus brillantes ojos verdes, pero no decía nada.

—Ven —Aurora extendió su mano derecha—. ¿Te sientas conmigo?

El niño negó con la cabeza, y Aurora miró a Casey con curiosidad esperando la explicación.

—Ian, saluda a lady Penword.

El niño avanzó despacio, y, una vez que hubo quedado frente a ella, hizo una profunda inclinación con la cabeza y se presentó

—Ian Douglas McGregor, milady, es un gran honor conocerla.

El acento tan marcado del niño la llenó de curiosidad, se esforzaba por hablar su lengua, y la enterneció.

—Es un placer conocerte, Ian. —El niño miró a la dama con franca curiosidad—. Y hablas mi lengua, ¿cómo la has aprendido?

—Mi padre dice que, puesto que mi prometida hablará esta lengua, es de

lo más apropiado que yo me exprese en la suya propia, así, cuando tenga que ir a buscarla, a ella le encantará que le diga lo hermosa que es en palabras que ella entienda.

Aurora se quedó boquiabierta escuchando al niño, que se expresaba de un modo tan poco apropiado para su edad.

—¡Tu padre sigue siendo un bocazas! —contestó. El niño abrió los ojos horrorizado, aunque no entendió el insulto, el tono de la dama lo había atemorizado—. Discúlpame, Ian, solo pretendía decir que tu padre es un hombre muy persistente.

La esposa de Diego rio por la corrección.

—Mi hermano Brandon se sentirá encantado con tu forma de describirlo —la burla la sonrojó.

Aurora miró con detenimiento al muchacho que lo miraba todo gran interés. Era muy alto para su edad, pero muy delgado, tenía el cabello rubio y leonado como el padre, al momento, su naturaleza cariñosa se impuso a los agravios que había recibido en el pasado del escocés, porque su hijo era realmente adorable.

—¿Y tu mamá? ¿No ha venido contigo? —el niño negó con la cabeza.

—Mi madre murió al nacer yo. —Aurora se quedó atónita por la revelación.

Nunca se habría imaginado que Brandon fuese viudo. Siempre había pensado que el muchacho sería ilegítimo, algo muy común entre la nobleza.

—¿Y cómo es que te llamas McGregor y no Penword?

Eso sí que le parecía interesante.

—Mi abuelo se casó con la dama de un gran clan, y adoptó su apellido en honor a ella.

Cada vez estaba más sorprendida. La mujer de Diego intervino.

—En Escocia las mujeres pueden ser jefas de un clan, incluso existiendo hijos varones. No es la norma más extendida, pero es legítima si sucede. Mi padre, el hermano del duque, se casó con una heredera de las tierras altas, y jefa del clan McGregor. Mi padre decidió que sus hijos adoptasen el apellido del clan.

Aurora no pudo responderle pues Eulalia acababa de entrar con el refrigerio. Ian miraba los pasteles y las empanadillas dulces con verdadera ansia. Cada vez que Eulalia hacía empanadillas dulces de boniato, su hermano Christopher acudía al refrigerio, y, lo más sorprendente es que a su padre y a Andrew también les había llegado el aroma.

—Eulalia has de pasarme la receta de estas empanadillas, son realmente deliciosas —le dijo la escocesa.

Eulalia sonrió a la mujer que devoraba los dulces con un gran apetito. Aurora luchaba con un diablillo moreno que intentaba agarrar un dulce también, cosa que ella no estaba dispuesta a permitir. Andrew había sentado a Ian en su regazo, y los dos competían por quien comía más rápido los pasteles.

—Y este jovencito tan hambriento... —Eulalia esperó a que alguien le revelase quién era el muchacho.

—Es el hijo de Brandon. —Aurora sonrió al niño que la miraba con ojos brillantes.

Eulalia soltó un suspiro de alivio.

—Pardiez, por un momento creí que era hijo del señorito Andrew. —El aludido se ahogó con un trozo de pastel, y miró a Eulalia horrorizado.

—¿Qué le hizo pensar tal cosa? —había espanto en su voz.

—Las cartas me lo han comunicado, la única diferencia es que no podía saber con seguridad si lo tenía ya o no.

Christopher se moría de la risa pues jamás había visto a su hermano menor tan abochornado.

—¿Y qué te han dicho de Christopher? —el aludido miró a su hermana con una advertencia en los ojos.

Eulalia lo pensó un momento, momento que resultó demasiado largo para los que esperaban la respuesta.

—Que el título de marqués pasará a su hermano Arthur.

Ahora le tocó el turno a Andrew de descoyuntarse de la risa, pero el citado no le encontró la gracia en absoluto.

—Estaba bromeando —aclaró Eulalia—, pero lo cierto es que les darán todos un montón de nietos a lord Beresford.

Aurora se había puesto pálida de repente, la mención de los nietos de su padre la había llenado de tristeza, y, los puñales que tenía clavados en el corazón, se hundieron en la carne herida un poco más.

Todos la miraron en silencio, ella les correspondió con una sonrisa penosa, pero cálida.

—¿Y qué te han dicho las cartas sobre mí? —Aurora quería restarle importancia al asunto, y, como no se creía del todo la *bají* de Eulalia, no temió preguntar.

—Que le darás pronto un nieto más a tu padre —Aurora contuvo las lágrimas al escuchar a su aya—. Tendrá los ojos del color de las violetas, y el

pelo oscuro como la noche —el silencio que siguió a la revelación de Eulalia la hizo sentir realmente incómoda—. También vas a salvar a alguien de un destino bastante aciago —siguió implacable—, y volverás a tu reino antes de lo que esperas.

Eulalia decía la revelación con un brillo extraño en los ojos: como si lo hiciera con segundas intenciones. Aurora no pudo contener la lengua ante la pregunta que pugnaba por salir de sus labios.

—¿Y qué te han dicho las cartas sobre mis hijos?

Todos aguardaban expectantes.

—Que, aunque no estés con ellos, pronto estarán protegidos en tu reino, con tu familia, que vengarás tu oprobio, y culminarás tu venganza.

Aurora la miró tan profundamente que creyó que se perdería en el negro de las pupilas de su aya. No la creía capaz de una mentira así, y, desde el fondo de su corazón, rogó porque esta vez su aya no se hubiese equivocado al leer las cartas.

—¿Qué te han dicho sobre Arthur? —Andrew tenía que hacer la pregunta.

—Que hará el matrimonio más ventajoso de todos los Beresford.

Tanto Christopher como Andrew se miraron con un interrogante.

—¿Y yo tendré algún hijo más? —Eulalia volvió su cara hacia la escocesa.

Miró sus grandes ojos verdes, y vio el tormento interior que estremecía su alma. Sabía que con su respuesta acabaría con su sufrimiento, y, fiel a su naturaleza sincera, le respondió.

—Chiquilla, vas a pasar por el mismo tormento tres veces más, y solo en el último empujón, le darás a Diego la niña que desea con toda su alma.

En los ojos de la mujer brillaron las lágrimas porque las palabras de la gitana le habían dado alas a su corazón.

—¿Yo también puedo conocer mi futuro? —todas las cabezas se volvieron a Jamie.

No lo habían oído entrar al salón, y la sonrisa que exhibía de oreja a oreja les mostró el ánimo alegre que siempre poseía. Eulalia le pidió que se sentara a su lado, y, tomándolo de la mano, la observó atentamente. Todos estaban silenciosos, expectantes, miraban a Eulalia leer las líneas que se entrecruzaban de la mano de Jamie, y el silencio no consiguió borrar la sonrisa de su atractivo rostro. Siguió esperando paciente mientras devoraba un pastelillo relleno de crema. Eulalia alzó sus ojos, y comprendió muchas cosas que nadie le había dicho. Tan solo por un instante sus ojos se desviaron a su

pupila que la miró con un interrogante.

—Un grave peligro se cierne sobre su persona, pero un alma caritativa arriesgará su integridad por la suya. Está enamorado de una mujer que no le corresponde, aunque ella está más cerca de usted de lo que imagina. —Eulalia calló durante un largo instante—. Y se casará con una española que le dará un hijo hermoso de ojos color violeta, y pelo oscuro como la noche.

Aurora soltó una exclamación ahogada, pero nadie se percató de ello. Miró inquisitivamente a Eulalia, sin embargo, no la miraba a ella sino a su cuñado con una intensidad que producía escalofríos, pero como todos estaban meditando en lo que les había dicho, nadie prestó atención a sus últimas palabras, ni el mismo Jamie analizó lo que Eulalia le había contado.

La entrada intempestiva de Diego les hizo olvidar de inmediato las predicciones de Eulalia excepto a Aurora. El niño reconoció al instante el rostro de su padre, y comenzó a mover sus bracitos de forma enérgica para que lo cargara. Diego le sonrió a su hijo con ternura, lo vio sentado en el regazo de Aurora, y una leve chispa encendió sus ojos oscuros, chispa que escondió tan pronto como se percató de la mirada crítica de Eulalia. Cargó a su hijo con cuidado y le cosquilleó la panza.

A menos que cambiaran los asuntos en el reino de España, ni Diego ni María podrían regresar porque estaban considerados por la corona como traidores. Diego miró las bandejas vacías de la merienda, y frunció el ceño mirando a Eulalia.

—Antaño solías alegrar mi estómago. Debes estar terriblemente enfadada conmigo si me privas de tus manjares.

Eulalia sonrió.

—Ahora mismo traigo una bandeja más.

Todos aplaudieron entusiasmados.

—Madame Florence espera que pases por su tienda el próximo jueves. —Aurora agradeció a su cuñado que hubiese pospuesto su cita con la modista francesa.

—Me muero de ganas de asistir al baile de los duques de Wilson.

El entusiasmo de la esposa de Diego era contagioso.

—Aurora solo pensará en recaudar fondos para sus orfelinatos.

Andrew le sonrió a su hermana con afecto.

—Cierto. Esos estirados nobles deben proteger a los más indefensos con obras y con dinero. —Christopher la miró con admiración. Su hermana estaba logrando mucho. Esa misma mañana se había abierto, gracias a ella, el tercer

orfanato en la ciudad. Sabía que se mantenía ocupada para que las horas no la devorasen en la autocompasión.

—Te agradezco Eulalia que te ocupes esa noche de Miguel.

Eulalia le sonreía a la escocesa al mismo tiempo que dejaba una bandeja repleta de empanadillas en la mesita auxiliar.

—Sabes que adoro a ese diablillo desde que nació.

Sonrió al niño que intentaba alcanzar una empanadilla.

Ian volvió a coger otro dulce, y su tía lo miró reprobadoramente, pero Aurora le sonrió, y el niño se lo metió de golpe en la boca.

John no había dicho ni una palabra durante el rato que estuvieron juntos. Tan solo miraba a sus hijos extrañando a Arthur. Se había marchado a Whitam Hall durante unos días pues debía resolver unos asuntos con Rodrigo y esperaba que volviese por la mañana. Suspiró cansado mirando a su hija. Hasta que no la había visto sonreír de nuevo, no había dormido en paz, y sentía su dolor como propio.

Justin tendría que responder ante él, e iba a ser implacable.

## CAPÍTULO 26

La mansión de los duques Wilson era impresionante.

Los enormes salones decorados con hermosos ramos de flores hacían que el ambiente fuese festivo y muy colorido. Aurora asistió acompañada por su cuñado y sus tres hermanos. Diego acompañaba a su esposa. No se sorprendió cuando divisó al gigante escocés sonreírle desde los escalones del salón de baile. Lo que Brandon desconocía era que ella ya no bailaba, solo asistía a los bailes para recaudar fondos para los orfanatos. Como solía ocurrir en los círculos de la aristocracia, se murmuraba que había sido repudiada por lord Penword, pero la compañía protectora de su cuñado silenciaba las malas lenguas, aunque ello no impedía los intentos de los posibles pretendientes a amantes, que estaban deseosos de meterse en su lecho ahora que Justin estaba lejos.

Esa noche Aurora brillaba más hermosa que nunca. Madam Florence le había diseñado un vestuario digno de una reina, vestuario que había pagado su padre, pues ella se moriría antes de tocar una libra de su fugado marido. El vestido de seda color plata, y con estrellas bordadas de brillantes, la hacía deslumbrar. El ajustado corpiño acentuaba la estrechez de su cintura y realizaba su hermoso busto. Los rizos, a medio sujetar en su cabeza, iban coronados por una tiara de perlas que le había regalado su padre.

Nada más aparecer por la amplia escalinata, el hijo de sus anfitriones, Roger Eden Wilson, salió a su encuentro. Detuvo el beso en su mano un instante más de lo permitido, y Aurora retiró la mano de inmediato, era el pretendiente a su lecho más persistente de todos.

—Como siempre, lady Penword, es un placer volver a verla.

Aurora hizo una leve inclinación con la cabeza, y continuó su descenso hasta llegar a la pista. Volvió la cabeza hacia un lado y hacia otro buscando con sus ojos a su hermano mayor, pero Christopher se encontraba desaparecido. Contempló con una sonrisa como Lady Moore acorralaba a su hermano Andrew, y, ese detalle, le arrancó una mueca divertida, de pronto, alguien la arrastró hacia la pista de baile, y ella trató de frenar el avance porque comenzarían las murmuraciones si ella consentía en bailar con algún caballero.

—¡Me lo estás poniendo difícil! —exclamó Brandon al percibir la resistencia de ella

—Si deseas que todo Londres murmure mañana sobre mi falta de

moralidad, ¡continúa arrastrándome al ostracismo!

Brandon rio el catastrofismo de ella.

—Soy tu primo: guardián de tu buen nombre, y nadie osará levantar un murmullo sobre ti porque tendrá que vérselas conmigo.

Ella sonrió después de todo.

—De todos los hombres que hay en este salón, sin duda eres el de menos fiar —le respondió con chanza.

Brandon masculló una maldición, pero siguió arrastrándola hacia la pista de baile.

—Tienes mi palabra de que me comportaré.

Comenzó un vals, y ella comenzó a danzar con él.

—Debes vigilar a lord Wilson —le aconsejó Brandon al mismo tiempo que miraba al heredero que no cejaba de mirar como danzaban.

Ella volvió a suspirar resignada.

—Es el más persistente para meterse entre mis faldas, a pesar de conocer que estoy casada.

Ella no miraba a Brandon mientras le explicaba, seguía buscando con los ojos por la atestada sala.

—Jamie vendrá. —Ella volvió la cabeza hacia Brandon inmediato—. Eres transparente como el cristal, y yo me pregunto cada día, cómo demonios no lo elegiste a él. —Aurora no respondió a la provocación—. Justin es un tonto de remate, y Jamie es un caramelo. ¿Verdad?

Aurora sonrió de oreja a oreja.

—Justin es prepotente, arrogante, traidor y porfiado. No un tonto como has mencionado. —Brandon asintió—. Y efectivamente Jamie es un caramelo.

—Cuando aparezca tu marido pienso partirle la crisma.

Ella agradeció sus palabras. De pronto, Brandon se inclinó para decirle algo al oído, y ella dejó de bailar de inmediato. Se llevó la mano al cuello porque le costaba respirar, y miró a su alrededor esperando encontrar al causante de su desdicha. Brandon maldijo su falta de tacto. Cuando la vio ponerse pálida, la sujetó por el codo, y la llevó hacia los jardines, confiando que la brisa nocturna ayudase a aliviar la palidez de sus mejillas.

Aurora seguía respirando con dificultad. Las náuseas le impedían fijar la vista en los jardines, y, ante el temblor de sus piernas, se sujetó firmemente al brazo de Brandon para no caerse al suelo.

—No debiste decírselo.

La voz de Jamie sonó preocupada. Jamie había llegado justo en el

momento que había visto palidecer a su cuñada. Los siguió a ambos hacia los jardines.

—¿Dónde está? —Preguntó Aurora.

No controló el sollozo que se quedó trabado en su garganta.

—En Londres —respondió Jamie quedo.

—¿Y los niños? —había tanta angustia en la pregunta, que Jamie no supo qué responder.

—Los niños están con mi padre, en Crimson Hill.

Los tres volvieron la cabeza al oír la voz de Justin. Aurora se tambaleó confusa y llena de pánico. No quería soltarse de Brandon porque temía desmayarse de un momento a otro. Estaban tan cerca, a solo unas horas de viaje. El alivio que sintió la dejó paralizada.

Jamie miró a su hermano con tanta ira que Brandon frunció el ceño preocupado.

—¡Eres un maldito cabrón! —Bramó Jamie con la voz alzada—. Si no fueses mi hermano te mataría aquí mismo.

Brandon los miró a ambos con recelo. Justin contempló la defensa de su hermano para Aurora, y los celos lo atizaron sin piedad.

—¿Qué has estado haciendo abejita? ¿Cuidando mis pertenencias? ¿Impidiendo que otros se metan en su lecho, pero metiéndote tú?

Jamie no esperó más provocación, le asestó un puñetazo a su hermano mayor que lo lanzó de espaldas al suelo.

—Vas a tener que dar muchas explicaciones hermano, porque no soy el único que las reclama.

Como por invocación de las palabras de Jamie, aparecieron dos de los hermanos de Aurora que lo agarraron por la pechera, y lo zarandearon brutalmente.

—¡No! —la exclamación de Aurora los sorprendió a todos—. Somos invitados y no vamos ofrecer un espectáculo que manche la reputación de mi padre. Marchémonos a casa, y resolvamos esta cuestión allí. Brandon. —Aurora lo miró suplicante—, discúlpanos ante nuestros anfitriones, explica que un asunto urgente ha requerido nuestra presencia, y da las gracias en nuestro nombre.

Ninguno cuestionó las palabras de ella. Sujetaron con fuerza a Justin, y, bajando las escalinatas, lo metieron de un empujón en el carruaje que habían traído hasta la parte trasera de la casa para no llamar la atención. Aurora sintió un frío mortal recorrerle la espina dorsal. Miró a su esposo, y la furia

que alimentaba tantos meses atrás, estalló dentro de ella. Sentía tantos deseos de golpearlo que se sintió asustada. Lo veía más delgado y demacrado. Sintió de nuevo unas nauseas tremendas ante la falta de respeto que había demostrado él ante la santidad de su maternidad, y juró, una vez más, que aplastaría su orgullo como él había aplastado el suyo.

Justin la miró controlando las emociones que se habían desbocado al verla tan hermosa. Los meses pasados lejos de ella solo habían avivado su deseo, y una frustración alarmante comenzó a estrujarle las entrañas por las repercusiones que su impulso alocado le traerían. Llena de furia, estaba magnífica, y el dolor en el pecho por su rechazo volvió a aguijonearlo de nuevo. La llegada a la casa de ella no consiguió perturbarlo, debía ofrecer muchas explicaciones, y pensaba hacerlo en el momento que se lo permitieran. Esperaron silenciosos la llegada del marqués, que hizo su aparición tan abruptamente que los sorprendió a todos. John miró a su yerno con un desprecio apabullante en sus claros ojos azules, y, sin mediar una palabra, lo abofeteó fieramente.

Justin no se movió. Aceptó las bofetadas con la arrogancia propia en él.

—Confío que se me permitirá explicar mi ausencia.

—No hay justificación posible que justifique semejante atrocidad —la voz de John era seca—. Separar a unos bebés de su madre es el peor crimen que puede cometer un hombre, más incluso un padre —Aurora no podía contener las lágrimas escuchando a su padre—. De todos los agravios cometidos, este ha sido el más vil y despreciable.

John miró a su hijo mayor durante un breve instante, Christopher entendió de inmediato, y, cogiendo unos papeles del cajón de su escritorio, se los tendió.

—¡Fírmalos! —John se los lanzó a Justin, y las hojas le dieron en la cara.

Justin los agarró antes de que cayeran al suelo. Tardó solo un minuto en leerlos. Los dejó en la mesita auxiliar negando con la cabeza.

—No.

El monosílabo los dejó perplejos.

—Actúa con sensatez por una vez en tu vida —le dio Jamie.

Justin miró con sorpresa a su hermano, pero siguió negando.

—Ningún Penword se ha divorciado jamás, y yo no pienso ser el primero.

Aurora seguía estrujándose las manos porque no sabía cómo controlar lo que sentía.

—¿Por qué no pensaste en esa consecuencia cuando arrastraste a unos

niños por media Europa lejos de su madre?

Christopher apenas reprimía el impulso de golpear a su cuñado, pero se contenía a duras penas porque sabía que su hermana deseaba su firma en el documento, y para eso necesitaba que estuviese consciente.

—Fírmalos por las buenas.

Justin miró a Andrew al decir esto, pero siguió sin moverse. Si ellos pensaban que lo intimidaban con sus gestos y palabras, se equivocaban.

—No habrá divorcio, y es mi última palabra.

—Firme lord Penword.

La voz de Aurora sonó suplicante, pero él se mantuvo firme.

—Los niños volverán con su madre, no obstante, no habrá divorcio.

Sus secas palabras resultaron inesperadas.

—No está siendo razonable.

Ella no se daba por vencida.

Justin la miró con tanta intensidad que ella sintió un estremecimiento por todo su cuerpo. Volvió la cara porque se creía incapaz de seguir mirándolo, no, cuando le había provocado tal desventura.

—El duque sufrió un infarto a las dos semanas de estar en Italia. Su gravedad impidió que pudiésemos viajar de nuevo. Ese ha sido el motivo para nuestra tardanza. Tuvimos que esperar a que mejorase.

John lo miró como si lo creyese estúpido.

—¿Y por qué diantres no escribiste diciendo dónde te encontrabas, y el motivo que te lo impedía? Debiste pedirle a mi hija que fuese hasta sus hijos, pero actuaste como un cabrón despechado. Un hombre sin escrúpulos y vengativo.

Justin se tragó un impropio, el marqués estaba siendo despiadado con él, pero tenía razón: los celos lo habían inducido a dar pasos equivocados.

—¿Os ha contado ella el porqué de mi marcha tan repentina? —Justin la miraba dolido.

Aurora clavó sus pupilas en él, sin embargo, la compasión no asomó por ellas.

—Ninguna acción justifica las represalias —Jamie miró duramente a su hermano mientras le decía esas palabras.

—Si encontrar a mi mujer haciendo el amor con otro hombre en mi casa no os parece motivo suficiente, no tengo nada más que decir.

Justin la vio ponerse rígida. Aurora dio un paso al frente, y lo miró sin ambages.

—Besé a Diego, y deseé que me hiciera el amor, estaba dispuesta a ello...  
—Justin entornó los párpados al escucharla.

—¡Hija! —exclamó el padre.

Aurora nunca les había explicado el motivo.

—Pero no cometí adulterio —dijo finalmente.

Justin soltó un profundo suspiro.

—La intención estuvo en tu mente, qué importa que no lo consumaras —le espetó amargamente.

Aurora pensó que los celos de Justin la habían conducido al infierno.

—Si tanto le importaba que me convirtiera en adúltera, ¿por qué continúa casado conmigo? Firme el documento, y se verá libre de mí.

Él, no contempló esa posibilidad.

—Te casaste conmigo por tu propia decisión, y la mía pasa por no concederte la libertad.

Ella pensó que estaba poseído por el diablo.

—Esta unión solo nos hará desdichados, y por eso he decidido finalizarla. Mis hijos se vendrán conmigo, y usted se irá al diablo.

—Ningún tribunal de Inglaterra te concederá su custodia, lo sabes bien.

Aurora sabía que tenía razón. Ningún juez le concedería la custodia a una madre y extranjera. Para desgracia suya, su marido tenía demasiada influencia pues era hijo de un duque, y miembro del Parlamento inglés.

—Entonces, pienso agotar todas las vías legales para mandarte al infierno.

La advirtió John. Justin miró a su suegro azorado.

—Reitero que los niños volverán con su madre, pero no estoy dispuesto a ninguna concesión más.

Aurora detestaba seguir unida a ese hombre que tanto infortunio le había causado, pero si ello significaba recuperar a sus hijos estaba dispuesta a todo, además, tenía en mente sacarlos de Inglaterra y regresar a Ronda, sabía cómo podía hacerlo.

—Acepto las condiciones, lord Penword —todos la miraron sorprendidos  
—. No habrá divorcio, pero no viviré con usted.

El silencio reinó en la estancia.

—Podrás ver a tus hijos siempre que lo desees —le dijo John a su yerno  
—, pero bajo mi supervisión.

—También son hijos míos —le reprochó Justin.

Ella pensó cómo podía afirmar así cuando los había mantenido durante meses alejados de ella.

—Y esa será siempre la mayor desgracia de mi vida —afirmó con amargura.

—Lamento profundamente que pienses así, no obstante, los niños vivirán en mi casa.

Ella negó con la cabeza. Ni loca pretendía irse a vivir con él.

—Lo que pide es imposible, la convivencia entre usted y yo se ha vuelto intolerable.

—Vivirás en mi casa, aquí en Londres, yo volveré a Crimson Hill —ella seguía negando con la cabeza—. Los niños no saldrán de mi propiedad. Te doy a elegir, o vas a vivir con ellos a Victoria Street, o se quedan en el campo.

Ella lo miró con desconfianza, pero para llevar a cabo su plan debía estar cerca de sus hijos.

—Si no cumple su palabra, juro que iré hasta el mismo Papa si fuese necesario. Como hija de un reino católico me asiste el derecho de solicitar la disolución de un matrimonio mixto, y si todavía no consiguiera lo que pretendo, iré al mismo rey de España para recuperar a mis hijos.

Aurora lo miró un instante más, pero ya no había odio en sus ojos dorados, solo una absoluta determinación. Se dio la vuelta y se marchó.

No había podido pegar ojo en toda la noche. Las ansias por abrazar a sus hijos le impedían conciliar el sueño. Dio vueltas en el enorme lecho intranquila y temerosa de que Justin no cumpliera la parte del acuerdo que habían pactado. Analizó su situación una vez más. Debía actuar con mucha cautela, Justin no podía sospechar nada. Todavía no había amanecido, pero ya no podía esperar más. Llamó a Elena para que la ayudase con el baño y la ropa. No habían dado las siete de la mañana cuando enfiló el camino de la casa londinense del duque. Había decidido caminar para despejarse, apenas distaban cinco manzanas desde la calle de su padre a la de Justin. Y le pareció una ironía de la vida que ambas residencias estuviesen tan cerca la una de la otra. Era una mañana muy fría, y como su capa apenas la protegía, unos leves estremecimientos le hicieron castañear los dientes.

En la casa del duque la recibieron los sirvientes. Ella dio muchas instrucciones que todos se apresuraron a cumplir. Dieron las nueve de la mañana, y ella había pulido con sus pasos el firme suelo de madera. Había ordenado que acondicionasen la habitación contigua a la suya para destinarla a los bebés. Ya no serían tan bebés, se había perdido siete meses de su vida, y,

en unos niños tan pequeños, equivalía a mucho tiempo.

Su cuñado Jamie se había marchado con Christopher a Crimson Hill pues deseaba ayudarlo con sus sobrinos, además pretendía asegurarse de que Justin cumpliera su palabra. Estaba sola en la enorme mansión, y la soledad la sepultó en un silencio abrumador. La impaciencia hacía mella en ella cuando un carruaje se detuvo y el chirrido de la verja hizo reír a un bebé. Sus pies se movieron con voluntad propia. Alcanzaron la puerta de la calle, y en una loca carrera, descendió los tres escalones que la separaban del camino de entrada y de sus niños. El frío que había sentido apenas dos horas antes, se había convertido en un fuego abrasador. Miró a Christopher que cargaba a Roderick, su tío Rodrigo llevaba en sus brazos a Mary que estaba dormida. Sentía deseos de abrazarlos muy fuerte, pero temía asustarlos, y por eso se contuvo. Extendió los brazos hacia su hijo que estaba despierto, y, aunque la miraba curioso, no la extrañó. El alivio que sintió le derritió el corazón en una sensación cálida.

La casa estaba cálida, había un gran fuego en el hogar y Aurora se sentó en la gran alfombra con su hijo sentado en su regazo.

—Son unos niños muy tranquilos —le explicó Christopher—. No han llorado en todo el recorrido a pesar de que Rodrigo ha insistido en despedir a la institutriz nada más verla.

Aurora miró a su tío y una sonrisa de entendimiento se extendió a los ojos de él. La conocía demasiado bien, y por eso no había permitido que los acompañara la mujer elegida por Justin para hacerse cargo de ellos.

—Gracias, tío. ¡Pero qué guapos son! —la exclamación de deleite les hizo sonreír a los dos. Miró con verdadera ternura a su primogénito. Sus ojos dorados eran los mismos de ella y de su tío, el pelo rubio oscuro y con rizos en la nuca, le recordaba a un querubín pintado por el mismísimo Miguel Ángel, y era muy alto para tener solo diez meses—. ¿Sabes quién soy tesoro? —la mano de ella no cesaba de acariciarle la cabeza —el niño la miró con sus grandes y solemnes ojos durante un momento que a ella le pareció eterno. Alzó su regordeta manita hacia su mejilla.

—*Mummy...*

Aurora soltó el aliento que había estado conteniendo, y, en un gemido doloroso lo abrazó y besó. Justin no había permitido que ellos la olvidaran, y, por ese solo gesto de misericordia, se sintió agradecida. El tío Rodrigo soltó el aire de su garganta en un suspiro largo y profundo: el niño reconocía a la madre, sintió un alivio profundo. El pequeño se bajó de la falda de su madre e

intentó coger los dibujos de la gruesa alfombra, momento que aprovechó Rodrigo para pasarle a su hija dormida. La niña era una aparición. Su hermoso pelo cobrizo enmarcaba un rostro angelical, y unas pecas apenas perceptibles, surcaban el puente de su nariz para perderse en sus mejillas. Aurora sonrió porque la cabeza de su hija era una maraña de rizos indomables como los suyos.

—¿Cómo está mi suegro? —preguntó en voz baja.

Christopher la miró admirado. Incluso en medio de su naufragio personal, tenía un momento para preocuparse por los demás.

—El duque no parece el mismo: es como si lo hubiese atropellado un carruaje desbocado. Ha perdido parte de su porte.

—Lo lamento sinceramente —respondió ella—. ¿Jamie se ha quedado en Crimson Hill? —su hermano le hizo un gesto afirmativo—. Ha de poner al corriente a Justin, ya sabes que poseen muchas propiedades, así como arrendatarios de quien ocuparse y asuntos familiares que requieren mucho tiempo y atención

Ella asintió pensativa, si bien sus labios comenzaron a sonreír cuando contempló a su hija abrir los ojos y obsequiarla con una risa espléndida.

—*Mummy, mummy.*

Aurora volvió a estallar en sollozos.

—Si mi amor, soy mamá.

## CAPÍTULO 27

La alegría había vuelto a los ojos de Aurora. Los niños se habían adaptado perfectamente a la nueva situación. Estaban encantados con el cambio pues su madre los mimaba hasta lo indecible. El abuelo de los niños estaba exultante, porque les permitía sus demostraciones de cariño.

Eulalia no había visto unos niños con un apetito semejante, salvo a su madre. Entre las dos cuidaban a los bebés, y Aurora exclamó alborozada la mañana que los vio de pie sin sostenerse salvo con sus piernecitas. Solamente había un momento que enturbiaba el reencuentro, y era cuando los niños preguntaban por su padre, y miraban en derredor buscándolo. Aurora rumió su mala suerte porque comprendía que los niños extrañaban a Justin, y, en su afán por tenerlos consigo, no lo había sopesado. Se encontraba sentada en la amplia mesa del despacho del duque, lacrando una carta con el sello ducal, cuando Jamie entró en el despacho a petición de ella, su cuñado la saludó con cortesía.

—Mis sobrinos te vuelven resplandeciente.

Ella le sonrió afectuosa.

—Es el mejor cumplido que me han dicho nunca, gracias Jamie.

—¿Y dónde están mis dos tesoros? —preguntó con curiosidad —ella se levantó y lo saludó con un beso en la mejilla.

—Aunque te parezca increíble, están dormidos —Aurora miró con afecto los bonitos ojos violeta de su cuñado—. Te hemos extrañado mucho. Hace dos semanas que no sabíamos nada de ti —sus ojos lo regañaron—. ¿Está mi suegro mejor?

La preocupación en su voz era innegable.

—Se recupera muy lentamente, pero el aire del campo le está sentando muy bien.

Aurora sintió alivio al escuchar la explicación de Jamie. Ella quería de verdad a su suegro.

—¿Te quedarás con nosotros? —le preguntó—. Tu habitación siempre está preparada.

—Justin está en Londres —le soltó de sopetón.

Ella lo miró callada y pensativa.

—¿En algún hotel? —Jamie negó con la cabeza.

—Posee una bonita casa de soltero.

Aurora no ignoraba que muchos nobles poseían casas propias para las

temporadas sociales, cuando la residencia familiar estaba lejos de Londres.

—¿Le darías esta carta? —ella le extendió la misiva, si Jamie sintió sorpresa no lo demostró—. No sabría dónde enviarla.

—Se la haré llegar en seguida, pero, ¿estás segura? —Aurora meditó su respuesta un breve instante.

—Sigue siendo el padre de mis hijos, y lo extrañan mucho. Por el bien de ellos deseo que los visite... —se quedó un momento callada—. Háblame sobre tu padre y su enfermedad

Justin leía la misiva que le había dado Jamie, y la sorpresa lo tenía azorado.

«Mis hijos le necesitan, si viene, hablaremos como padres civilizados».

—¿Le dijiste que estaba en Londres? —Jamie asintió mirando a su hermano fijamente.

—Todavía no me explico que desee verte después de todo el perjuicio que le has ocasionado.

El tono acusador de su hermano era esperado.

—Su bondad y altruismo siempre han sido una ventaja para mí.

Ambos hermanos se miraron serios.

—Deberías dejarla libre. No comprendo tu empecinamiento en tenerla sujeta a tu vida.

Justin lo miró sorprendido, pero siguió callado unos instantes más.

—Su libertad significaría mi esclavitud, y, a pesar de todo lo sucedido entre ambos, la amo demasiado para contemplar esa posibilidad.

Jamie lo miró sin creer lo que oía.

—Presumo que la perdiste hace mucho tiempo —le soltó como una sentencia.

Justin miró a su hermano menor, y soltó un suspiro.

—Cualquier otro hombre en una misma situación —comenzó a decir sin dejar de mirarlo—, habría tenido una reacción mucho más extrema que alejarse para no cobrarse su vida —Jamie le sostenía la mirada—. Si me divorciara de ella por adulterio, perdería a los niños pues la ley está de mi parte, pero ahora confío demasiado en las predicciones de una gitana española.

Jamie ladeó la cabeza y entrecerró los ojos con incredulidad al escucharlo.

—¡Es imposible que su aya esté a tu favor! No, después de tu comportamiento.

—Mi comportamiento... —repitió Justin pensativo—. Y nadie piensa en el suyo que me obligó a posicionarme.

—Separaste a una madre de sus hijos, Justin —le recordó.

El hermano mayor suspiró largamente.

—Su provocación se merecía una respuesta mucho más contundente, pero aquí estoy, entregándole a mis hijos a pesar de sus acciones, soportando vuestros insultos y desprecios cuando la falta la cometió ella, no yo.

Jamie podía entender la postura arrogante de su hermano.

—Posiblemente te perdonó que la obligaras a aceptar tus atenciones —le recordó de forma insultante—, quizás también que te implicaras en un duelo con su hermano, y que nuestra prima conspirara para comprometer al amor de su vida. —Jamie siguió implacable en sus acusaciones.

—¡Suficiente! —exclamó Justin—. Soy perfectamente capaz de entender mis errores, no necesito que los enumeres —la voz de Justin se había convertido en hielo porque comprendía la desazón de su hermano con respecto a Aurora—. Nunca la tendrás Jamie, ¡resígnate de una vez! —Jamie lo miró como si no lo conociera.

El otro lo miró asombrado.

—Tus palabras me ofenden porque nunca te he faltado el respeto ni con el pensamiento. Ni cuando la dejaste abandonada sin el consuelo de sus hijos. Estaba vulnerable, habría sido tan fácil sustituirte, que todavía no me explico qué me detuvo.

Justin miró a su hermano con ojos heridos.

—Pero he decidido no repudiarla. Tú pierdes... yo gano.

Jamie lo miró y una espiral de enfado comenzó a subirle por la garganta.

—Nunca he sido tu rival, pero aquí no hablamos de perder o ganar, hablamos de una mujer y su futuro. Futuro que te empeñas en sujetar sin que mi mente entienda la razón.

—Déjalo ya Jamie, tus diatribas no me harán cambiar de opinión. No me divorciaré le pese a quien le pese —los ojos de Justin se habían convertido en humo gris.

Jamie suspiró, y, sin despedirse, abandonó la residencia de soltero de su hermano mayor. No volvió ni un momento la cabeza, y Justin supo que había perdido la admiración que Jamie siempre había sentido por él. Un suspiro de resignación escapó de su garganta.

Apenas se atrevía a entrar en su propia casa. Extrañaba a sus pequeños, y, esas tres semanas de ausencia le habían mostrado lo cruel que se había mostrado con ella. Ahora comprendía la gran necesidad de abrazarlos, sentirlos y arrojarlos que habría experimentado Dawn.

Fue la misma Aurora quien acompañaba al mayordomo cuando le abrió la puerta de entrada al enorme vestíbulo, y, aunque no le sonrió, sus ojos no mostraban odio. Se hizo a un lado para dejarle entrar, seguidamente lo escoltó hacia la biblioteca, donde ya estaba servido el té, mientras Justin tomaba asiento, ella le sirvió una taza.

—Los niños están dormidos, cuando se despierten, Elena los traerá — Aurora le extendió la taza con el té, sin leche, y sin azúcar, como le gustaba a él.

Lo había sorprendido gratamente que ella lo recordase. Aurora se levantó del pequeño sillón de terciopelo rojo y se acercó a Justin que abrió los ojos con cautela porque desconocía las intenciones de ella. Aurora le dio un breve beso en la mejilla, y le sonrió cauta.

—Gracias Justin —él estaba atónito porque no comprendía nada—. No ha permitido que mis hijos me olviden, y por ese gesto, le doy las gracias de corazón.

Justin notó sorprendido que ella no mostraba rencor alguno, y la sorpresa iba en aumento.

—Me sorprende que te sorprenda —le dijo sin apartar las pupilas de las de ella—. No soy el monstruo que todos piensan, incluso tú. Hice pintar un retrato de ti, y lo colgué en sus estancias privadas.

Ella estaba contrita al escuchar la explicación.

—¿Cómo hiciste para que pintaran un retrato de mí sin estar presente? — de verdad que estaba sorprendida.

—Te llevo aprendida de memoria —respondió franco.

Aurora se ruborizó.

—Las gracias también son por cuidarlos. Han sido criados con amor, dedicación, y eso no lo consigue una institutriz.

El temblor de las manos de Justin hizo peligrar la taza. La soltó de inmediato, y la miró con cautela.

—¿Qué significan esas palabras? —preguntó con ansia.

—No sé si alguna vez podré olvidar su perfidia, pero al menos ya no le

odio con la intensidad de hace algunas semanas.

Justin se tensó con arrogancia.

—¿Mi perfidia? ¿Qué hay de la tuya? Porque el dolor que sentí por tu traición fue muy real, créeme.

Ella tenía que mostrarse sincera, y admitir que tenía parte de culpa.

—Diego siempre ha sido un hombre de honor.

—¿Y tú? —le preguntó a bocajarro.

—El castigo por algo que no sucedió, resultó innecesario.

Justin tomó aire y lo soltó poco a poco.

—Me sentí traicionado. Verte en los brazos de otro me enloqueció, y tus palabras posteriores no hicieron sino aumentar mi despecho, pero no tengo remedio porque te amo —confesó en un susurro.

—Un amor que lo conduce por caminos equivocados... como a mí.

Su sinceridad no lo conmovió.

—¿Me estás diciendo que lo amas? —la pregunta hecha en un susurro la desconcertó.

Aurora meditó larga y profundamente.

—He aprendido a vivir sin la esperanza de tenerlo conmigo. He aceptado que su lugar está con otra, y será a ella a quien protegerá y cuidará cada día de su vida.

Cada palabra de ella las sentía Justin como heridas de plomo.

—¿Lo has olvidado? —ella lo miró intensamente.

—Diego fue el primer hombre que me hizo desear los besos, aunque haya sido usted el primero que me los dio.

Aurora suspiró, y se quedó callada durante unos momentos.

—Ningún hombre, sea correspondido o no, está preparado para el adulterio de su esposa, ya sea con el cuerpo o con la mente.

Ella había deseado a Diego, sí, le había sido infiel con el pensamiento, y a punto estuvo de serlo físicamente también con su cuerpo. Si no hubiera sido por los escrúpulos de Diego, ella le habría sido infiel a Justin.

—¿Me amas, Justin?

—Nunca he dejado de hacerlo —contestó sincero—. Te has metido en mi sangre, me consumes el alma, y por ese motivo decidí perdonarte.

Ella lo miró tristemente.

—Si realmente me amase, renunciaría.

—¿Renunciarías a respirar? ¿A alimentarte? Formamos parte el uno del

otro, parece que lo has olvidado.

Ella se quedó callada, contemplándolo con una seriedad aplastante.

—Deseaba tanto quererle —le confesó—. Pero cuando empiezo a sentir algo bueno, lo estropea con sus celos.

—Si me hubiese quedado aquí, te habría matado —confesó sin dejar de mirarla—. Pero es una realidad que, si me divorcio de ti, perderías para siempre a nuestros hijos, y te amo lo suficiente para no querer infringirte un castigo semejante —Justin quiso coger la mano femenina, no obstante, contuvo su anhelo—. Mi padre casi se muere, Dawn, por eso tarde tanto en regresar, y ese peso lo llevaré siempre sobre mi conciencia.

Aurora, todavía dudosa de la decisión que había tomado, habló antes de arrepentirse.

—Nuestros hijos necesitan a sus padres, a los dos. Necesitan verle cada día, y por ese motivo he decidido que se quede con nosotros. —Justin soltó el aire que estaba conteniendo porque nunca había esperado esas palabras—. Pero ha de jurar por la vida de nuestros hijos, que no volverá a poseerme, a menos que yo lo decida. Que controlará sus celos y se comportará como el padre abnegado y cariñoso que estoy convencida que es.

Justin meditó profundamente lo que Aurora le pedía. El sacrificio era enorme. Estar cerca de ella, y no poder abrazarla ni besarla, quebraría su orgullo, pero se decidió porque creyó que podría hacerle cambiar de opinión.

—Seré el marido perfecto en las situaciones perfectas, y, dentro de estas paredes, mis manos se mantendrán apartadas de ti.

El duque paseaba orgulloso a Roderick. Le mostraba los cuadros que colgaban de la enorme galería, y le explicaba uno por uno quienes eran. Aurora los divisó y se preguntó dónde estaría la niña, los grititos de alegría que salían del estudio le indicaron dónde se encontraba. Justin estaba sentado en el sofá y la sostenía entre sus piernas. Con sus trotes la hacía reír a carcajadas, y, ella sintió renacer un brote de cariño por el padre, aunque no por el marido. Aurora miró con afecto a su suegro. Se había empeñado en cuidarlo ella personalmente, y se había alegrado sinceramente de que el duque hubiese escuchado su ruego de volver a Londres con sus hijos y sus nietos. Jamie se había mudado a la residencia de soltero de Justin, aunque las visitas a sus sobrinos eran frecuentes. Ella lo extrañaba muchísimo, y no comprendía la lejanía de su cuñado, aunque aceptaba su decisión. Eulalia seguía con ella

en la mansión ducal, y su padre la visitaba a diario. Le causaba gracia la enorme competencia entre los dos abuelos por ganarse el afecto de los nietos. Justin la trataba con la mayor de las cortesías, y, solamente en público, mostraba una actitud de marido atento. Su abuela le escribía cartas, en ellas le contaba los múltiples cotilleos parisinos. María había decidido hacerles una visita en verano, pero faltaban varios meses para la época estival, y como no soportaba la humedad ni la niebla de Inglaterra, posponía su viaje cada vez que le dolían los huesos. Aurora no había olvidado su decisión, y por eso había citado a Diego. Necesitaba pedirle un gran favor, y esperaba de todo corazón que no se negase. Habían quedado en el vestíbulo del hotel St. Ermions en la zona de Westminster, y ya llegaba tarde. Se colocó la capa oscura y se terminó de recoger unos rizos que metió en el sombrero con velo que solía ponerse cuando salía a la calle. Se puso los guantes negros y abrió la gruesa puerta, pero antes de salir al exterior de la casa, Justin, con Mary todavía en brazos, la llamó. La niñera lo seguía de cerca.

—Espera, Dawn, ¿deseas que te acompañe? —ella negó con la cabeza presurosa.

—He quedado con la esposa de Diego para visitar la tienda de Madam Florence en Bond Street. Seguro que se aburriría viéndonos comprar paraguas, pañuelos y sombreros. —Aurora cruzó los dedos por detrás de la espalda por la mentira.

Justin le sonrió, y le pidió que no llegase demasiado tarde. Ella asintió con la cabeza, y se marchó seguida del lacayo que la acompañaba en todas las salidas.

Diego la esperaba sentado en el lujoso vestíbulo del hotel, se levantó nada más verla entrar. La vio nerviosa, con duda en los ojos, y se sorprendió. A ella le pareció feliz, y se sintió inexplicablemente enfadada. Diego no podía regresar mientras la investigación sobre su implicación en proteger a su abuela, se continuase su curso, y parecía que se había adaptado muy bien a la vida en Inglaterra. Su esposa y él vivían en una modesta casita a las afueras de Londres. A Diego no le hacía falta su sueldo como oficial militar pues poseía fortuna propia, y según le había dicho su tío, estaba pensando comprar una extensa propiedad en Escocia.

—¿Los niños están bien? —preguntó alarmado.

Ella le hizo un gesto afirmativo con la cabeza al mismo tiempo que miraba a su alrededor contemplando la fastuosidad del hotel. Las suntuosas paredes pintadas de claro. Los cómodos sillones venecianos, y los brillantes suelos de

mármol. Atisbó un lugar apartado de las miradas curiosas.

—Ven, sentémonos allí, hablaremos con más intimidad.

El lacayo que la acompañaba, se quedó a una distancia prudente. Diego comenzaba a preocuparse, aunque la siguió dócil.

—¿Qué es eso tan urgente? —le preguntó entre preocupado y curioso.

—Necesito que les mandes esta carta a José Jiménez y Antonio Vargas. — Ella le tendió un sobre lacrado.

Diego se quedó sorprendido tras escuchar la petición femenina.

—¿Estás bromeando? —inquirió con duda.

Aurora lo miró confundida por su tono áspero.

—Necesito la ayuda de ellos, y son los únicos en los que confío.

—Por Dios, Aurora, si les mandas una carta es que tramas algo peligroso o muy difícil, ¿qué pretendes hacer? —le preguntó inquisidor.

—Quiero sacar a mis hijos de Inglaterra, y necesito que los secuestren.

Diego pensó que podría caerse al suelo de la impresión que había recibido al escucharla. Entrecerró los ojos, y creyó que se había vuelto loca.

—Todavía no sabes qué hacer con tu vida.

Le dijo de forma seca, y ella lo miró ofendida por sus palabras.

—Justin no desea el divorcio.

—Eres católica —le recordó.

—Me ahogan las reglas, detesto el frío... quiero volver a casa, y no lo haré sin mis niños.

—Sé, que estás en una situación difícil, pero apartar a unos niños de su padre.

La mirada que le dirigió Aurora le hizo bajar el estómago hasta los talones.

—Qué tú me recrimines eso... —Aurora lo miró con tanta pena que Diego carraspeó.

—Los dos fuimos culpables de la reacción de tu esposo.

Aurora empujó la saliva garganta abajo.

—No le fui infiel... —Diego la cortó.

—Sí, lo fuimos —la corrigió—. Yo te deseaba, y te besé, tú me lo permitiste, y habríamos llegado a más si él no nos hubiera interrumpido.

Aurora apretó los labios.

—¿Te arrepientes de aquello? —le preguntó.

Diego soltó un suspiro largo y pesado.

—Cada día de mi vida —respondió—, porque mi debilidad te apartó de

tus hijos, porque no fuimos la parte inocente. Ni tu esposo ni mi esposa se merecían que los traicionáramos.

Aurora no quería pensar en esos detalles.

—¿Has perdonado a tu esposa que se aprovechara de ti?

Diego tardó una eternidad en responder.

—Para una mujer enamorada, toda acción está justificada. Y Violet me ha explicado la promesa que hizo a su tío Devlin, y la falta de firmeza que la llevó a completar su engaño.

Aurora chasqueó la lengua porque no quería seguir escuchando.

—Necesito que envíes esta carta —insistió.

—¿Cómo piensas sacarlos de Inglaterra? —la pregunta sonó cauta.

Ella no tardó ni un minuto en responder.

—En una caravana de gitanos.

Él, abrió los ojos con atónito.

—Tengo que convencerte de que desistas.

Aurora apretó los labios, e ignoró sus palabras.

—Cuando José y Antonio se pongan en contacto conmigo, arrastraré a Justin hasta Bath convenciéndole de que deseo conocer la ciudad de los baños. Dejaremos a los niños con el duque y Eulalia —Diego la escuchaba sin interrumpirla detalle que ella agradeció porque temía que se le quebrara la voz—. Para cuando regresemos, los niños estarán lejos.

Diego la miraba muy serio.

—¿Quién los cuidará allí si tú estás en Inglaterra?

—Mis padrinos hasta mi regreso.

—¡No puedes implicar a una casa tan importante en un secuestro!

Exclamó Diego azorado.

—Ya está implicada. Hace unos días recibí su respuesta, y es afirmativa.

Durante el tiempo que Justin había estado lejos con los niños, ella había ideado mil y una formas de regresar al reino. No quería vivir en Inglaterra, y no podía marcharse sin sus niños. No quería hacerle daño a Justin, pero tampoco iba a evitar hacérselo.

—Te expones a la ira de tu esposo.

Ella se estremeció.

—Es un precio ínfimo por mi libertad.

La determinación de ella era peligrosa, y Diego la miró escéptico.

—Podrías esperar a que la corona resuelva mi situación.

Aurora lo había pensado, pero rechazó esa opción.

—Puede pasar mucho tiempo.

Diego no lo creía probable. Tanto Rodrigo como María ignoraban que él había actuado como agente doble para la corona. Poseía mucha información sobre los carlistas, también sobre la casa Velasco, información que él había destruido porque Rodrigo era su amigo e inocente en las diversas acciones de su madre María. Su intención al implicarse con los carlistas, era limpiar el nombre de su amigo, pero María era harina de otro costal. Esperaba en Inglaterra la llamada de la corona para entregar toda la información que tenía a buen resguardo. Él regresaría primero, su esposa y el pequeño Miguel lo harían después.

—La caravana de José Jiménez y Antonio Vargas pueden tardar en llegar, las caravanas de gitanos caminan muy lentas, lo sabes bien.

Aurora asintió con la cabeza, pero ese era el menor de sus males.

—Esa circunstancia me dará el tiempo que necesito para ganarme la confianza de Justin, y evitar que sospeche.

—Vas a pagar un precio muy alto. Deberás estar plenamente convencida de que eso es precisamente lo que quieres.

Diego intentaba hacerle cambiar de opinión.

—Créeme si te digo que nada puede detener mi retorno a casa, y no pienso hacerlo sin mis hijos.

—Justin sabrá dónde buscarte.

—Seré fuerte, y capearé el temporal cuando llegue.

—Con esta decisión puedes hacer tu vida insoportable.

—¿Y cómo crees que ha sido mi vida hasta ahora? —Diego la miró sin un parpadeo—. Es un riesgo que debo correr, mi escapada también está prevista. Por favor —suplicó con intensidad—, no intentes hacerme cambiar de opinión pues ya está todo decidido. Solo te pido que entregues mi carta lo antes posible, y, —Aurora lo miró con ojos suplicantes—, ni una palabra a tu esposa.

—¡Me ofendes! —Diego se molestó—, y mi esposa no es la mujer desalmada que crees.

Aurora lo miró con hastío. Esa mujer había actuado mal, y jamás la perdonaría que le hubiese robado el amor de su vida.

—Sé de tu integridad, pero tu mujer es prima de Justin, no deseo comprobar hacia dónde se inclina su lealtad.

Diego seguía intentado convencerla de que depusiera sus planes.

—Deberías hablar con tu tío.

Le aconsejó.

—Rodrigo no puede regresar todavía. Diego, si nadie sabe de mis intenciones, y tú no estás en Inglaterra, ¿de quién obtendrá Justin información?

Diego se dio por vencido, le hizo un gesto afirmativo, y ella supo que la ayudaría.

—Cuando tus hijos lleguen allí, yo los estaré esperando. Los mantendré sanos y salvos en Bidasoa hasta tu llegada, tienes mi palabra de honor.

## CAPÍTULO 28

Aurora entró sin previo aviso en el invernadero donde encontró a Justin sentado sobre un banco y con una pierna cruzada en triángulo sobre la otra. Estaba tan concentrado limpiando una escopeta de caza que no la oyó. Se quedó durante un momento observándolo, y se asombró del efecto que le producía contemplarlo. Paseó su mirada por encima de sus botas brillantes, llevaba unos pantalones negros que se le ceñían a las estrechas caderas. Tenía el chaleco desabrochado, y llevaba la camisa de lino color crema abierta casi hasta la cintura. Solo un caballero podía permitirse tanto descuido en su vestimenta y seguir siendo tan atractivo. Por un momento recordó de qué forma esas manos que ahora sacaban brillo al arma, habían hecho brillar su piel con sus caricias. Tragó saliva con dificultad e intentó desechar esos recuerdos de su mente, pero siguió observando a Justin con una nueva y diferente expresión en los ojos. Continuó contemplando su figura sentada descuidadamente, y comprobó algunos detalles de la persona de su marido que siempre le habían pasado desapercibidos: la forma en la que su abundante pelo rubio se rizaba a la altura del cuello, nunca se había percatado de lo espeso que lo tenía. Sintió un breve escalofrío cuando vio la forma en la que se le tensaban los músculos de los brazos al frotar enérgicamente el trapo sobre el metal brillante. Sin lugar a dudas su esposo era un hombre muy apuesto. Recordó la transformación del color de sus ojos cuando bromeaba, convirtiéndose el humo gris en plata líquida. ¿Por qué de repente sentía deseos de besarlo? ¿Se estaría volviendo loca? Ciertamente, porque una espiral de deseo comenzó a enroscarse en su vientre e iba subiendo hasta su estómago.

Debió jadear consternada porque Justin alzó los ojos y la miró sorprendido.

Se levantó, y dejó el arma en el banco de madera. Siguió mirándola mientras se limpiaba las manos con un trapo que había conocido tiempos mejores, como algunos de sus vestidos. Este último pensamiento la hizo reír, y Justin creyó que se le iban a doblar las rodillas cuando ella lo obsequió con una sonrisa deslumbrante.

—Me ofrecí a buscarlo porque tenemos visita.

—Discúlpame, Dawn, no te había oído llegar. —Justin la miró detenidamente.

Su mujer seguía con su amoral costumbre de no llevar corsé, y la blanca y fina tela de la blusa le moldeaba los pechos que asomaban por encima del

sencillo corpiño, dándole la apariencia de una campesina. La falda de color azul le llegaba hasta los tobillos, y comprobó resignado que solo llevaba la enagua debajo. El duque la miraría horrorizado por su falta de atuendo, pero él se sentía excitado. Llevaba el cabello recogido en una gruesa trenza que le caía hasta la cintura, y le daba la apariencia de una niña traviesa, aunque no logró dominar con unas peinetas prendidas cerca de sus orejas unos rizos rebeldes que le enmarcaban el rostro de forma seductora.

Aurora entendió por primera vez el deseo que sentía Justin porque ella estaba sintiendo lo mismo. Se le reseca la garganta. Su pecho se agitaba como si hubiese corrido una legua, y deseó... ¡maldita sea!, deseó que la tumbara entre las exóticas flores y le hiciera el amor de forma apasionada. ¿Cómo podía extrañar su contacto? Porque en esas semanas que llevaban juntos se había portado como un auténtico caballero.

—Tenemos visita —Aurora necesitaba poner palabras en su alocado pensamiento para ordenar el caos que había sufrido su mente.

El pecho de Justin saltaba de alegría porque había advertido cada una de las emociones femeninas.

—Si no es importante, dejaremos que se marchen.

Ella abrió la boca, pero la cerró sin saber qué responder a sus palabras.

Él, se acercó muy despacio. Enroscó en sus manos un rizo que caía por su hombro y lo besó. Aurora miraba fascinada los movimientos lentos y sensuales de Justin. Algo dentro de ella se agitaba nerviosamente, y suspiró contrariada. Justin comenzó a deshacer su trenza con dedos diestros, ella contenía la respiración porque algo diabólico se había apoderado de su ser dejándola inmobilizada. Cuando su pelo quedó suelto sobre sus hombros, él recorrió con el dedo índice el mentón femenino, bajó sobre la curva de su cuello, y lo deslizó hasta el nacimiento entre sus pechos. Detuvo su recorrido y volvió a ascender hasta llegar a su ceja, la delineó, contorneó, y bajó por el puente de su nariz hasta llegar a la curvatura de sus generosos labios. Ella los entreabrió como por arte de magia, y él deslizó el dedo hasta su cálido interior.

Aurora estaba atónita, cohibida, excitada.

Cientos de sensaciones recorrían su columna vertebral terminando con suaves estremecimientos en su vientre. Se sentía clavada al suelo sin poder moverse, pero no le importó, deseaba más, y parecía que Justin sabía cómo saciar su curiosidad. El contacto de su mano hacía estragos en sus sentidos, de modo que casi no recordaba por qué estaba allí de pie en el sofocante invernadero. Cuando él inclinó la cabeza, ella tembló. Iba a besarla, y, antes

de que pudiese replicar, él posó la boca en la de ella. Su determinación solo duró hasta que la ardiente dulzura de la lengua de él se introdujo entre sus labios. El tierno movimiento de su lengua contra la de ella era irresistible, exploró los tiernos rincones de la boca femenina hasta que Aurora se aferró a él de forma impaciente. Cuando ella le tocó la punta de la lengua con la suya, a él le salió un ronco gemido de la garganta, la rodeó de la cintura, y la estrechó contra su cuerpo. La llevó caminando hacia atrás, hasta que tocaron el banco de madera, Aurora ignoraba que la falta de corsé permitiría a Justin meter la mano por debajo de la blusa con mucha facilidad y ahuecar la palma en un pecho. Cuando Justin hizo precisamente eso, se quedó paralizada, desgarrada entre la cordura y el placer, por un breve instante supo lo que significaba la palabra lascivia. Se apartaron a la vez, ambos jadeantes.

Ella lo miró culpable, él le devolvió la mirada preocupada. Antes de decir una palabra, se dio la vuelta y se marchó. Justin se quedó con una sensación de vacío. Su mano mesó su pelo revuelto y suspiró tan resignado como impaciente. No pretendía llegar tan lejos, pero el deseo que sentía por ella lo quemaba. Sabía que por un instante lo había deseado con intensidad, y pensaba aprovechar ese incipiente deseo para conseguir su completa rendición ante él.

Desde el incidente en el invernadero, Justin aprovechaba cualquier ocasión para tocarla, sonreírle, y dejarla siempre como a medias. Ella caía en su magnetismo una y otra vez. Le susurraba palabras al oído. Su cálido aliento le rozaba el cuello y la crispaba, y esa sonrisa socarrona la exasperaba hasta lo indecible.

—Me gusta el vestido dorado. No has vuelto a ponértelo desde el día que descubriste que era el hombre de tu vida.

Aurora recordaba perfectamente ese día. Ambos se preparaban para asistir a una fiesta.

—El hombre de mi vida está dormido como un Ángel.

Le sonrió de forma inocente y provocativa.

—Me haces sentir celos de mi propio hijo.

Aurora respiró intranquila. El brillo en los ojos de Justin era peligroso, y últimamente le hacía estragos en la mente y en el corazón.

Justin le posó las manos sobre los hombros, y la volvió hacia él.

—No hay ninguna mujer en toda Inglaterra que te supere ni en belleza ni en inteligencia. —Aurora lo observó de forma ardiente. Justin sufrió una

revelación—. ¡Me deseas!

Aurora le dio un codazo, pero él la atrajo hacia sí, y, sin previo aviso, posó su boca en la de ella. Siempre se asombraba de lo deliciosa que sabía. Ella lo empujó y lo miró con ojos de leona, pero él ya estaba preparado y se dio la vuelta riendo.

—¡No me dé la espalda cuando hace una travesura! —le ordenó con voz vacilante.

Justin meneó la cabeza, si bien la complació, se giró hacia ella, y la miró de forma divertida.

—No he hecho ninguna travesura pues no soy un niño pequeño.

—Me prometió que no me obligaría a aceptar sus besos y caricias de nuevo —le recordó.

Justin se quedó mortalmente serio.

—Eres demasiado dura. ¿Acaso ignoras que necesito alimentarme de ti tanto como el aire que respiro?

Ella no se dejó embaucar. Cada vez que la tocaba, su determinación se iba al traste.

—Confío que haga honor a su promesa.

Ella no cedía ni un centímetro.

—Soy un caballero. Me arrancaste la promesa de que no te poseería de nuevo —reconoció Justin—, pero unos besos y unas caricias no puedes negármelos, sobre todo porque son miserias amorosas...

Ella se quedó petrificada.

—Me descentra, me confunde.

Justin no sabía si reír o zarandearla.

—Así estoy yo desde el día que te conocí.

¡Se estaba riendo de ella!

—¡No me toma en serio! —estaba atónita—. Le recuerdo que hicimos un trato.

Justin puso los brazos en jarras y la miró con ojos apasionados, ardientes, provocadores.

—¿Hasta cuándo piensas castigarme?

Justin interpretó demasiado bien la mirada femenina. Aurora intentó darse la vuelta y salir de la alcoba, pero Justin ya la había sujetado por los hombros, y la obligaba a mirarlo a la cara.

—Toda la eternidad... —respondió sin pensar.

Aurora lo miró a los ojos, y la expresión tan dolorida que observó, le hizo

sentir remordimientos. Le debía una disculpa, y se la dio del mejor modo que entendía: con un beso ardiente, de esos que tanto le gustaba darle él.

Justin no podía controlar sus emociones. El beso tan apasionado que le estaba dando su mujer lo estaba reduciendo al polvo, era una alumna extraordinaria, o poseía un talento natural para subyugarlo. Ella sentía las manos de él en su cuerpo, y, por primera vez, no le importó en absoluto. Le gustaba su lengua cálida, sabía a vino dulce, y siguió bebiendo de él como si estuviese sedienta. Sus manos cobraron vida propia cuando una se enredó en el cabello de su nuca, y la otra descendió en una caricia lenta por el cuello abierto de su camisa. Lo sintió tensarse, y gemir, solo entonces comprendió el poder tan antiguo que tenían las mujeres sobre los hombres. Se pegó más a él, y su mente comenzó a valorar otras sensaciones. Ahora sus duras caderas buscaban el hueco entre sus piernas, los musculosos brazos la sostenían. Una de ellas presionaba su nuca para que no despegase su boca de la de él, y la otra había comenzado un ascenso lento y premeditado hasta la curva de su seno.

Consiguió desasirse a duras penas. Jadeaba con el rostro ruborizado y los ojos brillantes de confusión.

—¿Qué me hace? —logro balbucear.

—Lo mismo que tú a mí: hacerte perder el juicio. —Volvió a sujetarle la mandíbula y le alzó el rostro para seguir deleitándose en su boca, esa boca que había significado su rendición desde el primer momento que la besó en el jardín de la casa de su padre.

Justin estaba llegando a la línea que separaba la razón de la locura, si la traspasaba, corría el riesgo de perder lo que hasta ese momento había logrado, y, con un gran pesar, separó su cuerpo del de ella. Contempló sus labios hinchados por sus besos, y sus ojos oscurecidos por las sensaciones.

—Si seguimos corres el peligro de terminar en mi cama, desnuda, y a mi merced.

Ella rio y lo desarmó.

—Es la primera vez que he disfrutado con sus besos.

—No tengo control Dawn, soy una presa a punto de desbordarse, tendrás que contenerme tú.

Ella asimiló las palabras, y se sintió poderosa, con un sentimiento de la cabeza aceptó.

## CAPÍTULO 29

Ya en la fiesta, Justin no le quitaba ojo a su mujer. La miraba pestañear mientras bebía una copa de champaña, no escuchaba lo que le decía su anfitrión porque toda su atención estaba puesta en ella. La veía dar vueltas riendo alegremente, y frunció el ceño sin darse cuenta. Todo en ella era una provocación constante. Observó su precario moño a punto de caerse debido a los incesantes giros que daba con la cabeza. No se había puesto el vestido dorado, en un arranque de impertinencia se había colocado el de seda blanca con estrellas plateadas, el mismo que se había puesto para su cumpleaños y la llegada de Diego. Estaba hermosísima. Sonrió complacido, la tiara de brillantes en el pelo la hacía relucir como una reina, y por fin había conseguido que aceptara ponerse los pendientes de brillantes a juego con el brazalete que había pertenecido a su madre. Le gustaba mucho verla ataviada con las joyas familiares así demostraba a todos que le pertenecía. Ese sentimiento de posesión, aplacaba sus celos irracionales.

La vio abanicarse con la mano, nuevamente había perdido el abanico. Se la veía acalorada, con las mejillas arreboladas por el esfuerzo. Miraba a su alrededor buscando con los ojos, esperaba que, a él, pero su mirada lo alcanzó solo un segundo, y siguió observando la sala con lo cual él ya sabía que buscaba a Jamie. Había terminado por aceptar la gran amistad que existía entre ambos. Ella lo consideraba más que un hermano, un amigo, y él confiaba que Jamie supiese estar a la altura del significado de esa palabra. Supo el mismo instante en que los ojos dorados lo descubrieron pues su amplia sonrisa no dejaba lugar a dudas. Jamie venía hacia ella trayéndole una copa de champaña, ese privilegio era exclusivamente suyo, si bien aceptó las atenciones de su hermano sin molestarse. Aurora apuró la copa de un trago y la de Jamie también, a pesar de que él intentó alejar su copa del alcance de ella. No pudo evitar una mueca al ver que la regañaba, su mujer era única saltándose las normas de etiqueta. Al momento Jamie le dio un vaso de limonada que alcanzó de uno de los lacayos que pasaba con una enorme bandeja de refrescos, y ella lo volvió a dejar en la mano de él sin inmutarse, intuyó que le diría que podía meterse la limonada donde le cupiese, y Jamie le soltaría un sermón sobre el alcohol y las damas de alta alcurnia como ella, efectivamente, Aurora comenzó a entrecerrar los ojos cada vez más seria, pero volvió a coger el vaso de limonada que Jamie le ofrecía, lo olió, le dijo unas palabras a Jamie, y apuró el refresco de un trago. Una pequeña gota se había

deslizado por la comisura de su boca y descendía por su barbilla. Su hermano se mostraba horrorizado, ella tenía la boca llena y parecía que le costaba tragar el líquido amarillo que debía de resultarle bastante desagradable.

Justin vio el desastre.

Brandon, creyendo que Aurora se había atragantado, le dio una palmada para ayudarla. Aurora escupió el líquido justo delante de Jamie. Los tres se quedaron petrificados. La limonada se escurría desde la barbilla de Jamie hasta su perfecta camisa de lino blanca, y, él, decidió acudir en su ayuda. Aurora corrió avergonzada hacia la salita acondicionada para que las damas se acicalaran entre baile y baile.

Se sentía muerta de vergüenza. Se paseó por la salita sin atreverse a volver al salón de baile: sería la comidilla de la fiesta toda la noche, tanto era su pesar pensando en su suegro, que decidió tomarse un respiro en su angustia. Abrió la pesada puerta acristalada que daba a un pequeño jardín en un lateral de la magnífica mansión, pertenecía al conde Kevingthon, yerno de los duques de Wilson. La noche era espléndida. La suave brisa fresca logró revivificarla, y hacerle olvidar durante unos minutos el sofoco que había sentido en el salón de baile. Inspiró varias veces llenándose los pulmones de aire fresco, al momento escuchó el sollozo de un niño, y decidió salir atraída por él y olvidándose de la limonada: el incidente en la fiesta había pasado a un segundo lugar. Lo encontró sentado con la cabeza enterrada entre las rodillas, se acercó silenciosamente, y le habló en susurros. El niño la miró con ojos empañados en lágrimas, no tendría más de cinco o seis años, y ella siguió hablándole con ternura sin dejar de mirarlo para que el niño no desconfiara de ella. Se acuclilló a su lado, y le acarició el suave pelo. El niño terminó por explicarle el motivo de su llanto: había perdido a su gatito. Siempre dormía junto a él, y como le gustaba oír la música de la fiesta, había dejado la puerta de la alcoba abierta. No creía que *Colyne*, el nombre del gato, se escapase, y ahora no sabía dónde buscarlo. Ella le prometió que lo encontrarían juntos, y, sujetando la pequeña manita del niño, lo cargó y bajó los escalones con él.

Justin buscaba a Aurora por todos los rincones imaginables de la elegante mansión, pero su esposa se había esfumado como por arte de magia. Nunca hubiese sospechado que el incidente de la limonada la hubiese turbado, hasta el punto de desaparecer sin dejar rastro. Salió a los jardines intentando averiguar si se encontraba allí. Se adentró un poco más entre los árboles

frutales, y entonces escuchó una voz inconfundible maldecir en español, y se quedó pasmado ante lo que veían sus ojos: Aurora estaba encaramada entre las altas ramas de un manzano. Un niño que vestía ropas de dormir, la miraba desde el tronco chupándose un dedo, y también observó que cómo Roger Eden Wilson la miraba desde abajo. Se quedó paralizado por la sorpresa, y no pudo avanzar ni un paso más. La vio descender ágilmente llevando en una de sus manos a un gatito, lo mostró orgullosa al niño que la miraba con adoración, y, otros detalles hicieron que sus ojos se llenasen de furia. Vio los bonitos zapatos plateados y las medias de seda blancas, dejadas en el suelo junto al tronco del manzano. Roger tenía una visión perfecta de las piernas desnudas de su señora. No había dado ni dos pasos más cuando contempló azorado que ella ya descendía por la última rama, y que Roger alzaba las manos para sujetarla. Una de ellas se deslizó por la parte posterior de sus muslos hasta llegar a la curva de su trasero. Justin vio con verdadero alivio el puñetazo que ella le propinó a Roger nada más tocar el suelo, y la forma poco elegante en la que él se dobló hacia atrás perdiendo el equilibrio y cayendo despatarrado a sus pies. No sabía si reír o darle él también un golpe que lo dejase inconsciente. Superó la distancia que lo separaba de ella, y vio con deleite el azoramiento que le causó su inesperada aparición. Ayudó a su amigo a levantarse, acto seguido le dio otro puñetazo que esta vez sí le hizo sangrar la boca.

—Nunca más vuelvas a ponerle una mano encima a mi esposa.

Aurora pensó que los afiladores sentirían envidia ante la voz cortante de Justin, pero no dijo nada porque se sentía incómoda.

—Solo trataba de ayudarla.

Se excusó Roger mientras comenzaba a levantarse otra vez del suelo para mirarlos con suspicacia.

—Y este incidente ha de quedar aquí, o te meteré una bola de plomo entre las cejas —la voz de Justin era cada vez más afilada—. Te agradeceré que lleves a tu sobrino a sus aposentos mientras yo me ocupo de que mi señora se ponga decente otra vez.

Aurora no discutió. Le entregó el pequeño felino al niño, y le dio un beso de despedida. Observó al noble coger en brazos al niño. ¿Sobrino? No lo había sospechado, el chiquitín hablaba muy poco. Ambos se marcharon por donde había venido Justin. Un segundo después miró a su marido con cautela, vio enfado en sus ojos grises, y supo que le esperaba una buena reprimenda, pero no se le podía reprochar nada, había intentado ayudar a un gato miedoso,

y no era culpa suya que lord Wilson hubiese aparecido tan inoportunamente. Ella no le había pedido ayuda alguna porque era perfectamente capaz de bajar sola del árbol, pero Roger no tenía forma de saberlo.

—No puede volver al baile con esa cara de limón escurrido —le dijo ella.

Él, se acercó peligrosamente. Aurora retrocedió hasta que sintió el tronco del manzano en su espalda.

—¡Esta cara de vinagre es solo culpa tuya!

Aurora hizo lo único que se le ocurrió, se sentó en el suelo, y, levantándose la amplia falda del vestido hasta las rodillas, comenzó a ponerse una media, la sujetó con liga. Sus movimientos cuidadosos para no rasgar el tejido fino hicieron que Justin sintiese un nudo en la garganta, nudo que se iba transformando en nuez a medida que la contemplaba. Se arrodilló para ayudarla pensando que así terminaría antes, pero cuando sus manos se deslizaron por la suavidad de su pierna, el enfado con Roger se había convertido en una necesidad urgente de posesión de su mujer. El beso fue tan inesperado que Aurora no fue capaz de rechazarlo. Justin la cercó en el tronco y comenzó a devorarla como una fiera hambrienta, no la dejaba respirar, Aurora sintió desgarrarse la fina tela del vestido por el escote, y la razón hizo su presencia de nuevo.

—¡Basta, basta, Justin! Acaba de romper mi mejor vestido.

Justin estaba sordo a su negativa, su mano se deleitaba en su pecho mientras con la lengua seguía saboreándola.

—¡Estáis dando un espectáculo formidable!

La voz de Brandon hizo parar a Justin en seco, alzó la cabeza, y contempló que había varias personas mirándolos con rechazo desde la terraza del jardín. La oscuridad de la noche apenas conseguía ocultarlos de las miradas ávidas por parte de los hombres, y curiosas por parte de las mujeres. Aurora ahogó un gemido de humillación e intentó levantarse, Justin se lo impidió, necesitaba unos instantes para controlarse. Ella miró su escote desgarrado, su vestido manchado de polvo y hierba, y miró a su marido con ojos fulminantes. Sentía tanta vergüenza, que quiso fundirse con la corteza del árbol. Inspiró profundamente varias veces para serenarse, y comprobó aliviada que él había quedado peor parado que ella: la enorme erección entre sus pantalones le arrancó una sonrisa vengativa porque se lo tenía bien merecido. Se arregló el cabello intentando ordenar su melena. Se reajustó el escote y se recompuso lo mejor que pudo. Se levantó, y, cruzando por delante de su marido, subió hasta la terraza donde varios pares de ojos la miraban con desaprobación. Ella alzó

todavía más el mentón, sonrió con fría altanería, y le espetó a todo:

—Hace una noche perfecta para un revolcón en el jardín bajo las estrellas, les recomiendo señoras que lo prueben.

Los dejó a todos con la boca abierta.

Justin, consternado, comprobó que Aurora se había marchado con una media puesta. No pudo reprimir una sonrisa. Se inclinó, recogió las prendas olvidada, y se dispuso a buscarla convencido que ella regresaría a la casa sin echarlas de menos.

Aurora estaba furibunda, no porque la hubiesen pillado in fraganti en pleno desvarío amoroso, no, se sentía mortificada porque no le importaba en absoluto que Justin le hiciese el amor, es más, lo deseaba, y este encuentro de emociones la dejaba confusa, también perpleja. Miró a Justin y comprobó acongojada que la miraba de forma intensa, con algo más que un brillo de deseo en los ojos. La escasa luz del carruaje impidió que él viese sus mejillas sonrojadas. Cruzó una pierna sobre la otra y comenzó a golpear el suelo del carruaje en un tac-tac que tanto detestaba su tío cuando lo hacía en su presencia. Haberse olvidado de la media y la liga la superaba, y todo gracias a la intervención de su marido y de lord Wilson. Volvió a mirar a Justin que le sonrió. Con un movimiento ágil se pasó de asiento, le pasó el brazo por los hombros, le alzó la cabeza y la besó. Ella estaba tan abatida que le permitió el consuelo.

—Pronto tendrán otro chisme del que ocuparse, además, no ha sido tan terrible como imaginas.

Ella intentó separarse, pero él no se lo permitió.

—Que la gente me haya visto con un pecho en su mano y la falda subida hasta las pantorrillas, supera con creces mi vergüenza, y no pienso tolerar ese tipo de revolcones —Justin no se ofendió porque comprendía el malestar de ella.

—Pero la mano era la de tu esposo, y el revolcón estaba plenamente justificado por permitirle a Roger contemplar tus esbeltas piernas.

De nuevo afloraban los celos de Justin.

—¡Estaba ayudando a un niño! No pedí en ningún momento su ayuda, así que estoy libre de culpa.

Justin la acicateó sin piedad.

—Mañana todo Londres hablará de la impúdica extranjera que he alzado a la condición de marquesa, y ya no podré salir de la casa sin que me señalen con el dedo. No podré resistirlo.

Si pretendía avivar el fuego de su enfado lo había conseguido con creces.

—Quizás y solo quizás se merece ser el hazmerreír de todos por su lujuria.

Ella trataba de vengarse.

—Algún día, Dawn, comprobarás en carne propia el significado de la palabra lujuria. Desearás desahogar tu anhelo y no podrás, y la frustración te azotará sin piedad como me ocurre a mí cuando me rechazas.

—¡Mi nombre es Aurora! —le recordó.

Devlin miró a su nuera cuando traspasó la puerta hacia el comedor. Observó el sencillo vestido lila sin volantes y sin encajes, tanta sencillez le parecía perfecta. Le hizo una inclinación de cabeza en el mismo momento que Justin hacia su aparición tras su cabalgata matutina, ella no lo miró, pero él le estampó un beso en la boca sin mediar palabra. Justin observó a Aurora dirigirse hacia su padre, antes de que se levantase, lo abrazó y besó en la mejilla, vio a su padre sonreírle con ternura, y, acto seguido apartar la silla de su izquierda para que se sentase a su lado: su mujer acababa de despojarlo de su trono. ¿Desde cuándo existía esa afectuosidad entre su padre y su esposa? Siguió mirándolos en silencio. El lacayo le llenó el plato de huevos, salchichas, tostadas y bacón, y Justin miró fugazmente el liviano plato de su mujer. Ella solo comía un trozo de queso fresco, fruta troceada, y un par de cruasanes rellenos de mermelada de moras.

—No comprendo cómo puedes mantenerte en pie con ese inexistente desayuno.

Ella le respondió sin mirarlo. Le resultaba extraño el buen humor de Justin.

—Por lo menos yo tengo sangre y no grasa de salchichas circulando por mi cuerpo.

Devlin miraba a uno y a otro sin decir palabra. Veía las chispas saltar en las palabras que se dirigían, y se sorprendió gratamente.

—Yo no presumiría tanto —a Justin le encantaba acicatearla—. Apostaría contigo a que en vez de sangre tienes limonada, y tanta, que sueles escupirla por doquier.

Le estaba recordando claramente su torpeza de la noche pasada, y ella mordió el anzuelo.

—¿Será la limonada de mi cuerpo lo que mantiene una parte de su cuerpo

ten erecta cada día? —contestó, pero inmediatamente se tapó la boca horrorizada: se había olvidado por completo de la presencia de su suegro.

Un intenso rubor le tiñó las mejillas. Justin se había quedado con el tenedor a medio camino de la boca. Lo soltó estupefacto, y la miró con tanta sorpresa que a ella le escocieron los dedos de los pies por la vergüenza. El duque escondió el rostro tras el Times, apenas podía ocultar el temblor de sus manos sosteniendo el periódico. Se moría de la risa.

—Lo lamento —la disculpa la estaba ahogando—. Mi lengua, en ocasiones, va más rápida que mi cerebro.

Afortunadamente la entrada del mayordomo restó tensión al momento.

—Marquesa, ¿disfrutó del baile anoche?

Aurora miró a su suegro y entrecerró los ojos ante la pregunta. ¿Por qué el tono de su suegro parecía burlón?

—¿Dice algo interesante el Times, padre? —Justin intentaba cambiar de tema.

—Aquí hay una noticia muy curiosa en la sección de sociedad, pero han debido equivocarse en el título: «El marqués de Greenthorn y su señora la marquesa impusieron ayer por la noche una nueva moda en los jardines londinenses: los escarceos amorosos a la luz de la luna. Algo realmente romántico, aunque completamente pasado de moda».

Aurora creyó que se iba a derretir allí mismo. Justin siguió tomando su té como si fuese la cosa más natural del mundo que hablasen de las intimidades de uno en un periódico, pero a ella se le quitó el apetito de inmediato. Apartó su plato e hizo un amago de levantarse, si bien el duque, que la había estado observando, se apiadó de ella.

—Acabo de recordar que Justin fue concebido en un escarceo parecido.

Justin se atragantó con el té, y Aurora miró a su suegro realmente agradecida.

—Estoy deseosa de conocer todos los detalles.

Justin miró a su padre con verdadero interés, pero el duque le sonrió a su nuera, y comenzó el relato sin inmutarse.

Justin sentía las orejas ardiendo. Miraba a su padre entre escandalizado y estupefacto. No estaba omitiendo ningún detalle, y le estaba describiendo un cuadro de él bastante increíble. Aurora sonreía con verdadero alivio, y, de tanto en tanto, miraba a Justin. El hoyuelo de su mejilla izquierda asomaba burlón, y él juró que esa noche la haría arder igual que su padre lo estaba haciendo arder a él.

## CAPÍTULO 30

—Dawn está terriblemente enfadada contigo.

Justin miró a su hermano sin sorprenderle la noticia. Acababa de llevarle unos correos a su residencia de soltero.

—Tenemos una opinión diferente sobre el concepto de la posesión.

Jamie miró a su hermano mayor y no lo comprendió. La rabieta de su cuñada había sido monumental. Él, paciente, había soportado la diatriba de ella.

—Piensa que disfrutas dejándola en evidencia delante de todos.

Justin lo miró atónito.

—Ella aprenderá a aceptarme sin reservas.

Jamie alzó el ceño.

—Lady Dawn Penword es una dama, Justin. Merece un respeto por parte de todos, pero mucho más por parte de su marido. —Justin comprendió que su hermano tenía buenas intenciones.

—Sabes que beso el suelo que pisa. Jamás la pondría en evidencia delante de nadie, al menos conscientemente.

—Tus celos la agobian. Deberías tratar de controlarlos.

Esas palabras no se las esperaba.

—Es una mujer muy hermosa, es normal que sienta cierta inseguridad con respecto a ella.

—Dawn no es nuestra madre.

El golpe que recibió ante la recriminación le mordió el corazón por los recuerdos.

—Me juzgas duramente, Jamie —pensó que su hermano debía tener sobrados motivos para hablarle así—. Los sentimientos que me inspira me nublan el juicio y la razón. Sentir su perfume, me vuelve simplemente loco.

Jamie estaba comenzando a sentirse incómodo.

—Siempre has juzgado a las mujeres en base a la actuación de nuestra madre, y eso no es justo por tu parte, lo sabes.

Justin lo miró aturdido.

—Es demasiado hermosa —admitió pensativo.

—Es una mujer honorable —le recordó su hermano pequeño.

Justin se quedó meditando un largo instante.

—Me siento inseguro, pues no soy dueño de su afecto.

Le confesó aturdido.

—Solo tú eres el culpable —Jamie era impecable.

Justin vaciló.

—Te agradezco el interés, pero lo que pretendo, y lo que hago cuando mis manos la tocan, son dos cosas diferentes.

—¡Ahórrame los detalles! —exclamó Jamie violento.

Justin contempló a su hermano menor, y sintió una ligera vergüenza.

—Lo lamento Jamie, había olvidado...

—Cuando dejes la sombra de nuestra madre fuera de tu vida, comenzarás a comportarte como un hombre maduro. —El reproche se lo tenía bien merecido.

Jamie siguió mirando a su hermano interrogante.

—No deseo hablar más sobre esto.

—Nunca te creí cobarde.

Justin lo miró con ojos desabridos.

—Esa observación ha sido desafortunada —respondió con voz dura.

Jamie asintió con la cabeza.

—Es mi manera de ayudarte.

Se justificó.

—Nadie puede ayudarme salvo ella.

—¡Justin!

Él no pensaba darle tregua. Cuánto más la acosase, tanto más pronto la tendría en su cama.

—Me cuesta entender que seas el paño de sus lágrimas —Jamie le hizo un gesto de impotencia.

—Los amigos están precisamente para eso —Jamie volvió a mostrarse serio por un momento—. Ella quiere ir a Bath, podéis dejar los niños y marcharos un par de días. —Justin se volvió de repente.

—¿Por qué Dawn no me lo ha pedido?

—Según palabras de ella «tu lengua no la dejaría hablar, estaría demasiado ocupada en su boca».

Justin sonrió porque le gustaba devorarla a besos.

—Haré los arreglos necesarios para llevarla a Bath.

Justin dejó la pequeña casa que hasta no hacía mucho había sido su residencia de soltero. Estaba realmente feliz. Su mujer estaba empezando a aceptar su condición de casada. Por fin las cosas volvían a su cauce. El tío de ella había comenzado unos negocios con su naviera, así podía seguir estrechando el lazo que la mantendría unida a él de por vida. El viaje a Bath

podría ser el comienzo de una nueva relación íntima entre ellos. ¿Por qué no se le habría ocurrido antes? Comenzó a silbar mientras conducía su faetón por las calles de Londres en dirección a su residencia. Estaba realmente alegre.

## CAPÍTULO 31

Aurora contemplaba a sus dos hijos que jugaban en el jardín trasero de la mansión con Jamie, los perros Canela y Nuez hacían piruetas en torno a ellos. Estaban llenos de hierba, de briznas secas, y manchas de polvo, pero parecía no importarle a ninguno. Se sorprendía del gran cariño que existía entre ellos. Jamie jugaba con sus sobrinos más como un padre que como un tío, pero Aurora desechó este pensamiento de inmediato porque le resultaba desleal, también perturbador.

Recordaba la fiesta que había organizado Justin por el primer cumpleaños de sus niños, y se ruborizó, había sido fastuosa, pomposa y terriblemente cara. Viendo lo que disfrutaban jugando, no pudo resistirlo más y se lanzó a jugar con sus pequeños derribando de un salto a su cuñado. Los niños festejaron la intervención de la madre, y, entre los tres, enterraron a Jamie bajo sus cuerpos. Él pedía clemencia y juraba venganza por la humillación de no permitirle que se levantara del suelo.

Justin contemplaba desde la ventana el bonito cuadro que proyectaban su familia jugando en el jardín trasero de la mansión. Aurora había conseguido quitarle los zapatos a Jamie que, con un niño en cada brazo pretendía hacer un intercambio: un niño por cada zapato. Sentía un peso abrumador sobre sus hombros pues ser el heredero de un ducado resultaba muy duro. El duque había relegado toda la responsabilidad en él desde el mismo día que cumplió los veinticinco años, y, aunque manejaba los asuntos a la perfección, esa misma responsabilidad lo ataba esa tarde en su despacho impidiéndole participar en los juegos que veía en el jardín.

Eulalia se acercó hasta Justin para ver lo que estaba contemplando tan silencioso, no la había escuchado entrar, por ese motivo se sorprendió un poco al oírla respirar a su lado. Eulalia observó que el joven Jamie, antes de darle un niño a su madre, lo besaba y abrazaba con mucha ternura, primero le pasó a Roderick, luego a Mary, y sonrió.

—Besa a los niños con las mismas ansias que besaría a la madre.

Dijo de forma calculada. Ella habría prometido vengar la perfidia de Justin, y una gitana no olvidaba su promesa.

El marqués entendió las palabras enigmáticas de Eulalia, y entrecerró los ojos de forma atormentada.

—Algún día Jamie tendrá que aceptar... —pero no terminó la frase.

Eulalia sabía de los celos que devoraban a Justin, y que trataba de

dominar a fuerza de voluntad. Sentir celos de un hombre era muy duro, pero si este hombre era además su hermano, el sentimiento se volvía demoledor. Eulalia no quiso aliviar la carga del heredero, ella había prometido venganza.

Los niños estaban encantados y exhaustos, los cuatro se quedaron sentados en la hierba recuperando el aliento.

—¡Tienes los ojos más bonitos que he visto nunca, Jamie!

Jamie la miró sonriente.

—Son los ojos de mi abuelo materno. Justin los tiene del mismo color que los tenía mi madre, y mi padre rumia por la broma del destino: ninguno de sus hijos se parece a él.

—Los míos son un rasgo distintivo de mi familia. Son los ojos de mi madre, de mi tío, y de mi abuelo paterno.

Jamie le colocó un rizo detrás de la oreja, y las palabras que le iba a decir a continuación, quedaron sepultadas en su garganta porque Eulalia los había llamado para el té. Los cuatro subieron las escalinatas hasta cruzar la terraza y entrar a la casa. El sol de la tarde daba de lleno en los cristales y le arrancaba destellos brillantes, eso les impidió ver a través de ellos a un Justin pensativo y melancólico.

Elena esperaba para llevarse a los niños y bañarlos antes de la cena.

Aurora soltó un suspiro de dicha cuando vio que parte de su familia estaba esperándolos en la enorme biblioteca que daba directamente al jardín. John contempló el desaliño de su hija, y no lo sorprendió, aunque sí lo sorprendió el de Jamie pues su camisa había quedado inservible. Volvió a mirar a su hija, nuevamente el vestido le arrastraba unos centímetros más de lo normal, el pelo le caía en rebeldes rizos hasta la cintura, y tenía las mejillas sonrosadas debido a los juegos. Ella los iba besando uno a uno, y, cuando llegó a la altura de su tío se quedó quieta.

Rodrigo esperaba su beso. Con una mirada burlona en sus dorados ojos la instó.

—¿No te alegras de ver a tu tío preferido? —ella sonrió y alzó el mentón, altiva.

—Puesto que soy superior a ti en rango, espero mi reverencia, conde Ayllón.

El duque no pudo contener un gemido de espanto. Rodrigo accedió a la petición de su sobrina. Le hizo una reverencia tan profunda, que los dedos de

su mano derecha casi rozaron el suelo al inclinarse. Aurora aceptó la venia con una leve inclinación de cabeza, y, acto seguido, se lanzó a los brazos de su tío.

—Has de saber, *mochuelina* —comenzó Rodrigo—, que aquí en Inglaterra y en el resto del mundo, el título de conde es el que sigue en orden de importancia al título de duque, salvo en el reino de España, que se intercala por el medio el título de marqués.

Aurora lo miró sorprendida.

—¿Entonces eres superior en rango a mi padre y a mí?

—Fuera del reino de España sí —el tono era tan neutral que Aurora lo quiso todavía más.

Justin cerró el libro de cuentas y se dirigió hacia la visita.

Aurora miró a Justin, y se descorazonó porque su marido últimamente estaba muy serio, y, aunque entendía el motivo, no pensaba ceder. Él la quería en su cama y ella se resistía. Necesitaba que enfriase un poco su ardor pues sus constantes revolcones habían hecho saltar chispas entre la aristocracia londinense, y ella no pensaba servir de chisme en ninguna reunión matinal más. Tenía que controlar su deseo hacia ella.

Rodrigo fue consciente de los sentimientos contradictorios que sentía su sobrina.

—Confío que no hayas vuelto a escandalizar a tu suegro.

Ella lo miró con dulzura en la voz.

—Mi suegro es el hombre más comprensivo de todas las islas británicas.

Rodrigo le hizo un gesto galante.

—Aurora ya se comporta como una auténtica dama inglesa—. Justin quiso hacerle un cumplido, pero no lo consiguió—. La irrespetuosidad tan característica en ella, solo aflora cuando se encuentra en compañía de españoles.

Ella lo miró largamente.

—Nunca le he faltado el respeto a mi tío.

Los ojos de Aurora llameaban.

—Y me alegra comprobar que es así. Una dama de tu posición ha de saber guardar las formas y no ponerse en ridículo con sus acciones.

Ella no comprendía su humor sombrío, e ignoraba que parte de la tensión de Justin, y de sus salidas de tono, tenían mucho que ver con Eulalia que lo emponzoñaba contra todos.

—El sentido del ridículo no le importa ni a un rey cuando se siente

acuciado por una necesidad imperiosa de alivio, y se baja los pantalones donde sea. —Aurora no entendía el por qué Justin siempre la aguijoneaba en presencia de su familia.

—Una dama educada jamás utilizaría un vocabulario tan vulgar, Dawn.

La voz de Justin se estaba tornando acerada.

—Nunca he pretendido ser una dama —había un brillo malicioso en sus ojos cuando habló.

—Con solo mirarte basta para comprender lo ciertas que son tus palabras.

Aurora dejó de contestar, y consiguió meterse un pastelillo en la boca como lo haría una muerta de hambre. Justin estaba serio por la actitud de su hermano, y la actitud de ella en el jardín. Todos miraban a uno y a otro en silencio, afortunadamente, los Beresford se habían acostumbrado al lenguaje sincero que utilizaban los españoles, y ya no se escandalizaban tanto. Rodrigo terminó su café sin inmutarse. Veía saltar chispas entre su sobrina y Justin, y eso le dijo mucho sobre los sentimientos de ambos, aunque su sobrina no fuese consciente de ellos todavía.

—Tengo entendido que os vais a Bath unos días.

Dijo Rodrigo.

—Sí —Respondió Aurora.

—No —la negativa de Justin tomó por sorpresa a John que miró a su hija con seriedad—. Tengo que resolver unos asuntos urgentes en Londres. Hasta después del verano no podremos marcharnos a ningún sitio.

Aurora se puso seria de inmediato. Le dolía que Justin no la informase del cambio de planes.

—Deberíais venir los niños y tú al campo unos días, Whitam Hall está vacía sin vosotros.

Aurora sonrió a su padre con cariño.

—Es posible que lo hagamos.

Ella siguió comiendo pastelillos.

—Una dama educada no se atiborra a dulces, Dawn —la recriminó Justin.

Aurora soltó la empanadilla de inmediato, y miró a su marido como quien mira un mosquito después de que pique, con ganas de aplastarlo de un manotazo.

—Justin, un hombre ha de saber cuándo va a traspasar la línea de la prudencia.

Las palabras de Rodrigo no le hicieron mella en absoluto al esposo de su sobrina.

—Dawn necesita lecciones de comportamiento, y, puesto que las ha obviado tan claramente en su educación... es mi deber recordárselo.

—Pero hoy no es el momento de hacerlo.

La defendió Christopher. Aurora miró con calidez a su hermano mayor. Ser defendida era algo glorioso.

—No se puede culpar completamente a su aya Eulalia por su falta de moderación, ¿cierto? — Criticó Justin con voz grave.

Los Beresford se estaban poniendo nerviosos por momentos.

—Mi falta de moderación no es lo que se está discutiendo aquí, ¿verdad lord Penword?

Él, la miró fríamente, pero no le contestó, ella utilizaba su título cuando estaba ofendida. Aurora se levantó altiva, alisó las arrugas de su vestido, y caminó hacia la puerta, se volvió un momento, y le sonrió a su familia.

—Los niños estarán ya preparados, no tardaré.

Cuando Aurora cerró la puerta tras de sí, un montón de ojos acusadores se volvieron a hacia él. Justin tragó saliva con dificultad.

—La habéis mimando y consentido en exceso. Debe madurar de una vez, como duquesa tendrá que responder mucho. Así no la estáis ayudando.

Eulalia miró a Justin con auténtico rencor gitano y no pudo contener la lengua un minuto más.

—Nadie osará criticarla en absoluto ni en su cara ni en la mía, pues una sola gota de su sangre contiene más ralea que toda esta familia junta. —Justin la miró con una admonición en sus ojos, pero a ella le dio exactamente igual.

—Mi sangre descende de los Tudor, por si tiene alguna duda sobre mi herencia.

Eulalia lo miró con más desdén todavía.

—El comportamiento de mi hija delante de extraños es impecable, Justin, su naturalidad con su familia es espontánea. Nada se le puede reprochar. — John defendió a su hija con ahínco—. Olvidas que su cultura y educación la han formado tal y como es.

—Es terca e impulsiva. Marisabidilla, temeraria, y obcecada. Mi obligación es dirigirla e instruirla.

Había un deje de socarronería en la voz de Justin, y Rodrigo entrecerró los ojos.

—En ocasiones tu comportamiento raya el ridículo —Jamie lo atacó con ferocidad—. Si contamos las ocasiones en las que Dawn no se ha comportado, deberíamos alegar que la mayoría ha sido con tu exclusiva intervención. Me

sorprende tu actitud.

La entrada de Aurora con los niños hizo olvidar de inmediato el altercado. Ella le dirigió a su marido una mirada condescendiente, y le hizo un alzamiento de barbilla altanero, gesto que no pasó desapercibido para nadie. Rodrigo comprobó complacido que su sobrina se había cambiado el arrugado vestido y se había trenzado el cabello alrededor de la cabeza. Los comentarios maliciosos de su marido no le habían hecho mella.

## CAPÍTULO 32

Aurora paseaba por Hyde Park. Hacía muchos meses que esperaba noticias de los gitanos José y de Antonio. Quería irse de Inglaterra, pero no quería separar a Justin de sus hijos. Ya había olvidado los agravios que le había infringido Justin porque, siendo sincera consigo misma, quizás ella hubiese actuado de la misma forma en una situación similar. La tarde ya concluía, y comprendió que tenía que volver, si Justin se enteraba que había salido sola a pasear, se iba a enfadar muchísimo. En Ronda ella disfrutaba de completa libertad, podía ir a cualquier lugar sin preocuparse de llevar acompañante, pero en Londres era impensable.

Aurora observó a la gente que paseaba, veía a mujeres acompañadas por sus doncellas en silenciosa peregrinación hacia ningún lado, o eso al menos le pareció, era como si la alegría fuese pecado en Inglaterra, y volvió a suspirar de nuevo. Una brisa traicionera le arrancó el sombrero que llevaba suelto, y Aurora lo vio alejarse impávida. Ondeó en un zigzag libre, sin orden, y sin destino. Lo vio aterrizar cerca de un banco, y, sin prisa, pero sin pausa, se dispuso a recogerlo. No fue consciente del blanco corcel que galopaba desbocado, ni la angustia que se reflejó en los ojos de la amazona al contemplar el inminente desastre: iba a arroyarla. En el mismo instante que Aurora se alzaba de recoger el sombrero oyó unos gritos angustiosos, no supo que corría verdadero peligro. Algunos paseantes le hacían gestos para que se apartara, ella entonces se giró, y vio el caballo desbocado. Le pasaría por encima. Comenzó a correr hacia la izquierda, pero había calculado mal, la fuerte pendiente la desestabilizó, y la hizo resbalar: cayó rodando hacia el estanque. El animal pateo el aire y se precipitó al suelo vacío. Aurora sintió un dolor agudo en el tobillo izquierdo, y, con sus brazos, trató de protegerse el cuerpo todo lo que pudo.

Habían parado de dar vueltas, y Aurora esperó a que se le pasara tanto el mareo como el susto porque estaba ilesa. Miró su aspecto y gimió espantada: el bello vestido color lavanda había quedado roto por el corpiño y la falda, el pelo se le había soltado del moño. La gente se había congregado a su alrededor, algunos por curiosidad, otros preocupados.

Aurora no podía reincorporarse. El tobillo izquierdo le dolía muchísimo, y temió habérselo fracturado. La amazona que había estado a punto de arrollarla se acercó a ella muy asustada. Cuando Aurora vio a los dos caballeros que desmontaban de sus monturas al unísono, sonrió con verdadero

alivio.

Justin se disponía a salir de la casa en busca de su esposa. Había montado en cólera cuando supo que se había marchado de paseo sin el carruaje, y sin acompañante. Estaba decidido a despedir al lacayo que tenía la obligación de protegerla. Las calles de Londres estaban llenas de rateros y delincuentes, los campos de bandidos. Difícilmente una mujer podía caminar sola sin que peligrase su integridad física. Justin todavía rumiaba su enfado cuando la vio llegar montada a caballo y sujeta por el mismo Roger Eden Wilson. Se quedó serio cuando contempló que ella llevaba puesta la chaqueta verde de terciopelo de él, nuevamente el desaliño femenino lo preocupó. Roger se bajó del enorme semental con la agilidad y la confianza que solo poseen los jinetes que han pasado la mayoría de su vida a caballo. La sostuvo entre sus brazos más tiempo del necesario. Justin no se percató del resto de monturas que los acompañaban, solo tenía ojos para las manos de su rival que abrazaban a su mujer, y del íntimo contacto que compartían. Roger subió los peldaños de la casa, y con un breve saludo a Justin, le cedió el testigo de sujetar a su mujer. Aurora pasó de los brazos de un noble a otro. Justin caminó con paso firme, y depositó a Aurora en el amplio sofá, la acomodó lo mejor que pudo, y pidió al servicio que le pusieran un cojín en la pierna pues Aurora le había explicado brevemente que se había lastimado en el parque.

Aurora se quitó la chaqueta y se la devolvió a lord Wilson. La prenda había evitado que ella enseñara más de lo que permitía el decoro, sin embargo, antes de ponerse encima el chal que Eulalia le había traído presurosa, Justin pudo comprobar que llevaba el corpiño destrozado, dejando ver sus cremosos pechos casi por completo. Se abrió paso entre el gentío que llenaba el salón, y, con ojos interrogantes miró a Roger esperando una explicación que no lo iba a satisfacer en absoluto. Una muchacha no mayor que la misma Aurora, intentó explicarle entre sollozos lo que había sucedido.

—Permite que te presente a la hermana de mi cuñado, lady Sara Kevington —la mujer hizo una breve reverencia—. Nos encontrábamos paseando a caballo cuando una ardilla ha conseguido asustar a su yegua, algo insólito porque es muy dócil, se le desbocó, y se precipitó hacia el lugar donde estaba lady Penword, que no se había percatado del enorme peligro que representaba el animal asustado, sin embargo, ha quedado bastante mal parada como puedes apreciar —Roger calló durante unos instantes—. Confiamos que no se haya

roto el tobillo.

La entrada rápida del doctor de los duques de Wilson le hizo arrugar el entrecejo. Era el colmo del descaro que Roger hubiese mandado llamar a su propio médico, aunque calló porque el tobillo de Aurora le preocupaba más. Afortunadamente, solo se trataba de una torcedura que ya comenzaba a hincharse, el doctor había le daba las instrucciones para los próximos días. Había tenido mucha suerte, y Justin lo agradeció en silencio. Eulalia, como una perfecta anfitriona, preparó un breve refrigerio para la inesperada visita, el salón parecía brillar por la reunión informal que se había organizado.

Aurora reía por las bromas que le gastaban, pero cada vez que veía el gesto adusto de Justin, su estómago se encogía de aprensión. Ella seguía en silencio y escuchaba, inesperadamente había conseguido un montón de amigos nuevos, pues además de lord Roger y lady Sara, había conocido al conde Blair y al vizconde Seymour. El duque de Arun hizo su aparición, y todos les dispensaron los honores que merecía.

Todo estaba en silencio, Aurora leía tranquilamente en su enorme cama con dosel. Debía guardar reposo para que bajase la hinchazón del tobillo. Esperaba la visita de Justin con algo de inquietud pues sabía que le esperaba una buena regañina por haberlo desobedecido. Intentó concentrarse en la lectura, pero el libro escogido había sido un error porque la aburría mortalmente. Había cenado en su alcoba pues las escaleras representaban una gran dificultad, extrañaba cenar con el resto de la familia, y como los niños ya estaban dormidos en sus respectivas alcobas, ella se dispuso a esperar el juicio y la sentencia que Justin le daría de forma implacable e inmediata. Se rio de su ocurrencia, y Justin, tan oportuno como siempre, aprovechó ese preciso momento para cruzar la puerta que separaba ambas alcobas. Llevaba puesta su bata de terciopelo azul marino, y el pelo todavía lo tenía húmedo por el baño. El cinturón de la bata lo tenía anudado de forma holgada que se había abierto casi hasta la cintura. Aurora miró con ansia la uve de piel que mostraba Justin tan descuidadamente, y, de forma irracional, deseó pasar la mano por el ensortijado pelo dorado de su pecho. Miró las dos copas que llevaba en las manos, y sonrió de nuevo, no le vendría mal un trago. Justin le dejó la copa en la mesita, acercó a la cama el sillón, y, Justo en el momento de sentarse, la bata caprichosa se abrió hasta la mitad del muslo, y Aurora pensó que a ese juego podían jugar dos, porque estaba convencida de que su marido

actuaba a propósito para incomodarla. Tomó la copa de la mesita, e hizo que un tirante del finísimo camisón de satén color champaña se deslizara por su hombro, dejando la mitad del pecho descubierto. Los ojos de Justin brillaron de expectación, pero ella todavía fue más lejos. Bebió un gran trago de coñac, sabiendo que el líquido le quemaría la garganta y la haría toser, momento que ella aprovechó para que el camisón se le subiera hasta más arriba de las rodillas cuando se movió. Una vez que hubo cesado los estertores convulsivos, se reclinó hacia atrás en una pose muy seductora, masajeándose la zona de la garganta que había sufrido el acceso.

Justin, cuando vio el brillo travieso en los ojos de ella, se dio cuenta de que estaba jugando con él.

—¡Tus artimañas hoy no funcionan, no te van a librar de mi sermón! — Justin no pudo darle la seriedad que pretendía a sus palabras.

—Mis artimañas suelen encandilarle —le respondió ella.

—Tengo motivos más que suficientes para estar enfadado con tu actitud — Justin bebió un trago de su copa sin dejar de mirarla.

Ella dejó la suya en la mesita, y le obsequió con la visión de su espléndido busto al hacerlo. Justin sintió que su cuerpo se endurecía por completo, y cambió de postura para aliviarse.

—Has de obedecerme, Dawn. Si te ordeno que no salgas sola, espero que me obedezcas —ella no quería enfadarse,

—Justin, mi nombre es Aurora, llámame así, por favor, y te recuerdo que no soy una prisionera —su voz sonaba contenida, y Justin sonrió, ella le decía lo mismo cada vez que le recriminaba algo.

—Londres es una ciudad peligrosa —continuó.

—¡Estaba a dos manzanas de casa! —respondió con acritud.

—Si deseas salir, Elena puede acompañarte, e incluso yo si dispongo de tiempo.

Aurora no pudo contener la réplica.

—Aquí no se discute mi temeridad ante un simple paseo por el parque por la tarde —no se dio cuenta, pero había subido el tono de la voz—, lo que realmente le molesta es que puedo conversar, reír, e incluso bromear con todo lo que lleve pantalones, y que supere la edad de diez años.

Justin se quedó mudo ante el estallido de ella.

—A ese tema, querida mía, iremos después, no te quepa la menor duda —apuntó crítico.

Ella lo miró exasperada.

—Ha sido un incidente desafortunado del que no hay culpables ni consecuencias adversas.

Justin estaba realmente preocupado.

—Eres voluble, impetuosa, impulsiva... —Justin no quiso continuar—. Si yo te digo que no caminarás sola por Londres, tendrás que obedecerme —Justin no quería mostrarse tan duro, pero ella debía comprender.

Aurora lo miraba atónita, Justin la miraba con deseo, y, esa fue la chispa que le hizo lanzarle el libro que había estado leyendo unos momentos antes. Justin no lo esperaba, así que no pudo evitar el impacto que le dio en plena cara, y el dolor lo pilló de improviso. Aurora se arrepintió de inmediato, aunque había logrado enfriarle el ardor.

—¡Eres una arpía venenosa! —Justin se secaba las lágrimas que le corrían por el ojo lastimado, y ella se envaró furiosa porque estaba harta de sus celos irrazonables.

—No pienso ser una prisionera en mi propia casa. No tiene nada que temer.

Justin terminó riendo por su conclusión.

—No volverás a ver a lord Wilson.

Ella abrió la boca sorprendida.

—Hemos llegado al quid de la cuestión —dijo con desesperanza—. Lord Wilson se ha portado siempre como un caballero.

—¡Es un libertino! —le advirtió él con mirada sombría y gesto desabrido—. Existe entre ambos una rivalidad desde la universidad.

—Lo considero un amigo.

Replicó molesta.

—Pretende seducirte —la voz de Justin se tornó fría.

Aurora no podía creérselo. Roger se había mostrado como un caballero en cada ocasión que habían coincidido.

—Quizás, y solo quizás, no hará falta que lo pretenda.

Justin se atragantó con su respuesta.

—No puedo comprender que me estés replicando de forma tan humillante.

Aurora trató de contenerse.

—Estoy cansada de este encierro, de sus celos...

Justin guardó silencio durante un instante.

—Mis celos son el resultado de tu frialdad al alejarme de tu lecho.

Ella lo miró sorprendida, y azorada.

—Eso no ha sido justo, y lo sabe.

Estaba tan dolida que Justin casi se arrepintió de su arrebato.

—La injusticia la impones tú al negarme tus deberes conyugales —con esas palabras consiguió hierla profundamente, aunque siguió implacable—. Te veo tan cariñosa con todos, que me enferma la necesidad de poseerte. No te importa bromear con mi primo Brandon, ni mostrar cariño a mi hermano Jamie. Ahora Roger se convierte en tu paladín, admite que tengo motivos más que suficientes para estar molesto contigo.

Aurora se quedó tan callada y quieta, que Justin pensó en irse. Cuando al fin pudo articular palabra, lo hizo tan queda que Justin apenas la oyó.

—Un matrimonio debe compartir, respetar, y, ante todo, confiar el uno en el otro.

—No me das motivos para confiar en ti.

—Esa es una acusación muy grave, ¿y es válido para los dos? ¿O la fidelidad solo debo respetarla yo?

Justin la miró con seriedad.

—Ninguna mujer me tienta como tú, y me resulta inaudito que no te percares de ello —había sinceridad en su voz—. Cada vez que me doy la vuelta tienes a un hombre rendido a tus pies. ¿Cuántos harán falta para que te des cuenta de que temo perderte?

Aurora lo miró llena de suspicacia. Justin se veía de verdad herido.

—¿Por qué desconfía tanto de las mujeres? —le preguntó a bocajarro.

Justin se mantuvo callado durante un momento antes de contestarle.

—Mi padre adoraba a mi madre, pero la lista de amantes que tuvo fue interminable, y ella no era ni la mitad de hermosa que tú.

Esto último lo dijo tan lastimosamente que Aurora se compadeció.

—Lamento de veras lo que le sucedió a su padre, pero no puede medirnos a todas las damas con la misma vara —Justin la miró duramente.

—¡Qué fácil has olvidado el desliz que nos separó!

Aurora lanzó un gemido ahogado.

—Eso ha sido un golpe bajo, pues bien que he olvidado yo su perfidia —la mirada de Aurora se dulcificó—. Hemos llegado a un punto sin retorno. —Justin la miraba sin un parpadeo—. Yo deseo confianza, y usted no está dispuesto a ello.

Justin meditó sus palabras, y creyó que sus noches de vigilia habían llegado a su fin.

—Si prometo esforzarme por confiar en ti, ¿me das tu palabra de que no mirarás a otro hombre que no sea yo?

Ella lo pensó concienzudamente.

—Nunca he mirado a otro hombre —susurró.

Justin suspiró.

—Nunca vuelvas a jugar con mis sentimientos, Dawn.

—Nunca lo he hecho, y me llamo...

Justin alzó su mano callándola.

—Sé cómo te llamas, y deseo que me tutees como tuteas incluso a mi padre.

—¿No se cansa de sermonearme? —le preguntó cansada.

El brillo en los ojos de Justin resultó muy elocuente.

—Tienes la llave para silenciarme cada vez que lo desees.

—¿Y cómo es que no he visto esa llave que menciona?

Justin miró su cuerpo con lascivia, y entonces ella entendió.

—¿Sellamos nuestro acuerdo con un beso?

No le dio opción a responderle, de un salto llegó hasta ella y con sumo cuidado de no lastimarle el pie, la atrajo hacia su cuerpo y comenzó a devorarla.

Justin alargó el brazo buscando a su esposa, pero el lecho estaba vacío, por eso se despertó de inmediato. El lado de la cama que había ocupado por la noche se encontraba frío. Alcanzó su bata que se colocó rápidamente, y salió al pasillo en busca de ella pues apenas eran las siete de la mañana. Entró en el cuarto de los niños, ambos dormían como angelitos, y una sonrisa tierna asomó a su boca. Estaba deseando tener más, quizás seis o siete. Bajó los blancos peldaños de las escaleras de mármol italiano, pero solo se oía el jaleo de los sirvientes despertando la casa. Recorrió la biblioteca, el despacho, el salón, y seguía sin haber rastro de Aurora. Oyó una risa cantarina en las dependencias de la cocina, y se dirigió hacia allí. Se quedó en el umbral de la puerta observando lo que sucedía: su mujer estaba masajeando el pie del mayordomo con un ungüento que olía realmente mal. Su padre, el duque, estaba al lado de ella vestido con ropa de montar, y una taza de humeante café en la mano. De tanto en tanto, volvía a ponerle el ungüento en la mano de ella que friccionaba los huesos del mayordomo como si amasase harina. Soltó un carraspeo, y las tres cabezas se giraron hacia él.

La sonrisa que le dedicó ella lo derritió.

—Ya veo que la señora marquesa no para un instante.

Aurora alzó las cejas con interrogación, esa forma de llamarla la hizo sentir rara.

—Nuestro Adam ha tropezado en las escaleras —era tan natural en ella hablar así del mayordomo como la forma de insultar que tenía—. Solo estoy dándole un poco de este bálsamo milagroso, el mismo que Eulalia ha utilizado conmigo.

El mayordomo quiso levantarse pues estaba muy avergonzado, pero Aurora se lo impidió.

—Deberías guardar reposo como te aconsejó el doctor ayer, y no pasearte medio desnuda por la casa.

Aurora se contempló y supo que su marido se refería a la bata celeste y al camisón que todavía llevaba.

—Como buen inglés, siempre mirando el lado negativo de las cosas —Justin chasqueó la lengua, ella devolvía los golpes dobles, pero le encantaba esa camaradería que comenzaban a tener.

—¿No se te pasó por la cabeza esperar al diagnóstico del doctor? —le dijo crítico.

—Pero es que sé muy bien lo que hay que hacer en situaciones así —la mirada de Justin le resultó muy clara, no estaba muy de acuerdo en que ella abandonara el lecho tan pronto—. No va a poder manipularme las veinticuatro horas del día querido. Tengo mucho trabajo que hacer en la casa.

El duque volvió a beber de su taza que ya estaba vacía en un intento de que ninguno viese la sonrisa que asomaba a su boca. Estar en presencia de su primogénito y de su nuera en la misma habitación, suponía un riesgo de sufrir quemaduras de primer grado. Sin embargo, le parecía muy estimulante. Justin se acercó y miró el pie del mayordomo. A parte de un moratón no tenía nada, quizás fuese por el ungüento. Alcanzó una taza, se sirvió café, y al primer trago tosió con aspavientos.

—¡Esto no parece café! —tanto el duque como Aurora suspiraron a la vez.

—Es café español —respondió ella—, y ya debería saber cómo nos gusta tomarlo, «negro como el diablo, caliente como el infierno...»

—«Dulce como el amor» —apostillo el duque—. Yo me he acostumbrado a él y lo encuentro muy estimulante.

Justin no se sorprendió por la declaración de su padre. Devoraba las empanadillas dulces de Eulalia con absoluta falta de decoro. La gitana se lo había metido en el bolsillo como al resto de la familia.

—¿Qué es eso que huele tan bien? —Justin curioseó por la cocina sin

encontrar el dulce.

—Eulalia está cocinando un bizcocho de almendras, miel y canela para los niños. Les encanta comerse un trozo por la mañana.

—Pues espero que sea lo suficientemente grande porque estoy deseando probarlo —Aurora le sonrió.

Justin tenía el pelo revuelto, y la bata lo hacía parecer muy atractivo, lástima que la crítica de ir medio desnuda solo contase para ella, porque él mismo estaba muy seductor con esa tela que delineaba palmo a palmo su cuerpo musculoso y ausente de pijama.

—¿Ya no te duele el tobillo? —inquirió Justin.

—Este ungüento hace milagros, y solo Eulalia sabe prepararlo.

Justin vio que Aurora se lavaba las manos y se las secaba, a continuación, se sirvió para ella misma una taza del fuerte café, también le llenó la taza al duque, y se sentó en el banco de madera junto a él. Que su padre estuviese sentado en la cocina con su nuera le resultó toda una sorpresa. En sus todos sus años de vida, no había visto a su padre pisar las dependencias del servicio excepto desde la llegada de ella.

El mayordomo con una disculpa se marchó presuroso a continuar sus tareas. Justin se sentó frente a ella, y los tres se quedaron callados esperando a ver quién comenzaba primero la charla.

—Dawn, he conseguido la yegua que querías. Lord Kevington ha sido un negociador extraordinario, pero al fin es nuestra. Le he prometido un potrillo, aunque pienso pedirle un precio desorbitado.

Justin los miraba uno a uno sin pestañear.

—Me parece justo —Aurora sabía que su marido saltaría de un momento a otro y, aunque le hubiese gustado mantener esa conversación en privado con su suegro, comprendió que él no pensaba de la misma manera.

—¿Qué pensáis hacer con la yegua? —se detectaba una cierta desconfianza en la pregunta de Justin.

—¡Vamos a criar caballos! —la voz del duque denotaba orgullo.

—Y la idea ha sido... —Aurora contestó antes de que lo hiciera él.

—Del duque de Arun, ¡por supuesto! Tiene un ojo excelente para la cría, y yo estoy dispuesta a conseguirle sementales españoles con la ayuda de mi tío. Las caballerizas de Crimson Hill serán conocidas y envidiadas en toda Gran Bretaña.

Devlin sonrió a su nuera con verdadero afecto, y Justin entrecerró los ojos calculador.

—Es inaudito que la aliente padre, Dawn no necesita ánimos para las complicaciones, se basta ella sola.

Las palabras de Justin consiguieron poner serio al duque.

—Mi nuera tiene una mente brillante, antes de sacar conclusiones precipitadas, deberías escuchar nuestras razones.

Hacía tiempo que Justin no probaba la acidez del duque, si bien esa forma de referirse a ella lo complació.

—Soy todo oídos, Dawn.

Ella miró a su suegro y vio orgullo en sus cálidos ojos azules.

—El duque y yo pretendemos ganar un prestigio que redundará en una fortuna criando caballos únicos, y esa fortuna irá a parar a manos de sus nietos, mis hijos: criaremos caballos dignos de reyes.

Justin suspiró con los ojos cerrados. Lo sospechaba.

—Nuestros hijos —corrigió— no tendrán necesidad de más prestigio y dinero —Justin calibraba cada sílaba para que ella no se molestase—. Soy lo suficientemente capaz de proveerles todo lo que necesitan. Deberías confiar más en mi criterio y juicio patriarcal.

Aurora saltó como un resorte, Justin lo estaba esperando.

—¿Cómo puede afirmar algo así cuando Roderick lo heredará todo, absolutamente todo? —preguntó incrédula.

El duque pensó en levantarse y dejarlos a solas, aunque sentía curiosidad por saber hasta dónde llegaría ella.

—Es la ley —respondió Justin, pero ella no lo escuchó.

—Poseerá el título de duque, además de ostentar el de marques, y no sé cuántos más —Justin sonrió porque no estaba muy desencaminada—. Y, por cierto, que no me parece justo que Jamie no ostente ninguno. Si yo estuviese en su lugar le daría al menos uno de sus títulos.

Devlin la admiró.

—No se pueden cambiar las leyes, Dawn.

El tono pragmático de su marido la enfureció.

—¡Claro que se pueden cambiar! Porque si yo tuviese cinco hijos —Justin agrandó los ojos con complacencia—, que no sucederá —barrió sus ilusiones de un manotazo—, permitiría que cada uno de ellos ostentara un título —la cara de Aurora se dirigió a su suegro—. *Daddy*, ¿qué títulos poseerá Justin?

El duque le sonrió amoroso, le encantaba la forma cariñosa de dirigirse a él, le daba a esa palabra un acento soberbio.

—Conde por dos veces, de Redmond y Roswell. El de Marqués de

Greenthorn, Vizconde de Grant, Barón de Knightley, y futuro duque de Arun.

Aurora estaba perpleja.

—A Justin le sobrarán por lo menos tres.

Devlin la miró atónito porque ella tenía razón. Siempre lo había pensado, pero le había faltado valor para ir contra corriente.

—El título de duque y el de marqués son vinculantes a la primogenitura, así como las propiedades más importantes.

Le señaló el duque. Aurora hizo un gesto mohíno.

—Jamie sería un perfecto conde de... de... —Justin alzó las cejas—, es que no me acuerdo de los nombres.

La miró tan sorprendido como admirado. Creció tan convencido de lo que era, que no se había parado a pensar en los hijos segundos de las familias nobles.

—Es posible que Jamie no deseé ningún título —Aclaró.

Aurora tragó saliva, y golpeó a Justin por debajo de la mesa con el pie bueno, que alzó las cejas por lo inesperado.

—Es lo mismo que decir que un pobre no tiene necesidad de comer —ahora le tocó al duque sonrojarse—. Pero la culpa no la tiene Justin —Devlin volvió a ponerse serio—. Es su deber, *daddy* —Aurora apuntaba con un dedo acusador al duque—, hacer algo al respecto. Un par del reino tiene esa prerrogativa, ¿verdad?

—Y pienso hacerlo de inmediato.

Devlin se levantó y besó la coronilla de su nuera, segundos después salió del a cocina con pose tan orgullosa, que Justin apenas lo reconocía. Tras unos minutos de reflexión, Justin le habló con dulzura.

—Imagino que la crianza de caballos y el título a Jamie tiene una segunda razón de ser ¿verdad *sorceress*? —Aurora se quedó seria.

—El duque necesita estar ocupado. Andar todo el día ocioso no es bueno —Aurora bebió un trago de café—. Tiene un ojo extraordinario para los caballos. He visto su admiración hacia *Olé*, y estoy segura de que hará un trabajo excelente —Aurora calló un momento—. Sigue teniendo mucha capacidad. Necesita sentirse útil, yo solo lo he animado.

—Eres extraordinaria. —El cumplido la tomó por sorpresa—. Solo tu inteligencia vería lo que el resto de nosotros no. Mi padre no parece el mismo desde que has entrado en nuestras vidas, y te estaré eternamente agradecido por ello.

Justin le cogió las manos, se las besó, y ese simple hecho le hizo recordar

los momentos en la intimidad que habían compartido. Se ruborizó violentamente, y Justin supo de inmediato lo que cruzaba por su mente. La entrada abrupta de Eulalia selló la invitación que estaba a punto de hacerle. El rostro de la mujer se demudó, y sus ojos mostraron un despecho hacia el heredero que preocupó a Aurora de verdad.

—Me daré un baño, y saldré a cabalgar —le dijo el esposo.

Eulalia vio la partida del noble, y miró después a su pupila. Aurora tenía en los ojos un brillo que no había visto nunca.

—Pareces una gata cuando le quitan el plato de la leche templada.

Ella parpadeó.

—¿Qué dices, Eulalia? —preguntó y suspiró al mismo tiempo.

—No me gusta lo que estoy viendo.

Aurora se cansaba de sus diatribas.

—¿Y qué estás viendo?

Eulalia apretó los labios antes de responderle.

—Una capitulación absoluta, pero yo lo impediré, lo juro.

## CAPÍTULO 33

A Aurora le gustaba lady Sara Kevingthon. Era una florecilla tímida, y, viéndola bailar con Jamie, le pareció una muchacha de un gusto impecable y modales exquisitos, sería una cuñada idónea. Buscó con la mirada a su marido, pero no lo veía por ningún lugar. Escuchaba la cháchara de Brandon sin prestarle la menor atención. Para no gustarle Inglaterra, no salía del reino. El escocés, impaciente, le dio un codazo en las costillas justo en el momento que se llevaba la copa a los labios, el champán le salpicó la cara, y ella miró furibunda a su primo político.

Brandon le ofreció su pañuelo y ella lo cogió.

—Tengo verdadero terror a asistir a cualquier fiesta con vosotros.

—¡No me estabas prestando atención! —Brandon se quejaba como un niño pequeño.

—¿Bailas? —Brandon extendió un brazo hacia ella, pero Justin tenía otros planes en mente.

Aurora no supo de dónde había salido porque un segundo antes ella estaba sola con Brandon.

—Creo que es mi turno de bailar con la marquesa.

Aurora levantó las cejas curiosa. Se dejó acompañar, y comenzaron los primeros pasos de un vals. Aurora estaba callada mientras con los ojos seguía el movimiento de lady Sara, Justin la notó ausente, y no tuvo más remedio que acicatearla.

—Estoy asombrado de que mantengas el vestido todavía intacto. —Sus ardientes ojos recorrieron el bonito vestido de color ciruela, y el amplio escote, el nacimiento de sus pechos lo tentaba demasiado. Suspiró. Ella no le prestaba atención—. Yo diría que ese vestido te favorece demasiado, te hace los pechos incluso más grandes —Aurora no supo a qué se refería, no se había percatado de su escrutinio, y siguió mirando por la sala buscando—. Si me dices a quien buscas, posiblemente pueda ayudarte —pero ella estaba concentrada en los invitados de la sala.

Justin ciñó su cintura, y tanto la acercó a su cuerpo, que apenas si la dejaba respirar, ella protestó e intentó separarse, pero él no se lo permitió, Justin comprobó complacido que ahora sí tenía todo su interés, inclinó la cabeza y posó sus labios en los de ella. A Justin no le importaba que los vieron todos los invitados.

—¡No me gusta que me ignores! —le reclamó ávido.

—¡Estaba buscando a lady Phoebe! —respondió Aurora sofocada.

—La conquista de mi hermano no debe preocuparte.

Aurora entrecerró los ojos.

—Jamie no tiene interés en ella.

Ese comentario molestó a Justin.

—No debes controlar lo que hace, Jamie es mayorcito para resolver sus problemas amorosos, y alguna vez tendrás que dejar de perseguirlo como una gallina clueca —sus palabras consiguieron hacerla reír, pero no había sido esa la intención de Justin—. Es indecoroso reír en voz alta, te lo he mostrado muchas veces.

—¿Por qué me provocas? —le preguntó ella—. Porque si lo haces obtendrás una respuesta contundente —respondió relajada.

Justin entrecerró los ojos por sus palabras.

—¡Estás buscando una reyerta, Dawn!

Quería la atención femenina, pero no la obtenía.

—¡Estoy buscando a lady Phoebe! —ahora fue él quien rio.

—Si me buscaras a mí con el mismo interés, te regalaría las joyas de la corona.

Ella seguía con su atención puesta en otro lado, y él suspiró resignado. Pensó aprovecharse de su distraimiento en su propio beneficio.

—Pienso que ha llegado el momento de que aumentemos la familia — apenas podía ocultar la sonrisa que pugnaba por salir de su boca, seguían dando vueltas sin parar, y ella ni se percataba de lo que le decía—. Es mejor aumentar la familia cuando nuestros hijos son pequeños todavía ¿no te parece? —ella continuaba ausente—. Se acabó la retirada rápida, voy a continuar la cabalgata hasta el final —Aurora seguía mirando a su alrededor buscando a alguien en particular—. Comenzaré con un paso suave, continuaré con un trote enérgico para acabar en un galope furioso —Aurora no estaba pendiente de la conversación de Justin, creyó, erróneamente, que le estaba hablando de caballos y carreras, lo miró durante un momento y le sonrió.

—Puede cabalgar como desee, pero deje de darme vueltas porque me estoy sofocando.

Justin paró en seco la danza y la sacó a los jardines, tenía un remedio eficaz que haría aumentar su sofoco. Aurora al fin divisó en el fondo de la sala a lady Phoebe, que hablaba con lady Esther, ambas se dirigían a la habitación preparada para las señoras. Rápidamente se desasió de los brazos de su marido.

—Discúlpeme, necesito ir un momento a acicalarme.

Justin se quedó solo y rumiando su incapacidad de poder llevar a su mujer al rincón oscuro donde pretendía darse un festín con su boca. La vio desaparecer, y suspiró resignado, era la primera vez que Aurora se preocupaba por acicalarse, algo estaba tramando, se dio la vuelta, y buscó a su primo.

Aurora se escondió en la salita amarilla que los condes de Moore habían habilitado para las damas. Escuchó atónita los planes de lady Phoebe. Eulalia tenía razón, la muy malvada pensaba tenderle una trampa a Jamie. ¡Iba a comprometerlo para cazarlo! Sintió cólera. Regresó a la sala de baile, y buscó con los ojos a Jamie, lo encontró charlando con Brandon, y, sujetándolo de la mano, lo arrastró a la pista de baile. Su cuñado la miró sorprendido, pero no dijo nada. Aurora tenía el ceño arrugado, se la veía preocupada, y se alarmó. No consiguió quitarle los ojos de encima mientras una sensación de inquietud se extendía por sus huesos.

—Jamie, espero que seas sincero, porque tengo una pregunta que hacerte —su cuñado la miró risueño—. ¿Piensas solicitar la mano de lady Phoebe? — Jamie alzó las cejas con sorpresa.

—Nunca he tenido esa clase de interés en lady Phoebe.

Aurora suspiró aliviada.

—Desea tenderte una trampa, acabo de enterarme. Ven, salgamos al jardín, y te contare todos los detalles.

Jamie estaba atónito. Lo arrastró por toda la sala hasta llegar a los amplios jardines de la mansión Moore, mientras el resto de la gente los miraba con desaprobación. A ella le tenía sin cuidado lo que pensarán. Nunca más un hombre o mujer que ella conociese sería atrapado por un matrimonio indeseado. Con la experiencia de Diego y de ella había sido suficiente.

Poco después, y resguardados de miradas curiosas bajo los árboles del jardín, Jamie iba quedándose horrorizado por momentos a medida que la escuchaba. La astucia y alevosía de la dama en cuestión, lo dejaba atónito. Desde que su padre el duque le había obsequiado con el título de conde Redmond, las herederas hacían turno para meterse entre sus sábanas.

—Deberías intentar convencer a la dama de tu corazón para que te rescate. Jamie la miró precavido.

—Es un amor no correspondido —le explicó—, y he aprendido a aceptarlo.

Las palabras de él le pesaban a ella como plomo.

—¿Se lo has preguntado? —ella seguía insistiendo arduamente.

—¡Ni me atrevería! —respondió mientras la miraba tan largamente que la hizo sentir incómoda.

—Quizás tu silencio no sea adecuado —Jamie negó con la cabeza, e intentó brindarle una sonrisa que le había salido titubeante.

—Algunas cosas es mejor dejarlas como están. Créeme, Dawn, si te digo que la aceptación en ocasiones es la mejor medicina.

—Pues sigo pensando que cometes un error.

Entonces él decidió atajar por en medio.

—Esos consejos podrías haberlos aplicado a ti misma con respecto a Diego.

Ella intentaba aconsejarlo cuando ella misma era un desastre emocional.

—Yo estaba encinta, y tu hermano es muy terco. Mis objeciones las fue derribando una a una de un manotazo.

—La mujer de mi vida también es madre —confesó Jamie. Aurora lo miró entonces desolada.

—Pues entonces lo lamento de veras —Jamie le sonrió, y agarró un rizo que le colocó detrás de la oreja—. ¿Por qué siempre haces eso? —había tanta ternura en su voz, que Jamie se sintió pillado en falta.

—Tienes el pelo más rebelde que he visto en mi vida.

Aurora tomó la mano de su cuñado, y la presionó en un acto de cariño inconfundible.

—Prométeme que tendrás cuidado —los ojos dorados lo miraban directamente.

Jamie se llevó la mano al corazón, y, con una gran sonrisa, se lo prometió. Ambos volvieron a la sala de baile, y Justin la asió de los hombros para que no se le escapara de nuevo. La fue llevando hacia los jardines a medida que daban giros en el vals. Justin miró el femenino rostro encendido, los brillantes y resplandecientes ojos. Se le había deshecho completamente el moño y los rizos campeaban a sus anchas, a pesar del desaliño, seguía siendo la mujer más hermosa que había visto nunca, y era solamente suya, a pesar de lo que protestara ella.

Habían vuelto a la casa en carruajes separados porque Aurora estaba terriblemente cansada, y Justin tenía que arreglar todavía unos asuntos con el anfitrión. Despidió al cochero, y subió las escaleras hacia su alcoba. La casa

dormía en silencio, y no se oía ningún ruido. Despidió a su ayuda de cámara una vez lo ayudó a desvestirse. Se colocó la bata de terciopelo azul, y cruzó la puerta que lo separaba de la alcoba de su esposa. La encontró acostada y dormida. ¡No se lo podía creer! Apenas habían pasado dos horas desde el baile, y ella estaba dormida, sin embargo, él tenía planes para esa noche, y una promesa que no estaba dispuesto a olvidar. Se quitó la bata sigilosamente, y se metió entre las sábanas de seda. Comenzó un suave ataque a sus sentidos, y ella, fiel a su naturaleza apasionada, comenzó a responderle casi de inmediato, incluso dormida. A pesar de las diferencias que tenían, ella no se le negaba, y siempre respondía con entusiasmo a sus requerimientos. Se sentía muy afortunado, su mujer era una diosa en la cama, y siempre estaba dispuesta a experimentar, aprender, dar lo mejor de sí misma. Esa vez Justin no se retiró cuando alcanzó el clímax unos segundos después de ella. Cuando la mente femenina fue capaz de asimilar la osadía de Justin abrió los ojos sorprendida, y se enfrentó a su marido.

—¿Pretende embarazarme otra vez? —apenas le salían las palabras de la boca de lo incrédula que se sentía.

Justin no lo negó.

—Deseo aumentar la familia, es algo normal en un hombre sano y de mi posición.

Ella creía que no había escuchado bien.

—No es decisión suya solamente.

—Me diste tu palabra esta noche en el baile, de que podría continuar hasta el final, y así lo he hecho.

—¿Mi palabra? —entonces recordó la conversación que trataba de mantener con ella mientras bailaban.

Se sentía mortificada porque no podía creer que le hubiese prometido algo así, y que Justin se hubiese aprovechado de su distracción.

Justin la miró tan seguro de sí mismo que ella temió lo peor.

—Deseo tener muchos hijos —le confesó.

Ella no quería pensar en ello todavía.

—Nuestros hijos son pequeños, Justin.

—Con dos embarazos más me conformo.

Aurora entrecerró los ojos intentado contener la réplica, aunque no lo consiguió.

—¿Y cuántos hijos desea? —él, le mostró cuántos con los dedos de las manos.

—¿Seis? Debe de estar loco.

Ni muerta pensaba pasar por lo mismo cuatro veces. Saltó de la cama como alma que lleva el diablo. Justin reía divertido porque siempre terminaba saliéndose con la suya, le agarró las manos a su señora, y volteándola consiguió ponerse encima de ella.

—Te dije que te mantendría pegada a mi nariz y llena de niños. ¡Soy hombre de cumplir sus promesas! —Justin imitó el tono del tío Rodrigo, y Aurora creyó que se ahogaría con el beso que recibió, y lo que vino a continuación.

Justin alargó la mano hacia su esposa, pero nuevamente su lado del lecho estaba vacío. Se levantó, recogió la bata azul que descansaba en el suelo, y fue a buscarla. Sabía dónde encontrarla exactamente. Las escapadas a medianoche iban a terminar de una vez. Asomó la cabeza por la hoja entreabierta de la puerta de la cocina, y no se sorprendió al ver a su padre y a su esposa sentados frente a frente ante la enorme mesa, y devorando un soufflé de queso como si no hubiesen comido en todo el día. Ambos tenían una taza de chocolate en la mano, y Aurora reía por las cosas quedas que le contaba el duque al oído. Devlin llevaba su bata color Burdeos, y, cuchara en mano, competía por devorar más trozos de dulce que su nuera. Justin recordó la charla que le dio en el pasado sobre el atiborrarse a comida, y, mirando a su padre, meneó la cabeza atónito.

—Imagino que puedo unirme a la fiesta.

—Dawn y yo estamos comiendo un dulce que ha preparado Eulalia para mañana. Verás su sorpresa cuando descubra que ha desaparecido.

—Lástima de Eulalia, vosotros conspirando para hacerle perder la razón. ¿Queda algo para mí?

Aurora masculló. Los regañaba, y ahora pretendía unirse al banquete.

—Me temo que no, Su Excelencia y yo tenemos un gran apetito

Justin no se amedrentó por la negativa de ella. Le cogió la cuchara de la misma mano, y se terminó la parte que le correspondía a ella. Su padre lo miró sonriente.

—¿Hacéis esto muy a menudo? —quiso saber Justin.

El duque respondió sin vacilar.

—Desde hace bastante tiempo me temo. Nos gustan los postres que deja preparados Eulalia por las noches —Justin los miró y el duque continuó—. Es

el momento del día que me siento realmente relajado. Tanto Jamie como tú estáis demasiado ocupados para entretenerme, y mi nuera me dedica toda su atención. Me escucha, y me encanta compartir con ella lo que ha sucedido durante el día —la mano del duque sujetó la de Aurora, y le besó los nudillos con verdadero cariño.

Justin miró a su padre como si no lo conociera. Que admitiese que necesitaba compañía, resultaba asombroso, y que ninguno de sus dos hijos se hubiese dado cuenta, lo mortificaba. Su mirada se dirigió a su esposa, y sintió todo el amor del mundo por ella.

—Soy el abuelo más insoportable de toda Gran Bretaña, y creo que podré con dos o tres Penword más. —El duque seguía agarrando la mano de su nuera, y ella no lo contradijo, pero ante la cara de placer que se dibujó en Justin, no pudo contener la réplica.

—Justin me ha prometido otorgarle a cada uno de mis hijos un título, *daddy* ¿a qué es maravilloso?

Él, ya se esperaba algo así, y le sonrió complacido porque le llevaba cierta ventaja.

—Creo que no poseeré tantos títulos para los hijos que has prometido darme.

El pie de Aurora comenzó un tac-tac conocido en el suelo.

—A mí me hubiese gustado tener cuatro hijos, pero los nietos serán un buen bálsamo.

El duque no ayudaba mucho.

—Puesto que el título de conde de Redmond ya no será posible por tenerlo Jamie, tendré que conformarme con tener solo tres varones —Justin seguía hostigándola—. Pero deseo un montón de hembras pelirrojas, descaradas y salvajes.

Aurora sonrió a pesar suyo.

—Cuidado con lo que pide lord Penword, un montón de hembras descaradas pueden hacerle la vida muy difícil pues apenas puede con el botón de muestra.

Ni con esas conseguía desmoralizarlo.

—Pero no podremos darle al duque todos los nietos que desea si te escondes en la cocina por las noches para atiborrarte a comida.

Aurora ahogó una exclamación indignada, y le soltó una patada por debajo de la mesa.

—No vuelva a llamarme glotona nunca más.

Justin rio porque la había molestado como pretendía.

—Vamos, *sorceress*, deja de comer de una vez, y vuelve a la cama conmigo.

Ella aborrecía el apodo inglés, pero antes tragaría brea caliente que hacérselo saber.

—Veremos si su inventiva está a la altura de que le espere en la cama.

Esto último lo dijo con una picardía impertinente. Devlin carraspeó, y Justin creyó que se abrasaría con la insinuación tan descarada.

—¿Inventiva? —preguntó el duque interesado, y Justin gimió negando.

Aurora decidió dejarlos a solas.

—Buenas noches, *daddy* —besó a su suegro en la mejilla, y lo abrazó con cariño.

Los dos la miraron irse, y contemplaron el lugar vacío que había dejado. El duque miró a su hijo con suspicacia por la expresión indescifrable que tenía Justin en sus ojos grises, y medio se disculpó.

—Ya sabes... abraza todo lo que se mueve, y yo me muevo bastante.

Justin soltó un suspiro por el comentario de su padre, que intentaba justificar lo mucho que le gustaba que su mujer lo arrullase. El duque, tras un momento de silencio, cabeceó pensativo.

—Eres demasiado intransigente con ella.

Justin alzó las cejas sorprendido. Que su padre le recriminara algo así era inaudito. El mismo no la había dejado respirar con sus normas, reglas, y protocolo.

—Hay que controlar su temperamento español.

—A mí me gusta su temperamento, y estoy convencido que a ti te gusta todavía más.

Justin asintió porque su padre había acertado de lleno.

—Estoy irremediablemente enamorado de ella. Beso el suelo que pisa, pero tengo que domarla antes de que se dé cuenta, o ya no tendré remedio.

El duque lo miró serio.

—Aurora no es tu madre, Justin.

El aludido alzó la cabeza de golpe, y aturdido por la declaración.

—Está claro como el agua que ella no es mi madre.

Devlin sintió en sus palabras secas las heridas que ocultaba su alma, y decidió no atormentarlo más.

—Cuida la forma de tratarla, porque si la lastimas, tendrás que vértelas conmigo.

Justin se quedó con la boca abierta, pero el duque no le dejó objetar nada, se levantó, y, sin darle un «buenas noches», lo dejó tan solo como Aurora lo había dejado en el dormitorio.

## CAPÍTULO 34

Aurora analizó su vida en ese reino extranjero, y, al hacer balance, supo que no podía alejarse de Justin. Le importaba demasiado, y su vida transcurría más tranquila de lo que había imaginado. Los actos a los que como marquesa tenía que acudir, no suponían una carga pesada, y estaba disfrutando por primera vez de su estancia en Inglaterra. Ayudar a los más desfavorecidos le calmaba el alma. Aurora pensó en su suegro. El afecto sincero que sentía por él aumentaba día a día. Realmente no parecía el mismo anciano que ella había conocido casi tres años atrás.

Eulalia la sacó de sus pensamientos con una de sus entradas impetuosas en la sala donde se encontraba ella.

—*Jahivé*, deberías estar acostada.

No fue una sugerencia, más bien una orden.

—Solo es un resfriado, y una nariz colorada no es motivo para guardar cama —contestó con una sonrisa.

—Extraño a los pequeños —estaba quejándose como una gallina clueca.

John se los había llevado a Whitam Hall un par de días.

—No deseaba contagiarles mi resfriado, y sabes que ellos disfrutan mucho en el campo.

—Pero los extraño muchísimo, apenas sé qué hacer si ellos no están aquí —el tono lastimoso de su aya la hizo reír.

—Justin sigue devorando tus dulces. El duque siempre te acompaña en tus lamentaciones. No entiendo tanta extrañeza, además, solo será un par de días —le dijo para consolarla, aunque sin éxito.

—Tómame la infusión de una vez.

Eulalia estaba molesta con ella, y lo demostró.

—Aya, no pretendía herirte, de veras.

Eulalia desvió la mirada. Aurora se dijo que debía sucederle algo importante porque durante días, su aya se había mostrado inquieta, distante, y con pocas ganas de conversar. Se preguntó qué le sucedería, pero cuando trataba de indagarla, la mujer se retraía.

—Adoro a esos chiquitines —afirmó—. ¿Ha venido tu cuñado Jamie? —la pregunta sonó ansiosa.

—Tenía decidido acompañar a mi suegro al club, imagino que ya no debe de tardar.

Eulalia la miró de forma penetrante. Aurora se intranquilizó.

—¿Eres feliz, *Jahivé*?

Ella no podía ocultar la añoranza que sentía.

—La mayor parte del tiempo sí —afirmó, y el brillo de la resignación apareció por un instante en sus ojos—. Extraño el color, el olor, y la risa de mi tierra, pero me siento feliz aquí.

—Sabes que volverás —la afirmación la hizo sonreír.

—Si regreso, tendría que pagar un precio muy alto, y ya no estoy segura de ello —el brillo de sus ojos se apagó—. He decidido quedarme aquí en Inglaterra.

A Eulalia no le gustó nada el conformismo de Aurora.

—Podrías, pero te engañas. Tu tío volverá, y la distancia que habrá entre vosotros te llenará de amargura —Aurora se retorció las manos mientras escuchaba—. Yo también pienso regresar, y te quedarás sola.

Aurora agradeció la sinceridad de su aya, pero sus ojos se empañaron ante la franqueza expresada.

—¿Y por qué me dices eso ahora? ¿Para descorazonarme?

—Para que no te desvíes del rumbo que te marcaste.

Se quedó pensativa durante unos momentos.

—Mi rumbo ahora es otro porque Justin será duque, y su lugar está aquí, Crimson Hill es el hogar de mis hijos —la afirmación sonó triste, aunque ausente de amargura—. Y lo amo, aya —reconoció humilde—. Amo al hombre que prometí no amar nunca.

—No puedes amar a un hombre como él —contestó la mujer sin dejar de mirarla.

Aurora le mostró una sonrisa sincera.

—Detesto sus celos, su sentido de la posesión, pero ha logrado que sienta por él algo muy profundo.

Eulalia entrecerró los ojos.

—Hice una promesa, *Jahivé*...

La mujer no pudo continuar porque Jamie acababa de entrar al salón.

—¡Jamie! —exclamó Aurora mirando a su cuñado.

Eulalia la miró con una profundidad estremecedora. Había llegado el momento de ejecutar su venganza. Lo tenía todo preparado, y lo llevaría a cabo, ¿acaso no había prometido vengar la perfidia de lord Penword en el pasado? Quizás su niña, en su bondad infinita, había olvidado, pero ella, gitana hasta la médula, no olvidaba una ofensa, y menos una promesa de sangre.

—Lamento tu resfriado —Jamie sonrió a su cuñada mientras con la cabeza le hacía un saludo a Eulalia—. Es un placer volver a saludarla Eulalia.

La gitana lo miró, y una sonrisa se le escapó al contemplar la sinceridad del hombre. Era tan diferente a su hermano mayor. Y por un momento lamentó el daño que iba a causarle, pero sería un daño colateral para ayudar a su niña. Jamie era el arma perfecta para la venganza.

—Gracias, lord Penword —Eulalia aceptó encantada la cortesía de besarle la mano, solo se lo permitía a Jamie y a John, con el resto mantenía las distancias.

—¿Las has traído? —la impaciencia en la voz de Aurora era notable.

—Justin me sesgará la yugular si se entera.

—¡Yo te defenderé del fuego de su intolerancia! —contestó sonriente.

Jamie se llevó una mano a la garganta expresivamente.

—Todavía no me explico cómo has convencido a mi padre para que te acompañe.

Aurora entrecerró los ojos.

—Mi querido suegro entiende la necesidad de conseguir a Tristana.

Era una yegua briosa que ella estaba empeñada en comprar.

—Deberías decírselo a mi hermano —Aurora no entendía a los hombres—. Le dará una apoplejía cuando se entere.

Ella soltó un suspiro largo.

—Justin es el colmo del aburrimiento. La corrección llevada a la tiranía, y, aunque calla en el afán del duque y mío de conseguir las cuadras más espléndidas de Inglaterra, no querrá verme en el hipódromo gritando a pleno pulmón en unas carreras de caballos.

—Igual te sorprendería —le dijo—, lo has domesticado bastante —ella lo miró incrédula—. Nunca hubiese imaginado que te permitiría dedicarte a la compra y venta de purasangres.

—Solo lo permite porque me mantengo en la sombra y es el duque quien hace todas las gestiones necesarias —Aurora alzó la mano en un gesto de impotencia—. ¿Estás seguro de que podrás entretenerlo en el club hasta que mi suegro y yo hayamos regresado?

La ansiedad que traslucía a sus palabras lo llenó de regocijo.

—¿Acaso no te lo he prometido? ¡Soy hombre de cumplir sus promesas!

Aurora sonrió porque Jamie había usado una expresión idéntica a la de su tío, incluso con el mismo tono. Ambos miraron a Eulalia, que les traía una bandeja con el té y unas deliciosas empanadillas rellenas de cabello de ángel,

Jamie suspiró complacido.

Aurora lo miraba todo con unas ansias tremendas. Devlin estaba encantado presentándola a todos los amigos que se iban encontrando en el recorrido. El hipódromo le pareció impresionante, por supuesto, ella no tenía modo de comparar porque no había estado en ningún otro, pero estaba impresionada con todo lo que descubrían sus ojos. El duque la había complacido al dejarla participar en una apuesta, aunque se mostraba escéptico con el caballo que había elegido. El joven potro se mostraba demasiado nervioso e impaciente, si bien ella se había prendado de él nada más posar su mirada en su negro pelaje, y esa mirada de «correré si me da la gana».

—Mi querida Dawn, creo que ese caballo que has elegido te hará perder las quinientas libras que has apostado.

El duque seguía preocupado, ella le sonrió.

—He tenido una corazonada, y soy mujer de no darle la espalda a un presentimiento tan intenso.

El duque acarició la mano que ella tenía apoyada en su brazo.

—El rasgo que mejor define a las mujeres son los intensos impulsos que sienten a lo largo de su vida —Aurora hizo un gesto con la boca, y le dio un ligero codazo en protesta.

—Eso ha sido poco halagador, *daddy*, pero sé que detrás de sus palabras hay un mensaje bueno.

¡Estaba eufórica! Blackdog había ganado contra todo pronóstico. En las primeras vueltas se había mostrado impetuoso y difícil de controlar, aunque el extraordinario jinete había encauzado sus fuerzas y lo había llevado a la meta un palmo y medio antes que el favorito Atila. Aurora, en su alegría, había abrazado a su suegro y al mismo Roger Eden Wilson que se había unido a ellos en el hipódromo, sin embargo, la fortuna la abandonó en el preciso momento en el que Roger le devolvió el saludo efusivo porque Justin aprovechó ese mismo momento para hacer su aparición estelar en el hipódromo.

Devlin carraspeó nervioso, ella se dio la vuelta intranquila porque sabía lo que significaba la mirada culpable de su suegro: Justin la miraba de forma indescifrable, y ella temió por la seguridad de su cuñado.

—Has llegado a tiempo Justin. Lady Penword acaba de ganar una apuesta del todo improbable.

La voz de Roger era apaciguadora.

—La marquesa suele hacer las cosas más inverosímiles e improbables.

Aurora tembló ligeramente al escucharlo.

—Pero la mejor jugada la hemos hecho con Tristana. Acaba de ingresar en las caballerizas de Crimson Hill, nos dará unos potrillos extraordinarios — Aurora hablaba en un intento de que Justin no la fulminase delante de todo el hipódromo—. ¿Dónde está Jamie? —la preocupación de su voz se lo tomó Justin bastante mal.

—El traidor de mi hermano no ha sabido estar a la altura. Por casualidad me he encontrado con el barón Grayssor, quien amablemente me ha preguntado el por qué no se encontraba en las carreras puesto que él mismo le había cedido sus entradas esta misma mañana.

Aurora se estremeció sin querer.

—Pretendíamos darle una sorpresa —le dijo.

Era la excusa más tonta que había dado en su vida.

—Y me la has dado querida, me la has dado.

Aurora se mordió el labio inferior porque parecía que Justin estaba más enfadado de lo que había previsto.

—Deberías traer más a menudo a lady Penword a las carreras, con la suerte extraordinaria que tiene, puede incrementar tu fortuna en unos miles de libras más.

La intervención de Roger no ayudaba mucho.

—Esto es una reunión familiar, Roger, seguro que tienes algo más importante que hacer —Aurora y el duque gimieron ante la grosería de Justin.

—Lord Wilson esperamos verlo pronto, y no tenga en cuenta las palabras de mi hijo, en ocasiones olvida la cortesía más elemental.

Roger les hizo una profunda reverencia, y se despidió.

—Padre, le ruego nos disculpe delante de nuestros amigos, mi esposa y yo tenemos que resolver una cuestión que no podemos demorar.

El duque abrió la boca para protestar, pero la gélida mirada de su hijo mayor consiguió cerrársela de inmediato. Los vio marcharse con el ceño fruncido. Justin medio la iba arrastrando entre el gentío, aunque de vez en cuando debían pararse porque un conocido los interceptaba para intercambiar saludos.

—Por lo menos me dejará cobrar mi apuesta.

Le dijo con voz controlada. Él, no se dignó a responderle, seguía arrastrándola hacia el carruaje, y a ella se le desató la lengua como un

vendaval.

—¡Suélteme! —Justin la sujetaba firme—. Justin, estamos dando un espectáculo —Justin seguía tirando de su brazo de forma impecable—. Puedo caminar sola.

Justin no la soltó ni por esas, pero Aurora fingió un tropezón que lo hizo detenerse bruscamente, y cuando consiguió soltarse de su brazo de hierro, se plantó delante de él con las manos en jarras, y con la mirada ardiente.

—Nada justifica esto.

Justin la analizó centímetro a centímetro haciéndola sentir incómoda.

—Eres el colmo de la desobediencia, pero tus días de correrías han terminado por fin.

Las enigmáticas palabras no le dijeron nada.

—Si asistir a una carrera es un pecado capital... —no terminó la frase, Justin la agarró por los hombros, y le dio un beso para callarla. Ella se envaró ante el descaro—. Ni el duque ni yo hemos hecho nada malo —él la obsequió con una sonrisa cínica, y siguió arrastrándola.

—Más tarde tendré unas palabras con mi padre.

Aurora lo lamentó por el duque.

—Justin, no comprendo su enojo, la asistencia al hipódromo no justifica su mal humor.

Justin se paró en seco, ella tropezó con su ancha espalda, se dio la vuelta, y la miró con ironía.

—¿Acaso no presencié un abrazo de lo más tierno entre lord Wilson y mi fiel esposa?

Ella abrió la boca sorprendida.

—A eso se reduce todo, a los celos. Soy una esclava en mi propia casa solo porque mi marido es el hombre más celoso de toda Inglaterra, y ... —no pudo continuar porque la boca de Justin cayó sobre la de ella con una fuerza increíble. Cuando el beso se tornó más profundo y sensual, ella se deslizó de su abrazo para increparle colérica—. Si le permito continuar terminaré tumbada en la hierba, con la falda subida hasta la cintura, y que me aspen si colaboro en una humillación semejante.

Justin terminó por sonreír ante el descorazonamiento de ella, y porque tenía toda la razón.

—Con solo tocarte pierdo el juicio —reconoció resignado.

—¡Cómo va a perder lo que no tiene! —le espetó dolida.

Intentaba recomponer su maltrecho peinado sin conseguirlo.

—Cada vez que veo un hombre tocarte, siento que se abren las puertas del infierno, y no puedo controlarme.

Ella no lo miraba, y por eso no pudo ver el brillo tan peligroso que asomó a los ojos masculinos.

—El control es un rasgo de caballero, y presumo que no posee ni un pelo de caballero en esa hueca cabeza.

Justin no hizo caso del insulto.

—Tendremos que llegar a un acuerdo sobre tus escapadas, tu desobediencia, y tu manipulación.

—No he manipulado a nadie en mi vida.

Protestó con energía. Justin soltó una carcajada.

—¿Y qué me dices del duque? Lo llevas de aquí para allá como una marioneta, pero eso se terminó.

Aurora cerró la boca molesta. Que la acusara de desobediente era una cosa, pero acusarla de manipular a su suegro, la ofendió hasta la médula. Optó por seguir en silencio.

—Al fin demuestras algo de juicio al mantener la boca cerrada —seguía acicateándola sin piedad, pero ella tenía demasiado orgullo para callar la réplica.

—Mi juicio se ha mantenido intacto desde el mismo día que nací. Silencio es lo que tendrá de mí a partir de este momento.

No permitió que la arrastrara más. Tomó la delantera, y cuando llegó al carruaje, no permitió que la ayudara. Comenzaron el trayecto en un incómodo silencio. Aurora miraba por la ventanilla, y Justin a su vez la miraba entre el ardor y el enfado sin saber todavía cuál de ellos ganaría. La observó durante largo rato, pero ella se obstinaba en ignorarlo mirando hacia el exterior del carruaje.

—Y yo que creía que el amor de mi vida se encontraba bastante mal con su resfriado, y por eso pensaba compensarte con una cena en el mejor restaurante de Londres, y con una visita al teatro. Pero me alegra que te hayas recuperado tan bien porque eso significa que ya no me mantendrás apartado de tu cama ni una noche más —Aurora volvió sus ojos hacia él llenos de enojo. Se mordía los labios ante las ganas de contestarle, pero había prometido silencio—. Es una verdadera pena que la única forma de controlarte sea teniendo tu vientre satisfecho y lleno de mi esencia.

Ni una brasa al rojo vivo la hubiese hecho saltar de la misma forma que el comentario desvergonzado de él, Justin se levantó de su asiento, y se sentó a

su lado. Aurora se pegó todo lo que pudo al lateral acolchado del carruaje, pero ello no impidió que Justin se pegase todavía más a su cadera, le alzase la mano, y se la besase. Ella se volvió incrédula ante su osadía. Primero la acusaba, y ahora pretendía un encuentro amoroso.

—Cuando decidí ir buscarte a las carreras, tenía un humor excelente, pero fue verte abrazada a Roger, y el mundo se me cayó encima. Eres la *sorceress* más cautivadora del mundo, y no puedo evitar sentir celos hasta del aire que respiras. —Justin ya se inclinaba para besarla, pero calculó mal el carácter español porque Aurora no iba a olvidar tan fácilmente el agravio.

—¿Estoy perdonado, Dawn?

Aurora miró a su cuñado con el ceño fruncido.

—¡Por supuesto que te he perdonado! Es al intolerante de tu hermano al que no pienso perdonar en la vida —Aurora seguía enfadada con Justin a pesar de que había pasado casi una semana desde el incidente del hipódromo.

—En el club no supe que el barón Grayssor informó a Justin de mis planes. Fue un desacierto.

Aurora abrazó a su cuñado para mostrarle que no estaba enfadada con él, y Jamie se permitió tenerla abrazada unos instantes más de lo acostumbrado. Inspiró la fragancia de su pelo, cerró los ojos un segundo ante el placer de sentirla en sus brazos. Renuente la soltó, y bajó sus ojos para que ella no viese el calor que desprendían.

—Me exaspera, me desquicia, y nada de lo que haga parece agradarle —la queja era del todo justificada—. Un día voy a matar a tu hermano.

—Eres muy importante para él, y teme perderte.

Lo justificó el hermano.

—¿Y así será mi vida? ¿Esperando encontrarme con su furia cada vez que decida dar un paso sin su consentimiento? —Jamie la miró resignado—. No hay comunicación entre los dos. Si yo digo blanco, él dice negro. Si yo digo hoy, él dice mañana. Me descorazona lo belicoso que es.

Jamie lanzó una carcajada que la dejó atónita.

—¡No tiene gracia! —Aurora lo miró iracunda.

—Créeme que la tiene, él está convencido de que la belicosa eres tú.

—Eso es una necedad. —Aurora echó la cabeza hacia atrás sorprendida—. Siempre discutimos por sus celos absurdos.

—Desconfía de ti.

Esa afirmación la desconcertó.

—¡Desde su regreso, no le he dado motivos para ello! —Jamie no pudo menos que darle la razón a su cuñada ante lo acertado de sus palabras—. Pienso darle una lección que no olvidará en su vida.

—¿Lo enfadarás mucho? —Jamie estaba realmente preocupado.

—Uf, ni te lo imaginas —Aurora sonrió—. Ahora cuéntame cuándo llegará mi tío a Londres.

Jamie esperaba a Justin sentado en el sillón preferido del duque.

—Algún día ganarás el premio al rostro más serio de Inglaterra —le dijo a su hermano mayor.

Justin no aceptó la broma.

—Veo que mi mujer te ha contagiado su innata falta de respeto —Jamie no se esperaba una crítica así.

—Eres demasiado severo con ella —su hermano mayor apretó los labios—. El mundo no va a dejar de existir por el simple hecho de que te relajes un poco.

—Tengo tu grado de teniente para el ejército.

Jamie miró a su hermano atónito, se lo había soltado de sopetón y lo había sorprendido.

—Tu tiempo te has tomado para conseguirlo —ambos se quedaron serios.

—Es lo que me pediste, y ya lo tienes.

Si Jamie esperaba alguna explicación, se quedó con las ganas, porque Justin simplemente lo despidió.

—No soy un extraño, Justin. Espero una explicación detallada de tu antagonismo y desconfianza, después te dejaré en paz.

Justin miró a su hermano largamente, y, con un suspiro, se sentó detrás del enorme escritorio.

—Aurora está demasiado pendiente de ti, y ha llegado el momento de que empiece a depender solamente de mí.

No podía creer tales palabras.

—Eso es muy egoísta por tu parte —le dijo Jamie. Justin entrecerró los ojos molesto porque su hermano no se anduvo por las ramas—. Pretendes apartarla de todos los que hacemos su vida más placentera, incluso restringes las visitas de su familia. Si ella llega a sospechar que estás detrás de las largas ausencias de su padre y de su tío... —Jamie dejó las palabras en el aire.

Tenía conocimiento de las inseguridades de su hermano mayor, y, aunque no las comprendía, las respetaba, pero sus actos estaban yendo demasiado lejos.

—Tengo que doblegar su carácter voluntarioso, y, eso es una tarea imposible cuando estáis a su alrededor consintiéndola constantemente.

—¿Y qué vas a hacer con padre entonces? Seguramente mandarlo a Escocia, pues imagino que también representa una amenaza para ti.

Justin conoció el sabor de la amargura en la boca de su hermano menor.

—Deseo que te marches, Jamie. Tu presencia en esta casa se ha vuelto demasiado molesta —Jamie se quedó estupefacto.

—Mi comportamiento siempre ha sido ejemplar, y Dawn solo me ve como a un hermano a quien contarle inseguridades.

—Nunca he creído en ese tipo de amistad, y pienso que con mi decisión estoy haciendo lo mejor para todos —Jamie soltó una carcajada cínica—. Es mi última palabra Jamie.

## CAPÍTULO 35

A Aurora se le caía la casa encima, y la culpa de su reclusión la tenía ese mentecato que tenía por marido. No tenía permitido salir a la calle sino iba acompañada por él. El duque se encontraba en Edimburgo, con lo cual ella solo podía entretenerse con la servidumbre. Su padre y sus hermanos se encontraban en el campo, por eso su soledad era absoluta. Extrañaba a su aya Eulalia, pero Rodrigo la necesitaba en Redtower. Cuando escuchó la campanilla de la Puerta de la calle, pudo llegar antes que el mayordomo para abrirla. Los ojos sonrieron con deleite cuando contempló extasiada la entrada de Eulalia. Se echó a sus brazos como cuando era una niña pequeña.

—¿Sabías que venía? —Aurora sonrió de oreja a oreja por haberla sorprendido, si bien negó reiteradas veces—. ¿No está el flamante marido? —sobraba la pregunta ante lo obvio.

—El flamante marido es un hombre de negocios, y yo un botijo español que adorna este mausoleo.

La voz de Aurora sonó realmente compungida.

—Pues tienes un problema que resolver —Aurora abrió inquieta, un cosquilleo de aprensión comenzó a subirle desde el vientre hasta el pecho.

—¡Rodrigo! —la exclamación sonó aguda.

—¡Jamie! —Aurora ladeó la cabeza con incredulidad ante la aclaración de Eulalia.

—Mi cuñado esta con mi suegro en Edimburgo.

—Hace dos días que regresó, y Lady Phoebe le ha tendido una trampa, pero sentémonos, y te lo contaré todo —Eulalia la arrastró hacia la biblioteca, no sin antes pedir un refrigerio al mayordomo.

Tenía muchas cosas que hacer antes de la llegada de Justin, afortunadamente, no volvería hasta la mañana siguiente, con lo cual tenía varias horas para actuar sin que se enterase. Una de las doncellas que servían en la Torre Roja, era la novia de uno de los lacayos de lady Phoebe, y el mismo había presumido delante de ella con la noticia de los próximos esponsales de su señora con el segundo hijo del duque de Arun. A los sirvientes les gustaba hacer circular todo tipo de noticias rocambolescas, pero este último chisme había llegado hasta los oídos de Eulalia, y, con un interrogatorio digno de un inspector de Scotland Yard, había conseguido sonsacarle a la muchacha toda la información al respecto.

Lady Phoebe pensaba drogarlo, y había pagado a un periodista para que

escribiese un artículo justo cuando él llegase a su casa, y otro cuando saliese. Lady Phoebe contaba con que Jamie pasase toda la noche con ella comprometiendo su reputación, por eso el conde de Redmond no tendría más salida que ofrecerle matrimonio. Aurora esperaba poder ayudarlo antes de que fuese demasiado tarde, y, una vez que hizo todos los preparativos con Eulalia, alquiló un carruaje con dos mozos de cuadra que había traído Eulalia desde Redtower, ella se marchó a desbaratar los planes de la pérfida lady Phoebe.

Cuando el carruaje se detuvo en el número quince de la calle Victoria, Aurora se cubrió la cabeza con la capucha negra de su capa para que nadie la reconociese, temía más la furia de Justin si llegaba a enterarse que había salido de la casa sin su consentimiento, que las habladurías. Nadie acudió a la llamada de la puerta que se encontraba abierta. Aurora temió lo peor, entró sigilosamente, caminó pegada a la pared intentando hacer el menor ruido posible. La casa estaba silenciosa, no se escuchaba ningún ruido. Volvió tras sus pasos, y llamó a uno de los mozos contratados por Eulalia. Imaginó dónde estaría su cuñado. Los dos, el lacayo y ella, entraron de forma sigilosa en la biblioteca, afortunadamente, en todas las casas inglesas la biblioteca siempre se encontraba cerca del vestíbulo de entrada, por ese motivo no le costó nada dar con su cuñado que estaba dormido. Jamie se encontraba recostado en los cojines de un horrible sofá. Todavía quedaban restos del té con el que seguramente lady Phoebe lo había drogado, alzó una de las tazas, y olió el poco contenido que quedaba. No consiguió distinguir ningún aroma conocido.

Aurora le hizo señas al mozo para que alzase a Jamie sobre su hombro y lo transportase, imaginó que las quinientas libras que le había prometido, le harían hacer el trabajo sin una pregunta. No se había equivocado, el joven alzó sobre su hombro a Jamie y lo sacó con mucho sigilo de la casa. Atravesaron el vestíbulo, y salieron los tres por la puerta. Aurora la cerró con cautela y rogó por que el periodista se hubiese marchado. Odiaría ver un artículo sobre ella, un sirviente, y un bulto parecido a un saco de avena saliendo de la casa de lady Phoebe.

Llegaron sin contratiempos a la casa.

Eulalia la ayudó a desvestirlo y acostarlo, su aya le preguntó si conocía el nombre de la droga que le habían dado, Aurora no supo decirle, pero había tenido la precaución de traerse el cuerpo del delito. Había robado una taza con restos del narcótico. Aurora creía que lo habían drogado con semillas de amapola, belladona, y, algo más que no supo distinguir. Eulalia sabía que la droga contenía un potente afrodisíaco, y, aunque Aurora la interrogó sobre

ello, no le dijo nada más. Cuando Eulalia salió con la ropa de Jamie, Aurora aprovechó para mirar con detenimiento a su cuñado. Dormido parecía más joven, y la dejadez de su cabeza en la almohada, le arrancó un suspiro de alivio. Confiaba que no se enfadase excesivamente con ella por intervenir en el asunto, pero había sido por una buena causa, lady Phoebe seguiría con su reputación intacta, y su cuñado libre de una arpía como esposa. Se volvió hacia los ventanales, corrió las espesas cortinas de terciopelo color borgoña, y al momento Jamie se convulsionó de forma violenta. Aurora se volvió asustada. Intentó sujetarlo, pero Jamie la tiró de la cama en dos ocasiones, la entrada de Eulalia la tranquilizó de inmediato.

—Abusar de la belladona es peligroso —Aurora solo afirmó con la cabeza—. He de prepararle un purgante —le dijo Eulalia.

—¿Se le pasará? —Eulalia asintió.

—Tendré que quedarme con él y vigilarlo. Aunque la belladona no suele ser mortal, al mezclarla con semillas de amapola puede resultar peligroso.

Una vez que a Jamie se le pasaron las convulsiones, Eulalia lo dejó un momento para prepararle la poción que intentaron darle a cucharaditas. Fue una empresa de titanes, Jamie estaba demasiado drogado para tragar, pero con paciencia y voluntad, consiguieron que se tomase una parte de la taza. Aurora estaba sudando, y Eulalia la convenció para que se diese un baño y se tomase una infusión que ella misma iba a prepararle para calmarle los nervios, y para que la ayudase a dormir sin problemas. Aurora confiaba que nadie del servicio hubiese observado la actividad que existía en la antigua habitación de Jamie.

Eulalia la convenció para mantener el asunto en secreto, si la noticia de que el conde había sido rescatado de casa de lady Phoebe transcendía, podría surgir un gran escándalo y un problema para él, Aurora asintió convencida de que su aya tenía razón.

El baño la había dejado nueva. Por fin el olor cargante a perfume viejo había desaparecido de su piel. Su cuñado lo llevaba impregnado en la ropa, lady Phoebe tenía un gusto horrible para los perfumes. Volvió a la habitación de su cuñado, aunque solo llevaba puesto un ligero camisón y su bata de seda color lavanda, no se preocupó, pensaba estar solo un instante: quería cerciorarse de que todo estaba bien. Eulalia estaba sentada junto a la ventana, bebía una taza de algo que olía delicioso, y Aurora quiso probarlo.

—¿Has traído un poco para mí? —Eulalia le sonrió amorosa, y con un brillo extraño en sus profundos ojos castaños que no supo descifrar ella.

—Por supuesto —antes de terminar de decirlo, Eulalia ya había llenado una taza para Aurora que se extasió con el sabor a canela de la infusión. Se la terminó en un instante y repitió, además de devorar varios pastelillos de hojaldre que había incluido Eulalia en la bandeja.

—Jamie dormirá bastantes horas —le dijo—, debo salir un momento—, pero no quiero dejarlo solo.

—Yo me quedaré con él, aunque espero que no le vuelvan las convulsiones.

Eulalia le sonrió para tranquilizarla.

—No debes preocuparte, el purgante que le hemos dado lo impedirá, pero me quedo más tranquila si no se queda solo hasta que regrese.

Eulalia salió con sigilo de la habitación, y Aurora caminó hacia el escritorio de caoba pulcramente encerado y brillante. Miró los diferentes libros que contenía, y escogió uno escrito en francés que no había visto nunca. Se instaló cómodamente en el sillón, y comenzó a leer hasta que Eulalia volviese y la remplazase.

La boca de Justin sabía diferente. Los besos eran más dulces, y menos posesivos. De forma vaga acudió a su mente extrañas sensaciones, una sonrisa de complacencia curvó sus labios todavía apresados por la boca de él. Imágenes todavía borrosas la llenaron de felicidad y nostalgia. Justin sabía ser un hombre tierno cuando se lo proponía, aunque poco podía ella recordar todos los detalles. Sentía los miembros todavía laxos, y una languidez ebria comenzaba a desaparecer de sus músculos. Intentó incorporarse, pero el cuerpo de Justin pesaba demasiado, y él estaba muy ocupado acariciando cada parte de su anatomía. Quiso hablar, aunque tenía la garganta reseca, también tenía la lengua rasposa. Intentó abrir los ojos, pero le pesaban como ruedas de molino, apenas si consiguió esbozar una sonrisa, e intentó darse la vuelta. Con el movimiento, sus fosas nasales se llenaron de un aroma que conocía muy bien, y que en modo alguno pertenecía a Justin. Otros detalles alarmantes acudieron a su mente confusa y torpe: las manos que la acariciaban eran más suaves, y esos besos tiernos no se parecían en nada a los besos hambrientos y devoradores que le daba Justin. Detuvo la mano que acariciaba su busto, y consiguió abrir los ojos. Miró la oscura cabellera de su acompañante, y con un gemido estrangulado se percató que era su cuñado quien estaba con ella en el lecho. Él debió notar el cambio de ella porque abrió sus cálidos ojos color

violeta. La confusión hizo estragos en su mente, que se convulsionó con horror. Se apartó espantado, la miró con sorpresa, confuso, y desorientado. La colcha cayó hasta las caderas, y ambos fueron conscientes de que estaban desnudos bajo las sábanas. Aurora se tapó la boca para ahogar un grito, Jamie la abrazó para intentar calmarla y evitar que despertase a toda la casa creando un caos tremendo.

La puerta se abrió con un fuerte estrépito, unos ojos inyectados en sangre no se perdieron detalle de la escena. Justin quedó paralizado de horror y repugnancia cuando contempló los cuerpos abrazados. La hiel le subió por la garganta dejándole un regusto amargo.

No podía moverse, una ira ciega, abrasadora, le estrujaba las entrañas hasta un punto peligroso. Miró a la adúltera, y fue consciente que, si no abandonaba la casa, podría matarla con sus propias manos. Sus pies se negaban a moverse, sus ojos seguían contemplando los cuerpos desnudos que ambos taparon al unísono. Los rostros tan culpables como Judas. Justin no miró a su hermano, no podía, tal era su dolor que no creía poder volver a respirar con normalidad. Cuando al fin su corazón comenzó a latir de nuevo, se dio la vuelta, y, como alma que lleva el diablo, abandonó la habitación sin emitir sonido alguno.

Aurora contempló su camisión y su bata en el suelo, ambas habían sido dejadas con descuido, y las lagunas de las horas pasadas, la asfixiaba. No podía mirar a Jamie, que no se atrevía a decir nada. Aunque no recordaba con exactitud lo que había sucedido, la evidencia era aplastante. Aurora estaba tapada hasta la barbilla, y se sentía incapaz de mover un músculo. Jamie tuvo el acierto de volverse para ofrecerle algo de intimidad mientras ella se colocaba el camisión de forma apresurada. Se mesó los cabellos revueltos, y suspiró angustiada por la tragedia que acababa de cernirse sobre ellos.

Huyó a su dormitorio buscando consuelo y el valor para explicarle a Justin lo que creía ella que había ocurrido, aunque lo último que recordaba era el libro que estaba leyendo sentada a los pies de su cuñado. Cómo había terminado en la cama con él, no podía entenderlo, era incapaz de pensar con lógica. ¿En qué momento de la noche se había acostado? No recordaba haberse desnudado, y... si Justin había sido implacable cuando la pilló besándose con Diego en el invernadero, no quería ni imaginar en la venganza aplastante que abatiría sobre ella de forma implacable. Se vistió y se peinó como si fuese el alma se le fuera en ello, con paso indeciso bajó hasta la biblioteca en busca de su verdugo, pero Justin no estaba en la casa, tampoco

Jamie, Aurora se mostró desolada.

¿Cómo razonar lo irrazonable, explicar lo inexplicable?

Estaba con el corazón en suspense, también asqueada consigo misma, humillada hasta lo más profundo de su feminidad. Sentía tanto cariño por su cuñado, que quizás en su subconsciente siempre había deseado con él algo más que amistad, y por eso la noche pasada, todavía en sueños, podía haberlo deseado, y ese mismo deseo pudo impulsarla a meterse en su cama. Negó con la cabeza sus razonamientos, estaba convencida de que lo que le unía a su cuñado era un sentimiento sincero de cariño, y de amistad. Su enmarañada mente seguía bullendo de especulaciones. ¿Dónde estaba Eulalia? ¿Por qué seguía la casa tan silenciosa? Era la hora del almuerzo, y ella vagaba como un fantasma por los largos pasillos de la planta alta. Miraba por las ventanas esperando ver a alguien, sin embargo, la absoluta soledad y el silencio se habían apoderado de su alma como un sello lacrado. Estaba resentida, furiosa. Intentaba preparar una defensa que apenas se sostenía y confiaba en la caballerosidad de Jamie para llenarle los vacíos que había en su mente. Pasaban los días, y Aurora seguía sin noticias de nadie, aunque agradecía que Justin no se hubiese llevado a los niños en esta ocasión porque no podría pasar por lo mismo de nuevo. Su mirada vagaba a través de los cristales de la biblioteca, y contemplaba silenciosa el jardín trasero de la mansión, algunas rosas comenzaban a deshojarse de forma lenta e inexorable, de la misma forma que ella iba deshojando imágenes perturbadoras en su mente. Solo después de un examen concienzudo de su corazón, pudo reunir las piezas del puzle que faltaban: la ausencia de su aya era una respuesta aclaratoria en el asunto. Ella también había sido drogada, aunque ignoraba la finalidad que perseguía Eulalia con ello. Demasiadas veces había intervenido en su vida.

Oyó la puerta de la calle cerrarse, y la última mota de paz se escurrió de su corazón al comprender que llegaba su hora. Justin llegó hasta la puerta de la biblioteca con pasos rápidos. La contempló, la taladró con su mirada gélida que se convirtió en un segundo en despreciativa, pero ella estaba de espaldas. Justin miró el vestido de terciopelo verde, el pelo recogido en una redecilla negra. Las manos las tenía unidas delante, y la mirada perdida en el infinito.

No habló, siguió contemplándola en silencio, ella continuó sin darse la vuelta. No podía mirarlo a la cara, sentía demasiados remordimientos, y pesar. Deseó que el tiempo se hubiese detenido en... pero era tarde para lamentaciones. Con un suspiro cansado se volvió, y miró los pozos negros e insondables en los que se habían convertido los ojos de Justin.

—¡Vete de mi casa y de mi vida! —el odio en los ojos de él la marcó con fuego.

—No, antes debemos hablar.

—No hay nada que decir salvo que te marches ahora mismo.

—No sin los niños —ella sabía cuál sería su castigo, pero no pensaba permitirlo.

—Mis hijos están fuera de esta discusión —ella se tragó la réplica.

—Nuestros hijos —corrigió—, me necesitan.

—Ciertamente no necesitan a una adúltera.

Ella comprendía su despecho, y no se defendió. Justin estaba en su derecho de sentirse ofendido pues lo que había visto no se podía explicar.

—Aun adúltera, sigo siendo su madre, y no me iré sin ellos.

Aurora logró controlar el temblor de su voz.

—Puedes tener otros con tu amante, ya no me importa. —Esas palabras sí consiguieron hierirla profundamente.

—Jamie, no es mi amante.

Ella lo defendió, y él bufó asqueado. La contempló con tanto dolor que ella se estremeció.

—Ya no importan tus excusas, he decidido que te irás, y no me convencerás de lo contrario —la voz de Justin sonó tan amenazadora como su persona.

Ella solo podía darle tiempo, hasta que estuviese preparado para escucharla.

—Necesito unos días para arreglar mis asuntos, después, tiene mi palabra de que me marcharé.

Justin no cuestionó la rapidez con la que Aurora había aceptado su marcha. De haberlo meditado un momento, tendría que haberse alarmado, pero dolido como estaba, solo dio media vuelta, y se marchó dejándola con una sensación de vacío.

Aurora seguía en la misma posición derrotada. Nada había cambiado desde que la dejara Justin hacía solo dos horas. Continuaba con una profunda pena mirando el vacío, y haciendo planes urgentes a pesar de las circunstancias. Jamie carraspeó nervioso desde el marco de la puerta sin atreverse a entrar, y ella se dio la vuelta sin la sonrisa que siempre le brindaba cuando lo veía. Él, notó las profundas ojeras en sus ojos, y un sentimiento

oscuro lo sacudió desde dentro.

—Nunca creí que fueras cobarde —fue lo primero que le dijo—. Esperaba tu presencia para ayudarme a convencer a Justin de lo equivocado de su juicio.

Él, la miró entre incrédulo y culpable.

—¿Acaso lo podíamos convencer de que estábamos haciendo la cama?

—No merezco tu sarcasmo, Jamie, de ti no. —Estaba exhausta, y cerró los ojos para ocultarlo.

—Lo lamento, Dawn. Estoy desquiciado porque no he podido convencerlo de lo contrario. No debería pagar mi frustración contigo —ella tomó asiento.

—Tengo que irme y dejar la casa —Jamie la miró culpable.

—No deberías... —ella no le dejó terminar.

—Aquí no tengo ningún derecho. Si tu hermano desea echarme a la calle, nadie puede impedir que lo haga, si bien no me quejo. Es su decisión, y lo acepto.

Tanta resignación lo sorprendió.

—Tú no tienes la culpa, Dawn.

Aurora contempló cómo su cuñado dejaba caer la cabeza con duda.

—Era yo la que estaba contigo en tu cama, por si lo has olvidado, sobra cualquier otra explicación. Justin sabía lo que buscaba y dónde encontrarlo, eso es lo que tengo que esclarecer, y no pararé hasta conseguirlo. —Jamie no comprendió sus palabras, y se quedó mirándola serio. Ella volvió a suspirar, y continuó queda—. Lady Phoebe te había drogado y pensaba utilizarte para que la comprometieras. Había contratado a un periodista para ello. Eulalia lo supo por una de las doncellas que trabaja para mi tío en la Torre Roja. Mi aya me lo dijo, y yo decidí intervenir sin tu consentimiento. Eulalia contrató un carruaje con dos mozos y les ofrecí quinientas libras si me ayudaban a traerte a casa. —Jamie tomó una gran bocanada de aire—. Te dimos un purgante y me quedé contigo cuidándote. Lo siguiente que recuerdo es estar contigo en la cama aceptando tus caricias.

Jamie hizo una negación con la cabeza todavía sin creérselo.

—Tengo vagos recuerdos —Aurora bajó la cabeza avergonzada—. Pero yo no estaba en casa de lady Phoebe.

Aurora parpadeó incrédula.

—¿Qué dices, Jamie?

—Que estaba en el piso de soltero de Justin cuando Eulalia me visitó para hablarme sobre tu tío Rodrigo, tomamos un té que preparó ella, y lo siguiente

que recuerdo, es estar contigo en la cama.

Aurora cerró los ojos ante la magnitud de lo que descubría. Por eso no había nadie en la casa, o sí, y estaba escondido viendo como ella caía en la trampa. Eulalia tenía que explicar muchas cosas.

—No hay duda de que pasamos la noche juntos —esas palabras las dijo con una vergüenza estremecedora.

—Ninguno de los dos era consciente de lo que ocurría. Mi hermano tendrá que aceptarlo.

Aurora soltó una carcajada ausente de humor.

—Tu hermano es un experto en creer solo aquello que le interesa —la crítica era del todo justificada.

—Lo lamento de veras, Dawn —percibió tanta culpa en su cuñado, que la situación la enfureció por primera vez.

—¡No éramos conscientes de lo que ocurría!

—Eso no es del todo cierto —admitió el otro.

Ella lo miró sin comprender, Jamie seguía con la cabeza baja.

—Sabía que eras tú, creía que estaba soñando, pero al fin y al cabo sabía que eras tú. Me emborraché con tu olor, sentí tu boca, y me volví loco.

Aurora se quedó callada con la mirada llena de miedo.

—Jamie, no... por favor... —suplicó.

Él, la miró azorado.

—Estoy enamorado de ti, y Justin lo sabe desde hace mucho, mucho tiempo.

Aurora se tapó la boca para ahogar un grito de espanto. Un estremecimiento de culpa la sacudió por entero. Se levantó angustiada, y se dirigió hacia la ventana incapaz de mirar a su cuñado a la cara. Durante unos momentos que parecieron eternos, el silencio entre los dos decía mucho más que las palabras. Tras unos momentos largos, Aurora habló apenas con un susurro.

—Entonces, soy más culpable de lo que creía —la desolación en la voz hizo que Jamie se levantara de un salto. Ella continuó—. Mi comportamiento ha sido imperdonable, vergonzoso. Nunca debí ser tan ligera en mi afecto contigo —los ojos de él se empañaron con pesar al escucharla. Aurora comprendió todo en un segundo, y los remordimientos le mordían el alma con bocados feros—. Rehuías mi compañía, deseabas marcharte, y en mi

egoísmo, no vi más allá de mis sentimientos de soledad —tragó con fuerza, y se volvió a mirarlo con una intensidad abrumadora—. Tienes mucho que perdonarme Jamie —Aurora se tapó la cara intentando parar los sollozos violentos que habían comenzado a sacudirla.

Se quedó paralizado ante la enormidad de lo que ella decía. Con sus palabras, se retribuía toda la culpa, y la vergüenza le impedía respirar.

—Si vamos a lavar trapos sucios, deja que lave los míos también.

Ella seguía sollozando sin poder controlarse. Jamie se acercó y la abrazó para consolarla. Aurora lo permitió, porque el desconuelo en su alma era demasiado grande, y en ese momento necesitaba cualquier muestra de afecto sin importar quien se la brindase.

—Podría haberme marchado cuando quisiera, pero deseaba estar cerca de ti, ofrecerte mi ayuda, un hombro en el que apoyarte. Conozco demasiado bien la vena intransigente que domina a mi hermano, y temía por ti —Aurora se separó, lo miró con los ojos llenos de lágrimas, Jamie siguió sin permitirle apartarse de su lado—. Tu afecto y simpatía han significado para mí, mucho más de lo que puedas imaginar. Siempre conservé la esperanza de dominar mis sentimientos. Creí estúpidamente que lo había conseguido... hasta la noche pasada —ella no sabía hacia dónde mirar de lo perturbada que se sentía—. Mi verdadera culpa reside en no sentir remordimientos por amar a la mujer de mi hermano —Aurora le puso un dedo en los labios en un intento de hacerlo callar, pero no lo consiguió—. Eres tú la que tiene mucho que perdonarme...

Ella volvió a negar con la cabeza de forma imperceptible.

—Ya nada importa quién de los dos es más culpable. Son los resultados lo que cuenta en estos momentos. Tengo que marcharme, y necesito tu ayuda — Jamie abrió los ojos con un interrogante en ellos—. Justin pretende que me marche sin los niños, pero no estoy dispuesta a ello. Soy consciente que Roderick es su heredero, pero su niñez ha de pasarla junto a su madre. Cuando tenga la edad suficiente para ocuparse de su herencia, regresará.

—Justin removerá cielo y tierra —la afirmación logró estremecerla, pero no desistió en su empeño.

—Es curioso, había planeado todo esto cuando tu hermano regresó de Italia, pero había decidido quedarme con él, vivir a su lado en lo bueno y en lo malo —Aurora tomó aire antes de continuar—. Ahora no puedo hacerlo, por esos tienes que ayudarme —los bellos ojos de Aurora le suplicaron.

—Por lo menos te debo eso, es lo mínimo que puedo hacer por ti. ¿Qué deseas que haga?

Aurora le explicó el plan que había ideado hacía tantos meses atrás. Jamie escuchaba absorto, y asentía de vez en cuando.

—Es imprescindible que yo siga aquí para que Justin no pueda seguir la pista de ellos.

—Las represalias pueden ser tremendas —Aurora tragó con dificultad.

—Lo sé, y soy consciente de los riesgos.

—¿Cuál es mi papel en este plan? —le hizo la pregunta, indeciso.

—Debes sacar a los niños de Inglaterra. Los llevarás a Francia, y desde allí hasta San Sebastián. Diego los estará esperando para llevarlos junto a mi madrina.

—Justin los buscará hasta debajo de las piedras —le informó.

Aurora lo sabía, pero estaba decidida.

—Sería mucho más fácil para él seguir la pista si yo me marchara con ellos, y créeme que es lo que más deseo, pero me quedaré aquí hasta que mi presencia le resulte intolerable, entonces me marcharé.

—Te seguiré, lo sabes —ella suspiró.

—Pero yo pienso estar en Francia con mi abuela durante una larga temporada. Puedo ser muy esquivo si el fin justifica los medios.

Jamie hizo una mueca ante su presunción.

—¿Estás segura de que los gitanos me aceptaran entre ellos hasta que lleguemos a San Sebastián?

—Eres el tío de los niños, te aceptarán, no me cabe la menor duda.

Jamie no estaba del todo convencido, si bien no pensaba quitarle ni un gramo de esperanza. Confiaba que Justin entrase en razón incluso en el último momento, y estaba dispuesto a intentarlo, aunque fuese a golpes de sus puños.

—Sabes que Justin jamás te perdonará que me ayudes —le dijo ella.

Aurora miró a su cuñado con verdadera pena. Sabía lo vengativo que podía ser su marido, y crear una brecha entre los hermanos era del todo despreciable. Maldijo ante su estupidez, la brecha estaba abierta de forma implacable e irreparable hacía mucho tiempo.

—La relación con mi hermano ha sido, desde tu aparición, un frágil hilo que amenazaba con romperse ante el más mínimo suspiro. Tengo los pies y las manos atadas. Hasta que él por sí mismo no se dé cuenta de su error, nada podemos hacer el resto del mundo. —Jamie miraba los bellos tomos encuadernados de piel, los acariciaba con cada sílaba que pronunciaba—. Dime de nuevo tus planes.

## CAPÍTULO 36

La larga ausencia de Justin había facilitado los preparativos de Aurora. Hacía tres semanas que los niños habían embarcado junto con Jamie en la ciudad portuaria de Devon rumbo a Francia. Confiaba que la suerte siguiese sonriéndole, aunque temía la vuelta de Justin más de lo que se permitía reconocer. Lo único que mitigaba su dolor era saber que en su hogar estarían sus niños a salvo. Su suegro, ignorante de todo, seguía en Edimburgo. Justin había conseguido mantenerlo muy ocupado, y Aurora no quería ni pensar en las explicaciones que le daría su hijo sobre ella llegado el momento. Su aya, la causante de esta infamia, seguía esperándola en Redtower, y ella temía el enfrentamiento porque las consecuencias del mismo podían ser demoledoras. Aurora desconocía dónde se mantenía Justin apartado pues nadie lo había visto en Londres en las últimas cinco semanas, y ella contaba los días como si fuese una condenada a muerte en espera de la horca. Nunca en su vida se había mantenido más nerviosa. Los días se sucedían gemelos entre sí, y eran un cruel recordatorio de lo vacía que estaba su vida en esa isla. Salvo los preparativos frenéticos para que sus niños abandonasen el reino, nada había conseguido conmoverla: mover en ella algún sentimiento a parte del temor. Un temor que iba en aumento a medida que los días pasaban.

Suspiró de nuevo cansada. Necesitaba actividad, pero no podía marcharse hasta que hubiese hablado con Justin. Si existía justicia en el mundo, se debía encontrar en el infierno, porque ella no había visto ni un asomo de ella en los últimos tiempos. La voz de su doncella anunciándole el baño, la sacó de sus pensamientos. Se levantó como un autómatas de la silla que ocupaba cerca de la ventana, y se bañó, cenó, y esperó, como hacía tantos días. De nuevo el agotamiento se cebó con ella llevándola a un sueño donde el alma se quedaba presa en emociones incontrolables. Se despertó al amanecer, cuando el ruido de los cascos de un caballo quebró el silencio con un presagio de tormentas.

Aurora se colocó la bata más rápida de lo que le permitían sus torpes manos. Oyó las fuertes pisadas subiendo las escaleras, una puerta que se abría y se cerraba antes de que muriese un segundo en el tiempo. Seguía de pie con el corazón en un puño. El momento fue tan largo, que Aurora llegó a preguntarse si todavía respiraba porque los latidos de su corazón habían dejado de martillarle la cabeza.

Justin abrió la puerta de la alcoba tan fuerte que las bisagras chirriaron con un sonido maléfico, como recordándole que seguía en una casa llena de

espectros que devorarían su alma en un momento de descuido. No avanzó, se quedó quieto en el umbral como si en dos segundos tuviese que decidir si matarla o dejarla viva.

—¿Dónde están? —afortunadamente el veneno de las palabras de Justin no podía quitarle el resuello de su cuerpo, al menos, no todavía.

El ama de llaves y la doncella asomaron por el pasillo, Justin con un bramido cerró la puerta matando las esperanzas que albergaba Aurora de que pudiesen brindarle ayuda con su presencia. Justin las dejó fuera sin contemplaciones, y dándoles entender que no agradecería su intervención en una disputa familiar.

Aurora volvió a suspirar de forma entrecortada.

Justin se golpeaba el muslo con la fusta de piel que no había dejado en la caballeriza, pero ella no le temía a los golpes físicos, su temor era mucho más profundo. Contempló, sin poder tragar la bilis, la forma lenta e inexorable en la que Justin la desmenuzaba con una mirada llena de rencor.

—¿Dónde están mis hijos? —inquirió de nuevo.

Justin avanzaba con pasos lentos y seguros hacia donde se encontraba ella. Aurora se ciñó la bata todavía más a su cintura, y se pegó al poste de la cama dando un paso atrás inconsciente, como intentando que la madera sostuviese sus temblorosas piernas.

—A salvo —respondió finalmente.

Él, avanzó un paso más en actitud amenazadora.

—¿A salvo de su padre? —la boca de Justin tenía una mueca peligrosa.

—A salvo de su cólera —la miró incrédulo.

—Mi cólera solo tiene un destinatario ¡tú! —ella se encogió, y bajó la mirada al suelo.

—Una vez me apartó de ellos sin un asomo de remordimiento. No volverá a suceder.

Justin tragó violentamente, avanzó un paso más. Su cuerpo temblaba intentando controlar la ira ciega que lo dominaba.

—¿Dónde están! —Aurora alzó la mirada y lo contempló.

La furia de él se palpaba en el aire, pero ella cruzó la línea de la prudencia cuando dio un paso, y se quedó parada a menos de un centímetro de él: altiva y arrogante.

—¡A salvo! —siseó las palabras mientras sus ojos le mostraron el dolor que la desbordaba.

Ambos se quedaron frente a frente sin pestañear, bebiendo el aliento que

soltaban sus bocas con los jadeos furiosos que contenían. Los músculos de Justin temblaban intentando controlar la cólera que sentía. Cerró las manos en puños que pegó a sus caderas en un intento de no golpearla.

—Juro que me dirás dónde están si deseas conservar tu cuello intacto —la amenaza no la amedrentó, siguió sosteniéndole la mirada decidida.

—Mi cuello es lo último que me preocupa en estos momentos. Mis hijos están y seguirán fuera de su alcance hasta que lleguemos a un acuerdo, o hasta que me perdones.

La boca de Justin se apretó en una línea dura y fiera.

—Jamás pienso perdonarte —le espetó—. Estoy a punto de cometer un asesinato, y juro por Dios que no lo lamentaré.

Aurora se mostró impulsiva y temeraria, le ofreció la espalda, y, recogiendo el cabello, le ofreció su cuello.

—Sea pues, acabemos con esto de una maldita vez.

Justin abrió la boca sorprendido, y más furioso todavía porque no se esperaba esa reacción por parte de ella. La valentía de Aurora era una maldición para él. Aurora esperó durante un momento que le pareció eterno. Sus senos subían y bajaban frenéticos ante el horror de su osadía, pero quería mostrarle que su vida le importaba poco. Tenía que explicarle muchas cosas, aunque no podría hacerlo estando él dominado por la ira.

Justin logró controlarse lo suficiente como para poder mirarla sin el odio asesino que lo había alimentado durante semanas. Se dio la vuelta y comenzó a marcharse, pero Aurora no se lo permitió.

—¡No, espere! —él se volvió de nuevo, y la miró con ojos como yescas. Justin avanzó un paso, y Aurora se obligó a no retroceder—. Lamento mucho lo que ha pasado, pero no fue premeditado —comenzó de carrerilla—. Nunca he pretendido herirle.

Justin creyó que ella se burlaba de él. Todavía tenía en la mente, y grabado al rojo vivo, la escena de su hermano y ella abrazados, besándose. ¿Creía acaso que era estúpido?

—No saldrás de esta habitación hasta que me digas dónde están mis hijos —Justin seguía apretando la fusta en un intento de calmar su rabia, pero ésta crecía con cada mirada que le devolvía ella.

—Soy inocente Justin. Nunca he pretendido ofenderlo. Aunque no puedo explicar qué sucedió, juro que soy inocente.

Él creyó que se burlaba.

—Me importa muy poco que proclames tu inocencia cuando te he visto

con mis propios ojos. Te repito, ¿dónde están mis hijos? —inquirió con voz seca.

Aurora supo que no podría convencerlo, y decidió rendirse a lo inevitable.

—Los niños vivirán conmigo hasta que Roderick tenga la edad necesaria para ocuparse de sus obligaciones como heredero, siempre y cuando desee volver, pues jamás le obligaré a abandonar su casa si no lo desea.

Justin creyó que no había oído bien, y sonrió de forma cínica.

—No hay lugar en la tierra donde puedas ocultarlos de mí, y lo sabes. Cuando los encuentre, reza porque mi furia haya disminuido lo suficiente como para que no me importe lo que hagas con tu vida.... cuando los encuentre —reiteró—, no volverá a verlos.

Eso era lo que más temía ella. Justin era tan vengativo, que pagaría en los hijos de ambos su pecado. Aurora sabía que no podía retroceder. Había llegado a un punto de no retorno, y por ese motivo siguió mirando hacia delante.

—No me apartará de ellos. Y esta vez pienso solicitar el divorcio —Justin no la dejó terminar, volvió a acercarse a ella con un brillo peligroso en los ojos, Aurora temió haber ido demasiado lejos.

—¡No te casarás con mi hermano! —bramo.

Ella se atragantó con las palabras de él.

Aurora lo miró como si no lo conociese, y deseó hacerle tragar sus palabras porque la habían herido en lo más profundo, por ese motivo le respondió con mordacidad.

—¡Jamie siempre ha sido el mejor de los dos! —al momento se arrepintió de sus palabras, aunque no las retiró.

Justin la agarró por el cuello, y comenzó a apretárselo con furia. Aurora creyó que se lo partiría en dos, y luchó para que el aire pasara a través de su garganta. Justin estaba lívido, ya no controlaba su ira, era un despojo emocional. Pero deseaba borrar esas palabras de la boca femenina, palabras que lo habían herido profunda e irremediabilmente. La mano de Justin seguía sujetando el cuello de Aurora en clara amenaza mientras se bebía con avidez los jadeos entrecortados que emitía la boca de ella por el miedo. Aurora estaba a punto de desmayarse. Sabía que lo había llevado a un punto donde una mujer jamás debía llevar a un hombre, y lamentó la soltura de su lengua. Con palabras estranguladas le rogó que la soltase, no obstante, Justin estaba demasiado fuera de sí, aunque logró disminuir la presión cuando oyó su súplica.

—Por favor, por favor, Justin, ¡estoy encinta!

Justin la soltó tan rápido como hubiese soltado una brasa ardiendo, y, con absoluto horror, se miró las manos. Aurora se masajeaba el cuello e intentaba que el aire llegase hasta sus pulmones. Apenas podía pensar, le costaba trabajo recuperar la serenidad, notó con recelo que el color había desaparecido del rostro de Justin. Vio su confusión, y, a pesar de su desdicha, lo compadeció. Diferentes emociones cruzaron el rostro de él, Aurora no supo calibrar cuál sería su siguiente movimiento. Aguardó paciente a que Justin dijera algo, pero él seguía en absoluto silencio mirándola con odio negro. Cuando Aurora comenzó a moverse, Justin le preguntó con una voz atronadora.

—¿Quién? —Justin comprobó atónito que ella no contestaba, la furia hizo mella en su cuerpo. Aguardó una respuesta que no llegaba, y negando con la cabeza, se acercó a ella de nuevo—. ¡Quién!

El grito la pilló tan de sorpresa que Aurora solo pudo responder con la verdad.

—Tuyo.

—¡Mientes!

Los ojos de Aurora eran dos pozos insondables.

—Es cierto, he mentado...

El bramido fue tan ensordecedor que Aurora se encogió más por la sorpresa que por el temor. Justin estaba ido. Golpeaba todo lo que se encontraba a su paso en la habitación. Arrojó con furia los hermosos jarrones y figuras que había en las diferentes repisas y aparadores. Arrancó las cortinas, los cuadros y objetos que Aurora había colocado con cariño en sus dependencias. Ella no podía moverse, estaba paralizada, nunca había visto en primera persona tanta rabia aniquiladora. Nada quedó a salvo de la furia de Justin, y, cuando se volvió hacia ella, Aurora rogó para que su muerte fuese rápida.

Adam abrió la puerta de la calle, y Jamie supo por la expresión preocupada del rostro del mayordomo que algo muy serio ocurría. Justo en el momento que le entregaba el sombrero y los guantes, oyó un grito atronador en la planta alta y pensó que Aurora corría verdadero peligro. Escuchaba gritos enloquecidos, jarrones que se rompían, y telas que se desgarraban. Corrió veloz el vestíbulo. Subió los escalones de tres en tres, y, justo cuando alcanzaba el corredor de la segunda planta, vio al ama de llaves y a la

doncella que se abrazaban llorando. Intentó abrir la puerta de la alcoba, pero estaba cerrada por dentro. La golpeó con sus puños, pero el estruendo del interior apagaba sus golpes, decidido tomó impulso, y, con el hombro derecho, golpeó con furia la madera. La puerta se estrelló contra la pared. Una vez dentro, Jamie tragó la hiel que le subía por su garganta, Justin sujetaba por la cintura a Aurora, y con la otra mano agarraba su cuello, en dos pasos alcanzó a su hermano, y, con un golpe certero en la mandíbula, logró que la soltara.

Aurora yacía inconsciente a los pies de ambos.

Justin volvió en sí, y espasmos de horror lo sacudieron cuando fue consciente de los destrozos que había ocasionado en la alcoba. Miró a su hermano que levantaba a Aurora y la acostaba en la revuelta cama, hizo una honda inspiración, y se marchó. Nada justificaba su furia desmedida. Necesitaba serenarse para ordenar sus pensamientos: volver de la locura ciega que lo había poseído.

Jamie le permitió la entrada al ama de llaves y a la doncella. Comprobó con un suspiro de alivio que su cuñada respiraba todavía. Observó los feos moratones del cuello, testigo implacable de las intenciones de Justin, y maldijo a su hermano por sus celos obsesivos y su brutalidad. Aurora volvía en sí, y, cuando abrió sus ojos ambarinos, un destello de terror la encogió como un golpe. Jamie la abrazó, y, al consolarla, fue como si las compuertas cerradas de una presa se abrieron para dar paso a un torrencial desbordamiento de sentimientos contenidos.

Aurora supo que no existían los milagros.

Cuando Jamie comprobó que su cuñada se encontraba bien, bajó las escaleras con una resolución inamovible. Buscó a su hermano mayor y lo encontró apurando una botella de coñac en el despacho. Avanzó con decisión hasta él, y de nuevo le estrelló el puño en la mandíbula. Justin no pudo agarrarse a nada y cayó al suelo de espaldas. Jamie lo volvió a alzar, y de nuevo estrelló el puño en su cara. Justin no se defendió, tan solo acertó a mirarlo con tanto descorazonamiento, que Jamie bajó el puño que tenía de nuevo alzado. No se comportaría como él. La violencia solo engendraba violencia, y, por esa noche, ya se había derramado demasiada.

—Nunca te creí tan vengativo y lleno de irracionalidad. De niño admiraba tu aplomo, tu control, y hoy siento una vergüenza extrema. Tu comportamiento no tiene justificación, y te desprecio por ello —Justin aceptó las palabras, se las merecía, pero no consiguió apaciguar su enojo—. Tu comportamiento es cruel y ruin. Eres el peor marido que he visto jamás, y por mi vida que no

volverás a ponerle un dedo encima, ¡ni ahora, ni nunca! —le espetó salvajemente.

La mirada de Justin destilaba veneno cuando lo escuchó hablar así de su mujer. Se levantó altanero, se arregló las solapas de la chaqueta como si se encontrase ante un altercado callejero. Miró directamente los ojos de su hermano, vio la resolución que se había afianzado en ellos. Casi había estado a punto de cometer una locura, afortunadamente, la intervención divina estaba de parte de su esposa adúltera, Justin sentía demasiada rabia como para quedarse callado.

—Mis felicitaciones hermano, ¡vas a ser padre! —Jamie se quedó descolocado y se tambaleó momentáneamente, la revelación lo había pillado por sorpresa. Abrió la boca en un intento de hablar, pero, las palabras se negaban a salir de su garganta. Tras asimilar la información, con un rugido fiero se abalanzó hacia su hermano en un intento de aplastarle el cráneo. ¡Tanta era su furia! Esta vez Justin no estaba desprevenido, le devolvió los golpes uno a uno. Ambos rodaron por el suelo y destrozaron varias sillas en la trifulca. Cayó el botellero con un fuerte estrépito, y ninguno le hizo caso a los cristales rotos. Justin sabía que su hermano estaba furioso con él, y él estaba furioso consigo mismo. Pero la rabia, la impotencia, y el despecho, lo impulsaban a devolver los golpes sin importarle las consecuencias finales.

Jamie rugía por dentro. Que su hermano hubiese golpeado a Aurora estando encinta era incomprensible para él, no había justificación en el mundo para tanta brutalidad.

Cuando sonó un disparo, ambos hermanos pararon de inmediato la pelea. Volvieron sus ojos a la puerta, y contemplaron sorprendidos que Aurora sostenía una pistola que apuntaba hacia el techo, y que todavía humeaba debido a la detonación. Varios trozos de escayola y pintura habían caído sobre la pulida tarima de madera. Los dos se levantaron presurosos, aunque ninguno de los dos se movió de su sitio.

Aurora carraspeó varias veces pues sentía la garganta reseca y dolorida. Tenía la voz ronca y el alma aniquilada. Dio dos pasos, enfiló el cañón del revolver al mismo centro del pecho de Justin. Lo miró con tanta decepción, que Justin sintió un escalofrío recorrerle desde la punta de los pies hasta la cabeza.

—Nada justifica semejante violencia porque, ¡soy inocente! Lo que ocurrió fue un desastre provocado por mi aya Eulalia en un intento de vengar su perfidia al quitarme a mis hijos tiempo atrás. Perfidia que ha olvidado

convenientemente —le costaba decir las palabras, tomó aire y continuó—. No deseo continuar aquí, y recurriré al mismo papa de Roma para que invalide este desastroso matrimonio. Matrimonio que no debía de haberse celebrado nunca —Justin la miró entre lívido e incrédulo, pero siguió en silencio esperando—. ¡Había comenzado a quererte Justin! —ella suavizó la voz, y él tembló porque por primera vez lo tuteaba, y saboreó el momento que le supo amargo como la retama—. Nada me causó más dolor que comprender que te había herido, pero no fue conscientemente, ¡lo juro!... aunque ya nada importan los motivos ni la causa. No puedo vivir contigo ni lo deseo, desde ya te digo adiós para siempre.

Aurora se volvió a su cuñado con una mueca de dolor en el rostro. Había esperado hablar civilizadamente con Justin, sin embargo, había resultado imposible. Comprendía en parte su enfado, aunque no podía justificar su deseo de venganza. Que no aceptase escuchar sus razones, que se mantuviera ciego a cualquier explicación, la resentía. Miró a su cuñado, y la mueca se volvió desesperanza. Alzó la mano, y, con los nudillos, le acarició la mejilla. La valiente defensa que había hecho de su honor la llenaba de gratitud. Ambos tan ingleses, y tan diferentes. Aurora bajó el arma hasta descansarla junto a su muslo derecho, un segundo después inclinó la cabeza en una completa derrota.

Justin se debatía entre la ira y la culpa, no obstante, continuó callado. Jamie inspiró profundamente, y, avanzando un paso, le quitó el arma a su cuñada. Le pasó el brazo por los hombros y la acompañó hacia la puerta. Antes de salir por ella, se volvió a mirar a su hermano tan fríamente, que Justin dudó de su propia cordura. Jamie le espetó con voz cargada con todo el reproche de la sensatez.

—Lo tenías todo, y ahora no tienes nada. Disfruta tu triunfo, te lo mereces, hermano.

Aurora no quiso recoger sus pertenencias. Jamie la acompañó hasta la residencia de su padre John Beresford en Victoria Street, por la mañana partirían hacia Redtower, ella le suplicó que guardase silencio pues no quería preocupar a su familia. No deseaba angustiarlos con detalles sobre su infortunio, él, no estaba de acuerdo, pero consintió en su ruego.

El trayecto lo hicieron en silencio. Aurora no era capaz de pronunciar palabra. Su angustia era demasiado grande. El carruaje paró con un brusco movimiento, Jamie sacó la llave de su bolsillo sin soltarle el brazo. La sentía temblar, y volvió a maldecir a su hermano. La casa estaba oscura y silenciosa. El servicio estaba dormido, y ella le pidió que no lo despertara pues era capaz

de prepararse un té, Jamie aceptó acompañarla. Aurora preparó la infusión de forma mecánica. Se sentó en la mesa vacía, y sorbió el té caliente en un intento de que le calentase la sangre helada por los acontecimientos. Jamie seguía silencioso, aunque su boca pugnaba por hacerle la pregunta que le corroía. Ella comprendió que le debía una explicación.

—Gracias, te debo mucho —él, soltó su taza, y le sujetó las manos en un intento de calmar los temblores de ella. Siguió mirándola de forma interrogativa—. Estoy encinta —esperó resignado su explicación—. Y el padre es Justin, aunque el infame crea que es tuyo.

Aurora bajó la cabeza avergonzada.

—Mi hermano es un cabrón descerebrado —ella rompió a llorar de forma descontrolada—. ¿No deseas tenerlo? —la pregunta susurrada en voz baja le hizo llorar más fuerte. Cuando al fin se calmó. Inspiró varias veces antes de sentenciar.

—Los niños nunca tienen la culpa de los errores de los padres.

Jamie le hizo una promesa.

—¡Justin jamás os hará daño, te lo prometo!

Aurora miró largamente a su cuñado, necesitaba ordenar sus ideas y no lo conseguía.

—Justin tiene el carácter fuerte y los celos lo consumen. Estaba tan furioso que no medía sus acciones, pero no es una mala persona.

Jamie no pudo contener la lengua.

—Tu lealtad es admirable pero errada —Aurora no contestó y él continuó—. De no haberlo evitado te habría partido el cuello.

Ella se llevó una mano a la garganta, y volvió a negar con la cabeza de forma vehemente.

—Nunca tuvo la intención de hacerme un daño físico —Jamie iba a protestar, pero ella se lo impidió—, lo sé. Había dado salida a su furia con el mobiliario, yo me desmayé antes de que me alcanzara. Él, solo me tenía sujeta sin creerse mi cobardía, y sin saber qué hacer, estaba realmente desconcertado.

—Las marcas en tu cuello dicen otra cosa —le espetó Jamie.

—Lo llevé, con mis pullas, al extremo donde una mujer jamás debe llevar a un hombre.

—¿Lo estás justificando? —Jamie la miró como si se hubiese vuelto loca de repente.

—No, está herido en lo más profundo de su ser. Se siente traicionado por

los dos. Somos culpables de su decepción, solo podemos esperar que con el tiempo atienda a razones.

—¡Pides un imposible! —Jamie estaba molesto por la defensa que hacía ella.

—Pido que nos pongamos en su lugar. Justin no merece nuestro odio sino nuestra compasión. El tiempo cura y hace olvidar.

Jamie abrió la boca estupefacto.

—¡No hablas en serio! —ella lo miró enternecida.

—Jamás en mi vida he hablado tan en serio —le dijo ella sin dejar de mirarlo—. Créeme, yo me comportaría de igual modo que él en una circunstancia parecida. Casi acabé con su vida en aquel duelo, él nunca tuvo esa intención —Jamie pensó un momento en las palabras de ella, y asintió—. Su amor es una obsesión, y por eso es merecedor de nuestra piedad, prométemelo Jamie, dejemos que el tiempo le haga olvidar.

—No estoy de acuerdo contigo —ella iba a protestar, pero él se lo impidió—. Aunque acepto tu decisión de no hacer nada.

—Gracias, y ahora me muero por tumbarme un rato. Estoy agotada. Mañana idearemos un plan que convenza a mi tío Rodrigo —Jamie la miró sin estar convencido—. Mañana, cuando estemos en Redtower, le diremos a mi tío que Justin sigue de viaje y que me encontraba demasiado sola.

—¿Qué le dirás a tu padre con respecto a los niños?

Aurora temía la pregunta.

—Que Justin por fin ha consentido que conozcan mi hogar en Ronda, y que yo no he podido acompañarlos por encontrarme encinta —Jamie asintió.

—Parece convincente.

—Es convincente porque la mitad es cierta. Una vez que pasen los días, y que los humores se calmen, convenceré a mi tío y a mi padre de que deseo una separación permanente de Justin.

Aurora se levantó y se dirigió a una de las habitaciones de invitados. Conocía la casa bien, y no necesitó que Jamie la acompañase. Él se quedó silencioso, tenía demasiado tiempo para pensar y actuar en consecuencia. Una vez en la cama, Aurora se durmió al instante.

## CAPÍTULO 37

—El conde de Ayllón —anunció el mayordomo—. ¿Lo hago pasar a la biblioteca?

Justin alzó la vista, y vio a Rodrigo justo detrás del mayordomo, antes de terminar de anunciarlo, él, ya había cruzado el umbral, y sin ninguna invitación por parte del marqués, pasó al despacho y se paró frente a él.

—No será necesario, como puedes apreciar, el conde acaba de invitarse. Adam, prepara un café para nuestro invitado.

Rodrigo se sentó obviando toda norma de etiqueta. Cruzó una pierna sobre la otra, y miró a Justin con una insolencia aplastante.

—Veo que la vida te trata mejor de lo que mereces —Justin alzó una ceja interrogante.

—Presumo que mi bienestar no es lo que lo ha traído hasta aquí —Rodrigo sonrió sardónicamente.

—Presumes bien —el silencio que siguió se hizo incómodo, y Justin comenzó a sudar ante el análisis devastador al que lo sometió Rodrigo—. Estoy esperando.

Justin brincó involuntariamente. El poder que emanaba del español lograba alterarlo siempre que se encontraba en su presencia.

—¿Esperando? —Justin parecía abrumado.

—Sabía que los ingleses eran cortos de entendederas, pero no me había dado por enterado hasta el día de hoy —el sarcasmo lo dejó anonadado—. Todavía sigo esperando una explicación por tu parte —Rodrigo no se daba por vencido.

—Nada hay que explicar. Mi esposa me ha abandonado, y ha secuestrado a mis hijos.

Rodrigo no pudo responder a la acusación debido a la entrada del mayordomo. Adam sirvió el café en un silencio sepulcral, cuando hubo atendido sus obligaciones, se marchó presuroso a seguir con sus quehaceres. Rodrigo esperó hasta que se cerró la puerta.

—Grave acusación viniendo de un manipulador déspota e intolerante.

Justin apretó los puños ante el insulto deliberado.

—Palabras ligeras si tenemos en cuenta que se encuentra en mi casa, conde.

Rodrigo soltó una carcajada ausente de humor, y lo miró con ojos fríos como el hielo.

—Mi sobrina no ha sido ducha en explicaciones, y la respeto todavía más por su hazaña de intentar protegerlo —Justin alzó las cejas sorprendido ante la revelación inesperada—. Pero es del todo indudable lo infeliz que ha sido a tu lado —Justin tragó saliva bruscamente—. Mi equivocación fue pensar más en unos niños que en su madre, y estoy pagando mi error con creces te lo aseguro —Rodrigo hizo una pausa para darle tiempo a Justin de asimilar sus palabras—. Debí matarte entonces, aunque todavía estoy tentado de hacerlo.

Rodrigo sacó un sobre que llevaba en el bolsillo de su levita y, mirando el escritorio, se lo lanzó, dio justo en las manos de él. Justin abrió el sobre y miró el documento firmado por Aurora. Lo rompió y lo tiró a la papelera sin el menor titubeo.

—¡No habrá divorcio! —respondió Justin.

El tío apretó los labios en una línea fina y dura.

—Es una mera formalidad —Rodrigo enseñó sus blancos dientes parejos cuando le sonrió irónicamente—. Según las leyes españolas el matrimonio es inválido. Los hijos de mi sobrina son ilegítimos, y yo deseo que lleven un apellido digno.

Justin se envaró.

—¿Y qué apellido digno sería ese? Porque el de Vílchez es del todo imposible.

Rodrigo no mordió el anzuelo. Tenía más experiencia en estrategias que el inglés, y pensaba hacerle morder el polvo por su insolencia.

—No voy a abrumarte con una lista, sabes que no es necesario —Justin se tragó las palabras por completo.

—Mis hijos son nacidos en Inglaterra, de padre inglés, es un hecho que no se puede alterar por muy diferente que sea la ley en otro reino.

Si Justin creía que tenía los ases con él se equivocaba.

—Los hijos de Aurora están registrados en el reino de España con el apellido de Velasco y Duero: hijos de madre soltera —Justin tragó la bilis que le subió al cielo de la boca—. Una libertad que me tomé cuando los apartaste de mi sobrina, querido sobrino político.

Justin notó que le faltaba el aire.

—Entonces, su visita no tiene razón de ser, conde.

El noble español volvió a sonreír satisfecho. La jugada había salido redonda, tal y como había esperado.

—Vengo a ofrecerte un acuerdo.

Justin lo miró por primera vez con auténtico respeto.

—El marqués de Greenthorn milady.

Aurora dio un respingo pues no esperaba la visita de Justin, hacía muchos meses que había abandonado la mansión de Londres, y la visita sorpresa de él le retorció el estómago por la incertidumbre. El mayordomo seguía esperando, pero a ella no le salía la voz.

—Hazle pasar a la biblioteca, y dile que lo recibiré en quince minutos.

Treinta minutos fueron los que tuvo que esperar Justin hasta que Aurora apareció. La miró parada en el umbral de la puerta, y observó que seguía tan hermosa como siempre. Su belleza siempre conseguía conmoverlo, y ese momento no era diferente a los demás. El hermoso vestido azul hacía resaltar más que nunca el dorado de sus ojos. Se fijó en su estrecha cintura, y un ramalazo de remordimiento se apoderó de él al preguntarse si... Justin se acercó un paso hacia ella, y Aurora lo detuvo alzando su mano derecha.

—Siéntate, por favor, pediré un refrigerio para ambos.

Justin asintió con la cabeza, y esperó a que Aurora diese las órdenes pertinentes. Justin miró la estancia como si no la reconociese. Vio un retrato de sus hijos en la pared opuesta de la librería, y un sentimiento de melancolía comenzó a atormentarlo.

—Bonito retrato, Dawn. El pintor ha sabido captar la esencia de los niños a la perfección.

Aurora no esperaba ninguna amabilidad por parte de él, así que se sorprendió gratamente con sus palabras.

—Lo ha pintado nuestro querido amigo Goya desde su asilo en Francia. Es una de mis posesiones más preciadas.

Justin la miró largamente.

—¿Nuestros hijos están en Francia? —Aurora volvió a sorprenderse con el «nuestro» utilizado por él, y se dijo que la vida estaba llena de sorpresas.

—Intuyo que su paradero es el motivo de tu visita, pero aun así no puedo decirte dónde se encuentran.

Justin volvió a fijar sus ojos grises en su cintura, y Aurora comprendió al instante lo que pasaba por su mente. Se le soltó la vena diabólica sin pretenderlo, y lo atizó vengativa como antaño. ¡Había llorado tanto por su culpa!

—¡Nunca lo sabrás! —ella vio el dolor que mostraron las pupilas de Justin por un breve segundo, pero, para desdicha de ella, la institutriz eligió

ese mismo momento para entrar con un bebé que apenas si sostenía la cabeza y clamaba por atención. Aurora rumió su mala suerte, y miró con ojos duros a la impertinente criada.

—Milady, el señorito no consiente en tomarse su leche.

Justin saltó de su asiento a la velocidad del rayo, pero Aurora ya estaba preparada. En una décima de segundo, interpuso su cuerpo entre Justin y el bebé impidiéndole una visión del mismo.

—Clare, lleva al niño a su habitación, me reuniré con él en diez minutos —la institutriz se marchó sin un titubeo. Justin la miró sopesando sus posibilidades y Aurora las barrió de inmediato—. Es demasiado tarde para ti, demasiado —reiteró.

Justin apretó la boca y controló su voz cuando preguntó tembloroso.

—¿Quién? —ella no lo dejó terminar, con un dedo silencio su boca de nuevo.

—¡Nunca lo sabrás! Es lo que decidiste, ¿no? —ella saboreó su triunfo completo cuando contempló la cabeza caída de su esposo inglés, al momento, los remordimientos la agobiaron porque ella se mostraba vengativa—. ¿Y bien? —esperó por parte de él las palabras que le había prometido su tío, las esperaba desde hacía tanto tiempo.

—He venido a ofrecerte un acuerdo —Aurora soltó el suspiro que había estado conteniendo—. Firmaré los papeles del divorcio con la única condición de que permitas que mis hijos conserven mi nombre. Podrán criarse en tu reino si ese es tú deseo, y solo cuando esté preparado para ejercer su primogenitura, Roderick regresará.

Aurora deseó llorar de felicidad, aunque se contuvo. Había deseado tanto escuchar esas palabras, que ahora tras oírlas no podía creérselas.

¡El consentimiento voluntario de él!

—¿Ves qué fácil, Justin?

Él, sentía que se desgarraba por dentro, y pensó que se rompería en mil pedazos cuando observó el alivio de ella. Había hecho una promesa, y debía cumplirla.

—No se puede reparar el daño. Sabes que siempre he sido un hombre celoso con respecto a ti. Esos celos me impulsaron a lastimarte y a perderte —ella volvió a sellar su boca con un dedo—. Lo que vi... te hacía parecer culpable, y ahora es tarde para lamentaciones.

El duque de Arun había sido implacable con su primogénito. Había insistido durante días para hacerlo razonar, y lo había llevado con paciencia y

firmeza a la única razón de todo ese embrollo: Eulalia. Jamie también había hecho su parte al relatarle todo lo sucedido, tanto la visita de Eulalia a su apartamento de soltero para hablarle del tío Rodrigo. El té preparado... la llegada de Aurora para salvarlo de una trampa que no era tal. Justin había meditado durante muchos meses en la actuación de la aya de su esposa, y llegó a la única conclusión de que era la culpable de todo.

—Seamos amigos Justin, por el bien de nuestros hijos. Olvidemos el pasado, y el hecho de que nunca debimos casarnos. Tratémonos con el respeto que nos merecemos.

Justin asintió afligido, e iba a decirle algo cuando la entrada de su hermano menor con el bebé volvió a hundirlo en un pozo negro. Ver la sonrisa de Jamie le diseccionó el corazón centímetro a centímetro.

—Dawn, ¿qué te entretiene que tienes desatendido a mi...? —Jamie cerró su boca cuando vio el motivo de la tardanza de ella, y maldijo su falta de tacto. ¿Por qué nadie en la casa le había advertido de la presencia de Justin en el salón de Redtower? Lo sintió ponerse rígido, y vio de qué forma crispaba los puños a sus caderas, en ese momento sintió verdadera lástima por su hermano mayor.

Justin sintió que caía al vacío sin que pudiera agarrarse a nada, y, en esa caída vertical, perdió cada una de sus emociones fuertemente arraigadas desde su niñez. Le costaba respirar, las arcadas de su estómago amenazaban con avergonzarlo soltando el almuerzo que había ingerido. Miró a su hermano, y deseó... recuperó el aplomo a duras penas, y consiguió levantarse aturdido.

—¿Permites que te felicite, hermano? —Aurora se mordió el labio inferior ante la situación inesperada—. Me gustaría mucho conocer a... ¡por favor! —Justin raramente suplicaba, y el tono vencido de su voz logró que Jamie se decidiera.

Con paso ligero se acercó a él, y le pasó el bulto que se movía enérgicamente pidiendo una atención que los adultos le negaban. Justin miró al pequeño que lo observaba con curiosidad desde sus ojos color violeta. Justin ahogó un gemido porque había conservado una pequeña esperanza, y, ante la evidencia aplastante, se desmoronó. Desde su tormento interior, logró dedicarle una tierna sonrisa al bebé.

—Es un niño muy hermoso, y tiene tus ojos.

Aurora carraspeó incómoda, pero Justin estaba absorto mirando al pequeño que le sonreía dedicándole un gorgojeo infantil.

Justin le devolvió el niño a su madre, y Aurora pudo comprobar el

inmenso dolor que lo atenazaba. Justin estaba reducido a nada. Con un suspiro de resignación, dejó la biblioteca y se marchó con el bebé. Jamie no sabía de qué forma actuar. Siguió mirando a su hermano mayor en silencio. Justin le dio la espalda en un intento de serenar sus pensamientos que los sentía desbocados, por fin se dio la vuelta y lo miró largamente.

—¿Vives aquí? —Jamie negó con la cabeza.

—Vivo en Crimson Hill con padre.

Justin suspiró de forma cansada. Tras semanas de pelea, el duque de Arun había abandonado la mansión de Londres y regresado al campo.

—¿Padre, lo sabe? —Jamie asintió de forma casi imperceptible—. Ahora entiendo su largo silencio, y su alejamiento.

—Estos resultados son exclusivamente obra tuya.

Justin cerró los ojos ante la aplastante verdad, y tensó ligeramente los hombros.

—¿Y qué me dices de tu intervención en el asunto?

Jamie hizo una mueca por la broma del destino.

—Intervención involuntaria puedo decir. Tú eres el único culpable de esta situación.

—He cometido muchos errores, pero nunca imaginé el inmenso odio que me tenía Eulalia.

Jamie decidió salvar un poco el orgullo herido de su hermano.

—Dawn no le ha perdonado hasta hoy su maléfica intervención. La embarcó a España de inmediato, aunque antes tuvo que explicarle a padre, y a todos, cada una de sus manipulaciones —Justin no se sintió mejor por eso.

—Me cegaron los celos, y mi temperamento irascible me ha separado de la mujer que amo —Jamie se compadeció de él.

—Vive con tus demonios pues ha sido tu elección.

Justin asintió con la cabeza.

—¿Puedo pedirte un favor? —suplicó con voz entrecortada. Jamie lo miró interrogante—. No conviertas a tu cuñada en la mía. Te lo suplico desde lo más profundo de mi corazón. Vive con ella, hazla feliz, pero no la conviertas en mi cuñada.

Jamie se quedó pasmado, paralizado por sus palabras. ¿Su hermano creía...? ¿Pensaba...? No podía hablar, y cuando lo intentó, no pudo. Justin miró a su hermano menor con un profundo dolor en sus pupilas. Hizo una inclinación de cabeza, y se marchó. Arrastraba el alma como si la salida de Redtower fuese la entrada en el mismísimo infierno.

—Tienes mi palabra que no sé distinguirlos —Aurora sonrió a su tío con humor.

—Este guapo moreno de ojos violeta es Devlin Alexander, y este guapo moreno de ojos azules es Michael Hayden.

—Me estás tomando el pelo —Rodrigo acarició con ternura la cabeza de sus sobrinos—. Alejandro y Miguel.

—Alex tiene una marca de nacimiento en el muslo derecho, y el color de sus ojos es un poco más claro que el de su tío Jamie.

Rodrigo entornó los ojos con escrutinio intentando ver la marca que le había dicho su sobrina.

—Juro que estos niños van a causarme un tremendo dolor de cabeza —Aurora le dio un codazo tierno—. Estoy muy dolido contigo porque todos mis sobrinos tienen más brío que yo. Será muy difícil poder llamarlos al orden.

Aurora rio con voz cantarina.

—Usarás tus dotes de militar, no tengo la menor duda, y te obedecerán sin rechistar.

—Lo dudo sinceramente. Yo, que he comandado a miles de soldados, no he podido conseguir que una terca española obedezca una sola orden mía.

Aurora suspiró.

—He sido siempre un dechado de virtudes.

Rodrigo siguió mirándola sin perderse detalle de la labor que ella estaba realizando. Había bañado y alimentado a los niños mientras él intentaba sonsacarle toda la información sobre la visita de Justin. Su sobrina no soltaba prenda, pero él seguiría paciente apretando los tornillos hasta pasarlos de rosca si fuese necesario. Aurora lo miró con calidez.

—Sabes que solo hablaré cuando esté preparada para ello, ni un segundo antes.

Ahora fue Rodrigo quién suspiró por su perspicacia. Su sobrina había pasado momentos muy duros, y él estaba sorprendido de su naturaleza optimista.

—Debiste decírselo —Aurora se puso seria—. Fue una crueldad por tu parte hacerle creer que eran hijos de Jamie.

—Estaba tan lleno de veneno que llegó a esa conclusión solo, no necesitó de mi asistencia —le informó ella—. Ignora que he tenido gemelos, y así deseo que siga.

—Me sorprendes —le dijo Rodrigo—. Te muestras vengativa, y me cuesta reconocerte.

Las palabras de su tío la azotaron porque estaban preñadas de razón.

—Las cosas están mejor así —Aurora lanzó un suspiro, complacida. Ambos bebés estaban medio dormidos—. No puedo tolerar sus celos, su posesividad. Nunca podría volver con Justin, y, si él supiera que es el padre de Alex y Michael, volveríamos al mismo punto de partida, y no puedo permitirlo, otra vez no, y es mi decisión —Rodrigo no estaba de acuerdo—. ¿Está lista mi casa? —preguntó tratando de cambiar de conversación.

Rodrigo asintió con la cabeza.

—Tu *Carmen* te está esperando en Granada. Tienes un palacio a los mismos pies de la Alhambra —Aurora suspiró nostálgica—. ¿Cuándo te marchas? —le preguntó él.

—El próximo miércoles —Aurora no pudo ocultar el regocijo que sentía por volver de nuevo.

—No deberías llevarte al duque —Aurora iba a protestar, pero Rodrigo la silenció con la mirada—. Sabes que tengo razón, mochuelina, tu suegro está resentido con Justin, pero no está bien que le robes a su padre.

¿La acusaba de robar un padre?

—Mi suegro desea estar con sus nietos, y eso solo lo puede conseguir viniendo a Granada conmigo. El mismo Justin se ha alejado de su familia, yo no puedo hacer nada al respecto —le informó—. Además, mi suegro tiene razones que no desea explicarme, y ya me cansado de tratar de convencerlo —Aurora tomó aire—. Estoy convencida que pronto regresará.

Rodrigo hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Debes decírselo, Aurora. Ata tus asuntos bien antes de irte, o puede que te arrepientas después y compruebes que ya es demasiado tarde. Dile a Justin que es padre de estos dos preciosos bebés —Aurora lo miró un segundo, y bajó la cabeza al siguiente.

—Sabes que no puedo hacer eso.

—Pero lo amas —Aurora no pudo negarlo.

—Qué ironía ¿verdad? Lo amo con toda mi alma, y ya no sirve de nada —de nuevo guardó silencio—. Desearía tanto que cambiara —confesó triste—, que no me ahogara con sus constantes celos. Hizo de mi vida un infierno, y no puedo volver a lo mismo.

—Puedo comprender tu ansiedad de volver a nuestro reino porque a mí me sucede lo mismo, pero deberías decírselo, no deberías huir como una cobarde.

Justin debe saber que es padre de cuatro niños.

Aurora miró a su tío, y volvió a negó con la cabeza.

—Nunca imaginé que amaría a otro hombre que no fuese Diego. Me costó lo indecible aceptarlo, pero no he sido feliz a su lado. Sus celos lo devoran y yo no puedo vivir con esa locura.

—Podría cambiar...

Aurora miró a su tío con ojos abrasadores.

—En todos estos meses no ha hecho ni un intento de acercarse, ni cuando le explicaste la implicación de Eulalia en esta desgracia. No puedo vivir con un hombre como Justin.

Rodrigo optó por no contrariarla. Su sobrina había decidido.

—Siempre respetaré tu decisión sea cual sea, pero te equivocas.

Aurora abrazó con cariño la cintura de su tío. A pesar de sus duras palabras, sabía que tenía parte de razón.

—Y yo siempre aceptaré tu consejo, aunque no lo siga.

## CAPÍTULO 38

Justin estaba consumido por la añoranza y los recuerdos.

Se había volcado en el ducado, intentando caer agotado para que sus demonios interiores lo dejaran respirar tranquilo. Hacía demasiados meses que bebía su soledad, y el absoluto silencio que reinaba en la casa lo dejaba entumecido. Tenía lo que se merecía, pero no encontraba el consuelo necesario para aceptar su derrota. Su carácter se había hecho jirones hacía demasiado tiempo. ¿Cuántos meses habían pasado desde la partida de Aurora? Dos años y cuatro meses, dos semanas y tres días, ocho horas y diez minutos. Tan solo el silencio era su asiduo compañero. Había rehusado las invitaciones a todos los eventos.

La extrañaba tanto. La necesitaba tanto.

Desconocía el paradero de Jamie. Sabía que se había embarcado junto con el padre de ambos rumbo al reino de España, y él había tenido que ahogar sus impulsos para no ir tras ellos y suplicarles que le diesen de nuevo una oportunidad. Deseaba tanto abrazar a sus hijos, que la distancia que los separaba se tornaba más insoportable cada día. Tenía que comenzar de nuevo, pero le resultaba tanto imposible como insoportable.

Una vez que supo la trampa de Eulalia, fue demasiado tarde para rectificar, y ahora no podía hacer nada. Siempre se había mostrado obtuso, y cuando ya no había remedio a su castigo, comprendía con verdadero horror la brutalidad de su intransigencia. Había tenido el paraíso en las manos, y había dejado que se deshiciese como arena de la playa entre los dedos abiertos.

Su padre le escribía de tanto en tanto, pero qué poco consuelo le ofrecían sus breves líneas ausentes de información importante. ¿Cómo estaba Aurora? ¿Sus hijos lo recordaban? ¿Lo perdonaría alguna vez? Justin se masajeó las sienes intentado calmar el dolor que lo laceraba sin piedad. Miró de nuevo la estancia vacía de risas, de luz, y supo que tenía que hacer algo al respecto si no quería volverse loco. Pero, ¿qué podía hacer? Aunque obtuviese el perdón de ella, no podía obtener el perdón de sí mismo, y esa circunstancia lo torturaba por completo.

Volvió a masajearse las sienes.

No oyó la voz de Adam anunciando a su prima, que lo miraba con auténtica sorpresa en el rostro, y Justin pensó que debía verse peor de lo que se sentía.

—¡Justin!

—¡Casey, me alegro mucho de verte!

La mujer contempló a su primo con verdadero horror en la mirada, y supo que las noticias que traía posiblemente lo aliviase de su cetrino futuro.

—Acabo de llegar de Córdoba, y traigo un encargo para ti.

—¿Qué haces en Inglaterra? —le preguntó—. ¿Cómo te ha permitido Diego que viajes sola?

—Diego me ha acompañado, se ha quedado en Redtower con Rodrigo mientras hablo contigo. Tenía que traerle unos informes urgentes al conde Ayllón, asuntos de la corona, y me ha permitido que lo acompañara.

Justin encajó la cabeza en los hombros, pero fue incapaz de levantarse y coger el sobre que le tendía su prima. Ella se acercó al escritorio, y se sentó. Le alcanzó el sobre, cruzó una pierna sobre la otra, y esperó.

—Se está gestando una nueva guerra en el reino de España —le informó ella—. Y deberías traerte a tus hijos a Inglaterra.

Justin la miró asombrado.

—¿Qué dices? ¡Casey, por Dios!

Justin agarró el sobre y leyó el encabezamiento escrito con letra infantil, y una ola de calor lo recorrió desde las entrañas hasta el corazón. No abrió la carta, deseaba alargar el momento todo lo que pudiese.

*Lord Justin Clayton Penword (padre)*

Justin le dio la vuelta al sobre, y leyó el nombre del remitente.

*Rodrigo de Penword y Beresford*

Justin sonrió. Su hijo mayor había escrito su nombre inglés a la forma española. Rasgó el sobre y leyó con avidez. Se bebió las palabras sediento. A pesar de la letra infantil, su primogénito escribía con una corrección absoluta.

*Querido father, el abuelo está enfermo, y hace días que no se levanta de la cama. Mamá está muy preocupada, pero dice que solo es un resfrío pasajero. El tío Jamie discutió con el abuelo, y desde aquél día no se hablan. Mamá lo regañó severamente, y ahora él está ofendido con mamá. Le prometí al tío Rodrigo que le mantendría informado de la locura de nuestra casa y sus habitantes cuando supiese escribir correctamente, como ya sé, he comenzado mi labor y promesa. Todos estamos bien. Este invierno ha sido templado, o eso dice el abuelo. Le mando recuerdos de todos. Lady Vilchez le llevará esta carta cuando visite Inglaterra, y espero que se la entregue sin falta.*

*Su hijo, Rodrigo de Penword y Beresford.*

Justin la leyó hasta un total de cinco veces antes de volver a alzar la

mirada y clavarla en ella.

—Es el mejor regalo que podías hacerme, gracias.

Casey negó con la cabeza.

—El mérito es de Aurora, y de tu padre Devlin —Justin asintió—. Trata a esos niños con un amor increíble.

Justin masculló porque en su infancia el duque lo había tratado de forma muy severa.

—Estoy sediento de noticias, y tú eres la única que puede calmar mi sed.

Ella sonrió por la prosa de su primo. Nunca habría sospechado que poseía una vena poética.

—Córdoba no está muy lejos de Granada, y a menudo visito la casa de Aurora. Ella también viene de visita a Bidasoa.

—¿Eres feliz, Casey? —ella asintió—. Cuéntame, por favor.

—Mi río es testarudo como nadie —comenzó—. Se empeñó en subir con los niños a lo alto de una montaña que los españoles llaman sierra, y ya sabes que su salud no es lo bastante fuerte desde el infarto en Italia —la mujer calló un momento—. Pero no debes preocuparte, lo trató un amigo de la familia, y el duque ya está como nuevo —Justin seguía en un profundo silencio esperando—. ¡Mary es una verdadera belleza! —Justin alzó las cejas ante el nombre de su hija—, y mantiene a raya a los gemelos con el aplomo digno de un general, rasgo que ha heredado sin lugar a dudas del tío abuelo Rodrigo.

—¿Gemelos? —preguntó con ojos entrecerrados.

Casey lamentó el desliz porque había hecho una promesa de silencio a Aurora antes de emprender el viaje. Podía contar lo justo.

—¿No sabías que Aurora había tenido gemelos? —Justin negó con la cabeza desolado—. Pues son un torbellino, te lo aseguro. Aurora en ocasiones cree que se volverá loca, pero no he visto nunca una madre tan dedicada y amorosa como ella. Se subió a un cerezo para bajar a Pulgas.

—¿Pulgas?

—El perro más feo que te puedas imaginar, es la mascota de Michael.

—¿Michael?

—Uno de los gemelos.

Justin se mareaba ante la imagen que describía su prima. Se llenó de envidia al comprender todo lo que se perdía por su testarudez, por su orgullo, y por celos corrosivos por la única mujer que había amado en su vida.

—Jamie debe sentirse orgulloso.

Casey le respondió con dureza.

—Tú deberías estar ocupándote de tus hijos, no tu hermano Jamie —Justin se encogió de dolor ante semejante verdad, ella siguió contándole—. Tendrías que haber visto al duque ir de un lugar a otro intentando coger al chucho que nadie sabe cómo terminó encima del cerezo. Los gemelos culparon a Mary, Mary culpó a Roderick, y Aurora castigó a los cuatro sin empanadillas rellenas durante una semana, semana que rebajó a dos días y luego a una tarde.

Casey observaba atentamente los diferentes cambios de emociones que cruzaban el rostro de su primo. Calló un momento, y después tiró a matar. Ella le había prometido a Aurora que informaría a Justin de que todos estaban bien, pero no cumplió su palabra. Su primo se merecía conocer la verdad.

—¡Vete a por ellos, Justin! ¡Trae a tu familia contigo!

—Ella, no lo permitirá —dijo derrotado.

Casey estaba realmente preocupada. Diego estaba haciendo arreglos para regresar a Escocia con los niños porque temía la nueva contienda que se estaba gestando en el reino. Los carlistas no aceptaban a una mujer como reina. Querían al hermano del rey Fernando.

—Desde que te conozco, siempre has tomado lo que has querido sin medir las consecuencias. Nunca has ofrecido nada a cambio: ofrécele pasar la mitad del año en su reino, y la otra mitad en el tuyo.

—Juro que iría a nado hasta allí si eso fuese posible.

—Ella... te ama.

Casey había revelado demasiado. Justin negó convencido.

—No se puede amar al diablo, y el diablo se ha reencarnado en mí.

—Pero ella es un ángel del cielo, y un ángel es capaz de amar a un demonio —Justin sintió que la esperanza comenzaba a germinar dentro de él, y pensó que tal vez sí podría intentarlo.

Violet Cassandra comprobó que Justin comenzaba a recapacitar, y esperó que sus palabras hubiesen dado en el blanco.

Justin lanzó un suspiro de pesar, y Casey se levantó de la silla para irse. Casi había alcanzado la puerta cuando de repente le soltó.

—Tus hijos van a estar en medio de una guerra, y si no vas por ellos, es porque no los mereces. Porque no los amas lo suficiente como para arriesgarte —Justin gimió por la injusticia de sus palabras—. ¿Qué te detiene? Mírate, aquí solo y rumiando tu mala suerte —Justin la miró con duda—. ¡Diego me perdonó! ¿Qué te hace creer que ella no lo hará?

—He sido demasiado visceral y cabrón —admitió en voz baja.

—Vete a por ellos, o vete con ellos, pero hazlo de una vez.

Justin se sintió azorado porque su prima tenía razón. Había pasado demasiado tiempo sin ver a sus hijos, y esperaba tener la excusa perfecta para poder hablar con ella. Justin sentía que podía comenzar de nuevo a sentirse como un hombre completo. Dejó a su prima boquiabierto cuando de un salto se lanzó a la puerta que daba al vestíbulo.

—¿Dónde vas? —le preguntó ella.

—A buscar a mi familia prima. Reza para que no me ahogue en el intento.

Casey soltó una carcajada y se alegró de verás. Ya era hora de que Justin retomase las riendas de su vida, y esa vida incluía a su mujer y a sus hijos.

—¡Justin! —consiguió pararlo en el umbral de la puerta. Él, se giró curioso. Lo miró un largo instante y alzó sus hombros en muda interrogación—. Debes hacer una promesa antes de emprender el viaje.

—Lo prometo —ella sonrió por su impaciencia.

—Antes debes saber qué prometes —Justin se impacientaba por momentos.

—Bien, ¿qué he prometido?

—Que nunca vas a volver a perder el control sobre tus sentimientos, y que tratarás a Aurora como una esposa se merece: con respeto, consideración, y tolerancia —Justin la miró sin comprender—. Primo, te esperan muchas sorpresas.

Justin no entendió las enigmáticas palabras.

La travesía en esa época del año había resultado buena. La primavera siempre conseguía ponerlo de buen humor, y en Andalucía la primavera era espectacular. Lo había deslumbrado la inmensa luz que despedían las viviendas, y aunque la ciudad de Cádiz no le había gustado particularmente, sí que estaba encantado con la ciudad sureña de Granada. Era de una belleza excepcional, y él estaba deseando explorarla. Justin buscaba el Carmen la Esperanza. La casa, si es que se la podía llamar casa, estaba situada en el Campo de los Mártires, junto a los bosques de la Alhambra. No le había resultado difícil ubicarse gracias a las señas que le había facilitado su prima, y al tosco dibujo que le había hecho del emplazamiento.

Justin accedió a la zona desde la Plaza, subiendo por una cuesta hasta llegar a la Puerta de las Granadas, y decidió hacer el recorrido a pie para disfrutar del entorno. Tomó el acceso por el paseo lateral derecho de los bosques de la Alhambra, y al final del paseo se encontró con la magnífica

casa. El Carmen estaba rodeado de bellos jardines de diferentes estilos, incluso vio uno con lago, isla, torreón y escondidas fuentes. Divisó otro jardín con cultivos de plantas aromáticas y medicinales. Vio una gran fuente rodeada de palmeras: Justin nunca había visto palmeras, también divisó una acequia y una gruta. Los hermosos jardines lo sorprendieron gratamente por su variada belleza, la gran frondosidad de sus parterres, y las hermosas fuentes llenas de musgo. No perdió detalle de la excelente ubicación del palacete. Las vistas sobre la ciudad, la vega, y Sierra Nevada eran excepcionales. Llegó a la casa extasiado, y tras golpear la aldaba de hierro negro con forma de león, esperó. Le extrañó que nadie acudiese a su llamada, y se sorprendió al encontrar la puerta abierta, dudó durante un instante, si bien la curiosidad le pudo. Abriendo el enorme portón, cruzó el umbral que lo separaba de la tranquila calle arbolada y fresca. Justin abrió la boca sorprendido cuando divisó el magnífico patio con columnas góticas y mudéjares que se asomaban a un jardín con arrayanes, fuentes, y árboles frutales. Cruzó el inmenso patio sin perder detalle de la construcción, y fue incapaz de calcular su antigüedad porque había sido remodelado recientemente. La gran variedad de geranios le arrancó una sonrisa. Andalucía estaba repleto de ellos: blancos, rojos, incluso los colgaban de la pared en bonitos maceteros de terracota pintados con alegres dibujos de colores.

Todo lo que lo rodeaba era un éxtasis para los sentidos.

El hermoso patio tenía diversos niveles y se accedía a ellos por cuatro escalones cada vez. Justo al llegar al segundo nivel, escuchó risas de niños, y paró sus pasos en seco. Era un sonido celestial, y Justin sintió una agonía en el pecho. El corazón dejó de latir cuando observó el cuadro que se extendía ante sus ojos: cuatro niños de diferentes edades jugaban a la gallina ciega con su padre. El duque tenía los ojos vendados con un pañuelo azul celeste, y tenía en sus brazos el chucho más feo que había visto en su vida.

Canela ladraba sin cesar, metía sus patas delanteras en una fuente rectangular llena de peces de colores, y dando lametones en el agua, intentaba atrapar alguno con su boca. Nuez notó su presencia, y comenzó una danza canina imposible de detener. En una veloz carrera llegó hasta sus pantalones, y, sin que al chucho le importase su pulcro atuendo, se plantó sobre sus patas traseras y consiguió mojarle los pantalones en sus manifestaciones de cariño. El perro lo había reconocido y se lo demostraba. Canela hizo otro tanto de lo mismo.

Los niños se pararon al instante, y se volvieron a observar al extraño que

los miraba intensamente. El duque se arrancó la venda de los ojos ante el repentino silencio de los pequeños. Devlin ahogó una exclamación al ver a su hijo mayor junto a un jazminero de flores olorosas. No supo calibrar la expresión del rostro de él, y, tras titubear un instante, soltó al perro y extendió los brazos en cálida acogida. Los niños, viendo al abuelo darle la bienvenida al extraño, comprendieron de inmediato que no tenían nada que temer y se lanzaron a examinarlo de la misma forma que examinarían un pez con las tripas fuera: entre la curiosidad y la aprensión.

—¡Justin!, cuánto me alegro de verte —el duque golpeaba la espalda de su hijo en un afecto desconocido hasta entonces para él. Su niñez había estado ausente de cualquier muestra de afecto en público, y tanta afectuosidad lo desconcertó y alegró al mismo tiempo.

—Siento interrumpir vuestra diversión, padre —estaba nervioso, y no se molestó en disimularlo.

—Déjame presentarte a mis nietos. Están ansiosos por saludarte.

Justin lo dudaba seriamente, pero se dejó arrastrar por su padre, aunque el temor lo paralizaba por dentro. El duque no había dicho tus hijos, sino mis nietos, y esa simple afirmación consiguió helarle el corazón por lo incierto. Los niños formaron una fila de mayor a menor como soldados en el ejército, y ese detalle logró arrancarle una gran sonrisa. Parecía que estaban bien entrenados, intuyó que el tío abuelo Rodrigo tenía mucho que ver en ello.

—Este es mi nieto mayor, Roderick Clayton de Penword y Beresford. Es costumbre española ponerles a los hijos el apellido de ambos padres, como ya sabes.

El muchacho le hizo una reverencia solemne, pero no le sonrió. Lo miró con sus grandes ojos dorados tan parecidos a los de Aurora.

—Esta hermosura es su hermana melliza.

La niña era una aparición. Justin contempló lleno de ternura sus hermosos rizos que se habían soltado del pañuelo mientras jugaba, y supo que tendría con su melena el mismo problema que su madre. La adoró al instante porque le recordaba a ella. Contempló fascinado la plata líquida de sus ojos, un tono muy parecido al suyo. Era muy alta para su edad. De miembros largos, y una arrogancia que ya se apreciaba en su postura erguida, y que le iba a traer demasiados problemas.

—Aquí está Devlin Alexander, mi nuera me honró poniéndole mi nombre, y ese otro diablillo es su gemelo Michael Hayden.

Justin miró a los pequeños que no debían tener los tres años todavía. Uno

de ellos se chupaba el pulgar con insolencia, y Justin no supo distinguirlos, el duque debió adivinarlo porque le confesó.

—Yo todavía no consigo saber quién es quién.

El mayor adelantó un paso, y le tendió la mano con una bienvenida, pero mantuvo silencio.

—Hola papá, tenía muchas ganas de verlo.

Justin llevó los ojos de inmediato a la niña que le había hablado con tanta familiaridad, y sus palabras le supieron a gloria.

—¿Me recuerdas? —preguntó con un hilo de voz.

La niña hizo una inclinación con la cabeza, y rompiendo la fila, se acercó, le agarró la mano que él tenía cerrada en un puño. Justin estaba tan tieso, que pensó que se quebraría en mil pedazos de un momento a otro, a duras penas consiguió abrir el puño y encerrar en él la tierna y suave mano de su hija.

—¡Hola!

—¡Hola!

Los dos pequeños le soltaron la bienvenida con tal gracia y desparpajo, que Justin se sobresaltó. Los contempló con un descorazonamiento febril y las entrañas se le hicieron nudos debido a la duda. Ambos niños eran de pelo oscuro y profundos ojos, uno con el iris azul, el otro con el iris violeta. Los escudriñó con más detenimiento.

Miró al duque con una interrogación en los ojos. El duque hizo un encogimiento de hombros, y se dio la vuelta mirando una mariposa con una curiosidad inusitada y conveniente.

—¡Bienvenido, padre!

Justin volvió sus ojos a su hijo mayor, y, con un nudo todavía en la garganta, lo acercó a sí y lo abrazó fuertemente.

—¿Dónde está vuestra madre? —casi temía hacer la pregunta.

—Hoy es jueves, es el día que la marquesa dedica a los orfanatos, y llegará tarde.

Justin no pudo reprimir la sonrisa ante la formalidad que usaba su hijo primogénito al hablar.

—Veo que tu abuelo se está encargando de educar tu flema aristocrática —Roderick no lo comprendió, pero sonrió de forma educada—. He traído un montón de regalos para vosotros.

Los gritos de los niños lo dejaron sordo por un momento, y se contagió de su entusiasmo.

Justin miraba a su padre sopesando las diferentes emociones que surcaban

su rostro. Había pasado de la incredulidad al estupor, de la ternura al enfado, y seguía esquivando su mirada de forma directa. Observó a los niños divertirse con parte de los regalos que les había traído, los más livianos, porque el resto estaban junto a su equipaje, todavía en el interior del carruaje que esperaba su orden. Admiró la bella estancia de gran colorido mientras bebía un sorbo de algo que llamaban vino de limonada, estaba hecho con vino y fruta. Le resultó muy refrescante. Tenía un sabor agradable y dulce. Justin apuró su copa de un trago y repitió. La sala estaba adornada en su mitad inferior por mosaicos pintados en bellos colores, contribuía a dar una apariencia fresca y ligera al entorno. Miró los altos techos decorados con molduras de madera pintada, todo lo que veía le entusiasmaba.

Bajó los ojos de nuevo a su padre, y cuando los niños abandonaron la sala, le espetó ya sin poder soportar el silencio.

—¿Por qué padre? —el duque cabeceó nervioso, aunque no le respondió—. Puedo entender el abandono de mi esposa, pero no así el de mi progenitor.

Devlin siguió silencioso bebiendo de su copa, y durante unos instantes se mantuvo callado.

—Jamie me contó de qué forma te aprovechaste de la inocencia de Aurora —el duque calló un momento antes de continuar—. Cuando te aconsejé que la sedujeras... nunca imaginé —calló un momento azorado—. Y lo más sorprendente de todo es que ella te defendió. Arrastró su honor por el suelo para no deshonorar a los Penword. Si la hubieses visto delante de su padre y de sus hermanos defendiéndote aquel día. Creo que la adoré en aquél mismo instante — Justin miró a su padre con cierta vergüenza—. Arrastraste a dos niños por media Europa lejos de su madre por celos, y me arrastraste a mí contigo porque sabías que la quería y la hubiese defendido a capa y espada — el duque calló un momento al ver la confusión de Justin—. Es una expresión española —le aclaró—. Cuando Eulalia me explicó sus argucias, y los motivos que la llevaron a pergeñarlas, sentí tanto enfado por ella como por ti, y tuve que poner distancia de por medio. Nunca he disculpado la forma de venganza que usó Eulalia, pero desde el principio mostraste falta de juicio. Te mostrabas iracundo, déspota, y una cosa llevó a la otra —Justin miró a su padre con verdadero dolor, pero el duque siguió firme y contundente—. Te portaste como un despreciable canalla, y yo no soportaba perder a mis nietos por tu inseguridad. Pensé que cuando recapacitaras verías la inocencia de Aurora en todo este embrollo, y que darías los pasos pertinentes para solucionar vuestras desavenencias. Pero no fue así, ¿verdad? —Devlin calló

para coger resuello—, creí estúpidamente que vendrías a buscar a tus hijos de inmediato, pero no. Has dejado que pase demasiado tiempo.

La entrada de Eulalia detuvo las críticas del duque, miró a Justin con verdadero encono.

—¿Le gusta vivir en Andalucía, padre?

Devlin alzó sus cejas plateadas ante la pregunta inesperada de Justin. Meditó un momento antes de contestar.

—Es una tierra increíble. Sus gentes son amables y cariñosas por naturaleza. A pesar de mis prejuicios, aquí se me ha tratado con respeto, y soy muy feliz. Adoro a esos cuatro chiquillos que se han convertido en parte de mi vida, y no estoy dispuesto a renunciar a ellos.

A los ojos de Justin asomó algo parecido al abatimiento, pero se repuso enseguida, Devlin continuó.

—En Inglaterra sentía que ya no era necesario. Cuando dejé la responsabilidad del ducado en tus manos, no imaginaba lo duro que resultaría sentirse un estorbo, sin nada que hacer salvo molestar.

Justin miró a su padre azorado.

—Nunca imaginé que lo vería hacer de niñera —Devlin silbó de forma grosera, y Justin entrecerró los ojos porque le recordó la forma de silbar de Eulalia—. Discúlpeme, no pretendía ofenderlo, sin embargo, resulta sorprendente verlo abrazar a los niños cuando Jamie y yo hemos añorado tanto una palabra afectuosa o un gesto suyo de reconocimiento sin obtenerlo.

—Hasta que no vives en el reino de España no te das cuenta de lo vacía de emociones que está nuestra vida. Aquí todo es tan alegre, bullicioso. Lorenzo te calienta la sangre en las venas, y ya nada vuelve a ser como antes.

—¿Lorenzo? —preguntó Justin perplejo.

—Así llaman al sol aquí, y, una vez que te acostumbras... los días aquí son soleados, templados en invierno, y la comida es magnífica.

Justin terminó por reír ante la exclamación de placer de su padre.

—¿Fijará su residencia aquí de forma definitiva?

Devlin meneó los hombros con indiferencia.

—He comprado un cortijo al norte de la provincia de Huelva con una gran dehesa. Voy a criar cerdos —Justin abrió la boca incrédulo—. Mi sobrino político Diego, dice que hay que tener visión de futuro, y cuando pruebes el jamón, terminarás por darme la razón. Al principio me sentía un poco escéptico, pero lo cierto es que me divierte mucho. Diego hace prácticamente todo el trabajo. Yo me limito a pasear con mi caballo por la hermosa hacienda,

y disfrutar cada día en este suelo tan cálido.

Justin miró de forma intensa a su padre, y creyó que un rayo lo había alcanzado y le había dividido el cerebro en dos. Por más que lo intentaba, no podía imaginar al estirado duque montando a caballo y guiando una piara de cerdos. Si diesen un premio al desconcierto, Justin sería el ganador, sin duda.

—Cuando conozcas a pimienta comprenderás.

¿Había orgullo en la voz de Devlin? «Inaudito», pensó Justin. No recordaba el tiempo que hacía que su padre no se sentía orgulloso por algo.

—¿Pimienta? —Justin ladeó la cabeza.

—Es mi hermoso purasangre. Mi nieta le puso ese nombre porque solía estornudar a menudo con el polen de la primavera, bueno, el de tu heredero se llama Cayena, así que no me mires con esa cara de circunstancia.

Justin no sabía hasta qué punto su padre estaba cambiado. Pero todo lo que veía en él le gustaba mucho. Miró el tono de su piel bronceado. Su cabello había adquirido un tono más pálido que el que tenía en Inglaterra dándole un aspecto más distinguido, pero el brillo de sus ojos azules era lo que demostraba el gran cambio operado en él: eran ojos de felicidad, y sintió un ramalazo de envidia.

—Pero no podrás apreciar nada de lo que te he dicho si antes no te desprendes de tu capa de superioridad inglesa, y dejas todos los prejuicios que te he inculcado desde la cuna.

Justin cuadró sus hombros e irguió el mentón, y Eulalia sonrió por ello, su pequeña María hacía exactamente lo mismo cuando se la amonestaba. Era como las agujas de acero, podías romperlas, pero no doblarlas, y Justin estaba recibiendo la mayor lección de su vida. Eulalia decidió intervenir, y darle un pequeño respiro al heredero.

—Los niños están bañándose antes de que llegue su madre. Desean darle una sorpresa, y mostrarse limpios por una vez.

Devlin hizo una mueca divertida. Eulalia le respondía siempre antes de que él preguntara, y parecía que siempre sabía lo que tenía que decir.

—Veo, Eulalia, que la vida es generosa contigo.

Eulalia aceptó el amago de cumplido sin alterarse.

—Y su señoría sigue tan cínico como siempre —el duque no se sorprendió por el gran antagonismo que había entre su hijo y el aya de su nuera.

—Todos los pecados han sido purgados, Eulalia.

La mujer lo miró tan intensamente, que Justin se estremeció, pero soportó su escrutinio con verdadera valentía.

—Eso solo lo puede afirmar mi niña, nadie más.

Justin dejó la copa en la mesita auxiliar, temiendo romperla si no la soltaba.

—¿Jamie está bien, padre? —el duque alzó las cejas con interrogación, pero no le respondió, Justin comenzaba a enfadarse por los silencios tan prolongados a los que se veía sometido cuando preguntaba algo.

—Todo quedará explicado a su debido tiempo. Nada alimenta más al diablo que la impaciencia —dijo Eulalia con una sonrisa enigmática en los labios.

Justin se moriría antes de darle la razón a la gitana.

—Creo que esperaré a Dawn en el patio, me gustaría darle una sorpresa.

Ni el duque ni Eulalia protestaron. Ambos miraron a Justin salir por la puerta con paso decidido.

Aurora estaba agotada. Justo al abrir el portón se descalzó, pensaba en meter los pies en agua fresca, y relajarse tomando un vaso de limonada. Las calles empinadas del Albaicín agotarían incluso al atleta más emprendedor, pero ella tenía la moral baja desde hacía días: perder a otro niño había resultado un duro golpe. Esos seres indefensos no se merecían venir a un mundo donde se les maltrataba ... Aurora suspiró, si ella pudiese cambiar algunas cosas, empezaría por esa. Arrastró el ruedo de su vestido al andar, y cuando divisó la fuente circular en el centro del patio, le pudo la vena traviesa. Soltó los zapatos, se alzó el vestido hasta las rodillas, y se metió en la fuente. Afortunadamente los niños estaban dentro de la casa y no podían verla, ¡con la de veces que ella les había regañado por hacer lo mismo! Soltó un suspiro de placer, se sentó en el borde redondeado de la piedra pulida, y meció los pies dentro del agua con un suave balanceo. Levantó la vista hacia el cielo. Escuchó el silencio, y saboreó el momento de intimidad. Con cuatro niños a su cargo, la intimidad resultaba esquiva. Su mente voló un momento a otra intimidad, a otro silencio, y de repente, la imagen de Justin acudió a su evocación como por arte de magia. No extrañaba Inglaterra en absoluto pues ella necesitaba el sol para sobrevivir, y ver a sus hijos tan felices mitigaba los remordimientos que la asolaban en ocasiones. Resultaba tan duro mantenerlos lejos de su padre, que en dos ocasiones había estado a punto de embarcar de nuevo hacia Inglaterra para buscarlo, pero tanto el duque como Eulalia se habían posicionado en su contra, y para que mantuviera los pies firmes en tierra si pretendía ganarlo para siempre. Lo extrañaba tanto, intentaba no

pensar que seguía lejos de ella por propia voluntad, y ese sentimiento de abatimiento no la abandonaba ni de día ni de noche. Devlin le había asegurado que Justin recapacitaría y que entraría en razones, pero el tiempo pasaba y él seguía lejos, bañándose en su desconfianza hacia ella, y ya no quería esperar más. Había conseguido un pasaje en el buque Santa Teresa que partía hacia Inglaterra el próximo jueves, iría a buscarlo, y trataría de hacerle comprender que necesitaba que estuviese a su lado en lo bueno y en lo malo, ya no resistía más, le había dado el tiempo suficiente para que comprendiera que ella solo pretendía que aceptase que no podría renunciar a su vida en el reino de España como pretendía él, y que necesitaba que confiase en su persona de una vez por todas. Afortunadamente, su suegro era de una ayuda valiosa, sentirse querida por él la llenaba de paz, y por él había seguido esperando. Miró sus pies mojados y una sonrisa apareció en sus labios sin poder controlarla. En Inglaterra la mayoría de sus zapatos habían quedado inservibles.

—Sigues siendo la *sorceress* más seductora del mundo.

Aurora se volvió estupefacta hacia la voz. Justin se había materializado de su pensamiento, y ella no daba crédito a sus ojos.

—Por una vez he conseguido dejarte sin palabras.

Ella seguía sorprendida.

—¡Justin! —logró decir apenas en un susurro—. ¡Qué sorpresa!

Él, la miró de arriba abajo con un hambre que no conseguía disimular a pesar de su esfuerzo. Contemplarla de nuevo era demasiado para su estabilidad emocional. Estaba más hermosa todavía. Sentía calambres en los dedos debido a las ganas de enterrarlos en su gloriosa melena, y sentía la boca arenosa y sedienta de beber del dulzor de sus labios. Ella seguía quieta, callada, con la sorpresa pintada en el rostro, y él aprovechó el silencio para acercarse lentamente a su figura. La sintió temblar ligeramente. Cuando estuvo a menos de un centímetro de su cuerpo, ambos se miraron sin creer del todo que estuviesen tan cerca, casi rozándose, Justin alzó su mano y le colocó un rizo rebelde detrás de la oreja, la sonrisa de Aurora se amplió por completo.

—Jamie suele hacer eso a menudo.

Justin se tensó por un instante, la miró, tan afectadamente, que ella deseó haberse callado, ¡maldita impulsividad! No había querido que sonara como había sonado.

—¿Y dónde se encuentra que no lo he visto todavía?

Aurora suspiró nuevamente cansada y con el corazón en un puño.

—Está de regreso en Inglaterra, ¿no lo sabías?

Justin no había separado sus dedos del mechón de pelo, seguía acariciándolo con un brillo de impaciencia en sus ojos grises.

—Te he extrañado mucho, *sorceress*.

Aurora alzó el rostro, y, tras mirarlo un segundo, sacó sus pies mojados de la hermosa fuente. Volvió a calzarse apoyándose en el brazo de Justin para no perder el equilibrio, y tratando de controlar el impulso de lanzarse a sus brazos.

—Veo que algunas costumbres siguen intactas —le dijo él.

Ella supo a qué se refería exactamente, y un ligero rubor cubrió sus mejillas. En el pasado había tenido un incidente en la casa de los Talbot con Roger y una fuente.

—Imagino que nuestro amigo lord Wilson está bien.

Justin no detectó ni un asomo de curiosidad al preguntar, tan solo mera formalidad.

—Acaba de ser padre de un varón, y le ha puesto por nombre Hugh.

Ella sonrió nostálgica.

—Deduzco que has visto a los niños. Ni te imaginas cuánto lo deseaba.

Justin apreció un matiz tembloroso en la voz de ella, y no supo cómo tomárselo, su inesperada vacilación le dio alas a su corazón, estaba todavía más nerviosa que él.

—Hay muchas cosas que deseo yo —Aurora lo miró suspicaz—. Mis hijos no me han olvidado, y por ese gesto de misericordia, deseo darte las gracias.

Ella recordó otro momento, otro lugar, y las mismas palabras. Aurora siguió callada y pensativa. Justin se lo tomó como un incentivo para que continuase y así lo hizo.

—Deseo pedirte que me des una nueva oportunidad —ella no pudo mirarlo, si lo hacía, se rompería en mil pedazos, había llorado tanto esperando escuchar esas palabras—. Deseo ser el padre de tus hijos, de los cuatro. Amarlos, protegerlos, y que me conozcan.

Aurora lo miró directamente a los ojos intentando ver cuanta sinceridad traslucían sus palabras, había tanto en juego, ella quería la total confianza de Justin, y para ello debía pelear duro.

—No te has casado —Aurora no comprendía la intención de la afirmación.

—¿Y por qué tendría que haberme casado? —ahora fue Justin quien no entendió su pregunta.

—He sido un imbécil y un inepto al no comprender lo que tratabas de decirme —las palabras dichas de forma rápida, consiguieron arrancarle una sonrisa—. Un déspota, y manipulador por querer controlar tu vida por completo.

Tras escucharlo, ella continuó los insultos con su humor habitual.

—Arrogante, tirano, y terriblemente celoso.

Justin apretó los labios asintiendo.

—Pero no te has divorciado de mí, y es algo que no llego a entender ni me atrevo a conjurar —ella se mordió los labios para no responderle, aunque finalmente lo hizo.

—Convertiste mi vida a tu lado en un infierno.

Justin bajó la cabeza.

—Lo sé, y no puedes imaginarte cuánto lo he lamentado desde entonces.

Aurora lo miró con ojos bondadosos. El aspecto de su todavía marido distaba mucho de ser el de años atrás. Estaba más delgado y demacrado. Tenía profundas ojeras que entristecían sus ojos grises, y un aire de derrota inusual en un hombre de su talante.

—Me heriste profundamente con tu continua desconfianza, Justin. La convivencia contigo se convirtió en una pesadilla.

Él, no pudo negar las acusaciones: todas eran ciertas.

—Juro que soy un hombre nuevo. No me apartes nuevamente de mis hijos, Dawn.

—¡Me llamo Aurora! —le recordó.

Justin sonrió, porque sintió el abrazo del pasado con esas palabras, y que renacía la esperanza de nuevo en él. Ella le dio un codazo, y Justin volvió a ponerse serio.

—Juro que no te arrepentirás si me das una nueva oportunidad... Aurora.

Ella sopesó en un segundo las palabras de Justin. Las tasó, valoró, y decidió que tendrían que hablar largo y tendido. Había muchas decisiones que tomar, posturas que ceder, y ella iba a transigir en las suyas si él hacía lo mismo con las propias.

—Los niños son felices en mi reino, Justin, yo no podría privarlos de la libertad de la que gozan aquí —ella esperaba una réplica, pero no fue así.

Justin comprobó por segunda vez que ella omitía la palabra «nuestros» al referirse a los niños, y supo la razón de inmediato.

—¿Jamie es un buen padre?

Aurora alzó las cejas sorprendida por la pregunta, y respondió casi sin

querer.

—El mejor del mundo.

La respuesta lo golpeó con brutalidad, y ella se mordió el labio inferior por el error involuntario.

—¿Querrá confiarme los suyos?

Aurora ahogó una exclamación no de sorpresa sino de dolor. Se llevó la mano a la garganta y cerró los ojos. Justin tendría sobrados motivos para estar dolido con ella, pero, decidida comprobar hasta qué punto había cambiado él, lo arrastró hasta el extremo de sus sentimientos, llevándolo a un precipicio emocional sin retorno, y donde no había escapatoria posible para ninguno de los dos.

—Podían haber sido tuyos —Justin sintió que el corazón se le escapaba del pecho—. Viví noches de intensa pasión contigo, y una sola de venganza con él...

Era cierto. Junto a Justin había disfrutado de cientos de noches únicas.

—Fui un necio despreciable. Nada en este mundo puede justificar mi deslealtad.

—Renegaste de ellos antes de considerar... —calló un momento—, tus posibilidades eran mayores que las de Jamie, pero eso no te importó —Aurora tomó aire—. Querías que fuera culpable, lo necesitabas, y nada te importó todo lo demás.

Justin tragó violentamente. Cuando supo que estaba nuevamente en estado había decidido en su orgullo herido que se mantendría al margen.

—Te amo tanto que duele. No soy capaz de cerrar mis ojos porque tu imagen me persigue y acosa hasta en sueños —Justin la miraba mientras le confesaba sus sentimientos profundos—. Eres la única mujer que me ha llegado al corazón. Vivo para ti y por ti. Si no estás a mi lado me siento mutilado y vacío de sentimientos puros —Justin hizo una pausa, y siguió inmolándose a sí mismo sin piedad. Aurora negó con la cabeza, pero él siguió en su declaración—. Soy un hombre lleno de defectos que llega a tu presencia pidiendo una nueva oportunidad. Los errores del pasado no puedo cambiarlos, lo sé, pero tienes mi palabra, que pasaré mi vida intentado haceros feliz... ¡lo juro!

Ella creyó todas y cada una de las palabras que le decía. Su sinceridad era innegable, y estaba deseando lanzarle los brazos al cuello, si lo hacía, todo su esfuerzo habría sido en vano.

—No quiero vivir en Inglaterra Justin, no deseo una vida llena de reglas y

normas para los niños.

Él, volvió a asentir, algo más esperanzado.

—Viviremos aquí la mayor parte del año, e iremos allí en vacaciones, lo justo para poder dedicarme a mis obligaciones y resolver las dificultades que vayan surgiendo.

Aurora creía que se iba a desmayar de alivio, tenía la meta tan cerca, que sintió el corazón en vilo.

—¿Harías eso? —ella esperaba en suspenso su respuesta.

—Renunciaré al ducado si tenerlo significa vivir separado de ti y de nuestros hijos —admitió franco—. Sería un justo castigo para Jamie.

Ella no iba a permitir tal despropósito. Podrían disfrutar de los mejor de ambos reinos, y sin descuidar nada.

Aurora soltó el aire que había estado conteniendo, abrió la boca para replicar, y él se la apesó con un beso. Aurora ya no recordaba lo que era ser besada con esa adoración. Al instante, sus manos rodearon su cuello, y se colgó de él como si su vida dependiese de ello. Cuando el contacto de sus bocas se produjo de nuevo, sintió una descarga en el mismo momento que Justin atrapaba su labio inferior, que quedó dentro de la boca de él, y al que le daba pequeños mordiscos juguetones a la vez que movía su lengua en su interior con un ritmo frenético e insistente. Le acariciaba el interior de las mejillas con determinación, invadiendo y retirándose al mismo tiempo. El beso se hacía más profundo y ávido, le reclamaba una rendición completa que ella estaba más que dispuesta a ofrecerle. La mano de él subía por su espalda hasta encontrar la nuca, y la aferró para atraerla más hacia sí. Aurora estaba suspendida entre los brazos de él que no la soltaban ni para coger resuello. Justin separó su boca para mirarla, y perderse en sus ojos dorados.

—Necesito escucharlo amor mío. En todos estos años nunca has pronunciado las palabras que deseo oír de tus labios, y las necesito para seguir respirando, créeme.

Aurora sonrió porque sabía la certeza de esa queja. Él siempre le había dicho que la amaba, tanto con palabras como con gestos, y aunque ella durante mucho tiempo no pudo corresponderle, ahora no podía negarle el placer de oírsele decir, pero fiel a su naturaleza le obsequió con las palabras que más podían significar para él, las que le devolverían la confianza en ella.

—Llegaste a mi vida como un vendaval, y te has ganado mi corazón por tu tesón al tratar de conseguir que te ame por completo, y sin rendirte nunca. Te amo Justin, con toda mi alma.

Justin la miró con tanta intensidad que Aurora pensó si no se habría vuelto transparente.

—¿Desde cuándo? —inquirió con voz estrangulada, y con ojos brillantes—. Necesito saber el momento exacto.

Ella sabía lo que le preguntaba, y complaciente le respondió.

—No sabría decirte con certeza el preciso momento, solo sé que fuiste apoderándote de mis pensamientos y mis deseos con una tenacidad que llegó a conmoverme.

—¿De no haber sido por la trampa de Eulalia, me hubieses abandonado?

Aurora negó con la cabeza varias veces.

—Te amaba desde mucho antes de eso —Justin cerró los ojos ante la revelación demoledora—. Había aceptado mi lugar en tu vida, tan solo pretendía que te dieras cuenta de que podías confiar en mí, y que el deseo de regresar a mi reino, no representaba una amenaza para ti.

—Hemos perdido tanto tiempo, ¡podías haberme informado al respecto!

Aurora negó con la cabeza.

—Hice una promesa a tu padre —Justin iba a protestar, pero ella no se lo permitió—. Pensaba romperla el próximo jueves, estaba decidida a embarcarme para Inglaterra, llegar hasta ti, y volverte loco hasta hacerte entrar en razón.

—¿Hubieses venido a buscarme? —preguntó estupefacto.

Aurora asintió con la cabeza. Una sonrisa de orgullo comenzó a gestarse en la boca de él, y, apresándole los labios de nuevo, intentó fundirse con ella. La chispa prendió y los quemó a ambos como yesca reseca por el sol. Justin no podía soltarla. Había pasado tanta sed de sus besos, que ahora pretendía ahogarse en ellos. Aurora le respondía a cada incentivo de él, y ese abandono lo enloquecía. Ella sabía tan dulce y tan suave que pensó que iba a desmayarse de placer. Pero no la soltaría, aunque le fuese la vida en ello, y ahogando un gemido que no supo si era de él o de ella, la abrazó todavía más fuerte. Parecía que habían pasado siglos besándose, y cuando al fin Justin la soltó, Aurora alzó los ojos y vio azorada que cinco pares de ojos los miraban desde la ventana abierta, sonrió a pesar de la turbación que sentía.

—Como diría el primo Brandon, «estamos dando un espectáculo formidable» —Justin se dio la vuelta presuroso, y contempló las bocas abiertas tanto de los niños como de su padre.

—Eulalia tiene que hablar contigo —le dijo ella.

Justin saboreó sus palabras porque le hablaban con afecto.

—Eulalia arrancará mi yugular, pero yo no haré nada por evitarlo.

Aurora le acarició el mentón con cariño.

—Tiene muchas cosas que explicar. Después tenemos que tomar decisiones, y borrar cualquier rencilla que exista todavía, solo así podremos construir una base firme para nuestro futuro juntos.

Justin se quedó pensativo un momento. Le había gustado enormemente la palabra nuestro futuro porque él estaba incluido.

—Tengo un regalo para ti —Aurora se volvió sonriente.

—Tú, eres el mejor regalo que podía recibir.

Justin tropezó ante semejante cumplido. Metió su mano en el bolsillo interior de su levita, y sacó el prendedor que tanto quería ella.

—¡Mi peineta de nácar! —Justin colocó un rizo y se lo prendió.

—Siempre la he tenido junto a mi corazón.

Aurora besó la punta de su nariz con afecto genuino.

—Cuando hables con Eulalia, ten presente una cosa muy importante: recuerda que, para un gitano, un juramento es sagrado.

—Lo recordaré.

Justin había ayudado a acostar a los niños. El terremoto que se había creado tras la cena agotaría a un titán, pero él estaba tan necesitado de ellos, que había participado encantado, también conmovido. Se encontraba en ese momento sentado en un sofá con mullidos cojines verdes, mientras saboreaba una copa de excelente brandy. El duque lo acompañaba en silencio, y, de vez en cuando, lo miraba de forma subrepticia. Justin se alegraba de que se hubiesen cambiado las tornas, ahora era su padre quien especulaba, y se lo merecía. Devlin salió presuroso a la llamada de Aurora al mismo tiempo que Eulalia hacía su aparición con una bandeja de café. La dejó en la pequeña mesita auxiliar, y se sentó a poca distancia de Justin que la miró en silencio mientras ella se servía una taza, Justin daría lo que fuese por saber que no le removería los sesos con el mismo cuidado y determinación con los que removía el café con la cucharilla.

—Te debo una disculpa, Eulalia.

—Y yo más de una, lord Penword.

Justin sonrió ante la formalidad de ella.

—Me comporté como un necio, y doy gracias porque Aurora me haya perdonado por completo.

—Mi niña no tiene un gramo de rencor en su cuerpo.

Justin asintió.

—Lamento sinceramente el daño que le causé, y he prometido dedicar mi vida a hacerla feliz —Eulalia carraspeó.

—Mi niña se conforma con poco —Justin aceptó la pulla con caballerosidad.

—Una vez me dijiste que Aurora me entregaría su corazón, pero he sido yo el que se lo he entregado a ella desde el mismo instante en que la vi. En esta relación yo he perdido más que ella, pero no es un lamento, más bien, una aceptación de la verdad.

—Juré que vengaría su perfidia, lord Penword, y una gitana cumple siempre sus promesas.

Justin recordó las palabras de Aurora unos momentos antes.

—Lo sé, y aunque no lo comprendo, he decidido aceptarlo. He tenido que purgar mis pecados, y quizás has sido el instrumento necesario para ello —Eulalia silbó de forma poco elegante, pero Justin había comenzado a sincerarse, y no paró ni quiso hacerlo—. Tú amas a mi esposa, pero yo la amo mucho más. Ambos debemos hacer todo lo posible para hacerla feliz, y para eso necesito que me perdones de corazón.

Eulalia estaba realmente conmovida. Justin le estaba abriendo su corazón, y ella pudo ver más allá de sus palabras, y lo que vio la alegró inmensamente. El inglés seguía altivo y arrogante. Sabía el enorme esfuerzo que hacía rebajándose ante ella, y supo que al fin había llegado su hora: su hora de la verdad. Se armó de valor, cuadró el mentón, y le confesó.

—Aurora no le fue infiel con Jamie —Justin la miró con tanta intensidad que Eulalia dejó de tragar. Era tanto su dolor que se encogió arrepentida, aunque siguió con su verdad devastadora—. Yo los había drogado a los dos, a su hermano y a su esposa. Preparé la escena tan solo para usted. Me quedé velándolos toda la noche, y juro por mi vida, que no ocurrió nada entre ellos —Justin se mareó ante la revelación. Pensó en los dos pequeños—. Jamie lo sabe desde siempre —continuó ella implacable—, pero es tan terco como ella. Ante su deslealtad y olvido, decidió asumir el papel de padre para sus sobrinos —Justin no podía articular palabra. El corazón se le iba a parar de un momento a otro—. El duque también lo sabía. Su silencio sigue siendo una incógnita para mí.

Justin se levantó presuroso del sillón y se acercó a la ventana. Estaba a punto de quebrarse, se sentía incapaz de controlar sus emociones que habían

sido rasgadas en jirones por la última revelación.

—Creí que los pequeños eran de... —apenas pudo continuar, habló en un susurro, pero Eulalia lo oyó perfectamente.

—Cada uno ve lo que quiere, lord Penword.

Justin se llevó la mano al pecho. La revelación era demasiado para él, y, sujetándose la cabeza con ambas manos, intentó detener el martilleo.

—Usted vio lo que quiso, y actuó en consecuencia. No puede culpar a nadie por ello.

—La venganza fue demasiado onerosa Eulalia —la gitana alzó la barbilla con soberbia.

—Usted apartó a una madre de sus hijos. Solo lo movieron los celos y el despecho, difícilmente puede acusarme de vengarme en exceso.

Justin se frotó las sienes, se le había revuelto el estómago.

—Cuando vi a mi hermano abrazar a mi esposa, creí que moriría asfixiado por el dolor. Sentí la traición golpearme las entrañas, y el corazón dejó de latirme por el peso de la angustia.

—Difícilmente pudo ver mucho porque yo me marché dos segundos antes de su entrada. Los velé durante toda la noche, y recé para que usted apareciera tal y como esperaba.

—La nota fue demasiado explícita —la acusó.

Eulalia sonrió petulante.

—Si haces una cosa, hazla bien. Sus celos fueron el detonante perfecto para mi plan, y funcionó. Mi niña está en su reino con sus hijos, es lo único que perseguía con mi venganza.

—De no haber venido, ¿me hubiese enterado que soy padre de los otros dos?

—Eso nunca lo sabremos —Justin terminó maldiciendo ante la broma cruel del destino.

—Esos dos diablillos son iguales a mi hermano pequeño.

No era una queja sino una afirmación.

—Rasgos de familia, supongo —Eulalia lo miró con cautela—. Su heredero es exactamente igual a su tío abuelo, y María es un calco de usted —Justin se mesó el pelo todavía asombrado—. No quiero ni pensar a quien se parecerán los próximos que vengan.

Justin la miró entre el horror y la esperanza.

—Aurora pediría mi cabeza si fuese así —Eulalia soltó una risotada.

—¿Me guardará un secreto, lord Penword? —Justin alzó las cejas con

interrogación.

—Sabes que lo haré —aguardó a que Eulalia hablara, pero tras un largo silencio nada.

—Creo que no se lo diré...

Justin rio a pesar suyo. Esa gitana conseguía descolocarlo casi siempre.

—Le he prometido a Aurora que viviremos la mayor parte del tiempo aquí —Eulalia asintió pensativa—. Me pregunto, si cuando pasemos parte del año en Inglaterra, querrás acompañarnos —Eulalia se sorprendió—. Necesitaremos tu ayuda con esos cuatro pilluelos... y los que vendrán.

Eulalia volvió a asentir, y tanto Aurora como el duque, que escuchaban en el patio sin un asomo de vergüenza, suspiraron con alivio.

Todo había resultado más fácil de lo planeado.

—Mi sobrina Casey hizo bien su trabajo.

El duque estaba muy satisfecho.

—¡Yo también te quiero, *daddy*! —Devlin rio por las palabras de su nuera.

—He de reconocer que la astucia española supera con creces a la inglesa. Tienes todo mi respeto por ello.

—Lástima que no haya más Napoleones para derrotar.

Tanto orgullo era peligroso, y Devlin decidió bajarle los humos de inmediato.

—¿Qué decías sobre un Peñón, marquesa? —el duque sonrió perverso.

—Eso ha sido un golpe bajo.

Ambos oyeron a Justin salir al patio en busca de ella y el duque se retiró dejándole el camino libre a su primogénito.

# EPÍLOGO

*Crimson Hill, Inglaterra*

Roger seguía parado en el enorme vestíbulo en espera de que Justin aceptara recibirlo. Sabía que la hora era inapropiada para una visita, pero él tenía que resolver unos asuntos en Escocia, y deseaba formalizar un acuerdo con Justin antes de su partida. Miró los bellos cuadros que colgaban de las paredes, y, uno en particular, consiguió arrancarle una sonrisa de asombro. Uno de los cuadros contenía la figura de Justin vestido con gran elegancia, sobre el fondo se veía a varios niños jugando, y lo que traslucían sus ojos, consiguió arrancarle un suspiro de envidia. El revuelo de una falda de seda color coral que volaba por el corredor superior, logró desviar sus ojos del impactante cuadro. Curioso, dio dos pasos más hasta situarse justo a los pies de la bella escalera imperial, pero nada lo preparó para ver deslizarse por la brillante balaustrada de madera, a una muchacha bellísima. Bajaba de espaldas a él, y en su deslizamiento, soltó varias risas contagiosas. Un poco antes de llegar al final de la barandilla donde terminaba con un hermoso pomo de plata, deslizó una pierna sobre la otra, y la colocó como una experta amazona, dio una pirueta en el aire, y aterrizó justo delante de él con un *voilà!*

Roger estaba estupefacto.

La muchacha podía haberse roto la cabeza, y ella sonreía como si deslizarse por una barandilla en picado fuese la cosa más natural del mundo. Miró su espléndida cabellera rojiza, sus almendrados ojos color plata coronados por espesas pestañas, y tan largas que se rizaban en las puntas. Vio la línea de pecas que surcaban el puente de su nariz, y, al deslizar los ojos por su boca voluptuosa, supo que la muchacha traería muchos problemas a su padre. Era bastante alta, y aunque le estaba haciendo una mueca casi infantil, Roger simpatizó con ella de inmediato. Era la mujer menor de veinte años más hermosa que había visto en su vida.

—Mary, si vuelves a hacer algo así regalaré tu purasangre a los gitanos — la muchacha ahogó una exclamación porque no esperaba que su padre hubiese visto su bajada por la barandilla.

—No lo había visto —Mary intentaba arreglarse una arruga del vestido para evitar la mirada cargada de reproche de su progenitor.

—No me cabe la menor duda de ello, pero si vuelves a arriesgar tu cuello en otra bajada como esa... —la amenaza velada era bastante intimidante.

Mary hizo una breve reverencia a la visita inesperada, y con un gesto mohíno en la boca, se volvió presurosa hacia las dependencias de la cocina, y dejando en el aire un fresco olor a flores.

—Disculpa mi tardanza, Roger, pero Adam no me dio tu aviso hasta hace un momento.

Roger miró el atuendo de su amigo y sonrió.

—Una hora un poco inusual para cabalgar —Justin se miró las botas.

—Cierto, pero he descubierto que cabalgar por la tarde es tan agradable como hacerlo por la mañana.

Ambos habían cruzado la puerta de la biblioteca, y Justin invitó a Roger a sentarse.

—Parto en unos momentos a Escocia —le informó Roger.

Justin asintió mientras le servía una copa de sangría a su invitado. Roger olió su copa y probó, al momento, alzó sus cejas interrogante.

—Es limonada de vino, cuando te acostumbras, resulta muy refrescante.

Roger hizo una mueca.

—Quería hacerte una petición de mano en nombre de mi hijo Hugh.

Justin se sorprendió por un momento ante la inesperada proposición.

—Mary ya está prometida —Roger asintió.

—Te pido la mano de Beatrice —Justin se atragantó y tosió, Roger lo miró ciertamente preocupado—. Sé que es mucha presunción por mi parte, pero deseo una alianza con tu casa.

Justin miró a su amigo de la universidad con curiosidad. Antaño habían sido rivales, pero el tiempo había limado las asperezas.

—Hugh es heredero de un ducado, podrá elegir a la muchacha que desee.

Roger suspiró cansado, y se sentó.

—Elisa me fue infiel nada más tener a Hugh —la revelación dejó a Justin sin palabras—. Y deseo para mi hijo lo que tú tienes.

Justin lo miró largamente, y lo compadeció. Elisa había muerto dos años después de tener a Hugh, aunque la lista de amantes había sido interminable. Roger había pagado muy alto su elección.

—Beatrice solo tiene tres meses, y ya tengo seis peticiones de mano encima de mi escritorio.

—Ese hecho es lo que me ha decidido. Sé por el marqués de Leeds, que estás pensando seriamente en su petición.

Justin alzó las cejas sorprendido.

—Nada más lejos de mi intención. Cometí un error al prometer a mi

primogénita antes de tenerla, y no deseo cometer el mismo error con Beatrice.

Roger se sorprendió ante ese último comentario.

—¿Ian no ha venido a reclamarla?

—Mary solo tiene dieciséis años. Todavía faltan dos para su presentación en sociedad, hasta entonces, el hijo de mi primo no puede reclamar nada — Roger ahogó una exclamación por el tono de la voz de Justin—. Le prometí a su madre que la dejaría elegir, y auguro que el muchacho lo tiene bastante difícil. Ya la has visto hace un momento. Tiene un carácter indómito, salvaje, y unas ansias de aventuras que me estremecen.

Roger pudo apreciar el orgullo en las palabras de Justin, y suspiró de nuevo.

—Beatrice no necesitará aportar dote —Justin abrió la boca asombrado.

—Eso es muy generoso de tu parte cuando tu hijo será uno de los mejores partidos de Inglaterra. ¿Cuántos años tiene ahora?

—Diez, pero deseo establecer la alianza antes de que cambies de opinión.

Justin sonrió ante la audacia de su amigo.

—Me lo estás poniendo bastante difícil.

Roger consiguió suspirar aliviado. Estaba echando un pulso, y creyó que lo tenía vencido.

—Sé que las peticiones que tienes son de dos ducados más, pero no son tan prósperos como el mío, y no puedes aceptar un marquesado ni dos condados en detrimento de un ducado, y eso sin contar las tres baronías que se han atrevido a aspirar a poner sus ojos en la hija menor de un futuro duque — Justin se quedó estupefacto.

—Veo que estás bien informado.

Roger asintió complacido.

—Las casas nobles españolas no cuentan. Imagino que deseas tener a tus hijas en Inglaterra.

Justin cabeceó porque Roger se le había adelantado nuevamente.

—Aurora pondrá precio a mi cabeza si consiento en ello.

Justin todavía recordaba el colosal enfado de ella cuando volvió a dejarla nuevamente encinta, pero tras cinco varones y la promesa de Eulalia de que esta vez sí sería una hija, se dejó arrastrar por su anhelo. No se conformaba solo con Mary, y aunque los dos mellizos Víctor y Andrew lo llenaban de orgullo, su pequeña Beatrice era la culminación de sus expectativas. Ninguno de sus cinco varones se le parecían tanto como sus dos niñas, y la última era la única que había venido sola. Hecho que la hacía especial y valiosa, además de

su pelo rubio, y sus ojos del color de la plata bruñida.

—Debes dejar que lo piense.

—¡No! —la negativa logró sorprenderlo de nuevo—. No me iré de esta casa sin que firmes los papeles del acuerdo —Roger sacó un sobre del bolsillo interior de su chaqueta, y se lo tendió a su amigo.

Justin leyó con sumo cuidado lo que Roger estaba dispuesto a hacer con tal de conseguir a Beatrice.

—Podría ser un acuerdo verbal entre ambos —el duque negó con la cabeza.

—Sabes que mi casa es una de las mejores de Inglaterra. Mi linaje asciende hasta Guillermo Plantagenet, y una unión entre los dos ducados sería altamente satisfactoria, lo sabes.

Justin sonrió de nuevo, y estampó su firma en los documentos. Antes de terminar, la voz cantarina de Aurora logró arrancarle un suspiro de dicha hasta que alzó los ojos del papel y contempló atónito el atuendo de ella.

—¡Ni harta de limonada de vino vas a cabalgar así!

Aurora se miró la ropa. Los pantalones de su hijo mayor le quedaban bastante bien, aunque ajustados. La camisa blanca con volantes en los puños le daba un aire de bandolera que le encantaba. Le había quitado a su hijo menor Alejandro el chaleco azul de terciopelo, y se había recogido el pelo en dos trenzas bastante seductoras. Las botas negras de caña alta le llegaban hasta la rodilla, no se las había devuelto a su padre desde el duelo que mantuvo con Justin, y no pensaba hacerlo. ¡Las adoraba!

—Por supuesto que voy a cabalgar así, y encantada de poder saludarte de nuevo, lord Wilson.

Justin entrecerró los ojos peligrosamente cuando contempló a su mujer acercarse a Roger y darle un beso con bastante efusividad. ¡Maldita la costumbre española de abrazarlo todo!

—No vas a cabalgar así, antes tendrás que pasar por encima de mi cadáver —Aurora hizo un gesto cómico con la boca, el mismo que había hecho María unos momentos antes.

—Eso es fácil —volvió sus ojos a la visita—. Roger, necesito un padrino.

Justin terminó por reírse: esas palabras se las soltaba demasiado a menudo cuando discrepaban.

—Justin, es más difícil bajar unos pantalones que subir una falda, y no pienso ponértelo fácil nunca más.

Justin se ruborizó intensamente por la observación. Roger no podía

aguantar la sonrisa incómoda por la implicación de las palabras de ella.

—Es un atuendo de lo más inapropiado para una mujer de tu posición, y tus curvas solo puedo verlas yo.

Aurora masculló ofuscada porque los celos de Justin no habían menguado ni un ápice en todos esos años.

—Pues es una lástima que pienses así porque no pienso ponerme una falda nunca más cuando cabalgue contigo, ni cuando pasee contigo —le espetó.

Justin estaba mortificado.

—No vas a cabalgar así, y es mi última palabra.

Aurora miró a Justin, y valoró las posibles consecuencias. Hizo un encogimiento de hombros, y le sonrió zalamera.

—¡Mira y aprende! —Aurora se dio media vuelta, y lo dejó rumiando furibundo.

Justin comprobó horrorizado que Aurora lo dejaba plantado con la boca abierta. Miró a Roger que no podía ocultar la sonrisa de su boca ante tamaña provocación. Suspiró resignado.

—¡Me vuelve loco!

Lord Wilson soltó un suspiro largo.

—Pues espero de todo corazón que Beatrice vuelva así de loco a mi hijo Hugh.

©2019 Arlette Geneve  
Primera edición: noviembre de 2007  
©Diseño de la portada: María Martínez  
ISBN: 9781076445919

Sello: Independently published

Reservado todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

---

[3] Aurora en caló.

[4] Los españoles llamaban cangrejos a los ingleses por sus uniformes rojos en la Guerra de Independencia.

[5] Tocado, pequeño bocadito español, en francés.